

La transformación

Charles Brockden Brown

CAPÍTULO I

Atenderé con gusto su petición. Ustedes ignoran la causa de mi infortunio. Son ajenos a la magnitud de mi desgracia. Por eso, todos sus esfuerzos para consolarme resultan baldíos. Aunque la historia que voy a contarles no tiene por objeto despertar su compasión. A despecho de la desesperación, deseo contribuir al interés del género humano. Admito su derecho a conocer los sucesos que han tenido lugar recientemente en el seno de mi familia. Hagan de esta historia el uso que consideren más conveniente. Si el mundo sabe de ella, inculcará el deber de evitar la impostura. Será el ejemplo vivo del poder de las experiencias precoces y mostrará las inconmensurables desdichas que son fruto de una equivocada e imperfecta disciplina.

No carezco de serenidad en mi actual estado. La emoción que preside mis sentimientos no es la esperanza. El porvenir no tiene ninguna influencia en mis pensamientos. Soy por completo indiferente al futuro. En lo que a mí se refiere, no tengo nada más que temer. La fatalidad ha consumado su obra funesta. Por eso me siento acorazada contra la desgracia.

No dirijo ninguna súplica a la divinidad. El poder que gobierna los asuntos humanos ha trazado su camino. El decreto que determinó la condición de mi vida es irrevocable. Se ajusta sin duda a los principios de la justicia eterna. Eso no lo pondré en duda ni lo negaré. Ya es bastante con que el pasado sea inmutable. La tormenta que barrió nuestra felicidad y tornó en tristeza y desierto el gozoso escenario de nuestras vidas reposa en un torvo sueño; pero no sin que antes destrozase y desgarrase a sus víctimas; no sin que antes marchitase y pusiera fuera de nuestro alcance toda dicha que nos estuviese reservada.

¡De qué manera espoleará mi historia su imaginación y la de sus amigos! Cualquier emoción abrirá paso al asombro. Si no fuera posible confirmar mi testimonio, lo recusarían por increíble. No existe ninguna criatura que haya vivido nada semejante; ¡que yo, apartada de la raza humana, fuera reservada para un destino sin par y sin consuelo! Presten un oído atento a mi relato, y, si el estupor ante el hecho de que todavía esté viva y sea capaz de contarle no embota todas sus facultades, díganme qué es lo que me ha hecho merecer ser colocada en esta lóbrega eminencia.

Mi padre era de sangre noble por la rama paterna, pero su madre era hija de un comerciante. Mi abuelo era hijo segundón de una familia oriunda de Sajonia. Cuando tuvo la edad suficiente, le enviaron a una universidad alemana. Durante las vacaciones se dedicaba a recorrer los alrededores. En cierta ocasión visitó Hamburgo. Allí conoció a Leonard Wise, un comerciante de aquella ciudad, y se convirtió en huésped asiduo de su casa. El comerciante sólo tenía una hija, por la que su huésped

no tardó en concebir un sentimiento de afecto; y andando el tiempo, a pesar de las amenazas y prohibiciones paternas, se convirtió en su marido.

Con esto ofendió mortalmente a su familia. A partir de entonces, ésta le rechazó y repudió por completo. Rehusó contribuir con nada a su manutención. Toda relación cesó entre ellos, y él recibió simplemente el trato a que un completo desconocido, o un enemigo detestable, se hubiese hecho acreedor.

Encontró refugio en la casa de su nuevo padre, un hombre de temperamento afable cuya vanidad se sintió halagada por esta unión. La nobleza de su cuna compensaba su pobreza. Wise pensó que, en términos generales, había obrado con la mayor habilidad al disponer de este modo el futuro de su hija. Mi abuelo se vio obligado a buscar un medio de vida independiente. Durante su juventud, había cultivado con avidez la música y la literatura, pero hasta entonces estas artes no habían sido para él otra cosa que meros pasatiempos. Entonces se convirtieron en medios de vida. En aquella época había pocas obras estimables en dialecto sajón. Mi antepasado puede ser considerado el fundador del teatro alemán. El poeta moderno homónimo procede de la misma familia, y tal vez pueda decirse que mi abuelo no le iba a la zaga en la pureza del gusto o la riqueza de la invención. Dedicó su vida a la composición de sonatas y piezas teatrales. No puede decirse que no gozasen del aprecio del público, aunque le proporcionaron tan sólo los medios de una modesta subsistencia. Murió en la flor de la edad, y su mujer no tardó en seguirle a la tumba. El comerciante tomó a su cargo a su hijo. A muy corta edad ya era aprendiz de un comerciante de Londres, y por espacio de siete años estuvo sometido al aprendizaje mercantil.

Mi padre no tuvo suerte con el carácter del hombre a cuyo cargo ahora se encontraba. Le trataba con rigor y todas sus horas tenían asignada una tarea. Sus deberes eran arduos y mecánicos. Había sido educado con la vista puesta en su futura profesión y los deseos insatisfechos no le atormentaban. No aborrecía sus actuales ocupaciones porque le apartasen de caminos más amables y seductores, pero en el trabajo incesante y en la inflexibilidad de su amo encontraba no pocos motivos de fastidio. No tenía la menor ocasión de esparcimiento. Pasaba todo su tiempo recluido en una sombría buhardilla o recorriendo angostas y atestadas calles. Su sustento era ordinario y su alojamiento humilde.

Poco a poco su corazón contrajo un hábito de cavilación hosca y taciturna. No podía precisar con exactitud lo que le faltaba para ser feliz. No le quitaban el sueño las comparaciones entre su situación y la de otros. Su estado era el que convenía a su edad y perspectivas de fortuna. No se sentía tratado con un rigor injustificable o excesivo. En este sentido, suponía que la situación de los demás, dedicados como él al aprendizaje del comercio, era semejante a la suya; pero el tedio presidía el curso de sus horas y todas sus obligaciones eran motivo de disgusto.

Hallándose en este estado de ánimo, cayó en sus manos un libro de un maestro albigense. Mi padre no tenía ninguna afición a los libros, y era ajeno por completo al

poder que pudieran tener para hechizar o instruir. Aquel libro había estado durante años en un rincón de su buhardilla, medio enterrado por el polvo y la suciedad. Mi padre había reparado alguna vez en él y, según las ocasiones, lo había arrojado de un sitio a otro; pero nunca había sentido ningún interés por conocer su contenido o averiguar de qué trataba.

Una tarde de domingo que se había recluido unos pocos minutos en la buhardilla, su mirada se posó en aquel libro, que casualmente se hallaba abierto ante él. Se había sentado en el borde de la cama para zurcir un desgarrón de sus ropas. Sus ojos no estaban fijos en la labor sino que, vagando de un sitio a otro, se detuvieron por fin sobre aquella página. Las palabras «Busca y hallarás» fueron las primeras que se ofrecieron a su mirada. Estas palabras despertaron su curiosidad y le indujeron a proseguir la lectura. Cuando hubo terminado de coser, tomó el libro y volvió la primera página. Conforme avanzaba en la lectura, mayores eran sus deseos de continuar, y lamentó que el declinar de la luz le obligase a cerrar el libro de momento.

El libro exponía la doctrina de la secta de los camisardos y trazaba una sinopsis histórica de su origen. Su sensibilidad se encontraba en un estado particularmente receptivo a los sentimientos piadosos. El difuso anhelo que le había desazonado hasta entonces tenía ahora un objeto. Su inteligencia había encontrado un motivo de reflexión. Los días de trabajo se levantaba al amanecer y no se retiraba a su buhardilla hasta entrada la noche. Compró bujías y destinó sus noches y domingos al estudio de aquel libro. Como es natural, éste abundaba en alusiones bíblicas y extraía sus conclusiones del libro sagrado. Tal era la fuente, más allá de la cual resultaba superfluo rastrear el venero de la verdad religiosa; pero él se impuso el deber de buscarla en su origen.

Fácilmente se procuró una Biblia y se aplicó a estudiarla con entusiasmo. Su inteligencia había recibido un impulso en una dirección muy precisa. Todas sus fantasías fraguaban en el mismo molde. Fue rápido el progreso hacia la formación de su fe. Consideraba todos los hechos y opiniones contenidos en aquel libro a través del prisma que los escritos del apóstol camisardo había sugerido. Sus interpretaciones del texto sagrado eran un tanto apresuradas y de alcance reducido. Consideraba cada cosa aisladamente. Ninguna acción o precepto ilustraba o limitaba el sentido de otro distinto. De ahí surgieron mil escrúpulos a los que hasta entonces había sido ajeno. Alternativamente, se sentía inflamado por el éxtasis o embargado por el temor. Se imaginaba a sí mismo acechado por las celadas de un imaginario enemigo espiritual, y pensaba que su seguridad estribaba en una oración y una vigilancia constantes.

Su moral, que nunca había sido laxa, se veía ahora sometida a una pauta más estricta. El imperio del deber religioso se extendía a sus opiniones, actos y palabras. Proscribió toda ligereza en el lenguaje y toda negligencia de conducta. Su aspecto era meditativo y taciturno. Pugnaba por mantener vivos dentro de sí un sentimiento temeroso y la creencia en la espantable presencia de Dios. Con la mayor diligencia excluyó cualquier idea ajena a esto. Tolerar su intrusión era un crimen de lesa

Majestad Divina, que sólo días y semanas del más atroz sufrimiento podían expiar.

Ninguna variación material se produjo en el curso de dos años. Cada día que pasaba le confirmaba en sus actuales modos de pensar y de obrar. No era extraño que la marea de sus emociones refluyera, que sobreviniesen intervalos de desaliento y de duda; pero éstos eran cada vez más raros y de más corta duración; y, finalmente, logró alcanzar un estado considerablemente uniforme en este sentido.

Casi había terminado su aprendizaje. Al cumplirse su mayoría de edad, mi abuelo le legó una pequeña suma de dinero. Esta cantidad apenas bastaba para mantenerle a flote como comerciante en su actual situación, y nada cabía esperar de la generosidad de su amo. Por lo demás, los dogmas religiosos hacían casi imposible residir en Inglaterra. Aparte de tales motivos para buscar otro lugar donde vivir, había otro mucho más ineludible y apremiante. Mi padre estaba profundamente persuadido de que debía propagar la buena nueva del evangelio entre las naciones infieles. Al principio se sintió aterrorizado por los peligros y tribulaciones a que se halla expuesta la vida del misionero. La pusilanimidad dio alas a su fantasía en la invención de toda clase de subterfugios y pretextos; pero no fue capaz de desterrar por completo la idea de que precisamente eso era lo que le imponía su deber. Esta idea, al término de los sucesivos conflictos con sus pasiones, salía robustecida; y, finalmente, tomó la decisión de someterse a lo que él consideraba la voluntad del cielo.

Los indios norteamericanos se le presentaron como los primeros y naturales beneficiarios de esta especie de empresa caritativa. En cuanto terminó su aprendizaje, liquidó su pequeña fortuna y se embarcó con rumbo a Filadelfia. Allí se recrudecieron sus temores, y un más cercano examen de las costumbres salvajes hizo vacilar una vez más su resolución. Renunció por el momento a su propósito, compró una granja a orillas del Schuylkill, a unos pocos kilómetros de la ciudad, y se instaló para explotarla. El bajo precio de la tierra y el trabajo de los esclavos africanos, que a la sazón se empleaban comúnmente como mano de obra, proporcionaron a este hombre, que en Europa era pobre, todas las ventajas del desahogo económico. Catorce años de vida laboriosa y austera pasaron. Durante todo este tiempo, nuevos quehaceres, nuevos proyectos y nuevas amistades parecieron cegar casi por completo las experiencias piadosas de su juventud. Conoció a una mujer tan escasamente cultivada como él y de carácter tranquilo y apacible. Le ofreció casarse con ella y ella aceptó.

Los años anteriores de laboriosidad le permitieron dejar de trabajar y prestar la debida atención a sus inclinaciones. Disponía de muchas horas de ocio y volvieron a asaltarle sus antiguas ideas de contemplación religiosa. La lectura de las Escrituras y de otros libros piadosos volvió a convertirse en su ocupación predilecta. Su antiguo proyecto de convertir a las tribus salvajes renació con ímpetu inusitado. A los impedimentos antiguos había que añadir ahora los requerimientos del amor paternal y conyugal. La lucha fue larga y enconada; pero su sentido del deber no se había debilitado o extinguido con el paso del tiempo, y al final supo remover todos los

obstáculos.

Sus afanes no se vieron recompensados con un éxito constante. Sus exhortaciones tenían a veces un efecto pasajero, pero más a menudo las rechazaban los indios entre burlas e imprecaciones. En la consecución de su propósito tropezó con los peligros más apremiantes, y padeció hambre y soledad, increíbles enfermedades y fatigas. El desenfreno de la pasión salvaje y las estratagemas de sus compatriotas se oponían a sus progresos. No le abandonó el valor hasta que pareció que no había ningún motivo razonable para confiar en el éxito. No desistió hasta no sentir dentro de sí que había sido dispensado de la pretendida obligación de perseverar. Físicamente arruinado, volvió por fin junto a los suyos. Se produjo un intervalo de calma. Era austero, estricto y constante en el cumplimiento de sus obligaciones domésticas. No se unió a ninguna secta porque no coincidía enteramente con ninguna. Lo que las distingue a todas es el culto comunitario; pero este apartado no tenía cabida en su credo. Interpretaba literalmente el precepto que nos ordena retirarnos a la soledad y cortar todo contacto con el mundo cuando rendimos culto a Dios. A su juicio, la verdadera devoción consistía no sólo en la celebración de un oficio durante el cual se estaba en silencio, sino que éste debía llevarse a cabo en total soledad. Una hora a mediodía y otra a medianoche eran las más adecuadas para este fin.

A unos trescientos metros de su casa, en lo alto de una abrupta peña de laderas escarpadas y coronada de cedros enanos y asperezas rocosas, construyó lo que a cualquiera le hubiese parecido un cenador. El borde oriental de la peña se elevaba a veinte metros sobre el río que corría a sus pies. Delante de él fluía y se rizaba en su cauce rocoso la corriente transparente, ceñida por un ameno panorama de huertos y maizales. La construcción era airosa y liviana. Estaba formada por un recinto circular de unos tres metros de diámetro, cuyo suelo era la propia roca, limpia de maleza y musgo y esmeradamente nivelada, bordeado por doce columnas toscanas sobre las que reposaba un ondulado cimborrio. Mi padre proporcionó al artista que contrató las dimensiones y el aspecto general de la obra, dejando que éste la completara con arreglo a su inspiración. No tenía ningún asiento, ni mesa, ni adorno de ninguna clase.

Tal era el santuario de su Dios. Dos veces al día se encaminaba allí, no acompañado por ningún ser humano. Sólo la imposibilidad material de moverse podía obligarle a suspender o aplazar esta visita. No exigía a su familia que siguiera su ejemplo. Pocos hombres, igualmente sinceros en su fe, fueron tan parcos como mi padre en reproches e imposiciones sobre la conducta de los demás. Mi madre no era menos piadosa; pero su educación la había acostumbrado a un tipo diferente de devociones. El aislamiento en que mis padres vivían le impedía unirse a cualquier congregación establecida; pero era puntual en sus oraciones y en la interpretación de himnos a su Salvador, según el rito de los discípulos de Zinzendorf. Mi padre no se inmiscuía en las disposiciones de su mujer. Para hablar con exactitud, no adoptaba su sistema porque fuera el mejor, sino porque le había sido explícitamente impuesto.

Formas distintas de culto, siempre que fuesen practicadas por otras personas, podían ser igualmente aceptables.

Su modo de tratar a los demás era caritativo y dulce. Una expresión de perpetua tristeza empañaba sus facciones, pero no había en ellas severidad o desdén. Las inflexiones de su voz, sus ademanes, su manera de andar, eran igualmente sosegados. Su conducta se caracterizaba por una humildad llena de indulgencia que le granjeaba la simpatía incluso de quienes consideraban completamente detestables sus creencias. Podían tacharle de fanático y de soñador, pero no podían negar que veneraban su profunda inocencia y su indiscutible honradez. La rectitud era la base de la felicidad de mi padre. Aunque ésta, sin embargo, estaba destinada a conocer su fin.

De improviso se hizo más profunda la melancolía que en todo momento le embargaba. A veces se le escapaban suspiros, y hasta lágrimas. Casi nunca contestaba nada a las mansas reconvenciones de su mujer. Cuando decidía mostrarse comunicativo, decía que la paz de espíritu le había abandonado porque había descuidado su deber. Se le había impuesto una misión que él había diferido cumplir. Sentía como si se le hubiese concedido un período de vacilación y de duda, pero esta tregua había terminado. Ya no le era dado obedecer. A causa de su desobediencia, la misión había sido encomendada a otro, y lo único que le restaba era padecer el castigo.

No describía este castigo. Durante algún tiempo pareció consistir tan sólo en un vago sentimiento de culpa. Éste era muy profundo y lo agudizaba la convicción de que jamás podría expiar aquella ofensa. Nadie hubiera podido contemplar su sufrimiento sin sentir la más profunda compasión. En lugar de aligerar su carga, se diría que el paso del tiempo la hacía más gravosa. Un día dijo a su mujer que su final se acercaba. No podía prever la forma o el momento de su muerte, pero estaba persuadido de que moriría muy pronto. También le obsesionaba la idea de que su muerte sería extraña y terrible. Así pues, sus presentimientos eran difusos y vagos; pero bastaban para envenenar cada momento de su vida y hacerle víctima de una inmitigable angustia.

CAPÍTULO II

Al amanecer de un sofocante día de agosto, salió de Mettingen para dirigirse a la ciudad. Muy raramente había pasado el día fuera de casa desde su vuelta de las costas de Ohio. En aquel momento, tenía ciertos compromisos urgentes que no admitían dilación. Regresó por la tarde, pero se le veía enormemente abatido por la fatiga. Su mutismo y su tristeza eran también más profundos que de ordinario. El hermano de mi madre, médico de profesión, pasaba aquel día en nuestra casa. Fue él quien me contaría con detalle años después la dolorosa catástrofe que tuvo lugar.

La inquietud de mi padre crecía a medida que la tarde avanzaba. Estaba sentado con su familia, como de costumbre, pero no intervenía en la conversación. Parecía completamente absorto en sus pensamientos. De vez en cuando su semblante traicionaba señales de estupor, clavaba la vista en el techo con expresión desencajada; y las exhortaciones de sus familiares no lograban sacarle de su ensimismamiento. Cuando volvía en sí, no manifestaba ninguna sorpresa sino que, apoyando la mano en la cabeza, se quejaba en un tono aterrorizado y trémulo de que el cerebro le abrasaba. Entonces daba muestras de una angustia insoportable.

Al tomarle el pulso, mi tío notó que se hallaba indispuesto, si bien no de manera alarmante, y atribuyó aquellos síntomas al cansancio mental. Le instó a que recobrara la tranquilidad y la calma, pero en vano. A la hora de descansar, mi padre se retiró en seguida a su habitación. Mi madre consiguió convencerle para que se desnudara y se acostase. Nada podía aliviar su desasosiego. Respondió un tanto bruscamente a las dulces reconvenções de ella.

—Calla —dijo—, para lo que siento sólo hay una cura, y pronto llegará. No puedes ayudarme de ninguna manera. Preocúpate por ti y pide a Dios que te dé fuerzas para soportar las calamidades que te aguardan.

—¿Qué he de temer yo? —preguntó ella—. ¿En qué terrible desastre estás pensando?

—¡Paz! No he sabido lo que es eso hasta ahora, pero llegará, y muy pronto.

Ella volvió a expresar su preocupación y sus dudas, pero mi padre dio abruptamente por terminada la discusión, ordenándola con aspereza que callara.

Nunca le había visto comportarse así. Hasta entonces siempre se había conducido afablemente. Le entristeció observar este cambio. No podía explicarlo, ni imaginar la clase de desastres que la amenazaban.

Contrariamente a la costumbre, en lugar de estar sobre la chimenea, la lámpara ardía encima de la mesa. Sobre ella, colgaba de la pared un reloj que daba una campanada muy fuerte cada seis horas. La que sonaría dentro de un momento era la

señal para retirarse al santuario en que mi padre practicaba sus devociones. A consecuencia de una prolongada costumbre, siempre estaba despierto a esta hora, y obedecía a la campanada sin la menor dilación.

Ahora dirigía al reloj constantes y angustiadas miradas. Ni el menor movimiento de las manecillas escapaba a su observación. A medida que se acercaba la medianoche, su angustia crecía visiblemente. El desasosiego de mi madre no era menor que el de su marido: pero tenía que guardar silencio. Lo único que podía hacer era observar los cambios en el semblante de él y expresar con lágrimas su compasión.

Por fin llegó la hora y el reloj sonó. Este sonido pareció transmitir una sacudida a todos los músculos de su cuerpo. Se levantó inmediatamente y se puso una bata. Incluso este sencillo acto fue llevado a cabo con gran torpeza, pues todas sus articulaciones temblaban y sus dientes rechinaban de espanto. A esta hora el deber le llamaba al santuario, y mi madre pensó que era allí donde se dirigía. Aunque lo que estaba sucediendo era tan insólito que la llenaba de perplejidad y malos augurios. Le vio abandonar la alcoba y escuchó el sonido de sus pasos al bajar apresuradamente las escaleras. Estaba a punto de levantarse y seguirle cuando comprendió el absurdo de semejante idea. Se dirigía a un lugar en el que ningún poder terrestre le habría inducido a tolerar ninguna compañía.

La ventana de la alcoba de mis padres daba a la peña. La noche era clara y serena, pero la construcción no podía distinguirse a aquella distancia en la oscuridad. La inquietud de mi madre le impidió permanecer en donde estaba. Se levantó y tomó asiento junto a la ventana. Trató de ver el santuario y el camino que conducía hasta él. El primero se vislumbraba con bastante claridad, aunque los ojos no podían distinguirlo de la masa de roca sobre la que se alzaba. El segundo apenas se veía; pero, o bien su marido ya lo había recorrido, o bien había tomado otra dirección.

¿Qué temía? Algún desastre los amenazaba a su marido y a ella. Él había presagiado desgracias, aunque declaraba ignorar su naturaleza. ¿Cuándo llegarían? ¿Esta noche, o este mismo instante, serían testigos de ellas? La impaciencia y la incertidumbre la atormentaban. Todos sus temores se referían a él, y miraba el reloj esperando la hora siguiente con la misma angustia con que mi padre lo había hecho.

Media hora transcurrió en este estado de incertidumbre. Sus ojos no se apartaban del reloj; de pronto, éste se llenó de luz. Un resplandor procedente de la construcción iluminó cada detalle de la escena. Una luz se difundió por el espacio que separaba el santuario de la casa, y, en ese mismo instante, se escuchó una fuerte explosión, como el estallido de una bomba. Mi madre lanzó un grito sofocado, pero los sonidos que oyó inmediatamente después la llenaron de espanto. Eran unos gritos desgarradores proferidos sin interrupción. El resplandor, que se había extendido en un vasto espacio, se extinguió de pronto; pero el interior de la construcción seguía lleno de luz.

Lo primero que pensó fue que alguien había disparado una pistola y que la construcción ardía. No se detuvo a reconsiderar su primera impresión, sino que corrió hacia la entrada de la alcoba y llamó con todas sus fuerzas a la puerta de su hermano.

Mi tío se había despertado al escuchar la explosión e inmediatamente se había acercado a la ventana. También él imaginó que era fuego lo que ella había visto. Los fuertes y vehementes gritos que siguieron a la explosión parecían una llamada de socorro. Aquello era inexplicable; pero comprendió que debía correr hacia aquel lugar. Giraba el pomo de la puerta cuando escuchó la voz de su hermana desde el exterior rogándole que se apresurase.

Obedeció con toda la presteza de que era capaz. Sin preguntarle nada, corrió escaleras abajo y cruzó a toda velocidad la pradera que se extiende entre la casa y la peña. Ya no se oían gritos; tan sólo se distinguía con nitidez una luz que brillaba entre las columnas del santuario. Unos toscos escalones labrados en la roca viva le condujeron hasta la cima. Por tres de sus lados la construcción se alzaba a pico sobre el precipicio. En el cuarto, que era el de su fachada, había un espacio de pequeñas dimensiones en que desembocaba la tosca escalera. Mi tío no tardó en llegar allí. La rápida carrera le había dejado exhausto. Se detuvo un momento a descansar. Entretanto, prestó la más vigilante atención a cuanto se ofrecía a su mirada.

Dentro de las columnas vio lo que sólo podría describirse como una nube bañada de luz. Tenía el brillo de la llama, pero carecía de su estremecimiento interior. No ocupaba todo el recinto, y se elevaba a algo menos de un metro por encima del suelo. La construcción no ardía. Esto era sorprendente. Se acercó al santuario. Conforme avanzaba, la luz retrocedía, y, al poner los pies en el recinto, se extinguió por completo. La celeridad de esta transición hizo mucho más profundas las tinieblas que siguieron. La perplejidad y el temor le impidieron moverse. Un fenómeno de esta naturaleza en un lugar destinado a la devoción habría hecho flaquear el valor del más intrépido.

Los gemidos de alguien que yacía a su lado reclamaron su atención. Poco a poco comenzó a acostumbrarse a la oscuridad y pudo distinguir a mi padre tendido en el suelo. En ese momento llegaron mi madre y los criados con una lámpara, a cuya luz mi tío pudo examinar más detenidamente la escena. Cuando mi padre salió de la casa, además de la bata y unas pantuflas, llevaba una camisa de dormir y calzoncillos. Ahora estaba desnudo; tenía la mayor parte de la piel quemada y magullada. Su brazo derecho parecía haber recibido el golpe de un objeto contundente. Había sido despojado de sus ropas, y en seguida se advertía que éstas se habían convertido en cenizas. Su cabello y sus pantuflas estaban intactos.

Lo llevaron a su habitación y curaron sus heridas, que progresivamente se volvieron más y más dolorosas. En seguida aparecieron señales de gangrena en el brazo, que había resultado muy malherido. Poco después, las demás heridas mostraron el mismo aspecto.

Inmediatamente después de este desastre, mi padre pareció sumirse en un estado de insensibilidad. Ante cualquier cosa que se le hiciese su actitud era pasiva. A duras penas logró abrir los ojos y con enorme dificultad acertó a responder a las preguntas que le hicieron. Contó que mientras rezaba en silencio, poseído por pensamientos

llenos de angustia y confusión, un débil fulgor iluminó de pronto el santuario. En aquel momento creyó que se trataba de alguien que llevaba una lámpara. Parecía acercarse por detrás. Se volvía para examinar al visitante cuando su brazo derecho recibió un golpe terrible. En ese mismo momento, pudo ver un resplandor brillantísimo que iluminaba sus ropas. En menos de un segundo quedaron reducidas a cenizas. Esto fue cuanto quiso decir. Había algo en su expresión que indicaba que su relato era incompleto. Mi tío se inclinaba a creer que había suprimido la mitad de la verdad.

Entretanto, aquella dolencia que se había declarado de tan insólita manera, traicionó síntomas más terribles. La fiebre y el delirio desembocaron en una letárgica somnolencia que, dos horas después, dio paso a la muerte; no antes, sin embargo, de que una insoportable fetidez y la sigilosa putrefacción apartaran de su alcoba y de la casa a todos cuantos el deber no retuviese allí.

Tal fue la muerte de mi padre. En verdad, nunca hubo ninguna tan misteriosa. Si pensamos en sus fúnebres presentimientos y su incesante angustia; si pensamos en la seguridad frente a la perversidad de los hombres que su modo de ser, el lugar y la época en que vivió le proporcionaban; si pensamos en la pureza y transparencia del aire que descartaban la posibilidad de que un rayo hubiese provocado el desastre, ¿qué conclusiones podemos sacar?

El fulgor inicial, el golpe que se abatió sobre su brazo, el fatídico resplandor, la explosión que se escuchó a kilómetros de distancia, la nube de fuego que le envolvió sin dañar una construcción hecha de materiales inflamables, la súbita desaparición de aquella nube al aproximarse mi tío..., ¿cómo explicar todos estos fenómenos? No cabía negar que eran reales. El testimonio de mi tío es particularmente digno de crédito, pues su escepticismo sólo le hace creer en fenómenos producidos por causas naturales^[1].

En aquella época yo era una niña de seis años. Las impresiones que entonces recibí no se borrarán mientras viva. No podía formarme una opinión sobre lo sucedido; pero cuando crecí y llegué a conocer en su integridad estos hechos, reflexioné una y otra vez sobre ellos. Su semejanza con sucesos recientes los ha hecho revivir con nuevo rigor en mi memoria y me ha hecho sentir mayores deseos de explicarlos. ¿Fue el castigo a su desobediencia, el golpe de una mano invisible y vengativa? ¿Fue una prueba más de que el divino Hacedor interviene en los asuntos humanos, de que decide una muerte, elige y comisiona a sus agentes, y, merced a sanciones inequívocas, fuerza a la sumisión a su voluntad? ¿O fue simplemente la anómala expansión del fluido que da calor a nuestro corazón y a nuestra sangre causada por la fatiga del día anterior, o provocada, de acuerdo con leyes perfectamente establecidas, por nuestro estado mental?

CAPÍTULO III

La impresión que esta catástrofe le produjo a mi madre significó el comienzo de una enfermedad que, pocos meses después, la llevó a la tumba. Mi hermano y yo éramos unos niños y nos vimos convertidos en huérfanos. El patrimonio que dejaban nuestros padres no era en modo alguno desdeñable. Personas fieles se encargaron de administrarlo hasta que alcanzáramos la mayoría de edad. Mientras tanto, nuestra educación se puso en manos de una tía soltera que vivía en la ciudad y cuya ternura nos hizo olvidar muy pronto que habíamos perdido a una madre.

Los años siguientes fueron serenos y felices. Nuestras vidas conocieron pocos de los sinsabores habituales en la niñez. Más por accidente que como resultado de la reflexión, a la indulgencia y el temperamento complaciente de nuestra tía, se unían la perseverancia y la resolución. Casi nunca incurría en los excesos del rigor o la lenidad. Nuestros placeres sociales no estaban sometidos a absurdas prohibiciones. Recibimos instrucción en muchas disciplinas del conocimiento útil, y no tuvimos que sufrir la tiranía y la corrupción de colegios e internados.

Nuestros compañeros de juegos eran los hijos de nuestros vecinos. Entre uno de ellos y mi hermano nació en seguida la más afectuosa intimidad. Se llamaba Catharine Pleyel. Era rica, hermosa, y poseía un carácter en el que se hermanaban una dulzura encantadora y una vivacidad exuberante. El sentimiento que la unía a mi hermano parecía ahondar el cariño que yo le profesaba, el cual era generosamente correspondido. Todo tendía a alimentar y robustecer nuestra amistad. Éramos de la misma edad y el mismo sexo. Vivíamos muy cerca la una de la otra. Nuestros temperamentos eran notablemente parecidos, y los mentores de nuestra educación no sólo nos proponían los mismos objetivos, sino que nos permitían alcanzarlos juntas.

Día tras día se estrechaban los triples lazos que nos unían. Paulatinamente fuimos apartándonos del trato con otros niños y soportábamos a disgusto cada momento que no nos dedicábamos. La progresiva madurez de mi hermano no introdujo ningún cambio en esta situación. Decidieron que se dedicara a la agricultura. Su fortuna le eximía de trabajar. La tarea a la que debía consagrarse era de mera supervisión. Los conocimientos que esto requería eran puramente teóricos, y el estudio en soledad y las esporádicas inspecciones bastaban para proporcionárselos. La atención que dedicaba a estas actividades no le privaba durante mucho tiempo de nuestra compañía, tiempo que no hacía sino aumentar nuestra impaciencia hasta que volviera a reunirse con nosotras. Nuestros deberes escolares, nuestros paseos, nuestras interpretaciones musicales, raras veces se llevaban a cabo en ausencia de los otros dos.

Saltaba a la vista que Catharine y mi hermano habían nacido el uno para el otro. La pasión que recíprocamente alimentaban no tardó en romper los límites de la extrema juventud, se pidieron e hicieron promesas, y su enlace se pospuso sólo hasta que mi hermano alcanzara la mayoría de edad. Los dos años anteriores a la boda fueron empleados de manera constante y útil.

¡Oh, mi hermano! Pero debo cumplir con entereza la tarea que me he impuesto. La felicidad de aquella época no se vio ensombrecida por fúnebres presagios. El futuro, como el presente, era sereno. Sólo podíamos esperar que el paso del tiempo nos deparara nuevas alegrías. No quiero detenerme en incidentes preliminares más de lo que sea necesario para ilustrar o explicar los capitales sucesos que tuvieron lugar a partir de entonces. El día de la boda llegó por fin. Mi hermano tomó posesión de la casa en que había nacido, y allí se solemnizó aquel matrimonio largamente aplazado.

Las tierras de mi padre se dividieron por mitad entre ambos. Yo ocupé una bonita casa situada a orillas del río, a un kilómetro de la de mi hermano. La heredad se llamaba Mettingen, como su antiguo dueño. Me resulta difícil explicar por qué no me instalé con mi hermano, a no ser que fuera con la intención de economizar el placer. La renuncia, sabiamente practicada, es una forma de aumentar nuestras satisfacciones. Además, yo quería administrar mi dinero y tener una casa propia. La corta distancia que nos separaba nos permitía visitarnos siempre que lo deseáramos. El paseo de una mansión a otra era una placentera introducción a nuestras veladas. A veces yo les visitaba, y ellos eran mis huéspedes con la misma frecuencia.

Nuestra educación no se había amoldado a un patrón religioso. Se nos confió a la guía de nuestras luces y al fortuito aprendizaje que depara la vida en sociedad. El temperamento de mis amigos, tanto como el mío propio, no nos impulsaba a preocuparnos excesivamente por este asunto. No hay que suponer que no tuviéramos religión; sino que, en nuestro caso, ésta era el resultado de sentimientos vigorosos, nacidos de la reflexión sobre nuestra felicidad y la grandeza del mundo visible. No buscábamos un fundamento a nuestra fe sopesando pruebas y diseccionando dogmas. Nuestra religiosidad era un sentimiento espontáneo y heteróclito, casi nunca expresado verbalmente, o arduamente perseguido, o celosamente preservado. En medio de la felicidad presente, no dedicábamos ningún pensamiento al futuro. El ser humano necesita la religión como un consuelo en la tribulación. Pero la tribulación estaba muy lejos todavía; y su único efecto consistía en realzar unas alegrías que no necesitaban su concurso para satisfacer nuestros anhelos.

La situación de mi hermano era algo distinta. Era un hombre de carácter serio, prudente y reflexivo. No sé si debía esta disposición a más altas miras. A su juicio, la vida humana estaba formada de elementos mudables, y los principios de la moral no se revelaban con facilidad. El futuro, tanto el anterior como el que seguía a la muerte, sólo podía afrontarse con una previsora preparación. Nosotras no podíamos negar tales afirmaciones; pero lo que a él le distinguía era su tendencia a cavilar sobre estas verdades. Nuestro mundo estaba poblado de imágenes brillantes y alegres; las más

frecuentes en el suyo eran de carácter opuesto. Esto no le causaba pena ni temor, pero teñía su conducta de un aire de sobria prudencia. El efecto principal de este talante se manifestaba en su expresión y en las inflexiones de su voz. Ésta solía delatar una especie de conmovida tristeza. Casi nunca le vi reír. Aunque hacía las mismas cosas que nosotras, jamás se sumaba a la eufórica jovialidad de sus amigas con algo más que una sonrisa.

Compartía nuestras ocupaciones y diversiones con el mismo entusiasmo que nosotras, pero el suyo era de una naturaleza diferente. Esta diversidad de temperamentos nunca provocó ninguna desavenencia, y creo que tampoco era de lamentar. Nuestras relaciones se veían matizadas, pero no estorbadas ni entorpecidas por ella. La diferencia de caracteres era el elemento que nos impedía hundirnos en la monotonía. Algo de conmoción y de agitación son imprescindibles para el adecuado desarrollo del conocimiento humano. En sus estudios, mi hermano seguía un camino más austero y difícil. Conocía a fondo la historia de las ideas religiosas y se afanaba por indagar su validez. Reputaba inexcusable analizar los fundamentos de su fe, establecer la relación entre móviles y acciones, investigar el criterio del mérito y las clases y propiedades de las pruebas de la existencia de Dios.

En cuanto a su concepción de la importancia de ciertos asuntos y el punto de vista desde el que debían considerarse las vicisitudes de la vida humana, el parecido entre mi hermano y mi padre era evidente. Sus temperamentos eran semejantes; pero la inteligencia del hijo estaba enriquecida por la ciencia y embellecida por la literatura.

No volvimos a destinar el santuario a su antiguo uso. Mi hermano compró un busto de Cicerón a un aventurero italiano, que equivocadamente imaginó que en América encontraría empleo para su talento y compradores para sus esculturas. El italiano pretendía que era una copia fiel de otro antiguo exhumado cerca de Módena con sus propias manos. Nosotros no estábamos en condiciones de juzgar la veracidad de semejantes afirmaciones; pero el mármol era puro y bruñido, y nos bastaba con admirar la belleza de la ejecución, con independencia del veredicto de los entendidos. Encargamos al mismo artista que tallara un pedestal con materiales de una cantera próxima. Lo colocamos en el santuario, y encima de él reposó el busto de Cicerón. Enfrente había un clavicordio, protegido de la lluvia por un toldo. Éste era nuestro lugar de descanso las tardes de verano. Allí cantábamos, leíamos, conversábamos y, a veces, almorzábamos. Todas las veladas tiernas y alegres que recuerdo con un sentimiento de cariño están unidas a ese lugar. Allí celebrábamos las interpretaciones de nuestros antepasados poéticos y musicales. Allí recibieron los rudimentos de su educación los hijos de mi hermano; allí tuvieron lugar un millar de conversaciones llenas de encanto y provecho; y allí se expresaba nuestro amor al prójimo y vertíamos lágrimas de deliciosa compasión.

Mi hermano era un estudiante infatigable. Leía a muchos autores, pero veneraba a Cicerón. Nunca se cansaba de estudiar y recitar sus obras. Comprenderlas no era suficiente. A todo trance quería descubrir las cadencias y ademanes con que debían

declamarse. A la hora de elegir la pronunciación más correcta de la lengua latina y adaptarla a las frases de su autor predilecto, era extraordinariamente escrupuloso. Su ocupación favorita consistía en embellecer su retórica con todas las sutilezas del ademán y la entonación.

No contento con esto, se afanaba por restablecer y restaurar la pureza del texto. Con este fin reunió cuantas ediciones y comentarios pudo encontrar, y durante meses se dedicó a compararlos y analizarlos. Nunca sentía una satisfacción mayor que cuando hacía un hallazgo de esta clase.

Cuando Henry Pleyel, el único amigo de mi hermano, se unió a nuestro círculo, aquella pasión por la elocuencia romana se vio alentada y robustecida por una comunidad de gustos. Este joven había vivido muchos años en Europa. Nos habíamos separado a muy corta edad, y ahora había vuelto para pasar el resto de su vida entre nosotros.

Nuestra pequeña comunidad recibió nueva savia con el ingreso de un nuevo miembro. Su conversación estaba salpicada de novedades. Su jovialidad era casi turbulenta, aunque también era capaz de mostrarse grave cuando la ocasión lo requería. Tenía una inteligencia muy aguda; aunque solía considerar cualquier asunto como simple motivo de regocijo. Sus opiniones eran tan vehementes como burlonas, y su memoria, con la ayuda, como él mismo admitía honestamente, de su imaginación, era una fuente de diversión inagotable.

Su casa estaba a la misma distancia de la ciudad que la nuestra, aunque en dirección contraria, y raro era el día en que no nos obsequiaba con una visita. Mi hermano y él tenían la misma pasión por los autores latinos; y Pleyel no le iba a la zaga a su amigo en el conocimiento de la historia y la metafísica de la religión. Las visiones de ambos, no obstante, eran contradictorias en muchos sentidos. En donde uno sólo veía confirmaciones de su fe, el otro no encontraba más que motivos de duda. La necesidad moral y la inspiración calvinista eran los pilares en que se sustentaba la forma de pensar de mi hermano. Pleyel, en cambio, era un campeón del libre examen y rechazaba cualquier guía que no fuese la razón. Sus discusiones eran frecuentes, pero, conducidas con tanta brillantez como franqueza, siempre las escuchábamos con interés y provecho.

Al igual que sus nuevos amigos, Pleyel era aficionado a la poesía y a la música. A partir de entonces, nuestro pequeño grupo de cámara estuvo compuesto por dos violines, un clavicordio y tres voces. Con frecuencia nos era dado comprobar en qué medida nuestra felicidad depende del trato con los demás. Aquel nuevo amigo, aunque antes de su llegada no sintiéramos ningún vacío, se había vuelto imprescindible. Su marcha hubiese dejado un hueco que nada podría llenar y que provocaría un insoportable sentimiento de pérdida. Incluso mi hermano, a pesar de que sus opiniones eran combatidas en todo momento y hasta la divinidad de Cicerón era puesta en tela de juicio, se sintió cautivado por aquel amigo, y con la aparición de Pleyel arrumbó en parte su antigua taciturnidad.

CAPÍTULO IV

Seis años de ininterrumpida felicidad habían transcurrido desde la boda de mi hermano. Habíamos escuchado el clamor de la guerra, pero a tanta distancia que subrayaba nuestra dicha al proporcionamos términos de comparación. En una frontera se hizo retroceder a los indios, y en la otra se conquistó Canadá. Aunque calamitosas para quienes las vivían, las guerras y revoluciones contribuían a realzar nuestra felicidad, pues espoleaban nuestro afán de saber y nos proporcionaban motivos de patriótica exaltación. Cuatro niños, tres de los cuales compensaban ya con sus progresos físicos e intelectuales los cuidados que se les habían prodigado a una edad más indefensa, ahondaban los sentimientos de ternura de mi hermano. La cuarta, que gozaba de excelente salud, era una criatura llena de encanto que prometía ser el vivo retrato de su madre. A éstos se añadía una dulce niña de catorce años, a la que todos profesábamos un cariño más que paternal.

La historia de su madre era triste. Había venido de Inglaterra a los Estados Unidos sola, sin amigos ni dinero, cuando esta niña era una criatura. Había embarcado clandestina y apresuradamente. Vivió tres años de angustia y soledad al cuidado de mi tía, y murió víctima de una aflicción cuya causa nada pudo persuadirle a revelar. Su educación y sus modales hablaban de la opulencia de su cuna. En sus últimos días, gozó de la tranquilidad que le proporcionó la promesa de mi tía de que su hija recibiría la misma protección que le había dispensado a ella.

Con ocasión de la boda de mi hermano, convinimos en que viviría con su familia. Yo no puedo hacer justicia a las prendas de esta muchacha. Tal vez la ternura que despertaba se debiese en parte al parecido con su madre, cuya situación y tribulaciones estaban todavía frescas en nuestra memoria. Solía vérsela pensativa, y este hecho hacía recordar a quien la observaba que no tenía amigos; aunque esto no era completamente cierto en su caso. Aquellos con quienes ahora vivía la querían entrañablemente. Hacía todos los esfuerzos imaginables para profundizar y cultivar su inteligencia. Su bienestar era objeto de una solicitud que casi transgredía los límites de lo conveniente. En verdad, nuestro cariño apenas podía ser superior a sus méritos. Yo nunca podía verla ni pensar en ella sin sentir una especie de entusiasmo. Su dulzura, su perspicacia, su ecuanimidad, eran incomparables. A menudo lloraba de placer cuando se acercaba a mí y la estrechaba contra mi pecho embargada por una agonía de cariño.

Cada día que pasaba añadía encantos a su persona y conocimientos a su inteligencia; sin embargo, sucedió algo que estuvo a punto de privarnos de su compañía. Un oficial del ejército, herido en Quebec, se había dedicado desde la firma del armisticio a viajar por las colonias. Había permanecido bastante tiempo en

Filadelfia, pero al fin se disponía a partir. Había visitado en numerosas ocasiones a la señora Baynton, una digna dama amiga de nuestra familia. Acudió a su casa con la intención de despedirse, y estaba a punto de marcharse cuando mi joven amiga y yo entramos en el salón. No es posible describir la emoción de aquel desconocido cuando puso sus ojos en la muchacha. El asombro le dejó paralizado. No podía ocultar sus sentimientos, pero siguió sentado contemplando en silencio la escena que se le ofrecía. Finalmente, se volvió a la señora Baynton, y, más con gestos y miradas que con palabras, le pidió una explicación. Tomó la mano de la muchacha, que no pudo ocultar su sorpresa ante este hecho, y, haciéndola avanzar hacia él, dijo en un tono preocupado y trémulo:

—¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Cómo se llama?

Las respuestas a estas preguntas no hicieron sino aumentar su confusión. Le dijeron que era hija de una mujer llamada Louisa Conway, que llegó a América en tal fecha, que ocultaba celosamente su origen y el motivo de su fuga, cuyas calamidades habían puesto fin a su vida y que había dejado a su hija bajo la protección de sus amigos. Después de oír esta historia, el oficial se echó a llorar, estrechó convulsivamente a la muchacha entre sus brazos y declaró que era su padre. Cuando se hubo aplacado la agitación provocada por el inesperado reencuentro, satisfizo nuestra curiosidad con el siguiente relato:

—La señorita Conway era la única hija de un banquero de Londres, que la colmaba de todas las atenciones de un padre devoto. El militar los había conocido, se había prendado de los encantos de ella, la había pedido en matrimonio y había sido aceptado gustosamente por el padre y por la hija. Su mujer le había dado pruebas del más profundo cariño. El padre, que era inmensamente rico, le trataba con distinguido respeto, sufragaba con generosidad todas sus necesidades, y puso como única condición para aprobar el matrimonio que se instalaran en su casa.

»Habían vivido tres años de felicidad conyugal, bendecida por el nacimiento de esta hija, cuando sus obligaciones profesionales reclamaron urgentemente su presencia en Alemania. No sin esfuerzo logró persuadir a su mujer de que renunciase a su propósito de acompañarle en las tribulaciones y peligros de la guerra. Permanecer en Londres la hacía más desdichada. Trataron de aliviar su adversa fortuna con una nutrida correspondencia. Las cartas de su mujer no dejaban entrever otra cosa que preocupación por su seguridad e impaciencia por su regreso. Por fin, gracias a un nuevo arreglo, él tuvo que abandonar Westfalia y dirigirse al Canadá. Este cambio tenía una ventaja: le permitía encontrarse con su familia. Su mujer esperaba este encuentro con la misma avidez que él. Se apresuró a llegar a Londres y, nada más bajar de la diligencia, corrió a toda velocidad a casa del señor Conway.

»Se diría que la casa estaba de luto. Encontró a su suegro agobiado por el dolor e incapaz de responder a ninguna pregunta. Los criados, apesadumbrados y mudos, no fueron más comunicativos. Registró toda la casa y llamó por sus nombres a su mujer y a su hija; pero sus llamadas fueron inútiles. Por fin le explicaron lo ocurrido. Dos

días antes de su llegada, habían encontrado vacía la habitación de su mujer. Buscaron una y otra vez con el mayor cuidado, pero no pudieron dar con ella. Su desaparición era inexplicable. Madre e hija habían huido.

»Lo intentaron una vez más; registraron su alcoba y sus habitaciones, pero no encontraron el menor indicio que pudiera explicar los motivos de aquella fuga, si había sido voluntaria o no, y en qué rincón del reino o del mundo se ocultaba. ¿Cómo describir el dolor y la perplejidad del marido, su zozobra, los sucesivos estados de temor y de esperanza y su final desesperación? El deber le reclamaba en América. Había estado en esta ciudad y había cruzado más de una vez el umbral de la casa en que a la sazón vivía su mujer. Su suegro no había dejado un solo momento de intentar esclarecer este doloroso misterio, pero había fracasado. Este revés apresuró su muerte; a consecuencia de la cual, el padre de Louisa se había convertido en propietario de su inmensa fortuna.

Esta historia suscitó toda clase de conjeturas. Surgieron mil interrogantes, que discutimos en nuestro círculo doméstico, sobre las causas que habían inducido a la señora Stuart a abandonar su país. No parecía que lo hubiese hecho voluntariamente. Recordamos y repasamos todos los detalles que habíamos podido observar. Ninguno nos dio el menor indicio. Después del más escrupuloso análisis, su conducta seguía siendo un impenetrable misterio. Cuando le conocimos mejor, el mayor Stuart resultó ser un hombre muy amable. Su afecto por Louisa crecía constantemente. Ella no era ajena a los sentimientos de su nueva condición. No pudo por menos que abrazar la idea que se le propuso; volver con su padre a Inglaterra. Sin embargo, en atención a ella, él aplazó el viaje. Hacía falta algún tiempo para que la muchacha pudiera asimilar un cambio tan radical y considerar sin inquietud su separación de nosotros.

Yo no desesperaba de convencer a su padre para que desterrara por completo este proyecto inoportuno. Entretanto, siguió haciendo sus viajes por las colonias del norte y su hija continuó con nosotros. Louisa y mi hermano recibían con frecuencia cartas del mayor, en las que se revelaba como un hombre de inteligencia nada común. Menudeaban en ellas las anécdotas curiosas y los pensamientos profundos. Durante su estancia en Filadelfia, participó a menudo en nuestras charlas vespertinas en el santuario; y, desde su partida, sus cartas nos proporcionaron motivos de reflexión.

Una tarde de mayo, la dulzura del aire y el esplendor del campo nos indujeron a reunirnos en el santuario antes que de costumbre. Las mujeres nos ocupábamos con la aguja, mientras mi hermano y Pleyel esgrimían citas y silogismos. El tema de controversia era el valor del discurso para Cluentio, como prueba, primero, del genio del orador, y segundo, de las costumbres de la época. Pleyel se afanaba en refutar ambas clases de mérito, y empleaba todo su talento en demostrar que el orador había elegido una causa indefendible o, cuando menos, dudosa. Aducía que incurrir en las exageraciones del leguleyo o convertir el retrato de una familia en el modelo a partir del cual trazar el Estado de una nación, era absurdo. La discusión tomó de pronto un rumbo muy distinto a consecuencia de una cita equivocada. Pleyel acusó a su amigo

de decir *polliciatur* en lugar de *polliceretur*. Sólo la consulta directa del texto podía zanjar la cuestión. Volvía mi hermano a la casa con este propósito cuando le salió al encuentro un criado con una carta del mayor Stuart. Inmediatamente regresó para leerla en nuestra compañía.

Además de enviar afectuosos recuerdos para nosotros y paternas bendiciones para Louisa, la carta describía una cascada del Monongahela. Se desató entonces un súbito aguacero y tuvimos que refugiarnos en la casa. Amainó la tormenta y la noche se iluminó con un radiante claro de luna. Nadie propuso que volviéramos a ocupar nuestros asientos en el santuario. De modo que nos quedamos donde estábamos y reanudamos una animada conversación. La carta que acabábamos de recibir sugirió el tema de forma natural. Comparamos la catarata que en ella se describía con una que Pleyel había visto en los Alpes de Glarus. Al describir esta última, se mencionó una peculiaridad que alguien puso en duda. Para resolver la controversia que surgió entonces, propusimos recurrir a la carta. Mi hermano la buscó en sus bolsillos. No la encontró. Por fin recordó que la había dejado en el santuario, y decidió ir a buscarla. Su mujer, Pleyel, Louisa y yo no nos movimos de donde estábamos.

Volvió pocos minutos después. Yo estaba interesada en el tema de discusión, de manera que esperaba con impaciencia su regreso; sin embargo, mientras le escuchaba subir las escaleras, no pude dejar de pensar que regresaba con sorprendente rapidez. Mis ojos estaban fijos en él al entrar. Estoy persuadida de que su expresión era considerablemente distinta de cuando se fue. El asombro y algo de preocupación se dibujaban en su semblante. Parecía buscar algo con la mirada. La posó sucesivamente en todos nosotros, hasta detenerse en su mujer. Estaba sentada despreocupadamente en un sofá, en el mismo sitio de antes. Tenía entre las manos el mismo bastidor que hacía un momento ocupara su atención.

En cuanto mi hermano la vio, su perplejidad se agudizó visiblemente. Tomó asiento sin decir una palabra y, con la vista puesta en el suelo, pareció sumirse en sus pensamientos. Su comportamiento heló en mis labios las preguntas que deseaba hacerle sobre aquella carta. Muy poco después, todos abandonamos lo que estábamos haciendo y miramos a Wieland. Pensamos que esperaba a que guardásemos silencio para mostrarnos la carta. Él no rompió este silencio. Por fin, Pleyel dijo:

—Bueno, supongo que has encontrado esa carta.

—No —respondió, con la misma gravedad y mirando fijamente a su mujer—: no he subido a la peña.

—¿Por qué no?

—Catharine, ¿no te has movido de ese sitio desde que salí de esta habitación?

Ella advirtió la gravedad de su semblante y, apartando la labor, respondió sorprendida:

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

Wieland volvió a clavar la vista en el suelo y no contestó inmediatamente. Luego, mirándonos a todos, dijo:

—¿Es cierto que Catharine no me siguió a la peña?, ¿que no acaba de entrar en esta habitación?

Uno por uno, todos confirmamos que no se había ausentado ni un momento, y le preguntamos por qué quería saberlo.

—Vuestras seguridades —dijo— son solemnes y unánimes; pero si les doy crédito, tendré que desconfiar de mis sentidos que, cuando estaba a mitad de camino de la peña, me hicieron creer que Catharine estaba en la cima.

Nos quedamos atónitos al escuchar estas palabras. Pleyel se burló de su amigo con gran despreocupación. Wieland le escuchó tranquilamente, pero su expresión no se alteró lo más mínimo.

—Una cosa es cierta —dijo con vehemencia—: o bien que escuché la voz de mi mujer en la cima de la peña, o bien que no oigo tu voz en este momento.

—No hay duda —replicó Pleyel— de que es un triste dilema el que tienes que resolver. Si podemos fiarnos de nuestros ojos, es cierto que tu mujer ha permanecido aquí todo el tiempo que has estado ausente. Dices que has oído su voz en la peña. Generalmente, su voz, al igual que su carácter, es todo dulzura. Debe forzarla para hacerse oír al otro lado de la habitación. Si no me equivoco, mientras estabas fuera no ha dicho una sola palabra. Clara y yo estábamos charlando. Aunque es posible que mientras tanto Catharine mantuviera contigo en la colina una susurrante conversación; pero cuéntanos los detalles.

—La conversación —dijo Wieland— fue breve, y desde luego no fueron susurros lo que oí. Sabéis con qué propósito abandoné la casa. A mitad de camino de la peña, la luna se ocultó un momento detrás de una nube. La noche era extraordinariamente clara y apacible. Mientras andaba, miré hacia el santuario y me pareció ver un resplandor entre las columnas. Era tan débil que quizá no habría sido visible si la luna no hubiese estado oculta. Volví a mirar, pero no vi nada. Nunca voy solo o de noche al santuario sin acordarme de la muerte de mi padre. No había nada extraordinario en aquel fenómeno, pero parecía algo distinto de lo que la soledad o la oscuridad de la noche hubieran podido producir.

»Seguí andando. Mis pensamientos eran graves; y sentía cierta curiosidad, aunque no temor, por lo que creía haber visto. Había subido algo más de la mitad de los escalones cuando una voz me llamó desde atrás. Su timbre era claro, nítido, potente, y creí sin ninguna duda que era el de mi mujer. Ella no suele hablar tan alto. Casi nunca tiene ocasión; pero, de todos modos, la he oído llamar a veces con fuerza y ansiedad. Si mis oídos no me engañaban, fue su voz la que oí:

»“¡Detente! No sigas. Ese camino es peligroso para ti”. Lo inesperado de la advertencia, el tono de preocupación en que era pronunciada y, sobre todo, la creencia de que se trataba de mi mujer, me desconcertaron y no pude dar un paso más. Me di la vuelta y agucé el oído para asegurarme. Siguió un profundo silencio. Entonces dije: “¿Quién me llama? Catharine, ¿eres tú?” Guardé silencio, y acto seguido escuché la respuesta: “Sí, soy yo; no subas; vuelve ahora mismo; te esperan

en la casa”. La voz era de nuevo la de Catharine y procedía del arranque de la escalera.

»¿Qué hacer? La advertencia era misteriosa. El hecho de que la hiciese Catharine en un lugar y un momento como aquéllos, hacía más profundo su misterio. No tenía otra opción que obedecer. De modo que, confiando en que me esperaba al pie de la peña, volví sobre mis pasos. Al llegar allí, no vi a nadie. El claro de luna era otra vez muy brillante, pero, hasta donde mi vista alcanzaba, no vislumbré ninguna figura humana ni nada que se moviese. Si Catharine había vuelto ya a la casa, debía de haber corrido con una prisa frenética para que no pudiese verla. La llamé con todas mis fuerzas, pero en vano. Mis repetidas llamadas no tuvieron respuesta.

»Pensando en lo ocurrido, volví aquí. No tenía la menor duda de que había oído la voz de mi mujer; esto era difícil de explicar; y vosotros me aseguráis ahora que no ha sucedido nada para apresurar mi regreso y que mi mujer no se ha movido de su sitio.

Tal fue el relato de mi hermano. Lo escuchamos con dispares emociones. Pleyel no dudó en considerarlo un engaño de los sentidos. Era posible que se hubiese escuchado una voz, pero la imaginación de Wieland le había hecho percibir cierta semejanza con la de su esposa y había interpretado de este modo lo que había oído. Según su costumbre, dijo lo que pensaba. A veces hacía de esto motivo de una sesuda discusión, pero más a menudo se refería a ello en tono de burla. Creía que la fría razón no convencería a su amigo; y el ridículo, pensaba, era el tono más adecuado para anular la inquietud que, en una sensibilidad como la de Wieland, un incidente de esta naturaleza estaba llamado a producir.

Propuso que fuésemos a buscar la carta. El mismo Pleyel fue y volvió en seguida, trayéndola en la mano. La había encontrado abierta sobre el pedestal; y ninguna voz ni faz alguna se habían alzado para impedirselo.

Catharine era una mujer de sólido sentido común, pero en esta clase de asuntos se dejaba llevar por la perplejidad y el pánico. El hecho de que alguien hubiese usurpado su voz de manera tan injustificada e inexplicable le produjo no pequeña zozobra. Admitía los argumentos con los que Pleyel trataba de demostrar que aquello no era más que un engaño de los sentidos; pero su certeza vacilaba cuando volvía los ojos a su marido y comprobaba que la lógica de Pleyel no había producido en él el mismo efecto.

En lo que a mí se refiere, seguía pensando en lo ocurrido. No podía dejar de notar un vago parecido entre esto y la muerte de mi padre. En la muerte de mi padre había pensado a menudo; mis reflexiones no aclaraban todas mis dudas, aunque éstas no me atormentaban en absoluto. No podía negar que lo sucedido era como una especie de milagro, aunque todo mi ser se rebelaba contra esta explicación. Mi extrañeza se veía espoleada por lo inescrutable de sus causas, pero no había en ella tristeza o temor. Despertaba en mí cierta conmoción y una especie no desagradable de gravedad. Semejantes a éstas eran las emociones provocadas por la reciente aventura.

Pero sus efectos sobre la sensibilidad de mi hermano fueron decisivos. Lo más

conveniente era que lo considerase con indiferencia. El peor efecto que pudiera producir no era ciertamente irreparable. Aunque yo no podía dejar de pensar que sus sentidos habían sido víctimas de semejante alucinación. Esto daba a entender que sus facultades se hallaban en cierto modo enfermas, lo que, andando el tiempo, podía traducirse en síntomas más alarmantes. La voluntad es la herramienta del conocimiento, que forja sus conclusiones a partir de los datos de los sentidos. Si éstos están enfermos, es imposible prever las calamidades que pueden provocar las deducciones del conocimiento.

Me dije: «Este hombre es de temperamento apasionado y melancólico. Aquellas ideas que en otras personas son vagas y fortuitas, que se piensan en momentos de reflexión y soledad y que fácilmente se olvidan cuando cambia el escenario, han arraigado en él de forma inmovible. Los principios que una prolongada costumbre ha convertido en familiares y, en cierto modo, tangibles para su inteligencia, proceden de lo más profundo de sí mismo. Todos sus actos, opiniones y sentimientos prácticos son fruto de largas y abstrusas deducciones elaboradas a partir de la obediencia a Dios y las leyes de la inteligencia humana. En cierto sentido es un entusiasta, pero sus creencias se apoyan en un sinfín de argumentos y sutilezas.»

Siempre creyó que la muerte de su padre fue consecuencia de un mandato sobrenatural y directo. Pensaba en ella más que yo. Las huellas que dejó en él fueron más sombrías y tenaces. Este incidente tuvo el efecto visible de volverle más taciturno. Se le veía menos dispuesto que antes a la charla y a la lectura. Cuando le preguntábamos por sus preocupaciones, siempre resultaba que tenían una relación más o menos directa con este episodio. Era difícil adivinar la naturaleza exacta de la impresión que había producido en él. En nuestras conversaciones, nunca sacaba a colación este asunto, y escuchaba con una sonrisa silenciosa y apenas seria las burlonas salidas de Pleyel.

Una tarde estábamos él y yo solos en el santuario. Aproveché la oportunidad para indagar el estado de sus pensamientos. Después de un rato de silencio, que él no parecía en absoluto dispuesto a romper, dije:

—¡Casi podría tocarse con la mano la oscuridad! Pero un solo rayo de sol bastaría para disiparla.

—Ay —dijo Wieland con vehemencia—, debería poder disiparse la noche física tanto como la moral.

—Pero, cómo —dije yo—, ¿crees que la voluntad de Dios debe dirigir sus preceptos a nuestros sentidos?

Sonrió con un gesto de inteligencia.

—Es verdad —dijo—: el conocimiento humano tiene otros caminos.

—Nunca me has dicho —dije acercándome más a mi propósito—, nunca me has dicho qué pensabas de lo que ha sucedido recientemente.

—No es posible pensar nada sobre eso. Se ha producido un efecto; pero no podemos conocer la causa. Suponer que se trata de un engaño de los sentidos no

explica nada. Es posible que lo sea, pero existen otras veinte suposiciones más probables. Es preciso refutarlas antes de dar aquélla por buena.

—¿Cuáles son esas otras veinte suposiciones?

—No hace falta mencionarlas. Sólo que son menos improbables que la que defiende Pleyel. El paso del tiempo puede convertir cualquiera de ellas en la verdadera. Hasta entonces, de nada sirve hablar de esto.

CAPÍTULO V

Había transcurrido algún tiempo cuando tuvo lugar un incidente aún más notable. A su regreso de Europa, Pleyel trajo noticias de considerable importancia para mi hermano. Mis antepasados eran nobles sajones y poseían vastos dominios en Lusatia. Las guerras prusianas habían significado el fin de todas aquellas personas con mejores títulos que mi hermano. Pleyel había sido minucioso en sus averiguaciones y había descubierto que, según la ley de primogenitura masculina, los derechos de mi hermano eran superiores a los de cualquier otra persona con vida. Sólo se necesitaba su presencia en aquel país y una solicitud formal para restituirle lo que era suyo.

Pleyel recomendaba enérgicamente esta medida. Pensaba que las ventajas que acarreaba eran numerosas y que era estúpido negligirlas. En contra de lo que esperaba, comprobó que mi hermano se oponía a este proyecto. Pequeños esfuerzos, pensó en un principio, vencerían su resistencia; pero no tardó en advertir que su oposición era firme. El interés que le merecía la felicidad de su amigo y de su hermana, unido a su apego a la tierra sajona, de la que también él procedía y en la que había vivido muchos años de su juventud, le impulsaron a redoblar sus esfuerzos para obtener el consentimiento de Wieland. Para ello utilizó todos los argumentos que supo proporcionarle su inventiva. Pintó con seductores colores la situación de las costumbres y el gobierno de aquel país, la observancia de los derechos civiles y la libertad de cultos. Describió pormenorizadamente los privilegios aparejados al rango y la riqueza, y convirtió la condición servil de una clase en argumento a favor de su proyecto, ya que las rentas y el poder, unidos a un título de nobleza alemán, proporcionaban un campo ilimitado para hacer el bien. El mal causado por ese mismo poder empuñado por manos perversas, era proporcional al bien que podía derivarse del virtuoso uso del mismo. Por ello, si Wieland renunciaba a reclamar lo que era suyo, frustraba la tangible felicidad que su éxito reportaría a sus vasallos y se convertía en cómplice de todas las desventuras que sin ninguna duda causaría un señor menos benévolo.

No le fue difícil a mi hermano rebatir tales argumentos replicando que ningún lugar del mundo gozaba de tanta seguridad y libertad como aquel en que ahora vivía; que, si los sajones no tenían nada que temer de los desafueros de su gobierno, las causas externas de preocupación y de ruina eran numerosas y evidentes. Las recientes devastaciones a que se habían entregado los prusianos eran un ejemplo. Los horrores de la guerra no dejarían de ser una amenaza para ellos hasta que los déspotas de Austria y de Prusia no conquistaran y dividieran Alemania; eventualidad que, según sospechábamos con suficiente fundamento, no tardaría en producirse. Aunque,

dejando a un lado todas estas consideraciones, ¿era honesto entrar en posesión del poder y la riqueza aun cuando estuviesen a nuestro alcance? ¿No eran éstas las dos principales causas de depravación? ¿Qué seguridad podía tener él de que, con este cambio de condición y de país, no se convertiría en un hombre voluptuoso y despótico? La opulencia y el poder eran temibles porque envilecen a quien los posee. Él los aborrecía no sólo como instrumentos de la desventura de otros, sino de aquel que los detenta. A mayor abundamiento, la riqueza era relativa; y él, ¿no era ya un hombre rico? Vivía desahogadamente y sin ninguna preocupación económica. Todas las formas de placer a las que su fantasía o su razón daban algún valor, podía permitírselas. Pero debía renunciar a esto a cambio de unas ventajas que, sea cual fuere su valor, no dejaban de ser dudosas de momento. En la consecución de un ilusorio aumento de su fortuna, tenía que verse reducido a la pobreza; tenía que cambiar la seguridad presente por lo lejano y lo azaroso; pues, ¿quién ignora que las leyes son un sistema de gastos, aplazamientos e incertidumbre? Si accedía a realizar este proyecto, tendría que hacer un largo viaje a Europa y permanecer separado de su familia durante varios meses. Tendría que afrontar los peligros e incomodidades del mar; tendría que prescindir de todos los placeres hogareños; tendría que privar a su mujer de su compañía y a sus hijos de un padre y un maestro; y todo eso, ¿por qué? ¿Por las dudosas ventajas que habrían de reportarle una mayor riqueza y la detestable tiranía? ¿Por una precaria heredad en un país turbulento y en guerra? Ventajas que nadie podía garantizarle que obtendría, y cuya adquisición, aun siendo segura, se alejaba necesariamente en el tiempo.

Pleyel acariciaba esta idea no sólo por sus beneficios intrínsecos, sino también por otros motivos. Su solar de Leipzig le hacía considerar este país como su patria. Se hallaba unido a esa tierra por multitud de vínculos sociales. Viviendo allí, no había sido inmune al contagio amoroso. Pero la dama, aunque su corazón se inclinaba a su favor, había tenido que entregar su mano a otro. La muerte había removido aquel obstáculo, y la dama en persona le invitaba ahora a volver. Como es natural, él estaba resuelto a hacerlo, pero deseaba que Wieland le acompañase; no podía soportar la idea de separarse para siempre de sus actuales camaradas. El interés de éstos, pensaba, no se vería menos favorecido con este cambio que el suyo propio. Por eso se mostraba tenaz e infatigable en sus argumentos y peticiones.

Sabía que no podía contar con mi ayuda o la de su hermana. Si nos mencionaba el asunto, uniríamos nuestras fuerzas contra él y fortaleceríamos la oposición de Wieland, que era ya considerablemente difícil de vencer. De modo que nos ocultó con sumo cuidado sus intenciones. Si Wieland se unía antes a su causa, vencer nuestra oposición sería menos problemático. Mi hermano callaba sobre este tema, pues no se creía en peligro de cambiar de parecer y quería evitarnos toda inquietud. Sabía que la sola mención de este proyecto y la posibilidad de que lo pusiese en práctica, hubieran menoscabado nuestra tranquilidad.

Un día, tres semanas después de aquella misteriosa admonición, convinimos que

toda la familia pasase la velada en mi casa. Pocas veces habíamos disfrutado un día de más placentera serenidad. Pleyel nos había prometido venir, pero no acudió hasta poco antes de ponerse el sol. Traía una expresión de decepción y disgusto. Sin esperar a que le preguntásemos, nos explicó inmediatamente el motivo. Dos días antes había llegado un paquebote de Hamburgo y él se había ilusionado con la perspectiva de recibir alguna carta, pero no había llegado ninguna. Nunca le vi tan afectado por ningún contratiempo. Trataba a todo trance de explicarse el silencio de sus amigos. Estaba atormentado por los celos y sospechaba que aquélla a la que había entregado su corazón le había sido infiel. El silencio debía ser finito de un acuerdo. Si el motivo fuera la enfermedad de ella, o su ausencia, o su muerte, sin duda alguien habría escrito. No cabía suponer otra cosa sino que su prometida se había vuelto indiferente, o que había puesto sus ojos en otro. La pérdida de una carta era casi imposible. De Leipzig a Hamburgo y de Hamburgo a América el correo no estaba sometido a ningún riesgo.

Pleyel había permanecido tanto tiempo en América principalmente a causa de la oposición de Wieland a su proyecto. Se le veía ahora más impaciente que nunca por volver a Europa. Cuando pensaba que los sucesivos aplazamientos le habían enajenado con toda probabilidad el afecto de su prometida, su pesar era insoportable. Sólo le quedaba reparar o, de ser todavía posible, evitar semejante desgracia partiendo inmediatamente. Casi había decidido ya embarcarse en el mismo barco, que, según le habían dicho, zarparía dentro de pocas semanas de regreso a Europa.

Mientras tanto, decidió intentar de nuevo hacer cambiar a Wieland de parecer. Casi había oscurecido cuando le invitó a dar un paseo. Wieland aceptó la invitación y nos dejaron solas a Catharine, a Louisa y a mí. Durante aquel paseo, Pleyel expuso una vez más el asunto que le era más querido. Volvió a plantear sus antiguos argumentos colocándolos bajo una luz más concluyente.

Prometieron regresar en seguida, pero las horas pasaban y no aparecían. Enfrascadas en animada conversación, no nos dimos cuenta del tiempo que había transcurrido hasta que el reloj dio las doce. La ausencia de nuestros amigos provocó cierta incómoda preocupación. Expresábamos nuestros temores, comparando nuestras conjeturas sobre cuál podría ser la causa, cuando entraron juntos. En sus rostros percibí algo que me obligó a guardar silencio. Catharine, deseosa de manifestar su curiosidad y su sorpresa por la longitud del paseo, no lo advirtió. Mientras la escuchaban, noté que no estaban menos sorprendidos que nosotras. Se miraban en silencio y miraban a Catharine. Observé sus semblantes, pero no pude comprender las emociones que estaban pintadas en ellos.

Su actitud hizo que las preguntas de Catharine tomaran otro rumbo. ¿Qué querían dar a entender, dijo, con aquellas miradas y aquel silencio? Pleyel aprovechó este pie forzado, y, adoptando un aire de indiferencia, inventó una excusa trivial, al tiempo que lanzaba a Wieland miradas significativas, como si pretendiese advertirle que no revelara la verdad. Mi hermano no dijo nada y se sumió en sus pensamientos.

También yo callé, aunque ardía de impaciencia por desentrañar aquel misterio. Inmediatamente después mi hermano, su mujer y Louisa regresaron a su casa. Por propia iniciativa, Pleyel me propuso ser mi huésped aquella noche. Este hecho, unido a todo lo anterior, aumentó mi perplejidad.

En cuanto nos dejaron solos, el semblante de Pleyel cobró una expresión preocupada, consternada incluso, que nunca había visto en él. Las zancadas con que medía el suelo delataban su agitación. Aplacé mis indagaciones con la esperanza de que me diera la información que deseaba sin necesidad de importunarle con ninguna pregunta. Esperé algún tiempo, pero no parecía que su confusión disminuyera de ninguna manera. Por fin, mencioné los temores que había provocado su inusual tardanza y que la forma en que se habían comportado desde su vuelta no había hecho más que aumentar, y le pedí una explicación. Al iniciar mi interpelación se detuvo y me miró fijamente. Cuando terminé de hablar, me dijo en un tono trémulo y preocupado:

—¿Qué hicisteis mientras estábamos fuera?

—Hojeamos el diccionario de Della Crusca y charlamos de distintos asuntos; pero, inmediatamente antes de vuestra aparición, nos atormentábamos con toda clase de pronósticos y conjeturas sobre vuestra tardanza.

—¿Estuvo Catharine con vosotras durante todo el tiempo?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Completamente. No se ausentó ni un momento.

Se quedó un rato de pie, inmóvil, como tratando de asegurarse de mi sinceridad. Luego, cerrando los puños y levantándolos en un gesto de desesperación por encima de la cabeza exclamó:

—¡Dios mío! Tengo noticias para ti. ¡La baronesa de Stolberg ha muerto!

Ésta era la mujer a la que Pleyel amaba. No me sorprendió su agitación.

—Pero ¿cómo lo supiste? ¿Qué tiene eso que ver con el hecho de que Catharine estuviese con nosotras?

Durante un rato no prestó atención a mis preguntas. Cuando *empezó* a hablar, fue como si siguiese hablando consigo mismo:

—Sin embargo, puede tratarse de una especie de alucinación. Pero, en tal caso, ¿podríamos estar engañados los dos? ¡Extraña y prodigiosa coincidencia! Casi imposible. Aunque, si la voz fuera un oráculo, Theresa habría muerto. ¡No, no! —continuó, cubriéndose el rostro con las manos y con una voz que casi quebraban los sollozos—, no puedo creerlo. Es verdad que no ha escrito; pero si hubiese muerto, el fiel Bertrand se habría apresurado a informarme. Aunque, conociendo a su amo, bien podía suponer la impresión que me causaría esta noticia. Por compasión hacia mí ha guardado silencio.

»Perdóname, Clara; todo esto no tiene sentido para ti. Te lo explicaré en cuanto pueda. Pero no digas nada a Catharine. No es tan fuerte como tú. Además, tendría

más motivos para sentirse consternada. Ella es el ángel bueno de Wieland.

Por primera vez, Pleyel me puso al corriente del proyecto que con tanta insistencia había propuesto a mi hermano. Enumeró las objeciones de Wieland y se refirió a la habilidad con que había sabido rebatirlas. Mencionó el efecto que una carta fallida había tenido en sus previsiones.

—Durante nuestro paseo —prosiguió—, saqué a relucir el asunto que me es más querido. Volví a exponer mis antiguos argumentos colocándolos bajo una luz más concluyente. Wieland se mostraba reacio todavía. Habló de los peligros que conllevan la riqueza y el poder, de la sacralidad de los deberes de padre y de esposo y de la dicha de la mediocridad.

»No es de extrañar que el tiempo volase sin que nos diésemos cuenta. Demasiadas cosas dependían del resultado de esta conversación. Varias veces llegamos hasta el pie de la peña; en cuanto la divisábamos, cambiábamos de dirección, pero indefectiblemente nuestro errante y tortuoso deambular acababa allí. Por fin tu hermano observó; “Parece que una especie de fatalidad nos empuja a este lugar. Ya que estamos tan cerca, subamos y sentémonos un momento. Si no estás cansado de esta discusión, la reanudaremos arriba.”

»Tácitamente consentí. Subimos las escaleras y, después de arrastrar un sofá hasta el lado que da al río, tomamos asiento. Reanudé la discusión donde la habíamos dejado. Ridiculicé su temor al océano y su apego al hogar. Continué en este tono, tan acorde con mi carácter, durante algún tiempo sin que él me interrumpiera. Finalmente, dijo: “Supongamos por un momento que, aunque tus argumentos no me hayan convencido, me dejo llevar por el temor al ridículo y convengo en que tu idea es factible: ¿qué habrías conseguido? Nada. Tienes otros enemigos además de mí. Cuando hayas vencido mi resistencia, tu tarea no habrá hecho más que empezar. Tendrás que enfrentarte a mi mujer y a mi hermana. Y, créeme, hay adversarios a los que nunca vencerían tu energía y tu astucia.” Dije que su decisión sería decisiva para vosotras; que Catharine se sentiría obligada a obedecer. Con alguna presteza contestó: “Te equivocas. Su consentimiento es indispensable. No tengo la costumbre de exigir sacrificios de esa clase. Soy su amigo y su protector, no su enemigo ni su tirano. Si mi mujer considera que hay que tener en cuenta su felicidad y la de los niños, se quedará aquí.” “Pero cuando sepa que ése es tu deseo, ¿no accederá a acompañarnos?” Antes de que mi amigo tuviera tiempo de responder esta pregunta, se escuchó una clara y nítida negativa procedente de otro lugar distinto. No venía de ningún sitio en concreto, de delante o de atrás. ¿De dónde venía? ¿Quién la pronunciaba?

»De haber existido alguna duda sobre este particular, la repetición igualmente deliberada y nítida del mismo monosílabo, «No», la habría disipado. Era la voz de mi hermana. Parecía venir del techo. Me puse en pie. “Catharine —exclamé—, ¿dónde estás?” Nadie contestó. En vano registré el santuario y el espacio que hay delante. Tu hermano seguía inmóvil en el mismo sitio. Volví junto a él y me senté de nuevo a su

lado. Mi perplejidad era tan grande como la suya.

»“Bueno —dijo por fin—, ¿qué piensas de esto? Es la misma voz que escuché la otra vez; te convencerás ahora de que mis oídos no me engañaban.”

»“Sí —dije—, es evidente que esto no es producto de nuestra imaginación.” Nos sumimos en un mutuo y pensativo silencio. Al caer en la cuenta de lo avanzado de la hora y lo prolongado de nuestra ausencia, propuse que regresáramos. Nos pusimos en pie. Al hacerlo, volví a considerar mi situación. “Sí —dije en voz alta sin dirigirme a nadie en particular—, mi decisión está tomada. No puedo conseguir que mis amigos me acompañen. Si ése es su deseo, que pasen el resto de sus días vegetando a orillas del Schuylkill; en lo que a mí se refiere, zarparé en el próximo barco; volaré a su presencia para preguntarle el motivo de este insólito silencio.”

»Apenas acababa de pronunciar esta frase cuando la enigmática voz exclamó: “No irás. La muerte ha sellado sus labios. Su silencio es el silencio de la tumba.” Imagina la impresión que me causaron semejantes palabras. Temblé de pies a cabeza al escucharlas. En cuanto me recobré del primer sobresalto dije: “¿Quién habla?, ¿dónde supiste esa lúgubre noticia?” No tuve que esperar mucho tiempo la respuesta. “De una fuente infalible. Ten conformidad. Ella ha muerto.” Te sorprenderá con razón que, a pesar de las circunstancias en que escuchaba esta noticia y del misterio que la rodeaba por ser mi hermana quien me la transmitía, pudiera prestar la máxima atención al contenido de nuestro diálogo. Ávidamente pregunté: “¿Cuándo y dónde murió? ¿Cuál fue la causa de su muerte? ¿Es su muerte completamente segura?” Sólo la última pregunta tuvo contestación: “Sí”, dijo la misma voz; pero ahora sonaba a una enorme distancia, y el más profundo silencio fue la única respuesta a mis siguientes preguntas.

»Era la voz de mi hermana; pero no podía ser ella quien hablaba; aunque, si no era ella, ¿quién hablaba? Cuando al volver os vimos juntas, todas las dudas se desvanecieron. Era evidente que ella no había pronunciado aquella admonición. Pero si no ella, ¿quién lo había hecho? ¿Son las circunstancias que rodean la forma en que he sabido esta noticia prueba de que es cierta? ¡Quiera Dios que no lo sea!

Entonces Pleyel guardó un afligido silencio, y me dio ocasión de reflexionar sobre este hecho inexplicable. No sabría describir mis emociones. Yo no temo a las sombras. Las historias de aparecidos y encantamientos no despertaban en mí el menor interés. Sólo veía en ellas ignorancia y desvarío; y era por completo ajena a esa clase de terror que algunos consideran placentero. Pero esto era distinto. Aquí había pruebas irrefutables de una existencia tangible e inteligente. Aquí se había obtenido y transmitido cierta información por medios incuestionablemente sobrehumanos.

Difícilmente se negará que, además de nosotros mismos, existen otros seres conscientes cuyos modos de actuar y percibir nos exceden por completo. ¿Nos es dado a veces vislumbrar el mundo de esos seres superiores? Mi corazón no era lo bastante grande como para abrigar una idea de semejante envergadura. Un sentimiento de temor, el más dulce y solemne que quepa imaginar, recorrió todo mi

cuerpo. No me abandonó cuando, después de despedirme de Pleyel, me encerré en mi alcoba. Mi sensibilidad había recibido un estímulo enteramente incompatible con el sueño. Pasé despierta toda la noche, pensando. Estaba persuadida de la existencia real de un agente misterioso, pero no maligno. Nada había sucedido hasta entonces que me hiciese suponer perversas las intenciones de aquel ser impalpable. Por el contrario, en mi imaginación siempre se había asociado aquel poder superior con la idea de una virtud más alta. Las admoniciones que Pleyel y Wieland habían escuchado parecían abrigar buenas intenciones. Aquella voz había evitado que mi hermano subiese a la peña. Le había advertido del peligro que se alzaba en su camino, y acaso la obediencia a sus instancias le había salvado de una muerte semejante a la de mi padre.

La misma intervención había rescatado a Pleyel de una insoportable incertidumbre y de los azares y fatigas de un inútil viaje. Le había dado seguridades sobre la muerte de Theresa.

La dama, pues, había muerto. De ser cierta, no tardaría en llegar la confirmación de esta noticia. ¿Debíamos desear o pedir esta confirmación? Con esta muerte se había roto el vínculo que unía a Pleyel a Europa. A partir de entonces, todo se confabularía para retenerle en su país natal, y no tendríamos que sufrir el profundo dolor de su irreparable ausencia. El espíritu que transmitía tales noticias era propicio. Quizás habría sido propicio si, además de comunicar la noticia de su muerte, también la hubiera producido. Propicio para nosotros, los amigos de Pleyel, que a partir de entonces podíamos estar seguros de gozar de la dicha de su compañía; y no adverso para el propio Pleyel, pues, aunque su amada hubiera muerto, ¿no había otra mujer que pudiera y quisiera consolarle de su pérdida?

Veinte días después, llegó otro barco procedente del mismo puerto. Durante todo este tiempo, Pleyel apenas vio a sus antiguos camaradas. Se había tomado presa de una hosca y taciturna melancolía. Sus paseos tenían como único escenario la ribera del Delaware. Ésta es una playa artificial. A un lado están los juncos y el río, y en el otro, en aquella parte que limitaba las tierras de Pleyel y que se extiende desde la desembocadura del Arroyo del Holandés hasta la del Schuylkill, hay un húmedo marjal. No cabe imaginar un paisaje menos seductor para el amante de lo pintoresco. La costa se halla deformada por el lodo y cubierta de un interminable bosque de juncos. Durante casi todo el año los campos están cubiertos de fango; pero cuando proporcionan un suelo firme al paseante, los terraplenes que los cercan y los cortan se hallan anegados por unas charcas verdosas que despiden malsanas emanaciones. El placer tanto como la salud son ajenos a estos parajes. Es seguro que el otoño venga acompañado de fiebres y calenturas biliosas.

Los paisajes que rodeaban nuestras mansiones de Mettingen eran todo lo contrario. En este tramo de su curso, el Schuylkill era una corriente pura y transparente que rompía en una música incesante y salvaje en los puntos rocosos y que susurraba en las arenosas márgenes, y cuya superficie reflejaba un conjunto de

terraplenes de todas las alturas y grados de declive. Estos terraplenes, afianzados por matas de hierba de color verde oscuro e informes masas de mármol blanco, se hallaban coronados por matorrales de cedros y por la regular magnificencia de unos huertos que en esta época del año estaban en flor y despedían toda suerte de perfumes. Las tierras algo más alejadas del río se ahuecaban en valles y cañadas. Sus atractivos habían sido multiplicados por el talento hortícola de mi hermano, que engalanó esta exquisita mezcla de eminencias y declives con toda clase de adornos vegetales, desde los brazos gigantescos del roble a los arracimados zarcillos de la madreSelva.

Con el fin de apartarle de los aires malsanos de su casa, habíamos propuesto a Pleyel que pasara la primavera con nosotros. Aparentemente, había aceptado el ofrecimiento: pero los sucesos recientes le indujeron a cambiar de idea. Sólo podíamos verle si le visitábamos en su retiro. La alegría le había abandonado y su única preocupación consistía en obtener noticias de Sajonia. Me he referido a la llegada de otro barco del Elba. Lo descubrió una mañana, paseando a la orilla del río. No le costó reconocerlo, pues era el mismo barco en que había hecho su primer viaje a Alemania. Se apresuró a subir a bordo, pero no encontró ninguna carta para él. Este olvido fue en cierto modo compensado por el encuentro entre el pasaje con un viejo conocido suyo, que hacía poco había estado en Leipzig. Esta persona puso fin a todas las conjeturas sobre la suerte de Theresa, contándole los pormenores de su muerte y sepelio.

De este modo se confirmó la veracidad de aquella reciente admonición. La tristeza de Pleyel, a quien no devoraba ya la incertidumbre, no estaba reñida con la vida social. Volvió a buscar nuestra compañía. Es cierto que su vivacidad no era la de antes: pero, incluso en este aspecto, resultaba ahora un camarada más aceptable, pues su seriedad no era huraña ni retraída.

Durante un tiempo, estos sucesos constituyeron nuestra única preocupación. En mí produjeron un sentimiento no muy distinto del placer, y, antes que en el caso de mis amigos, pasaron a ocupar un segundo plano. Mi hermano se sintió particularmente impresionado por ellos. No era difícil notar que muchas de sus reflexiones tenían esta impronta. A esto hay que atribuir un proyecto suyo de aquella época: la recopilación de datos y la investigación de todo lo relativo a aquel misterioso personaje, el demonio de Sócrates.

Muy pocos estaban a su altura en el conocimiento del griego y el latín, y sin duda el mundo habría recibido con avidez un tratado de su pluma sobre este tema; pero, ay, éste y cualquier otro proyecto de honor y de felicidad se hallaban destinados a un súbito y maligno revés y a la irremediable aniquilación.

CAPÍTULO VI

Debo referirme ahora a una persona cuyo nombre está unido a las más desasosegantes emociones. Con estremecida aprensión me dispongo a describirla. Ahora es cuando empiezo a comprender la dificultad de la tarea que me he impuesto; pero sería debilidad abandonar. Al evocar su imagen, mis dedos se paralizan y la sangre se hiela en mis venas. ¡Vergüenza para mi cobardía y mi pusilánime corazón! Hasta el momento me he conducido con bastante serenidad, pero ahora debo hacer una pausa. No pretendo insinuar que su espeluznante recuerdo quebrantará mi coraje y hará flaquear mi resolución, sino que una debilidad de esta naturaleza no puede superarse de inmediato. Debo dejarlo un momento.

Después de dar algunas vueltas a mi habitación, he reunido el aplomo suficiente para continuar. Pero ¿no habré emprendido una tarea superior a mi capacidad? Si en el mismo umbral de la escena me tiemblan las rodillas de este modo y me derrumbo, ¿cómo podré mantenerme erguida cuando me adentre en la descripción de unos horrores que hasta ahora ningún corazón ha concebido ni lengua alguna ha sido capaz de contar? Me estremezco y retrocedo ante semejante perspectiva; pero mi irresolución es momentánea. No he iniciado este empeño por motivos de poca monta; y, aunque a veces me detenga y vacile, nada me apartará de él.

Y tú, el más fatídico y formidable de los hombres, ¿qué términos habré de emplear para describirte? ¿Cuáles son las palabras adecuadas para pintarte con exactitud? ¿Cómo daré cuenta de los medios de que te serviste para convertir tus designios en un misterio insondable? Pero no debo apresurarme. Déjame recobrar, si ello es posible, el tono sereno. Déjame refrenar el ímpetu de una pasión que me volvería confusa o impotente. Déjame sofocar la angustia que ha despertado tu nombre. Déjame observarte por un momento como a un ser carente de atributos terribles. Déjame olvidar las desventuras de las que sin ninguna duda fuiste responsable, y reducir mi visión a aquellos inofensivos fenómenos que acompañaron tu entrada en escena.

Una soleada tarde estaba yo a la puerta de mi casa cuando reparé en una persona que paseaba junto al borde del terraplén que se halla enfrente. Su andar era descuidado e indolente, y carecía de esa graciosa flexibilidad que distingue a una persona de cierta cultura de un patán. Su aspecto era torpe y rústico. Su porte desgarrado y tosco. Unos hombros anchos y cuadrados, un pecho hundido, una cabeza gacha y un tronco de uniforme anchura sostenido por unas piernas largas y flacas, eran los elementos principales de su figura. Su vestimenta no desentonaba con semejante estampa. Un sombrero ladeado, deslustrado por la lluvia, un gabán de grueso paño gris cortado y cosido, se diría, por un sastre pueblerino, unas medias de

estambre azul y unos zapatos atados con correas y cubiertos y descoloridos por una capa de polvo que el cepillo jamás había perturbado, formaban su atuendo.

No había nada notable en estas trazas; era frecuente toparse con ellas en el campo o en los caminos. No sabría decir por qué me fijé en aquel momento en este hombre con más atención que de ordinario, a no ser que fuese porque rara vez veía yo semejantes figuras en las tierras de labor o en los caminos. Solamente atravesaban esta pradera hombres que querían disfrutar de los placeres del paseo o de la grandeza del paisaje.

Pasó lentamente, deteniéndose muchas veces, como si considerase con más detenimiento su propósito, como para permitirme que observara su aspecto. De pronto entró en un matorral a poca distancia y desapareció. Le seguí con la mirada hasta que se perdió de vista. Si su imagen persistió algunos minutos en mi imaginación después de desaparecer, fue porque no se presentó ningún objeto capaz de expulsarla.

Continué durante media hora en el mismo sitio, contemplando como a rachas y vagamente la imagen de aquel paseante, y deduciendo de su apariencia los episodios de su historia intelectual que la experiencia nos permite extraer. Pensé en la alianza que comúnmente se establece entre la práctica de la agricultura y la ignorancia, y me abandoné a triviales especulaciones sobre el efecto que el progresivo conocimiento podría tener en la ruptura de esta alianza y la realización de los sueños de los poetas. Me pregunté por qué el arado y la azada no podrían convertirse en el quehacer de todo ser humano, y de qué forma este quehacer podría conducir o, cuando menos, ser compatible con la adquisición del saber y la elocuencia.

Cansada de estas reflexiones, volví a la cocina para realizar alguna tarea doméstica. Tenía una sola criada, que era una muchacha aproximadamente de mi misma edad. Yo estaba cerca del fogón y ella trajinaba junto a la puerta de la cocina cuando alguien llamó. Ella abrió la puerta, y en el acto le dirigieron estas palabras:

—Por favor, muchacha, ¿podrías darle a un sediento un vaso de suero de manteca?

Ella respondió que en casa no teníamos suero de manteca.

—Ah, pero seguro que tienen en aquella vaquería. Sabes tan bien como yo, aunque Hermes nunca te lo enseñara, que aunque toda vaquería es una casa, no toda casa es una vaquería.

A estas palabras, que sólo comprendió a medias, la muchacha replicó repitiendo que no teníamos suero de manteca.

—Bueno, entonces —prosiguió el desconocido—, por el amor de Dios, dame un vaso de agua fría.

La muchacha dijo que tendría que ir a buscarla a la fuente.

—No; alcánzame un vaso y yo mismo iré a buscarla. Puesto que no estoy ni esposado ni cojo, merecería que me enterrasen en el buche de una bandada de cuervos carroñeros si permitiera que tú lo hicieses.

Ella le dio el vaso y el hombre se dio la vuelta y se dirigió hacia la fuente.

Escuché este diálogo en silencio. Las palabras de aquel desconocido me impresionaron de un modo singular; pero lo que las hacía notables era el tono en que habían sido pronunciadas. Era completamente nuevo para mí. Las voces de mi hermano y de Pleyel eran varoniles y musicales. Afectuosamente, yo había imaginado que ninguna podría superarlas en este sentido. Entonces caí en la cuenta de mi error. No sabría expresar la impresión que produjeron aquellas inflexiones ni describir el modo en que el vigor y la dulzura se mezclaban en ellas. La articulación era de una nitidez que nunca había tenido ocasión de escuchar. Pero eso no era todo. Aquella voz no era solamente dulce y clara, sino que el énfasis era tan preciso y la entonación tan conmovida que un corazón de piedra no hubiera podido dejar de conmoverse. Me causó una impresión tan involuntaria como incontrollable. Cuando pronunció la frase «por el amor de Dios», dejé caer el trapo que sostenía en la mano; mi pecho se estremeció de compasión y mis ojos se anegaron en espontáneas lágrimas.

Esta descripción se les antojará a ustedes trivial o increíble. La importancia de estos hechos se revelará más adelante. Para mí misma fue una sorpresa la forma en que me impresionó aquella voz. Jamás había escuchado una manera de hablar semejante; pero que en un momento fuera capaz de hacerme saltar las lágrimas, a duras penas será creído por otros, pues yo misma no puedo comprenderlo.

Supondrán en seguida que de algún modo me mostré interesada por la persona y el comportamiento de nuestro visitante. Después de un momento de inmovilidad, me dirigí a la puerta y le busqué con la mirada. Imaginen mi sorpresa al contemplar la misma figura que había aparecido media hora antes en el borde del terraplén. Mi imaginación había forjado una imagen muy distinta. Aquella voz evocaba inmediatamente una figura, un porte y una actitud dignos de ella; pero este hombre era en todos sus aspectos visibles todo lo contrario de ese fantasma. Aunque parezca extraño, tardé algún tiempo en recobrarme de la decepción. En lugar de volver a mis quehaceres, tomé asiento en una silla que había colocado frente a la puerta y permanecí absorta en mis pensamientos.

Pocos minutos después el desconocido, que volvía con el vaso en la mano, reclamó mi atención. No había previsto esta posibilidad, pues en caso contrario habría elegido otro asiento. No bien apareció en el vano de la puerta, un confuso sentimiento de inconveniencia, unido a lo inesperado de la posible entrevista, me redujeron a un estado del más incómodo embarazo. Su expresión era tranquila; pero, tan pronto como sus ojos se posaron en mí, se mostró tan cohibido como yo. Dejó el vaso sobre la tarima, balbuceó unas palabras de agradecimiento, y se fue.

Esto sucedió algún tiempo antes de que yo recuperara la serenidad. Había entrevisto el aspecto del desconocido. La impresión que me había causado era vivida e indeleble. Tenía las mejillas pálidas y flacas, el mentón inflamado por un herpes, los ojos hundidos, la frente semioculta por unas greñas desordenadas y unos dientes anchos e irregulares aunque de inmaculada blancura. Su tez era ordinaria y cetrina.

Ninguna de sus facciones era hermosa, y el óvalo del rostro recordaba un cono invertido.

Pero su frente, apenas visible a través de unos hirsutos mechones de pelo, sus ojos negros y brillantes, y dotados, en medio de la palidez, de un fulgor indeciblemente sereno y potente, y alguna otra cosa en el resto de sus facciones que sería imposible describir pero que delataba una inteligencia de primer orden, eran elementos esenciales de su retrato. Todo lo cual, por los efectos que produciría muy poco después, se cuenta entre los episodios más decisivos de mi vida. Este rostro, un instante entrevisto, siguió ocupando mi imaginación durante muchas horas con exclusión de casi cualquier otra imagen. Había pensado pasar la tarde con mi hermano, pero no pude sustraerme a la tentación de hacer un boceto sobre el papel de ese rostro memorable. Fuera que una singular inspiración guiara mi mano, o que me cegasen el amor propio y la pasión, aquel retrato, aunque ejecutado a toda prisa, se me antojó excepcional.

Lo situé a todas las distancias y bajo todos los ángulos; no podía apartar los ojos de él. Pasé casi la mitad de la noche despierta, contemplando aquel dibujo. ¡Cuán flexible y sin embargo tenaz es la mente humana! ¡Cuán obediente a los estímulos más breves y fugaces, y sin embargo, cuán dúctil a la dirección que se le imprime! ¡Qué poco preveía yo el final de la cadena cuyo primer eslabón era esto!

La mañana siguiente amaneció nublada y tormentosa. Cayeron durante todo el día torrentes de lluvia acompañados de incesantes truenos que resonaban en atronadores ecos procedentes del terraplén que estaba frente a mi casa. El mal tiempo me impidió salir a pasear. En realidad, no sentía el menor deseo de abandonar mi habitación. Me dediqué a contemplar el retrato, cuyos atractivos había realzado el paso del tiempo. Dejé a un lado mis quehaceres de costumbre y, sentándome junto a la ventana, consumí el día ya mirando la tormenta, ya contemplando el dibujo que yacía sobre una mesa ante mí. Pensarán tal vez que este comportamiento es hartamente singular y lo atribuirán a ciertas peculiaridades de mi temperamento. Debo decir que ignoro cuáles puedan ser tales peculiaridades. Sólo puedo dar cuenta de mi fascinación por esta imagen si supongo que tenía propiedades prodigiosas y raras. Acaso sospechen que tales fueron los primeros brotes de una pasión a la que se halla expuesto todo corazón femenino y que con frecuencia echa raíces por motivos mucho más fútiles e improbables. No pongo en duda la sensatez de semejante sospecha, pero no limiten su libertad de extraer de mi relato las conclusiones que estimen más acertadas.

Volvió a hacerse de noche y amainó la tormenta. La atmósfera estaba otra vez tranquila y clara, y formaba un contraste llamativo con el reciente tumulto de los elementos. Pasé las horas de aquella noche como había pasado el día entero, absorta y sentada junto a la ventana. ¿Por qué me embargaban pensamientos amenazadores y terribles? ¿Por qué suspiraba y se me llenaban los ojos de lágrimas? ¿Era la tempestad que acababa de descargar señal de la ruina que se cernía sobre mi cabeza? Evoqué con fervor las imágenes de mi hermano y de sus hijos; pero éstas hacían más

honda la melancolía de mis pensamientos. Las sonrisas de aquellas criaturas encantadoras eran tan dulces como siempre; la frente de su padre ostentaba la misma dignidad; y, sin embargo, pensé en ellos con angustia. Algo me susurraba que la felicidad que ahora disfrutábamos se alzaba sobre endebles cimientos. Todos debemos morir. Si la muerte destruiría mañana nuestra felicidad o si estaba escrito que moriríamos cargados de años y de honores, era una cuestión que nadie podía resolver. En otras épocas, raramente alimentaba yo tales ideas. O no pensaba en el destino que le está reservado a todo ser humano, o bien este pensamiento se mezclaba con otras reflexiones que lo despojaban de su horror; pero ahora la fragilidad de la vida humana me asaltaba sin ninguno de sus habituales y tranquilizadores acompañamientos. Me dije; «Tenemos que morir. Tarde o temprano desapareceremos para siempre de la faz de la tierra. Sean cuales sean los lazos que nos unen a la vida, deben romperse. En cada uno de sus elementos esta existencia es desdichada. La mayoría de los hombres viven oprimidos por desgracias inmediatas, y ¡cuán escasa es la porción de felicidad de aquellos cuyos días transcurren llenos de venturas, puesto que saben que ha de terminar!»

Durante algún tiempo me abandoné sin resistencia a estos sombríos pensamientos; pero la tristeza que causaban me resultó intolerablemente dolorosa. Intenté disiparla con música. Gracias a mi abuelo, sabía muchas canciones y poemas de memoria. Tropecé con una balada que conmemoraba la muerte de un caballero alemán, caído en el sitio de Niza bajo Gofredo de Bouillon. La elección no fue afortunada, pues las escenas de violencia y carnicería que allí se describían con trazos vigorosos y brutales me sugirieron tan sólo un nuevo cuadro de los horrores de la guerra.

Inútilmente busqué refugio en el sueño. Mi imaginación estaba atestada de imágenes vividas y confusas, y eran vanos todos mis esfuerzos para aceptarlas. Hallándome en este estado de ánimo, escuché dar las doce en el reloj de mi habitación. Era el mismo objeto que antiguamente colgaba en la alcoba de mi padre y, siendo obra suya, toda la familia lo miraba con reverencia. Me había correspondido en el reparto de sus bienes, y lo había colocado en este refugio. Su sonido suscitó una cadena de reflexiones sobre la muerte de mi padre. No pude seguir pensando en ella, pues no habían cesado las vibraciones de las campanadas, cuando atrajo mi atención un susurro que de entrada creí procedente de unos labios que hablaban junto a mis oídos.

Huelga decir que esto me sobrecogió. Cediendo al primer impulso del terror, lancé un grito involuntario y me acurruqué en el lado opuesto de la cama. Sin embargo, un instante después recobré la serenidad. Yo era indiferente a todos los motivos de temor que atormentan a la mayoría. No me asustaban los fantasmas o los ladrones. Ni unos ni otros habían puesto en peligro jamás nuestra seguridad, de modo que no empleaba ningún medio para prevenir o desbaratar sus maquinaciones. En aquella ocasión no tardé en recuperar la calma. Evidentemente, aquel susurro

procedía de alguien que estaba al borde de mi cama. Lo primero que pensé fue que había sido la criada que vivía conmigo. Quizás la había asustado algo, o estaba enferma, y había venido a pedirme ayuda. Susurrándome al oído pretendía que me despertara sin alarmarme.

Creyendo que se trataba de esto, dije:

—Judith, ¿eres tú? ¿Qué quieres? ¿Qué te sucede?

Nadie respondió. Volví a preguntar, pero en vano. La noche era muy oscura y mi cama estaba cubierta por un dosel, de modo que no podía ver nada. Descorrí la cortina del dosel y, apoyando la cabeza en la mano, agucé los oídos. Entretanto, repasé todas las circunstancias que pudieran ayudarme a explicar lo que sucedía.

Mi casa era un edificio de dos plantas. En cada planta había dos habitaciones, separadas por un vestíbulo o corredor intermedio, a través del cual se comunicaban por puertas enfrentadas. El corredor de la planta baja tenía puertas en ambos extremos y una escalera. En la planta alta, en lugar de puertas había dos ventanas. Además de esto, en la parte que daba a levante había dos alas, divididas igualmente en una habitación superior y otra inferior; en una de ellas estaban la cocina y una habitación encima para la criada, que comunicaban con un salón abajo y una alcoba arriba. El ala opuesta era más pequeña, y las habitaciones tenían apenas dos metros cuadrados. La del piso inferior se usaba para guardar utensilios domésticos; la de la planta de arriba era un vestidor en el que yo guardaba mis libros y papeles. Sólo podía accederse a ellas a través de la habitación contigua. La de la planta baja no tenía ventana, y por la pequeña abertura que dejaba entrar el aire y la luz en la de la planta superior, no hubiera cabido un ser humano. La puerta por la que se entraba en ella se hallaba junto a la cabecera de mi cama, y siempre permanecía cerrada salvo cuando yo estaba dentro. Por la noche cerrábamos con cerrojo todas las puertas de la planta baja.

La criada era mi única compañía, y no podía llegar a mi alcoba sin atravesar la habitación de enfrente y el corredor intermedio, cuyas puertas, sin embargo, nunca se cerraban. Si fuera ella quien había producido estos sonidos, habría respondido a mis insistentes llamadas. Ninguna otra conclusión cabía, pues, sino que yo había confundido aquellos ruidos y que mi imaginación había convertido algún sonido casual en la voz de un ser humano. Satisfecha con esta explicación, me disponía a dejar de escuchar cuando llegó a mis oídos un susurro más fuerte que el anterior. Como antes, parecía salir de unos labios que rozaban mi almohada. Un segundo esfuerzo de atención me llevó a la conclusión de que el sonido salía del vestidor, cuya puerta estaba tan sólo a veinte centímetros de mi almohada.

Esta segunda interrupción me produjo un sobresalto menos fuerte que la primera. Me levanté sin dar ninguna señal de alarma. Era tan dueña de mí misma como para seguir escuchando lo que se dijese. El susurro era claro, ronco, y musitado en un tono que hacía pensar que quien hablaba pretendía que le oyera quien estaba a su lado y nadie más:

—¡Quieto! ¡Quieto te digo! ¡Estás loco! Hay mejores formas que ésa. ¡Maldita sea tu precipitación! No hace falta disparar.

Tales eran las palabras que alguien pronunciaba en un tono de furiosa cólera a tan poca distancia de mi almohada. ¿Cómo interpretarlas? Mi corazón empezó a latir con fuerza ante el temor de un peligro desconocido. Entonces otra voz, igualmente próxima, respondió en un murmullo:

—¿Por qué no? ¡Yo apretaré el gatillo y que me cuelguen si hago otra cosa!

A lo que la otra voz contestó en un tono que la furia levantaba apenas por encima del murmullo:

—¡Cobarde! Aparta y mira cómo lo hago yo. La cogeré por la garganta y acabaré con ella en un momento; no tendrá tiempo ni de gemir.

Huelga decir que sonidos tan espantosos me dejaron petrificada. En mi vestidor se habían ocultado unos asesinos. Planeaban cómo destruirme. Uno prefería disparar y el otro amenazaba con estrangularme. Una vez elegido el modo, forzarían la puerta. Inmediatamente pensé que la huida era lo único factible en circunstancia tan peligrosa. No lo dudé un instante; sino que, dando alas el terror a mis pies, salté de la cama y, medio vestida como estaba, abandoné a toda velocidad la habitación, corrí escaleras abajo y salí al aire libre. Apenas recuerdo haber girado llaves y descorrido cerrojos. El terror me empujaba con un impulso casi palpable. No me detuve hasta llegar a las puertas de mi hermano. No había ganado el umbral cuando, agotada por la carrera y la violencia de mis emociones, caí al suelo sin sentido.

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente. Cuando volví en mí, me hallé tendida en una cama, rodeada por mi cuñada y sus criadas. Me asombró la escena que se ofrecía a mis ojos, pero poco a poco logré reconstruir lo ocurrido. Respondí como pude a sus preguntas. Mi hermano y Pleyel, a quien la tormenta de la víspera había retenido allí, después de informarse de los detalles, se dirigieron con luces y armas a mi casa. Entraron en mi alcoba y en el vestidor y lo encontraron todo en orden. La puerta del vestidor estaba cerrada con llave, y no parecía que nadie la hubiese forzado en mi ausencia. Fueron a las habitaciones de Judith. Estaba dormida y a salvo. Por precaución, Pleyel no quiso alarmar a la muchacha; y, al advertir que no sabía nada de lo ocurrido, le ordenaron que volviese a su habitación. Luego corrieron los cerrojos de todas las puertas y regresaron.

Mis amigos estaban dispuestos a pensar que lo ocurrido había sido una pesadilla. No podían creer seriamente que alguien se hubiese escondido en el vestidor, pues, según todas las apariencias, su acceso desde dentro o desde fuera de la casa era imposible. Que algún ser humano se hubiese propuesto asesinar me, a no ser que fuera con la intención de encubrir un robo, era increíble; pero que nadie se había propuesto tal cosa era evidente, ya que el mobiliario de la casa y el vestidor se hallaban en perfecto orden.

Volví a pensar cada detalle y cada una de las palabras que había oído; mis sentidos me aseguraban que eran ciertos; pero todo era tan inesperado e improbable

que me hacía dudar. Lo sucedido me había causado una honda impresión; y sólo después de pasar una semana en casa de mi hermano, decidí volver a la mía.

Hubo otro hecho que contribuyó a realzar el misterio de este suceso. Después de recobrar los sentidos, me pareció natural preguntar qué había llamado la atención de mi familia sobre mi estado. Había caído al suelo antes de llegar a la puerta y no había podido llamar. Mi hermano contó que, mientras en mi alcoba sucedía todo esto, él estaba en la cama despierto por alguna indisposición sin importancia, y que, según costumbre, reflexionaba sobre algún tema de su predilección. De pronto el silencio, que era muy profundo, fue roto por los penetrantes gritos de alguien que parecía encontrarse en el vestíbulo, debajo de su dormitorio.

—¡Despierta! ¡Levántate! —exclamaba—. ¡Corre a socorrer a alguien que se encuentra a tus puertas!

La llamada fue eficaz. Despertó a toda la casa. Pleyel fue el primero en acudir, y mi hermano le alcanzó antes de llegar al vestíbulo. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver a su amiga encogida sobre la hierba, pálida como una aparición y con todas las señales de la muerte!

Ésta era la tercera vez que oíamos una voz que velaba por el bienestar de nuestra pequeña comunidad. El dueño de aquella voz no era ahora menos desconocido que antes. Cuando pensaba en estos sucesos, mi alma se llenaba de perplejidad y de temor. ¿Me engañaba realmente mi imaginación cuando escuché la conversación del vestidor? Ya no podía poner en duda la realidad de aquellas voces que hacía poco habían advertido a mi hermano desde la peña, que habían informado a Pleyel de la muerte de la dama alemana y que, por último, les habían urgido a socorrerme.

Pero ¿qué debía pensar de este diálogo de medianoche? ¡Unas voces roncadas y varoniles discutiendo la forma de matarme tan cerca de mi cama y a semejante hora! ¡Cómo se había esfumado mi antiguo sentimiento de seguridad! Aquella casa que hasta entonces había sido un refugio inexpugnable, se había convertido en una trampa en la que mi vida corría peligro. Aquella soledad antaño tan querida, era un lujo que ya no podía permitirme. Pleyel, que había accedido a pasar la primavera con nosotros, se instaló en la habitación vacía para aplacar mis temores; aunque, como le era indiferente pasar la noche en mi casa o en la de mi hermano, este arreglo fue motivo de satisfacción para todos.

CAPÍTULO VII

Enumeraré las distintas conjeturas e interrogantes que estos hechos suscitaron. A pesar de todos nuestros esfuerzos, no logramos despejar la niebla en que estaban envueltos; y en lugar de aclarar nuestras dudas, el paso del tiempo no hizo otra cosa que multiplicarlas.

Mientras pensaba en lo ocurrido, no dejé de tener presente mi encuentro con aquel desconocido. Conté los detalles a mis amigos y les mostré el retrato. Pleyel recordó haber visto en la ciudad a un hombre que coincidía con mi descripción, pero ni su rostro ni su aspecto le habían impresionado de la misma forma que a mí. Al decir esto, su intención era burlarse de mis encantos y divertirnos con mil anécdotas jocosas que había reunido en sus viajes. No tuvo ningún reparo en acusarme de que estaba enamorada, y me amenazó con informar de su buena suerte al galán cuando lo conociese.

Pleyel no era un hombre de preocupaciones duraderas. Su charla se animaba a veces con las chispas de su antigua vivacidad; pero, aunque su jovialidad era en ocasiones un tanto inconveniente, no había nada que temer de su malicia. Yo sabía que mi honor y mi dignidad no sufrirían en sus manos, y no me desagradó que declarara su intención de aprovechar su primer encuentro con aquel desconocido para presentárnoslo.

Algunas semanas después de esto, había pasado yo un día fatigoso y, al ponerse el sol, decidí descansar dando un paseo. A esta altura y durante un trecho considerable aguas arriba, el ribazo del río es tan abrupto y accidentado que no resulta fácil de bajar. En un hueco de su pendiente, cerca del límite meridional de mi pequeña heredad, había una frágil construcción con bancos y celosías. De un entrante en la roca a la que esta pérgola se adosaba, manaba un manantial de agua purísima que, saltando de saliente en saliente por espacio de veinte metros, refrescaba el aire y producía el murmullo más sedante y delicioso que sea posible imaginar. Esto, unido al aroma de los cedros y las madreselvas que se enredaban en las celosías, hacían de ella mi retiro de verano predilecto.

En esta ocasión me refugié allí. El prolongado esfuerzo de atención me había fatigado enormemente, y me senté en un banco en un estado tanto físico como mental de la más profunda debilidad. El sonido arrullante de la cascada, la fragancia y la penumbra contribuyeron a tranquilizarme y, muy poco después, caí dormida. La incomodidad de la postura, o tal vez una ligera indisposición, perturbaron mi reposo con sueños nada alegres. Después de que se adueñaran de mi fantasía distintas imágenes incoherentes, imaginé que caminaba en la media luz del anochecer hacia la casa de mi hermano. En mi camino, pensé, habían cavado una profunda zanja cuya

existencia yo ignoraba. Mientras seguía paseando despreocupadamente, creí ver a cierta distancia delante de mí a mi hermano que me hacía señas para que me apresurase. Estaba de pie en el borde opuesto de la zanja. Comencé a andar más de prisa, y el paso siguiente me habría hundido en el abismo si alguien a mis espaldas no me hubiese agarrado del brazo, al tiempo que exclamaba en un tono aterrorizado y anhelante:

—¡Atrás! ¡Atrás!

El sonido de estas palabras me despertó y, un momento después, me hallé de pie en medio de la más negra oscuridad. Imágenes tan vigorosas y terribles me impidieron durante algún tiempo distinguir la vigilia del sueño, sin que pudiese hacerme cargo de mi actual situación. Al primer impulso de pánico siguió el sentimiento de perplejidad por estar sola al aire libre y envuelta en las más profundas tinieblas. Poco a poco recordé lo ocurrido por la tarde y cómo había llegado hasta aquí. No pude calcular la hora, pero sí advertir que debía volver a casa inmediatamente. Me hallaba todavía excesivamente confusa y la oscuridad era demasiado completa para que pudiese encontrar en seguida el camino de regreso. Así pues, me senté de nuevo para tranquilizarme y considerar mi situación.

No bien había hecho esto cuando se oyó una voz queda del otro lado de la celosía. Entre ésta y la roca había una grieta no lo bastante ancha para que cupiese un ser humano; pero allí parecía encontrarse quien me hablaba:

—¡Escúchame! ¡Escúchame! Y no temas nada.

Me puse en pie de un salto y exclamé:

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Quién habla?

—Un amigo; alguien que no viene a hacerte ningún mal, sino a salvarte; no temas.

Reconocí inmediatamente aquella voz; era la de una de las personas que había oído en el vestidor; la de quien había propuesto disparar en vez de estrangular a su víctima. El terror me paralizó y me dejó sin habla. La voz prosiguió:

—Tenía la intención de matarte. Ahora me arrepiento. Sigue al pie de la letra lo que te digo y estarás a salvo. Evita este lugar. Las celadas de la muerte lo acechan. En cualquier otro sitio el peligro estaría lejos; pero aquí..., huye de él si concedes algún valor a tu vida. Otra cosa debo decirte: sigue escrupulosamente mi advertencia, pero no la divulgues. Si dices una sola sílaba de lo que has oído, tu suerte está sellada. Acuérdate de tu padre y guarda silencio.

Entonces la voz calló y me sentí consternada. Me abrumaba la certeza de que cada minuto que seguía allí mi vida estaba en peligro, pero no podía dar un solo paso sin arriesgarme a caer al fondo del barranco. El camino que conducía hasta arriba era corto, aunque tortuoso y abrupto. El espeso follaje cubría incluso la luz de las estrellas y ni el más débil brillo guiaba mis pasos. Tanto si me quedaba como si partía corría el mismo peligro.

Sin saber aún qué partido tomar, vi un rayo de luz que atravesaba la oscuridad y

desaparecía. Vi otro algo más fuerte durante un momento. Brillaba entre los arbustos que crecían desordenadamente a la entrada de la pérgola, y durante unos pocos segundos se vieron otros resplandores, para dar paso en seguida a la más profunda oscuridad.

La aparición de estas luces despertó en mí una sucesión de horrores; sobre este lugar se cernía la destrucción; la voz que acababa de escuchar me había advertido que me marchase, amenazándome con el destino de mi padre si rehusaba. Quería, pero no podía obedecer; estos resplandores eran semejantes a los que habían precedido al golpe que le derribó, tal vez la hora fuera la misma. Temblé como si hubiese visto suspendida sobre mi cabeza la espada aniquiladora.

De pronto, a mi derecha, un rayo de luz más intenso atravesó la celosía, y una voz, desde el borde del terraplén, pronunció en voz alta mi nombre. Era Pleyel. Reconocí con alegría el timbre de su voz; pero mi confusión era tal que no pude responder hasta que me llamó por tercera o cuarta vez. Me apresuré a abandonar aquel fatídico lugar y, a la luz de la lámpara que él llevaba, subí la pendiente.

Pálida y desfallecida, a duras penas podía mantenerme en pie. Con gesto preocupado, Pleyel me preguntó por qué estaba tan asustada y el motivo de mi insólita ausencia. Había vuelto tarde de casa de mi hermano y Judith le había dicho que yo había salido a pasear antes de ponerse el sol y que todavía no había regresado. Esto era alarmante. Esperó un rato, pero, como mi ausencia se prolongara, decidió salir a buscarme. Había explorado cuidadosamente los alrededores y, no encontrando trazas de mí, se disponía a informar a mi hermano cuando se acordó de la pérgola a la orilla del río y pensó que algo podía haberme retenido allí. Volvió a preguntarme por qué me había retrasado tanto y por qué estaba tan asustada.

Le respondí que había venido andando hasta aquí al atardecer, que me había quedado dormida sentada en un banco y que me había despertado pocos minutos antes de que él llegara. No pude decirle más. En mi estado de confusión, casi dudaba si el abismo al que mi hermano había tratado de atraerme y la voz que hablaba del otro lado de la celosía no formarían parte del mismo sueño. Recordé también la orden de sigilo y la pena decretada si imprudentemente revelaba lo que había oído. Por estas razones guardé silencio y, encerrándome en mi alcoba, me entregué a toda clase de conjeturas.

Pensarán sin duda que lo que acabo de contar es una fábula. Que la desgracia me ha vuelto loca y que les obsequio con quimeras de mi fantasía en lugar de relatarles hechos realmente sucedidos. No me extraña ni me ofende que tales sean sus sospechas. A decir verdad, no sé de qué manera podría evitarlas. Pues si a mí misma, el testigo directo, estos hechos me sumieron en un mar de perplejidades, ¿cuál habría de ser la reacción de cualquier otra persona que sólo contase con mi testimonio? Sin embargo, lo que sucedió después demostraría de manera completa e incontrovertible la fiabilidad de mis sentidos.

Mientras tanto, ¿qué podía pensar? Me habían asegurado que alguien tenía la

intención de quitarme la vida. Unos canallas se habían confabulado para asesinarme. ¿A quién había ofendido yo? ¿Cuál de las personas que conocía podía abrigar tan atroces propósitos?

Yo era todo lo contrario de una mujer arrogante y cruel. Me inspiraban compasión los hijos de la desdicha. Por escasa que fuese, mi bolsa siempre estaba abierta para aliviar la desgracia de mi prójimo. Eran muchos los desventurados a quienes mis personales esfuerzos habían salvado de la enfermedad o de la miseria y que me pagaban con su gratitud. Ningún rostro se volvía cuando yo me acercaba y ninguna boca pronunciaba insultos en mi presencia. Por el contrario, no había nadie que me conociese y sobre cuya suerte hubiera tenido yo alguna influencia, que no me saludara con una sonrisa y me despidiera con respeto; pero ¿no me decían mis sentidos que alguien tramaba una conjura contra mi vida?

No soy una mujer pusilánime. Me he dado pruebas a mí misma de decisión y serenidad en momentos de peligro. He arriesgado mi vida para salvar la de otros; pero ahora me sentía confundida y aterrorizada. No vivo en un perpetuo temor a la muerte; pero morir de un golpe invisible y secreto, ser mutilada por el cuchillo de un asesino, era un pensamiento que me colmaba de terror: ¿qué había hecho yo para convertirme en víctima de pérfidas pasiones?

¿Pero no me habían asegurado que mi vida estaba en peligro en todas partes salvo en una? ¿Y por qué la traición sólo podía consumarse en ese lugar? En cualquier otro sitio estaba igualmente indefensa. Cualquiera podía entrar en mi casa y en mi alcoba en cualquier momento. ¡Estaba en peligro; alguien abrigaba un designio sangriento contra mí, pero la mano que debía ejecutarlo era impotente en todas partes salvo en una!

Allí había estado las últimas cuatro o cinco horas y nadie me había atacado. Un ser humano que se hallaba cerca me advirtió que en lo sucesivo evitara ese refugio. Su voz era completamente nueva para mí, ¿pero sólo la había oído antes una vez? ¿Por qué me prohibía que revelara este hecho y qué clase de muerte me esperaba si desobedecía?

Habló de mi padre. Me amenazó con que la desobediencia atraería sobre mí la misma destrucción. ¿Había sido, pues, la muerte de mi padre, inexplicable y portentosa, fruto de una intriga humana? Parecía que este ser conocía la verdadera naturaleza de aquel suceso y cómo se produjo. Si a mí había de ocurrirme lo mismo o no dependía de la observancia del secreto. ¿Había sido el quebrantamiento de un mandato similar lo que desencadenó un castigo tan terrible?

Tales fueron los pensamientos que me asaltaron durante toda la noche y que, como es natural, me impidieron conciliar el sueño. A la mañana siguiente, durante el desayuno, Pleyel contó algo a lo que mi ausencia le había impedido referirse la noche anterior. La mañana de la víspera sus obligaciones le habían llevado a la ciudad; había entrado en un café para descansar una hora; había encontrado a una persona cuyo aspecto le hizo pensar en el acto que era la misma cuya visita fugaz yo había

mencionado y que me había impresionado tan vivamente por su rostro y su voz extraordinarios. Al observarle con más atención, resultó ser alguien a quien mi amigo había tratado algún tiempo en Europa. Esto le autorizó a tomarse la libertad de abordarle y, después de cruzar unas palabras, a sabiendas, como Pleyel decía, de la posición que aquel desconocido había logrado ganarse en mi corazón, le invitó a venir a Mettingen. Él había aceptado complacido la invitación y había prometido visitarnos al atardecer del día siguiente.

Esta novedad despertó en mí emociones nada serenas. Como es natural, deseé conocer los detalles de su antigua relación. ¿Cómo se habían conocido? ¿Qué sabía él de la historia y condición de aquel hombre?

En contestación a mis preguntas, Pleyel me dijo que había hecho un viaje por España tres años atrás. Había ido de excursión de Valencia a Murviedro con la intención de contemplar los restos de la magnificencia romana que salpican los alrededores de esa ciudad. Al atravesar el teatro de la venerable Sagunto, reparó en este hombre, que estaba sentado sobre una piedra, profundamente abstraído en la contemplación de la obra del diácono Martí. Entablaron una breve conversación, por la que supo que el desconocido era inglés. Regresaron juntos a Valencia.

Su porte, aspecto y modales eran españoles. Una estancia de tres años en el país, el estudio infatigable de la lengua y la adopción constante de las costumbres locales, le habían vuelto indistinguible de un nativo cuando decidía hacerse pasar por tal. Pleyel supo que estaba unido por la amistad y el respeto a muchos de los más distinguidos comerciantes de Valencia. Había abrazado la religión católica y había adoptado un apellido español en lugar del suyo, que era Carwin, dedicándose al estudio de la religión y la literatura de su nuevo país. No ejercía ninguna profesión y vivía de envíos periódicos de dinero de Inglaterra.

Durante su estancia en Valencia, Carwin no rehuyó el trato con Pleyel, que encontró no pocos alicientes en relación con su nuevo conocido. En temas generales, se revelaba extraordinariamente comunicativo y penetrante. Conocía todos los rincones de España y podía dar los más exactos detalles sobre su antiguo y actual estado. En cuanto a sus creencias religiosas y a su historia, antes de su *transformación* en español, guardaba una impenetrable reserva. De sus palabras sólo podía deducirse que era inglés y que conocía bien los países vecinos.

Su personalidad suscitó una enorme curiosidad en el observador. No era fácil conciliar su conversión a la fe romana con aquellas pruebas de conocimiento y capacidad de que hacía gala en tantas ocasiones. A veces se abría paso la sospecha de que tal vez su conversión fuese una superchería que encerraba algún propósito político. Pero la indagación más minuciosa no conducía al menor hallazgo. Sus modales eran inocuos y espontáneos en todo momento, y sus costumbres las de un amante de la contemplación y el retiro. Parecía haber cobrado afecto a Pleyel, que le pagaba con la misma moneda.

Después de pasar un mes en Valencia, mi amigo regresó a Francia, y desde

entonces no había vuelto a saber de Carwin hasta su aparición en Mettingen.

En esta ocasión, Carwin había acogido los saludos de Pleyel con cierta ceremoniosa frialdad, lo que no había dejado de sorprenderle. Había pasado por alto las preguntas de Pleyel sobre su salida de España, en donde aquél había declarado que pasaría el resto de su vida. Varias veces había desviado su atención hacia asuntos sin importancia, aunque sobre cualquier tema seguía mostrándose tan elocuente y brillante como siempre. Pleyel no podía imaginar por qué había adoptado la apariencia de un aldeano. Tal vez fuera la pobreza; tal vez otros motivos que prefería ocultar, pero que tenían relación con algún hecho de la mayor trascendencia.

Esto fue cuanto pudo decirme mi amigo. No lamenté que me dejase sola la mayor parte de aquel día. Cualquier obligación que no me permitiese reflexionar se me antojaba insufrible. Tenía ahora algo más en que pensar. Antes de que cayera la noche estaría en su presencia, y escucharía aquella voz cuyo poder mágico y conmovedor ya había experimentado. ¿Pero qué imágenes la acompañarían?

Aunque inglés de nacimiento y probablemente educado en el protestantismo, Carwin profesaba la fe católica. España era su patria de adopción y había manifestado su propósito de pasar allí el resto de sus días; ¡y ahora vivía en esta misma comarca disfrazado de campesino! ¿Qué podía haber dado al traste con las experiencias de su juventud, haciéndole abjurar de su religión y de su patria? ¿Qué hechos posteriores habían introducido un cambio tan radical en sus planes? ¿Al abandonar España, había vuelto a abrazar la fe de sus mayores, o era más cierto que su conversión era una farsa y que determinaban su conducta una serie de razones que era prudente ocultar?

Durante varias horas reflexioné sobre estas ideas. Mis meditaciones fueron intensas y, al agotarse su impulso inicial, comencé a considerar con perplejidad mi actual situación. Desde la muerte de mis padres hasta el comienzo de este año, mi vida había sido desacostumbradamente tranquila y feliz, pero ahora la inquietud me atenazaba. Me asaltaba el temor de peligros desconocidos, y sobre mi futuro estallaban truenos y se cernían negros nubarrones. Comparé el efecto con su causa y se me antojaron desproporcionados. Imperceptiblemente y de una forma que no era capaz de explicar, me veía expulsada de mi quieta y elevada posición y arrojada a un mar de tribulaciones.

Decidí visitar a mi hermano aquella tarde, pero lo hice a regañadientes y sin convicción. Las insinuaciones de Pleyel sobre mi enamoramiento no me inquietaban, pero el saber que tal era la opinión de alguien que estaría presente cuando nos presentaran provocaba toda la confusión que la propia pasión suele desencadenar. Esto le confirmaría en su error y daría pie a nuevas bromas. Su burla, cuando se relacionaba con este asunto, era motivo de la más amarga humillación para mí. Si hubiese sido consciente de su efecto sobre mi felicidad, no se habría permitido insistir; pero yo tenía el mayor interés en ocultar tal influencia. Que la sospecha de haber entregado mi corazón a otro despertara en mi amigo sentimientos burlones era la verdadera causa de mi pesar; pero si él lo hubiera descubierto, mi pena habría sido

mucho más profunda.

CAPÍTULO VIII

En cuanto empezó a oscurecer, hice mi visita. Carwin formaba parte del grupo al que me uní. Pude ver lo mismo que la primera vez que le vi. Su porte era igualmente rústico y descuidado. Le observé con renovada curiosidad. El sitio que ocupaba me permitía entregarme a una concienzuda observación. Visto con más calma, no perdía ninguno de sus sorprendentes atributos. No pude negar mi homenaje a la inteligencia de que hacía gala, aunque no era completamente seguro si lo que inspiraba era amor o temor, o si había empleado su talento para el bien o para el mal.

Carwin era un hombre parco en palabras; pero todo cuanto decía estaba lleno de sentido, y lo enunciaba con aquella entonación precisa y aquel énfasis vigoroso de los que yo no había tenido noticia antes de conocerle. A pesar de la tosquedad de su aspecto, sus modales no eran rústicos. Trataba todos los temas con habilidad, sin pedantería ni afectación. No expresaba ningún sentimiento que causara una impresión desfavorable; al contrario, sus observaciones revelaban un espíritu sensible a todo sentimiento generoso y heroico. Y las exponía sin ninguna prosopopeya, acompañándolas de ese tono de firmeza que indica sinceridad.

Nos dejó pronto, rehusando la invitación de pasar la noche en casa de mi hermano, aunque accedió a repetir la visita. Repitió con frecuencia sus visitas. Cada día conocíamos mejor sus opiniones, pero nuestra ignorancia en cuanto a lo que más nos interesaba seguía siendo completa. Evitaba cuidadosamente toda referencia a su situación presente o pasada. Incluso nos ocultó dónde vivía en la ciudad.

Siendo algo reducido nuestro círculo de relaciones e indiscutiblemente notable la capacidad intelectual de este hombre, observamos y comentamos su comportamiento con más interés del que tal vez ustedes consideren que justificaban las circunstancias. No hubo mirada, gesto o expresión que no debatiéramos en nuestros conciliábulos privados, sacando las pertinentes conclusiones. Cabe pensar que su conducta se ajustaba a una pauta poco corriente, ya que, por exacta y minuciosa que fuese nuestra observación, durante mucho tiempo no fuimos capaces de reunir una información satisfactoria. No nos proporcionó el menor indicio sobre el que construir siquiera una conjetura razonable.

Entre personas que se tratan asiduamente nace cierta familiaridad que autoriza a pasar por alto muchas reglas que, en una etapa anterior de la relación, la cortesía nos obliga a respetar escrupulosamente. Las preguntas sobre nuestra situación son admisibles cuando surgen de una preocupación desinteresada por nuestro bienestar, y semejante solicitud no sólo es disculpable, sino que puede ser justamente esperada por aquellos que elegimos como amigos. En aquella ocasión, este estado de cosas

tardaba en llegar más que en casi todas las demás, a causa de la frialdad y la reserva de este hombre.

Pleyel, no obstante, comenzó a utilizar medios sistemáticos dirigidos a tal fin. Ocasionalmente aludía a las circunstancias en que se habían conocido y hacía notar la incongruencia entre la religión y las costumbres de un español y las de un británico. Expresaba su sorpresa ante el hecho de encontrar a nuestro huésped en este rincón del mundo, especialmente porque cuando se separaron en España Carwin le dijo que nunca abandonaría ese país. Insinuó que un cambio tan radical sólo podía deberse a razones de decisiva y singular importancia.

Tales insinuaciones no merecían normalmente ninguna respuesta o una respuesta demasiado vaga. Británicos y españoles, decía Carwin, adoran al mismo Dios y su fe se rige por los mismos preceptos; sus ideas proceden de las mismas fuentes literarias y hablan dialectos de la misma lengua; su gobierno y sus leyes tienen más semejanzas que diferencias; antiguamente fueron provincias del mismo imperio civil, y, hasta hace poco, religioso.

En cuanto a los motivos que empujan a los hombres a cambiar de lugar de residencia, son sin duda contingentes y variables. Si uno no está atado por los lazos de la familia y el matrimonio, o por la naturaleza del trabajo que desempeña para sobrevivir, las razones para cambiar son mucho más numerosas y urgentes que las que nos inducen a lo contrario.

Hablaba como si no reparase en la intención de los comentarios de Pleyel, aunque había indicios palmarios de que no carecía de penetración. Tales indicios eran visibles en su rostro, pero no en sus palabras. Cuando decíamos algo que indicaba curiosidad por nuestra parte, su expresión se tornaba seria, clavaba los ojos en el suelo y no sin un gran esfuerzo volvía a mostrar su aire acostumbrado. Era evidente que recordaba con pena ciertos episodios de su vida y que, puesto que los ocultaba celosamente y reprimía con dificultad el pesar que despertaban, no habían sido simples reveses. Su reserva no parecía tener por objeto incitar o eludir nuestras preguntas, sino que nacía de la vergüenza o de la prudencia de la culpa.

Tales impresiones, que alentábamos tanto Pleyel y mi hermano como yo, nos impidieron emplear medios más directos para satisfacer nuestros deseos. Le preguntábamos en términos tales que no cabía alegar falta de comprensión, y si sólo la modestia hubiese sido el obstáculo, no hubiéramos dejado de hacerlo; pero pensamos que si la revelación era motivo de dolor o podía provocar alguna desgracia, era inhumano forzarla.

Entre los diferentes asuntos de que hablamos en su presencia aludimos, claro está, a los inexplicables sucesos ocurridos recientemente. En aquella época observaba yo con particular atención las palabras y reacciones de este hombre. El asunto era extraordinario, y todo aquel que por la reflexión o la experiencia pudiera arrojar alguna luz sobre él podía estar seguro de mi gratitud. Puesto que Carwin era un hombre culto y que había viajado mucho, yo escuchaba con avidez sus

observaciones.

Al principio temí que escuchase nuestra historia con incredulidad y un secreto sentimiento de ridículo. En otros tiempos había oído yo historias parecidas a ésta en algunos de sus misteriosos pormenores, y las había oído con desprecio. No sabía si la nuestra no provocaría la misma reacción en nuestro huésped, pero no se cumplieron mis temores.

Nos escuchó con expresión grave y ninguna señal de sorpresa o incredulidad. Siguió con visible complacencia las disquisiciones que naturalmente suscitó. Carwin era un hombre de imaginación vigorosa y prolífica, y si no nos disuadió de que a algunos seres humanos les sea dado a veces mantener una relación sensible con el Creador de la naturaleza, debilitó al menos nuestra inclinación por esta causa. Dedujo sencillamente, con razonamientos originales, que tal relación era probable, aunque confesó que, si bien conocía muchos casos en cierto modo semejantes a los que habíamos referido, ninguno de ellos podía considerarse perfectamente libre de la sospecha de una intervención humana.

Cuando le pedimos que nos contara esos casos, nos obsequió con muchos detalles curiosos. Sus relatos estaban contruidos con enorme habilidad, y los narraba con tanta fuerza que obtenía todos los efectos de una representación dramática. Los más minuciosos, coherentes y, por consiguiente, menos dignos de crédito, se convertían en probables merced al exquisito arte de este retórico. Para cualquier dificultad que surgiese siempre tenía a mano una pronta y plausible explicación.

En todos ellos unas voces misteriosas desencadenaban la catástrofe; pero siempre podían explicarse por alguna causa natural, ya fuera que se reflejaban en una pantalla, ya que se transmitían a través de un tubo. No pude dejar de notar que estos relatos, aunque maravillosos y complejos, no contenían ningún detalle suficientemente parecido a lo que a nosotros nos había ocurrido y cuya explicación fuera aplicable a nuestro caso.

Mi hermano era un razonador mucho más impulsivo que nuestro huésped. Incluso para algunos de los hechos relatados por Carwin sostenía la posibilidad de una intervención sobrenatural, mientras que éste no podía por menos que negarla por haber encontrado, como sospechaba, indicios de un agente humano. Pleyel no era en modo alguno tan crédulo. No tenía reparo en rechazar cualquier testimonio que no fuese el de sus sentidos, y no admitía que los hechos de que hacía poco había sido testigo cambiaran su forma de pensar, salvo, simplemente, para ponerla en tela de juicio.

No tardamos en advertir que Carwin, hasta cierto punto, hacía suya la misma distinción. Una historia de esta naturaleza contada por otros, pensaba, se explicaba por alguna causa natural; pero sólo podría creer que tales noticias eran comunicadas por seres superiores si sus propios oídos escucharan algo de lo que no pudiera dar cuenta de otro modo. La cortesía le impedía contradecirnos a mi hermano y a mí, pero su sentido crítico no quería conformarse con nuestro testimonio. Además, ponía

en duda que las voces oídas en el santuario, al pie de la peña y en mi vestidor no hubieran sido proferidas realmente por seres humanos. Sobre esta suposición deseamos que nos explicase cómo podía haberse producido semejante efecto.

Contestó que el talento para la imitación era muy común. La voz de Catharine podía haber sido simulada al pie de la peña por alguien que había huido a toda velocidad para eludir la búsqueda de Wieland. La noticia de la muerte de la dama sajona la pronunció alguien que estaba cerca, que escuchó la conversación, imaginó la muerte y tuvo la suerte de que sus suposiciones resultaran ciertas. La petición de socorro que se escuchó en el vestíbulo la noche de mi aventura, debía atribuirse a un ser humano que efectivamente estaba en el vestíbulo cuando llamó. Le costaba comprender, dijo, que no pudiésemos explicar por qué aquel que hizo la llamada vino hasta aquí. ¡Qué mal conocíamos el carácter y los propósitos de quienes nos rodeaban! La ciudad estaba cerca y en ella vivían miles de personas cuyas habilidades e intenciones podían explicar cualquiera de las circunstancias misteriosas de esta aventura. En cuanto al diálogo en el vestidor, sólo cabía hacer una o dos suposiciones y afirmar, o bien que tuvo lugar en mi imaginación, o bien que efectivamente tuvo lugar entre dos personas que estaban en el vestidor.

De esta forma explicó Carwin estos fenómenos. Tal vez así resultaran más verosímiles para las mentes más sagaces, pero a nosotros no logró convencernos. En cuanto a la conjura que se urdía contra mi vida, sólo cabía concluir que era real o imaginaria; y que era real lo probaba la misteriosa advertencia de la pérgola, cuyo secreto guardaba yo celosamente.

Durante un mes mantuvimos este tipo de relación. Nuestra ignorancia sobre la verdadera índole y propósitos de Carwin no disminuyó lo más mínimo. Las apariencias seguían siendo las mismas. No había hombre que tuviera un mayor caudal de conocimientos y una mayor capacidad para transmitirlos; por ello, le teníamos por un miembro más de nuestro grupo. Teniendo en cuenta la distancia que separaba la casa de mi hermano de la ciudad, le pedíamos a menudo que se quedara a pasar la noche después de la velada. Raramente pasaban dos días sin que viniera a vernos, por lo que era considerado como una especie de íntimo de la casa. Entraba y salía sin ninguna ceremonia. Al llegar recibía una espontánea bienvenida, y cuando decidía marcharse nadie insistía para retenerle.

El santuario era el escenario principal de nuestras expansiones sociales, pero la felicidad que gustábamos era sólo un rescoldo de la antigua llama. Carwin no deponía su frialdad. Su inescrutabilidad y la incertidumbre sobre si su amistad daría buenos o malos frutos rara vez nos abandonaba. Lo cual contribuía poderosamente a entristecernos.

Mi corazón era presa de crecientes inquietudes. Este cambio en quien hasta hacía poco se caracterizaba por su vivacidad, no pudo ser pasado por alto por mis amigos. Mi hermano siempre fue un hombre taciturno. Mi cuñada era arcilla, modelada por las circunstancias en que el azar la colocaba. Sólo quedaba una persona cuya

conducta podíamos considerar importante para nuestra felicidad. ¿También a Pleyel le había abandonado su antigua alegría?

Se le veía tan ocurrente y bromista como siempre, pero no era feliz. La importancia que esto tenía para mí me convertía en una atenta observadora. Saltaba a la vista que su alegría era forzada. Cuando se quedaba absorto en sus pensamientos, un aire de impaciencia e insatisfacción se dibujaba en su semblante. Incluso la puntualidad y frecuencia de sus visitas habían disminuido. Puede suponerse que estos síntomas hicieran más dolorosa mi desazón, pero aunque parezca extraño, en mi actual estado sólo me consuela la idea de que Pleyel no era feliz.

Ciertamente, el valor que tenía a mis ojos aquella infelicidad dependía de la causa que la producía. No era consecuencia de la muerte de la dama sajona; tampoco una emanación por contagio de los talantes de Carwin o Wieland. Sólo otra cosa podía producirla. Un éxtasis inefable me embargaba al percibir alguna otra prueba de que la ambigüedad de mi conducta era su causa.

CAPÍTULO IX

Mi hermano había recibido otro libro recién aparecido en Europa. Era una tragedia: el primer intento de un poeta sajón en el que mi hermano había depositado grandes expectativas. Las hazañas de Zisca, el héroe bohemio, habían sido tejidas en una secuencia de escenas dramáticas. Éstas, según el modo germánico, eran minuciosas y difusas, y las dictaba una fantasía virulenta y anárquica. Era una cadena de lances osados e inauditos desastres. La fortaleza con su foso y la espesura, la batalla y la emboscada, el conflicto de las turbulentas pasiones se describían en versos salvajes con trazos de terrible energía. Reservamos una velada a su lectura. Todos conocíamos el idioma excepto Carwin, a quien, por este motivo, dispensamos de acudir.

Pasé en mi casa la mañana anterior a la lectura prevista. Me afanaba meditando sobre mi situación. Mis sentimientos más profundos se relacionaban con la imagen de Pleyel. A pesar de mi angustia, no carecía de consuelo. Su reciente comportamiento había robustecido mis esperanzas. ¿No se acercaba la hora en que me haría la más dichosa de las mujeres? Creía que yo miraba a Carwin con ojos favorables. De ahí nacía una inquietud que en vano trataba de ocultar. Pleyel me amaba, pero no tenía ninguna esperanza de que su amor fuera correspondido. ¿No es hora ya, dije, de enmendar este error? Pero, ¿cómo? Esto sólo era posible con un cambio en mi actitud; pero ¿debía faltarme al respeto a mí misma para conseguirlo?

No debo hablar. Ni mis labios ni mis ojos deben traicionar mis sentimientos. No debe saber que mi corazón le pertenece antes de que se me declare, pero debo persuadirle de que no se lo he entregado a otro; debo darle motivos para que abrigue una duda razonable sobre el verdadero estado de mis sentimientos; debo alentarle a que confiese los suyos. ¡Cuán difícil es no quedarse corta sin tampoco cruzar la indecisa frontera de lo conveniente!

Esta tarde nos encontraremos en el santuario. Nos separaremos avanzada la noche. Me acompañará a mi casa. La tarde es luminosa y serena. Esta brisa es constante y puedo confiar en su promesa de una noche suave y sin nubes. La luna saldrá a las once y a esa hora recorreremos la orilla del río. Posiblemente entonces se decida mi suerte. Si le aliento adecuadamente, Pleyel me abrirá su corazón y me convertirá en la más feliz de las mujeres.

¿Y va a pertenecerme tanta dicha? No debo traspasar los límites del decoro. Aunque, cuando dos espíritus están animados de una simpatía genuina, ¿no son superfluos los gestos y las miradas? ¿No bastan el movimiento y el tacto para expresar sentimientos como los míos? ¿No me ha mirado alguna vez en que la sola presión de su mano me ha dejado confusa, sin que pudiese dejar de comprender la

impetuosidad del amor por la elocuencia de la indignación?

La noche que se acerca decidirá. ¡Ojalá hubiera llegado ya! Aunque su anuncio me estremece. Debería anhelar sin dudarlo un encuentro que ha de terminar de este modo; y, sin embargo, no deja de atemorizarme. ¡Ojalá hubiese pasado ya!

No me desagrada en absoluto, amigos míos, ser tan explícita. Hubo un tiempo en que ocultaba a toda mirada humana estas emociones con el mayor cuidado. Pero, ay, esos leves y fugaces impulsos de vergüenza han desaparecido. Semejantes escrúpulos eran criminales y ridículos. Una educación depravada y perversa los ha alimentado en todos los corazones, y si el infortunio no se hubiera cebado en mí, todavía conservarían su ascendiente en el mío. Mis equivocaciones me han enseñado algo muy sabio; que es un crimen abrigar sentimientos que no pueden revelarse.

La lectura comenzaba a las cuatro en punto. Conté los minutos; por momentos huían con demasiada rapidez o con excesiva lentitud; mi estado de ánimo era atroz; no pude probar bocado, ni ocuparme en nada, ni gozar de un momento de reposo; cuando llegó la hora, corrí a casa de mi hermano.

Pleyel no estaba. No había venido todavía. Habitualmente se distinguía por su puntualidad. Había dado muestras de gran impaciencia por compartir el placer de esta lectura. Iba a dividirse la tarea con mi hermano, y en asuntos de esta naturaleza siempre se comprometía con la mayor avidez. Su timbre de voz era más sonoro y se adaptaba mejor que las melifluidades de su amigo a la monstruosa turbulencia de aquel drama.

¿Qué le había detenido? Tal vez lo había olvidado. Pero eso era imposible. Nunca le había traicionado la memoria, ni siquiera en los asuntos más triviales. No menos increíble era que la idea hubiera perdido para él todo aliciente y que no acudiera porque su venida no iba a proporcionarle ningún placer. Aunque, ¿por qué habíamos de esperar que fuese puntual como un reloj?

Pasó media hora y Pleyel no aparecía. Quizá creyera que habíamos previsto la lectura para otra hora. Quizás había imaginado que mañana, y no hoy, era el día fijado para este fin; pero no. Un repaso de las circunstancias puso de relieve que no cabía ningún malentendido; el propio Pleyel había propuesto este día y esta hora. Hoy no tenía nada que hacer; mañana, en cambio, debía atender un compromiso ineludible que le ocuparía el día entero; su ausencia, pues, sólo podía deberse a algo imprevisto y extraordinario. Nuestras conjeturas eran inciertas, tumultuosas, y a veces angustiadas. Tal vez no podía acudir porque estaba enfermo, o porque había muerto.

Torturados por la incertidumbre, permanecimos sentados mirándonos unos a otros y vigilando el camino que salía de la carretera. Por un momento imaginábamos que cada jinete que veíamos pasar era él. La tarde avanzaba y el sol, que declinaba poco a poco, se puso por fin. Todas las señales de su llegada se demostraban falaces y finalmente desechamos toda esperanza. Su ausencia no preocupó en exceso a mis amigos. Se veían obligados, dijeron, a aplazar la lectura hasta mañana, y acaso su impaciente curiosidad les hubiese impulsado a prescindir de él por completo.

Indudablemente, cualquier contratiempo sin ninguna importancia le había impedido venir, y confiaban en recibir de él una explicación satisfactoria a la mañana siguiente.

No es difícil suponer que esta decepción me afectase a mí de muy diferente manera. Volví la cabeza para ocultar las lágrimas. Corrí a refugiarme en la soledad para dar rienda suelta a mis reproches sin interrupción y sin freno. Mi corazón estaba a punto de estallar de dolor y de rabia. Pleyel no fue el único objeto de mis amargas e injustas censuras. Profundamente deploré mi propia locura. ¡Así se arruinaba el alegre edificio que había levantado! ¡Así se desvanecía en el aire mi visión dorada!

¡Con qué entusiasmo había soñado yo que Pleyel me amaba! Si en verdad me quisiese, ¿habría consentido que ningún obstáculo le impidiera venir? «Hombre ciego y presuntuoso —exclamé—. Juegas con la felicidad. Tienes la veleidad y la desvergüenza de rechazar cuanto de bueno se te ofrece. Pues bien, de ahora en adelante mi felicidad no dependerá del capricho de ningún hombre.»

El despecho no me permitía ser justa ni razonable. Todos los motivos que me habían hecho creer que no le era indiferente a Pleyel se reducían a cenizas. Parecía que las ilusiones más tangibles me habían inducido a abrigar esta falsa opinión.

Puse alguna excusa trivial y, mucho antes de lo que esperaba, regresé a mi casa. Me recliné temprano en mi habitación, sin la intención de dormir. Tomé asiento junto a la ventana y me entregué a la meditación.

Los degradantes y aborrecibles impulsos que hacía poco se habían apoderado de mí desaparecieron. Cedieron el paso a una nueva sensación de abatimiento por mi reciente proceder. No hay duda de que es odiosa una pasión que nubla nuestro juicio y nos empuja a cometer una injusticia. ¿Qué derecho tenía yo a esperar su presencia? ¿No me había conducido como si hubiera puesto los ojos en otro y fuera indiferente a su felicidad? Su ausencia podía deberse a que necesitaba una prueba de mi amor. No había acudido porque verme, el espectáculo de mi frialdad o mi aversión le desesperaba. ¿Por qué prolongar, con mi hipocresía y mi silencio, su desgracia y la mía? ¿Por qué no hablar claramente con él y hacerle saber la verdad?

Les costará creer que, obedeciendo a este impulso, me levantara con la intención de hacerme con una luz, que pensara que podía hacer en el acto y por carta semejante confesión. Después de reflexionar un momento, advertí que esta idea era una imprudencia, y me pregunté qué clase de debilidad mental me había impulsado a aprobarla sin vacilar. Me di cuenta con toda claridad que una confesión de esa índole era indigna de la pasión que me avasallaba y la afrenta más incalificable e imperdonable a la dignidad de mi sexo.

Volví a sentarme a reflexionar. La explicación de la ausencia de Pleyel se situó en el centro de mis especulaciones. ¡Cuántos contratiempos podían alzarse en su camino como obstáculos insuperables! Cuando éramos niños, un plan de placer en el que él y su hermana tomaban parte, se había frustrado de la misma forma por su ausencia; pero en aquella ocasión se había caído de un barco al río y había estado a punto de ahogarse. Ahora, una inadvertencia suya había causado una decepción a las mismas

personas. ¿No podía deberse a lo mismo? ¿No tenía intención de cruzar el río aquella mañana para hacer algunas compras en New Jersey? Tenía previsto volver a casa a cenar, pero habría sufrido algún contratiempo. Por propia experiencia conocía yo la inseguridad de las canoas, y ésta era la única clase de embarcación que Pleyel usaba; además, yo tenía un hereditario temor al agua. Todas estas circunstancias se aliaban para prestar una considerable verosimilitud a esta conjetura; pero la consternación que empezaba a sentir se vio aliviada por el pensamiento de que, de haber sucedido tal desastre, mi hermano lo habría sabido inmediatamente. Una nueva suposición barrió el consuelo que proporcionaba esta idea. Era posible que se hubiese producido el desastre sin que mi hermano llegara a saberlo. La primera noticia de su muerte podía traerla el lívido cadáver que la marea arrastraría a la orilla muchos días después.

Así pues, me desgarraban conjeturas contradictorias; me atormentaban fantasmas de mi propia creación. No siempre había sido así. Puedo determinar el momento en que me torné víctima de esta debilidad mental; tal vez fuera contemporánea de la irrupción de una fatídica pasión, una pasión que jamás me contará en el número de sus apologetas; pues ella sola se bastaba para aniquilar mi paz; por sí sola era pródiga en desventuras y no necesitaba el concurso de ninguna otra calamidad para anular los encantos de la vida y cavar para mí una prematura tumba.

Mi estado de espíritu era tierra abonada para un cúmulo de reflexiones sobre los cuidados y peligros que inevitablemente acechan a todo ser humano. Sin solución de continuidad, empecé a considerar la vida turbulenta y el misterioso final de mi padre. Veneraba la memoria de aquel hombre y conservaba con el mayor cuidado cualquier reliquia relacionada con su vida. Entre éstas se contaba el manuscrito de sus memorias. El relato no era notable por su elocuencia, pero tampoco todo su valor procedía de mi parentesco con el autor. Su estilo era de una espontánea y pintoresca sencillez. La gran variedad y detalle de los incidentes, unidos a su importancia intrínseca como pintura de las costumbres y pasiones humanas, lo convertían en el libro más útil de mi colección. Ya era tarde, pero, no teniendo ningún deseo de dormir, decidí pasar la noche leyéndolo atentamente.

Para hacerlo debía procurarme una luz. Hacía mucho tiempo que la criada se había ido a acostar, de modo que tendría que ir a buscarla yo misma. Sólo podía encontrar una lámpara y todo lo necesario para encenderla en la cocina. Allí decidí dirigirme inmediatamente, pero la luz sólo me era de utilidad para leer el libro. Sabía en qué estante y en qué lugar se encontraba. Qué debía hacer en primer lugar, si ir a buscar el libro o preparar la lámpara, no pareció tener ninguna importancia. Preferí lo primero y, poniéndome en pie, me dirigí al vestidor en el que, como he dicho antes, guardaba mis libros y papeles.

Súbitamente recordé lo ocurrido hacía poco en este vestidor. No sabía si la medianoche se acercaba o si ya había pasado. Estaba, como en aquella ocasión, sola e indefensa. El viento, con la ayuda del silencio de muerte de los campos, me traía el

murmullo de la cascada. Ésta se mezclaba al sonido hechizante y solemne que produce la brisa en las agujas de los pinos. Las palabras de aquel misterioso diálogo, su espeluznante contenido y el salvaje exceso a que el terror me había llevado, se adueñaron de nuevo de mi imaginación. Di algunos pasos vacilantes y me detuve para tranquilizarme.

Conseguí al fin reunir suficientes fuerzas para dirigirme al vestidor. Toqué el pomo de la puerta, pero mis dedos no me obedecieron; volvieron a asaltarme temores invencibles. Se apoderó de mí una suerte de certeza de que en aquel vestidor se escondía alguien con propósitos malignos. Comenzaba a luchar con estos temores cuando pensé que no sería inadecuado ir en busca de la lámpara antes de abrir el vestidor. Retrocedí algunos pasos, pero antes de llegar a la puerta de mi habitación mis pensamientos tomaron un nuevo rumbo. Se diría que el movimiento ejercía en mí una influencia mecánica. Me avergoncé de mi cobardía. Además, ¿qué ayuda podría prestarme una lámpara?

Mis temores no habían evocado un objeto preciso. Sería difícil describir con palabras los elementos y matices del fantasma que me obsesionaba. Una mano invisible de fuerza sobrenatural animada de pasiones humanas que tenían mi vida como objetivo, formaba parte de esta imagen aterradora. Mi enemigo podía remover cualquier obstáculo, o bien, si su poder estaba sometido a ciertos límites, yo ignoraba tales límites. Aunque, ¿no me había asegurado su cómplice que yo estaba a salvo en todas partes salvo en la pérgola a la orilla del río?

Regresé al vestidor y de nuevo puse la mano en el pomo de la puerta. ¡Oh, quiera el cielo que mis oídos ensordezcan si los hiere otra vez un grito tan espeluznante! Su sonido no sólo sumió en la impotencia mis facultades intelectivas; actuó sobre mis nervios como el filo de una navaja. Fue como si cortase de un tajo las fibras de mi cerebro y colmara de un agónico dolor cada una de mis articulaciones.

Aunque penetrante y fuerte, aquel grito era humano. La pronunciación era extraordinariamente nítida. El aliento que lo producía no aventó mis cabellos, pero todo se aliaba para hacerme creer que los labios que lo pronunciaban me rozaban el hombro.

«¡Atrás! ¡Atrás!», fueron las palabras de aquella horrisona prohibición que parecía contener toda la energía de un alma convertida en angustia y terror.

Me arrojé temblorosa contra la pared y, cediendo al mismo impulso instintivo, volví atrás la cabeza para examinar a mi misterioso interlocutor. El claro de luna entraba como un torrente por la ventana e iluminaba cada rincón de la alcoba, ¡pero no vi nada!

El intervalo entre la pronunciación de estas palabras y el momento en que miré hacia el lugar de donde procedían sólo hubiera podido medirse con el pensamiento. Aunque, de haber habido allí un ser humano, ¿habría podido evitar ser visible? ¿Cuál de mis sentidos era víctima de una fatal ilusión? Todavía resonaban en todo mi cuerpo las vibraciones que había producido aquel grito. Por consiguiente, aquel

sonido había sido causado por una conmoción real. Aunque el hecho de que lo hubiera escuchado no era menos cierto que quien lo había proferido se encontraba junto a mi oído derecho; pero mi acompañante era invisible.

No sabría describir mi estado de ánimo en aquel momento. El estupor había embotado mis facultades. Todo mi cuerpo temblaba y la sangre se había helado en mis venas. Sólo era consciente de la intensidad de mis emociones. Pero esto no podía durar. Así como la marea sube de pronto hasta una altura inalcanzable para luego retirarse poco a poco, la confusión paulatinamente cedió el paso al orden, y la turbación a la calma. Podía pensar y moverme. Volví a ponerme en pie y avancé hacia el centro de la habitación. Lancé miradas penetrantes hacia arriba, hacia atrás y a derecha e izquierda. No me conformé con una sola ojeada. Quien hasta entonces se había hurtado a mi vista, bien podía cambiar de parecer y, al intentarlo de nuevo, hacerse claramente visible.

La soledad suelta las riendas de la fantasía. Las tinieblas son menos fértiles en imágenes que el tenue resplandor de la luna. Estaba sola, y sombras informes salpicaban las paredes de mi alcoba. Cuando la luna se ocultaba detrás de una nube y volvía a salir, las sombras parecían cobrar vida y moverse. La ventana estaba abierta, y de vez en cuando la brisa movía las cortinas. Este movimiento producía un sonido. No dejé de lanzar una mirada y de escuchar cuando este movimiento y este sonido se producían. Estaba persuadida de que mi interlocutor no estaba lejos, y tal sospecha convertía estos fenómenos en indicios de su presencia; sin embargo, no acerté a distinguir nada.

Cuando pude volver a pensar en lo ocurrido hacía un instante, lo primero que me llamó la atención fue el parecido entre las palabras que acababa de escuchar y las que habían puesto fin a mi sueño en la pérgola. Disponemos de medios para distinguir una sustancia de una sombra, una realidad del fantasma de un sueño. El abismo, mi hermano instándome a avanzar, la mano que me tomó del brazo y la voz que sonó a mis espaldas fueron sin duda imaginarias. El que tales hechos cobrasen forma en mi sueño lo corrobora la misma incontrovertible evidencia que me hace creer que en este momento estoy despierta; pero las palabras y la voz eran las mismas. De esta suerte, merced a una inexplicable contradicción, al tiempo que era consciente del peligro, mis actos y sensaciones eran los de alguien por completo indiferente a él. Aunque ¿no era igualmente cierto que mis actos y mis pensamientos libraban una enconada batalla? ¿No había arraigado con fuerza en mi imaginación la certidumbre de que la desgracia se agazapaba en el vestidor, y no había traicionado mis actos una inquebrantable seguridad? A fin de paliar los efectos de mi audacia se empleaban los mismos medios.

En el sueño era mi hermano quien se proponía mi destrucción. La muerte se agazapaba en mi camino. ¿De qué desgracia me rescataban ahora? ¿Qué agente o instrumento de destrucción se ocultaba en el vestidor? ¿Quién era aquel cuyo abrazo mortal sentiría si me aventuraba a entrar en él? ¿Por qué abrigo esta idea monstruosa?

¿Mi hermano?

No; sólo protección puedo esperar de él; ningún daño. ¡Extraña y terrible quimera! Aunque no podía rechazarla sin más. Indudablemente, no era un poder vulgar el que daba esta forma a mis temores. Aquel que reúne en una sola las tres caras del tiempo, aquel a quien no alcanza contingencia alguna era el responsable del hechizo que me subyugaba. Yo amaba la vida. Ninguna consideración me hubiera inducido a renunciar a ella. El sagrado deber, unido a mis impulsos más íntimos, me hacían amar mi existencia. ¿No había de temblar cuando mi vida estaba en peligro? ¿Y qué emociones debía sentir cuando el brazo que se armaba contra mí era el de mi hermano?

Concebimos pensamientos que no puede explicar ninguna ley conocida. ¿Por qué soñaba yo que Wieland era mi enemigo? ¿Por qué sino porque se me había comunicado que una maldición se cernía sobre mi destino? Pero ¿qué buen fin se proponían? ¿Me armaban de precaución para eludir o de fortaleza para soportar las calamidades que me aguardaban? Lo que ahora pensaba se debía sin duda a la semejanza entre estos sucesos y los de mi sueño. Indudablemente, una forma de locura dictaba mis actos. Que hubiese alguien oculto en el vestidor era una idea cuyo único sentido era obligarme a huir. Tal había sido el efecto que había producido en una ocasión anterior. Si sólo hubiese tenido este pensamiento, sin ninguna duda habría sentido el mismo impulso; pero ahora estaba profundamente persuadida de que mi hermano era el ejecutor de la desgracia de la que se me había advertido. Esta idea no anulaba el riesgo o el temor. ¿Por qué, entonces, volví a aproximarme al vestidor y giré el pomo de la puerta? Tomé en el acto esta decisión y la llevé a cabo sin vacilar.

La puerta no era muy pesada. La cerradura, de simple estructura, se abría fácilmente. Se abría hacia adentro y, una vez abierta, giraba sobre sus goznes sin necesidad de empujar. Tuve que empujarla, sin embargo, en aquella ocasión. Era mi intención abrirla con rapidez, pero mi esfuerzo fue inútil. Se negó a abrirse.

En otro tiempo esto no me hubiera parecido misterioso. Habría pensado que estaba obstruida y lo habría intentado otra vez. Pero ahora sólo podía admitir una explicación. Un obstáculo humano impedía que la puerta se abriese. Sin la menor duda, esto era otro motivo de terror. Era la confirmación que necesitaba para decidir mi conducta. Todas las dudas se habían desvanecido. ¿Qué otra cosa hacer sino abandonar la alcoba y la casa, o, al menos, dejar de intentar abrir la puerta?

¿No he dicho que mis actos estaban dictados por el frenesí? La razón se abstenía de determinar o influir en mis decisiones. Lo intenté varias veces más. Con todas mis fuerzas traté de vencer el obstáculo, pero en vano. La fuerza que mantenía cerrada la puerta era superior a la mía.

Quizás un observador imparcial hubiera aprobado semejante audacia. ¿De qué podía ser fruto mi obstinación sino del hábito de afrontar el peligro? Ya he señalado su causa con toda la claridad de que me creo capaz. La disparatada idea de que mi hermano se hallaba dentro, de que era él quien ejercía esta resistencia, había

arraigado con fuerza en mí. Podrán hacerse cargo de la magnitud de mi ofuscación cuando les diga que, al comprobar la esterilidad de mis esfuerzos, comencé a hablar en voz alta. No hay duda de que había perdido momentáneamente el juicio.

Llego ahora al punto crítico de mi destino.

—Oh, déjame abrir la puerta —exclamé en un tono más de pena que de temor—. De sobra sé quién eres. Sal de ahí, pero no me hagas daño. Te lo suplico, sal de ahí.

Había retirado la mano del pomo y la había apartado ligeramente de la puerta. Apenas había pronunciado estas palabras cuando la puerta giró sobre sus goznes y desplegó ante mi vista el interior del vestidor. Quienquiera que se ocultase en él estaba envuelto en sombras. Algunos segundos pasaron sin que nada rompiera el silencio. No sabía qué esperar o temer. Mis ojos no se apartaban del vestidor. Entonces se oyó un profundo suspiro. El lugar del que procedía me obligó a mirar con más intensidad. Alguien se acercaba desde el fondo. No tardé en vislumbrar la silueta de una figura humana. Retrocedí al tiempo que ella avanzaba.

Al llegar al umbral su forma se hizo claramente visible. Mi imaginación había evocado un personaje muy distinto. El rostro que asomaba era el último que hubiese querido encontrar a esta hora y en esta habitación. El temor mitigó mi perplejidad. En el vestidor se habían ocultado unos asesinos. Una voz del cielo me advertía del peligro que en este momento se cernía sobre mí. Yo había desoído la advertencia y me había enfrentado a mi adversario.

Recordé el semblante inescrutable de Carwin y sus ambiguos propósitos. Si no un designio atroz, ¿qué otro motivo podía guiar sus pasos hasta aquí? Estaba sola. Mis ropas eran las adecuadas a la hora, el lugar y la benignidad de la estación. No podía pedir auxilio. Él estaba plantado delante del vano de la puerta. Todo mi cuerpo se estremeció de terror.

Pero no había perdido el aplomo por completo; con la máxima atención vigilaba cada una de sus facciones. Su aire era taciturno, pero no carente de inquietud. La claridad no era lo bastante fuerte como para permitirme descubrir la clase de temor que delataba. Estaba inmóvil, pero sus ojos vagaban de un objeto a otro. Cuando sus poderosas órbitas se posaron en mí, me sentí sobrecogida. Por fin rompió el silencio. Su tono era firme, en modo alguno cohibido. Avanzó hacia mí al tiempo que decía:

—¿Qué voz era la que se dirigía a usted hace un momento?

Calló en espera de mi respuesta; pero, al advertir mi expresión de pánico, prosiguió con la misma frialdad:

—No tema. Sea quien fuere, le ha prestado un impagable servicio. No necesito preguntarle si era la de un amigo. Semejante sonido no puede producirlo ninguna criatura humana. Es incomprensible cómo pudo adivinar quién estaba en el vestidor.

»Usted sabía que Carwin se ocultaba allí. ¿No sabía lo que se propone? El mismo poder podía informarla tanto de lo uno como de lo otro. Sin embargo, sabiendo todo esto, usted siguió adelante. ¡Muchacha audaz! Aunque tal vez confiara en su protección. Esa confianza era justa. Amparada por su poder, puede desafiarme sin

temer nada.

»Es mi eterno enemigo; el que echa por tierra mis planes mejor trazados. Su maldita intromisión le ha salvado a usted en dos ocasiones. De no ser por él, ya le habría arrebatado los despojos de su honor.

Me miró con más fijeza que antes. Mi temor por mi vida era cada vez más intenso. Acerté a balbucir con enorme esfuerzo que se marchase inmediatamente o que me permitiera a mí hacerlo. Sin prestar la menor atención a mi ruego, continuó en un tono aún más vehemente:

—Me impulsaba un sentimiento que la honra; un sentimiento que santificaría mi acción; pero, sea como fuere, usted está a salvo. Que esta quimera siga siendo venerada; yo no haré nada para mancillarla.

Dejó de hablar. Las palabras y la expresión de aquel hombre me despojaban de toda mi presencia de ánimo. Sin la menor duda, en ninguna otra ocasión hubiese sido tan cobarde. Mi situación era desesperada. Estaba a merced de este ser. Mirara donde mirara, no veía ninguna escapatoria. Mi fuerza física, mi sinceridad y mi elocuencia no hubieran servido de nada. Yo estaba acostumbrada a celebrar la dignidad de la virtud y el poder de la verdad, y muchas veces me había vanagloriado de las conquistas que haría con su ayuda.

Imaginaba que ciertas desgracias jamás podrían sucederle a un ser de conciencia limpia; que la verdadera virtud nos proporciona una fuerza que el vicio nunca podrá vencer; que siempre estaba en nuestra mano desbaratar, con su muerte, los designios de aquel enemigo que se propusiera quitarnos la vida. ¿Por qué me había invadido un sentimiento semejante a la desesperación, y sólo confiaba ahora en la protección del azar y en la clemencia de mi enemigo?

Sus palabras me transmitían una idea vaga del ultraje que había tramado. Hablaba de obstáculos surgidos en su camino. Había renunciado a su propósito. Esto me proporcionaba un débil consuelo. Sólo en su ausencia estaría segura. Cuando me miraba a mí misma, cuando pensaba en la hora y el lugar, me invadían el desánimo y el horror.

Se le veía silencioso, pensativo, indiferente a mi presencia, pero no parecía tener intención de marcharse. También yo callaba. ¿Qué hubiera podido decir? Estaba convencida de que la razón habría sido perfectamente inútil en este momento. Debo mi vida a su libre voluntad. Sea cual fuere el propósito que le había traído a esta habitación, había cambiado de parecer. ¿Por qué, pues, permanecía aquí? Su decisión no era definitiva, y un intervalo de unos pocos minutos podía impulsarle a llevar a cabo su primitivo propósito.

Pero ¿era éste el mismo hombre al que habíamos tratado con exquisita amabilidad?; ¿cuya conversación nos era grata por la elevación de su inteligencia y su talento?; ¿que un millar de veces había disertado sobre la utilidad y la belleza de la virtud? Si hubiera podido olvidar las circunstancias en que se había producido este encuentro, habría considerado sus palabras como simples bromas. Entonces continuó:

—No me tema; nos separan unos metros apenas y no parece que nadie pueda socorrerla. Cree que se encuentra a mi merced; que está al borde de la ruina. Esos temores son ridículos. No podría mover un dedo para rozar un pelo de sus ropas. Más fácil sería detener la carrera de la luna. Si alentara una intención hostil contra usted, el poder que la protege aniquilaría cada fibra de mi cuerpo y me reduciría a un montón de cenizas en un instante.

»De este modo se explica todo ahora. Poco imaginaba yo que ésta fuera la causa. ¡Qué incalculable don se le ha concedido! Vigilada por los ojos de su inteligencia, no habrá abismos que la devoren ni celadas que entorpezcan su camino. Rodeada por sus protectores brazos, toda maquinación se verá frustrada y toda maldad repelida.

Entonces se produjo otro silencio. Yo seguía vigilando sus reacciones y su expresión. La serena tranquilidad de su semblante dio paso a una emoción distinta. Todo era ahora preocupación y zozobra.

—Debo irme —dijo en tono entrecortado—. ¿Por qué continúo aquí? No le pediré que me perdone. Me doy cuenta de que sus temores son invencibles. Sólo el miedo la impulsaría a perdonarme, no la compasión. Debo alejarme de usted para siempre. El que pueda atentar contra su honor debe esperar de usted y de sus amigos persecución y muerte. Debo condenarme a un exilio eterno.

Dicho esto, abandonó apresuradamente la habitación. Le escuché bajar las escaleras, abrir la puerta principal y salir de la casa. Aunque el resplandor de la luna me hubiera permitido hacerlo, no le seguí con la mirada. Aliviada por su marcha y exhausta por la intensidad de mis temores, me senté en una silla y me abandoné al desconcierto que episodios como el que acababa de vivir no pueden dejar de suscitar.

CAPÍTULO X

Tardé algún tiempo en poner en orden mis ideas. Aquella voz resonaba en mis oídos. Cada una de las palabras que Carwin había pronunciado estaba fresca en mi memoria. Su intempestiva aparición, mi reconocimiento, su precipitada marcha, me producían un sentimiento complejo que ninguna palabra podría describir. Luché para contener la turbulencia de mis pensamientos y aplacar una confusión que resultaba dolorosa, pero fue inútil. Me cubrí los ojos con la mano y permanecí sentada, no sé cuánto tiempo, incapaz de controlar o dar forma a lo que pensaba.

Durante horas había estado completamente sola. Ninguna idea de peligro había turbado mi sosiego. No me había preparado para defenderme. ¿Qué me impulsó a hojear el manuscrito de mi padre? Si en lugar de esto me hubiera acostado y hubiese dormido, un destino fatal se habría consumado. El canalla, que debió contener la respiración para evitar ser descubierto, no habría dejado de reconocer esta señal y yo habría despertado para aborrecerme a mí misma y morir de terror. ¿Hubiera podido ignorar el peligro? ¿Hubiera podido dormir tranquilamente acechada por tan terrible amenaza?

¿Y quién era el que pretendía destruirme? ¿Cómo había conseguido ocultarse en el vestidor? Seguramente gozaba de poderes sobrenaturales. Tal era el enemigo contra cuyas asechanzas me habían alertado. Le había visto y había hablado con él todos los días. Nada podía adivinarse a través del velo impenetrable de su duplicidad. Cuando traté de averiguar quién era el autor del mal que me amenazaba, en ningún momento pensé en él. Pero ¿no se había confesado él mismo mi enemigo? ¿Por qué habría de encontrarse aquí si no hubiese urdido mi ruina?

Confiesa que ésta ha sido su segunda intentona. ¿Cuál fue el escenario de su primera traición? ¿No eran suyos los susurros delatores? ¿Me engañó o no había cierto parecido entre la voz de este hombre y la que habló de agarrarme por el cuello y acabar con mi vida en un instante? Entonces tenía un cómplice; ahora está solo. Entonces se proponía matar; ahora un ultraje innominable y mucho más temible. ¡Cuántas gracias debo dar al poder cuya intervención me ha salvado!

Este poder es invisible. Sólo uno de mis sentidos lo percibe. ¿Cómo conoceré su naturaleza? Ha tomado sobre sí el deber de desbaratar las maquinaciones de este hombre, que me ha amenazado con destruir cuanto me es querido y que ha sido capaz de burlar toda barrera humana para llegar hasta aquí. Nadie hubiera podido salvarme de su mortal abrazo. Mi precipitación aceleró la ejecución de su plan y le impidió volver a considerarlo. No le di ocasión de arrepentirse. Si hubiese sido consciente del peligro, mi conducta no me hubiera permitido evitar la desgracia. Tales parecen haber sido los temores de mi protector invisible. De otro modo, ¿por qué esa sorprendente

súplica de que no entrara en el vestidor? ¿Qué inexplicable locura me impulsó a abrir esa puerta?

Pero actué prudentemente. Incapaz de comprender por qué obraba así, Carwin lo atribuyó a que estaba apercibida. Creyó que había sido descubierto y, siendo sólo posible que le descubriera *mi* amigo celestial y *su* enemigo, se sintió acorralado.

Él conoce los propósitos y la naturaleza de ese ser. Tal vez sea una criatura humana. Aunque, si suponemos eso, sus acciones son increíbles. ¿Por qué me eligió a mí como objeto de sus desvelos? ¿Recibió el genio de mi cuna este encargo de la benevolencia divina? ¿Pueden recibir las facultades humanas pruebas más palpables de la existencia de inteligencias omnipotentes y benéficas de las que yo he recibido?

Pero ¿quién era su cómplice? La voz que reconoció una alianza criminal con Carwin me advirtió que evitara la pérgola. Me aseguró que sólo allí mi vida corría peligro. Según se demuestra ahora, tales seguridades eran falsas. ¿No se engañaba en su advertencia? ¿Se había roto realmente su pacto? Tal vez se proponía algo al evitar que en lo sucesivo frecuentara yo ese lugar. ¿Por qué habría de guardar silencio sobre este aviso, a no ser por alguna razón torpe y culpable?

Sólo yo solía visitarla. La roca hacía invisible desde lejos la parte de atrás, y las plantas trepadoras y las ramas de los cedros ocultaban su fachada a toda mirada indiscreta. ¿Qué lugar podía ser más propicio al secreto? El espíritu que en otro tiempo la habitaba era puro y extático. ¡Era un altar consagrado a la memoria de la infancia y las entusiastas visiones del futuro! ¡Qué fúnebre inversión se había producido desde la ominosa llegada de este desconocido! Tal vez ahora es el escenario de sus maquinaciones. Allí se engendran, echan raíces y maduran planes preñados de horror, que rehúyen la luz del día y se proponen mancillar la inocencia.

Éstas fueron las ideas que me asaltaron tumultuosamente durante toda la noche. Recordé las conversaciones en que Carwin había intervenido. Traté de deducir de su comportamiento y de sus palabras sus antiguas aventuras y actuales intenciones. Reparé en sus observaciones a mi relato del diálogo en el vestidor. Ninguna idea nueva me sugirieron estos recuerdos. La escasa sorpresa que aquella historia despertó en él había defraudado todas mis expectativas. En ningún momento manifestó claramente su opinión sobre la naturaleza de aquellas voces ni declaró si eran reales o imaginarias. Tampoco recomendó que se tomara medida alguna de prevención o defensa.

Pero ¿qué medidas tomar ahora? ¿Se había desvanecido el mal que me amenazaba? ¿No tenía nada más que temer? Estaba sola e indefensa. No podía adivinar las intenciones ni vigilar los pasos de este hombre. ¿Cómo podía estar segura de que no volviera a alentar los mismos propósitos y regresara a consumarlos?

Esta idea volvió a llenarme de consternación. ¡Cómo lamenté mi soledad y con qué ansia deseé el regreso del día! Ninguno de estos dos inconvenientes tenía remedio. Al principio pensé en llamar a la criada para que pasara la noche en mi alcoba, pero en seguida caí en la cuenta de la ineficacia de esta medida. Decidí de

pronto abandonar mi casa y refugiarme en la de mi hermano, pero al pensar en lo avanzado de la hora, en la alarma que mi llegada y la explicación que debía darle habrían de provocar, y en el peligro al que me expondría al ir hasta allí, me vi obligada a desistir. Empecé a considerar como enormemente improbable la vuelta de Carwin. Había renunciado a su propósito por propia iniciativa y se había marchado voluntariamente.

«No hay duda —dije—, de que quien obligó a cambiar de parecer a un hombre como Carwin lo puede todo. La divinidad que me protegió de sus asechanzas se cuidará de mi futura seguridad. Abandonarme a mis temores es tanto como merecer que se cumplan.»

Apenas había pronunciado estas palabras cuando un sonido de pasos reclamó mi atención. Alguien entraba en la galería que bordea la fachada de mi casa. Mi recién nacida confianza se desvaneció en el acto. Carwin, pensé, se había arrepentido y regresaba apresuradamente. La posibilidad de que volviese para protegerme era impensable. Atroces imágenes de violación y asesinato volvieron a asaltarme, y el terror me impidió hacer nada para defenderme. Fue un impulso casi inconsciente el que me hizo girar la llave y correr los cerrojos de la puerta de mi alcoba. Después de hacer esto, me senté en una silla porque temblaba de tal modo que las piernas no me sostenían, y todo mi ser estaba tan enteramente concentrado en el acto de escuchar que mi corazón casi había dejado de latir.

La puerta principal crujió sobre sus goznes. No la cerraron de nuevo, sino que pareció que la dejaban abierta. Las pisadas entraron, atravesaron el vestíbulo y empezaron a subir las escaleras. ¡Con qué amargura deploré la locura de no haber seguido a Carwin cuando se fue y no haber cerrado la puerta de entrada a sus espaldas! ¿No podía pensar él que esta omisión era una prueba de que mi ángel bueno me había abandonado y sentirse por ello alentado en el crimen?

Cada pisada que subía los peldaños y le acercaba a mi alcoba hacía más negra mi desesperación. No había forma de eludir el mal que me amenazaba. ¡Cuán atolondrada había sido al no prever la conducta que debía adoptar en una situación como ésta! Pensarán que la reflexión y la desesperación me habrían dictado el mismo proceder, y que hubiera debido recurrir sin vacilar al mejor instrumento de defensa que tuviera a mi alcance. Sobre mi escritorio yacía abierto un cortaplumas. Recordé que estaba allí y lo cogí. No hace falta preguntar para qué. Supondrán a continuación que lo creía mi último refugio y que, si todo lo demás fallaba, lo habría hundido en el pecho de mi raptor.

He perdido la fe en la constancia de las decisiones humanas. Así era como había decidido actuar en épocas de serenidad. Ninguna cobardía me hubiera parecido más ruin que la que induce a una mujer ultrajada a destruir, no a quien la ultraja antes de que la afrenta se haya consumado, sino a sí misma cuando no encuentra otra salida. Pero ahora este cortaplumas no tenía para mí otra utilidad que la de burlar a mi asaltante y evitar su crimen destruyéndome a mí misma. Reflexionar en semejante

situación era imposible pero, entre todas las atropelladas ideas que me pasaron por la cabeza en aquel momento, no recordé que una vez había pensado usarlo como arma defensiva.

Las pisadas habían llegado al segundo piso. Cada pisada aceleraba la consumación sin aumentar la certeza de mi desgracia. El pensamiento de que la puerta era sólida, ahora que nada más que ella me separaba del peligro, me proporcionaba algún consuelo. Miré hacia la ventana. Esto era una nueva posibilidad. Decidí de pronto que si la puerta se abría me arrojaría por la ventana. Su distancia del suelo, que estaba cubierto de ladrillo, hacía segura mi muerte; pero no reparé en eso.

Al llegar frente a la puerta las pisadas se detuvieron. ¿Estaba escuchando para comprobar si mis temores se habían aplacado y mi precaución dormía? ¿Pretendía cogerme por sorpresa? Pero, si era así, ¿por qué se acercaba con tan poco sigilo? Entonces volvió a escucharse cómo las pisadas se acercaban a la puerta. Una mano se posaba sobre la cerradura y accionaba el picaporte. ¿Creía que no era suficiente para mantener cerrada la puerta? Hizo un débil intento para abrirla empujando, como si, al estar descorridos todos los cerrojos, sólo un pequeño esfuerzo fuera preciso.

En cuanto escuché este sonido corrí a la ventana. Podría decirse que el cuerpo de Carwin no era más que un montón de músculos. En distintas ocasiones había podido comprobar su fuerza prodigiosa. Haciendo solamente un pequeño esfuerzo, hubiera destrozado la puerta. ¿Por qué no lo hacía? No me cabía ninguna duda de que lo haría, pero en el momento en que cediera este obstáculo y entrase en la habitación, yo había decidido saltar por la ventana. Mis sentidos estaban fijos en ella. Observaba de reojo la puerta en espera de que el asalto se consumara. Se produjo un silencio. Quienquiera que se hallase fuera estaba inmóvil, sin saber qué hacer.

De pronto pensé que Carwin podía imaginar que yo había huido. Que no me hubiese apresurado a huir era sin duda la menos probable de las suposiciones. El hecho de encontrar la puerta principal abierta y la de mi alcoba cerrada debió de confirmárselo. ¿No era prudente alentar esta sospecha? Si guardaba perfecto silencio, mi mutismo unido a todo lo demás podía reforzar esta creencia y Carwin volvería a marcharse. Todas mis reflexiones añadían verosimilitud a este razonamiento. Se vio confirmado cuando escuché unos pasos que se alejaban de la puerta. La sangre volvió a fluir a mi corazón y una aurora de euforia comenzó a despuntar, pero mi alegría fue breve. En lugar de bajar las escaleras, se dirigió a la puerta de enfrente, la abrió y, después de entrar, la cerró tras de sí con una violencia que conmovió los cimientos de la casa.

¿Cómo interpretar esto? ¿Para qué había entrado en esa alcoba? ¿La violencia del portazo era señal de su decepción? Pleyel ocupaba ese dormitorio. ¿Sabía Carwin que esta noche estaba ausente? ¿Cabía suponerle capaz de la sordidez de un robo? Si ésa era su intención, yo no tenía ninguna forma de impedirselo. Debía aprovechar la ocasión para escapar pero, si mi enemigo creía que ya había huido, ningún refugio era más seguro que éste. ¿Cómo salir de la casa sin hacer un ruido que le obligara a

perseguirme?

Incapaz de comprender por qué había entrado en la alcoba de Pleyel, aguardé con la esperanza de oírle salir. Pero todo estaba en profundo silencio. En vano traté de escuchar durante un largo rato el sonido de la puerta al volverse a abrir. No había ninguna otra forma de salir de la casa, salvo otra puerta que conducía a la habitación de la criada. ¿También aquella muchacha estaba en peligro?

Esto suscitó nuevos temores, que no hicieron sino centuplicar la angustia y el desorden de mis pensamientos. No podía evitar de ningún modo cualquier mal que me amenazara. La inmovilidad y el sigilo eran los únicos medios para evitar los peligros de esta noche fatídica. ¡Con qué vehemencia juré que si volvía a ver la luz del sol jamás volvería a cruzar el umbral de esta casa!

Los minutos pasaban y nada indicaba que Carwin hubiese regresado al corredor. ¿Qué podía retenerle en aquella alcoba? ¿Era posible que hubiese salido y se hubiese marchado sin hacer ruido? En seguida advertí la dificultad que esto suponía, pero, como si así pudiera saber algo más, lancé ansiosas miradas por la ventana.

Lo primero que atrajo mi atención fue la figura de un hombre que estaba de pie en el borde del terraplén. Acaso la esperanza hiciese más penetrante mi mirada. En todo caso, la figura de Carwin se distinguía con claridad. Desde la oscuridad de mi lugar de observación, era imposible que él me viera; pero apenas me dejó vislumbrarle un momento. Se dio la vuelta y descendió la pendiente, que a esta altura puede bajarse sin dificultad.

Mi conjetura, pues, había sido correcta. Carwin había abierto la puerta sigilosamente, había bajado las escaleras y se había ido. Que no hubiese escuchado sus pasos era menos increíble que mis ojos me engañasen. Pero ¿qué debía hacer ahora? La casa se había liberado al fin de aquel odioso inquilino. Había un acceso por el que podía volver a entrar. ¿No era prudente cerrar la puerta de abajo? Tal vez había salido por la puerta de la cocina. Para hacer esto, hubiera debido atravesar la habitación de Judith. Una vez atrancadas todas las entradas, gozaría de la mayor seguridad que mi aislamiento permitía.

La conveniencia de tomar estas medidas era demasiado evidente para que no venciera mis temores. De modo que abrí la puerta con la mayor precaución, y bajé las escaleras como temiendo todavía que Carwin estuviese oculto en la alcoba de Pleyel. La puerta principal estaba entornada. Giré la llave con temblorosa precipitación y corrí todos sus cerrojos. Atravesé después el salón con pasos rápidos y menos precavidos, y me sorprendió descubrir que la puerta de la cocina estaba cerrada. Tuve que aceptar la primera hipótesis de que Carwin había salido por la entrada principal.

Me sentí algo más tranquila. Volví de nuevo a mi alcoba, cuya puerta cerré cuidadosamente. No era el momento de pensar en dormir. El claro de luna empezaba a diluirse en la luz del amanecer. La proximidad de la mañana se insinuaba con sus acostumbradas señales. Pensé en los sucesos de la noche y decidí vivir en lo sucesivo en casa de mi hermano. Si debía informarle o no de lo sucedido era una cuestión que

debía meditar. Pero no cabía la menor duda de que debía abandonar esta casa.

Cuando pude empezar a pensar con más claridad, la imagen de Pleyel y la ambigüedad de su conducta me asaltaron de nuevo. Volví a preguntarme por las posibles causas de que no acudiera el día anterior. La tristeza teñía mis pensamientos. Me abandoné a la idea de su muerte con una obstinación que no soy capaz de explicar. Imaginé su lucha con el oleaje y su postrera aparición. Me vi paseando por la orilla del mar a medianoche y tropezando con su cadáver, que la marea había arrojado sobre la arena. Estas fúnebres imágenes me entristecieron hasta hacerme saltar las lágrimas. No traté de contenerlas. Me depararon un alivio imprevisto. Cuanto más copiosas fluían, tanto más tranquila me sentía, y mi desasosiego dio paso a la calma.

Aliviada por este desahogo, tal vez el anhelado sueño habría embotado mis sentidos si no hubiera habido otro motivo de alarma.

CAPÍTULO XI

Unos ruidos procedentes de la habitación contigua me despertaron de mi sopor. ¿Era posible que hubiese confundido la figura que había visto sobre el terraplén, o había vuelto a entrar Carwin, de alguna manera incomprensible, en aquella habitación? Se abrió la puerta de enfrente, avanzaron unos pasos y, dirigiéndose a la puerta de mi alcoba, alguien llamó.

Este hecho imprevisto me despojó de toda mi presencia de ánimo y, poniéndome en pie, exclamé casi sin querer:

—¿Quién es?

Respondieron inmediatamente. Estupefacta, reconocí la voz de Pleyel.

—Soy yo. ¿Estás levantada? Si no lo estás date prisa; necesito hablar contigo un momento en el salón. Te espero allí.

Dicho esto, se alejó de la puerta.

¿Debía dar crédito a mis oídos? De ser cierto lo que me decían, era Pleyel el que había estado encerrado hasta entonces en la habitación de enfrente; el que mi imaginación delirante había pintado con trazos fantasmales y destructores; aquel cuyas pisadas había escuchado con indecible inquietud. ¡Qué poco juicio le ha sido otorgado al ser humano! ¡Su corazón se desgarraba de angustia y su cuerpo desfallece de terror aunque su vida se halle defendida por murallas inexpugnables! ¿Tiene algún límite la estupidez humana? El que me advirtió de la presencia de mi enemigo bien pudo indicarme aquélla que tantos temores atroces habría evitado.

Pero ¿quién podía imaginar que Pleyel llegara a semejante hora? Su tono era triste y preocupado. ¿Por qué esta llamada intempestiva?, ¿y por qué se había marchado con tanta precipitación? Quizá sepa algo de misteriosa e inesperada importancia.

La impaciencia no me dejó consumir demasiado tiempo en deliberaciones y me apresuré a bajar. Encontré a Pleyel de pie ante la ventana, los brazos cruzados sobre el pecho y cabizbajo como si meditase. Todas sus facciones destilaban tristeza. A lo que se unía cierta palidez y un aire de cansancio. La última vez que le había visto su aspecto era completamente distinto. El cambio me sorprendió. Mi primer impulso fue preguntarle qué le había ocurrido. Pero este impulso fue suplantado por un sentimiento de confusión fruto de la certeza de que el amor era en gran medida responsable del nacimiento de este impulso. No dije nada.

Entonces alzó los ojos y me miró. Leí en ellos una angustia indescriptible. Nunca había visto a Pleyel así. En verdad, jamás había visto un rostro humano en el que el desconsuelo se hallase impreso en caracteres tan flagrantes. Pareció que trataba de hablar pero, incapaz de pronunciar una sola palabra, agitó la cabeza y se alejó de mí.

La impaciencia no me dejó guardar silencio un segundo más.

—Amigo mío —dije—, por Dios, ¿qué ocurre?

Se sobresaltó al escuchar mi voz. Sus rasgos, por un momento, se crisparon animados de una emoción muy distinta de la pena. La ira le quebraba la voz:

—¡Qué ocurre! ¡Oh desgraciada! ¡Una mujer de formas tan exquisitas, en la que la naturaleza parece haber agotado todas sus galas..., con encantos tan puros y terribles! ¡Cómo has caído! ¡De qué altura has caído! ¡Una ruina tan completa..., tan inaudita!

La emoción le impidió continuar. La pena y la lástima volvieron a confundirse en su semblante. En un tono sofocado por los sollozos, continuó:

—¿Por qué habría de censurarte? Si pudiera devolverte lo que has perdido, lavar esa mancha maldita, arrancarte de las garras de ese demonio, lo haría sin vacilar. Pero ¿de qué servirían mis esfuerzos? No tengo fuerzas para luchar contra una depravación tan completa, tan terrible.

»Pruebas menos consistentes sólo habrían despertado en mí ira y desprecio. El canalla que se hubiese atrevido a sospechar de tu honor sólo habría merecido mi cólera; ni el odio ni la envidia hubieran podido explicar su conducta; eso sólo hubiera demostrado que estaba loco. ¡Que mis ojos y mis oídos hayan tenido que presenciar tu caída! De ninguna otra forma hubiera podido llegar a esta certeza odiosa.

»¿Por qué te he llamado para hablar contigo? ¿Por qué me expongo a que te rías de mí? La advertencia y la súplica son inútiles. Tú sabías que era un asesino y un ladrón. Creí que sería el primero en revelarte su infamia, en advertirte del abismo hacia el que te precipitabas; pero te hubiera abierto los ojos en vano. ¡Oh sucia e insoportable desgracia!

»Sólo hay un modo. Sé que huiréis juntos. Tu ruina destruirá la felicidad y el honor de otros muchos. Pero eso es inevitable. Su presencia no debería volver a manchar esta casa. Sin duda dentro de poco verás a ese amante aborrecible. Una cita de medianoche volverá a profanar estos muros. Infórmale del peligro que corre; dile que sus crímenes son conocidos; oblígale a huir inmediatamente y lejos de este lugar, si quiere evitar la suerte que le amenazaba en Irlanda.

»¿Y no irás tú tras él? ¡Vergüenza para mi debilidad! No sé qué más decir. He hecho lo que me proponía. Permanecer más tiempo aquí tratando de convencerte, suplicando, enumerando las consecuencias de tu proceder, ¿para qué puede servir sino para proclamar tu infamia y hacer más amargo nuestro dolor? Pero piensa, oh piensa, antes de que sea demasiado tarde, en las desgracias que tu fuga acarreará para todos nosotros; piensa en la perversidad, en la bajeza y en la abyección del canalla al que has vendido tu honor. Pero, ¿qué estoy diciendo? ¿No es invencible tu desvergüenza y no tienes un corazón profundamente corrompido? ¡Oh, la más lúbrica y depravada de las mujeres!

Dicho esto, salió de la casa precipitadamente. Poco después le vi recorrer el camino que conducía a la de mi hermano a toda prisa. No pude evitar su marcha, llamarle o seguirle. Lo que acababa de oír me había dejado confundida y atónita.

Miré a mi alrededor para asegurarme de que la escena era real. Di algunos pasos con la intención de disipar la duda de que no estaba soñando. ¡Tan tremendas acusaciones en labios de Pleyel! ¡Ser estigmatizada con los calificativos de depravada y lúbrica! ¡Ser acusada de haber malvendido mi honor, de citarme de madrugada con un ladrón y un asesino convicto para fugarme con él!

Esto sólo podía ser fruto del delirio o de algún error incomprensible y fatal. ¡Después de los horrores de la noche, después de sufrir indecibles amenazas a manos de aquel hombre, ser convocada a una entrevista como ésta, encontrar a Pleyel persuadido de que, en lugar de elegir la muerte como refugio contra su violencia, había albergado su vileza en mi corazón, había sacrificado por él a mis amigos, mi fortuna, mi nombre intachable y mi pureza! Ni siquiera la locura hubiera podido engendrar semejantes acusaciones.

¿Qué había podido dar pie a tan descabelladas ideas? Carwin se marchó después de nuestro intempestivo encuentro en mi alcoba. ¿Podía Pleyel haberle visto partir? Eso no ocurrió mucho antes de que él llegara. ¿Dedujo de este hecho sus odiosas conclusiones? ¿La larga serie de mis actos y mis sentimientos no me ponía al abrigo de tan sucias sospechas? ¿No era más lógico pensar que las intenciones de Carwin eran ilícitas? ¿que mi vida había corrido peligro a manos de un hombre furioso que, por el motivo que fuera, había resultado ser un ladrón y un asesino? ¿que mi honor había sido asaltado no con halagos sino con violencia?

Me había juzgado sin oírme. Había extraído de apariencias dudosas conclusiones totalmente injustas e improbables. Me había rebajado al nivel de las prostitutas y los ladrones. No puedo perdonarte, Pleyel, esta injusticia. Tu juicio debe de estar enfermo. Si no es así, si tu proceder fue deliberado y libre, jamás podré olvidar esta afrenta terrible y cruel.

Estos pensamientos dieron paso paulatinamente a otros. Pleyel padecía una locura momentánea; las apariencias le habían llevado a una palmaria equivocación. ¿Cuándo había contraído su lucidez esta ceguera? ¿No era el amor? Conocedor de mi inclinación por Carwin, poseído por el despecho y los celos, y traído hasta aquí a hora tan tardía por alguna instigación desconocida, su imaginación convirtió sombras en monstruos y le hizo víctima de estos lamentables errores.

Acaricié esta idea con un sentimiento de alivio. Mi alma estaba dividida entre la indignación ante la injusticia y la perplejidad por el motivo del que imaginaba que procedía. Durante mucho tiempo no pude abrigar otra idea. El asombro es una emoción que debilita, no fortalece. Todas mis reflexiones estaban teñidas de perplejidad. Divagaba sin objeto o me aferraba a una sola imagen con una obstinación que por sí sola era prueba de la influencia enervante de los recientes acontecimientos.

Poco a poco empecé a reflexionar sobre las consecuencias del error de Pleyel y las medidas que debía tomar para defenderme de un futuro asalto de Carwin. ¿Debía esperar a que el tiempo enmendara este error? Cuando se desvaneciera su obcecación,

¿no caería en la cuenta de la enormidad de esta injusticia y se apresuraría a repararla? ¿No debía yo sentirme ofendida por un lenguaje y un comportamiento tan humillantes? La conciencia de mi inocencia y la confianza en que el tiempo y la reflexión bastaran para rebatir una acusación tan carente de fundamento, me aconsejaban no hacer nada y guardar silencio.

En cuanto a las maquinaciones de Carwin y la forma de desbaratarlas, lo que debía hacer era evidente. Decidí contárselo todo a mi hermano y confiarme a su consejo. Con este fin, cuando empezaba a caer la tarde me dirigí a su casa. Mi cuñada se ocupaba en sus quehaceres de costumbre. En cuanto aparecí, advirtió un cambio en mi expresión. No quise alarmarla con los detalles que había venido a revelar. Su salud se hallaba en ese estado que hace particularmente inoportuna una noticia inquietante. Evité contestar directamente a sus preguntas, y pregunté a mi vez por Wieland.

—Sospecho —dijo—, que esta mañana ha ocurrido algo desagradable y misterioso. Acabábamos de levantarnos cuando Pleyel vino a vernos. No sé qué pudo impulsarle a hacernos una visita tan intempestiva y madrugadora. A juzgar por su aspecto y el desorden de sus ropas, ha debido ocurrir algo extraordinario. Sólo me dijo que no había pegado ojo en toda la noche, que ni siquiera se había desnudado. Se llevó a tu hermano a dar un paseo. Algún asunto debió de entretenerlos porque Wieland no regresó hasta la hora del desayuno, y volvió solo. Estaba enormemente alterado; pero no prestó ninguna atención a mis preguntas ni me dijo qué había sucedido. Por alguna insinuación que hizo, deduje que tu situación era la causa; pero me aseguró que estabas a salvo en tu casa, en perfecto estado de salud y que no te había ocurrido nada. Apenas probó bocado e, inmediatamente después de desayunar, volvió a salir. No me dijo adónde iba, pero sí que posiblemente no volvería antes de la noche.

Me sentí tan perpleja y alarmada como ella. Pleyel había contado su historia a mi hermano y, con un relato distorsionado y verosímil, le había inculcado pensamientos desfavorables hacia mí. Aunque ¿no percibiría y pondría de relieve el juicio más ecuánime de Wieland la falacia de sus conclusiones? Quizá estuviese preocupado por algún descubrimiento sobre las intenciones de Carwin y temiera por mi seguridad. Las apariencias que habían engañado a Pleyel podían inducirle a él también a creer que yo albergaba un sentimiento indiscreto, aunque no deshonesto, hacia Carwin. Tales fueron las suposiciones que inmediatamente formulé. Estaba indeciblemente deseosa de confirmarlas. Para ello tenía que ver a mi hermano. Había salido nadie sabía adónde, y no esperaban que volviera en seguida. No sabía dónde ir a buscarle.

Mi preocupación no podía pasar desapercibida a mi cuñada. Aumentó su solicitud por conocer el motivo. Multitud de razones me aconsejaban guardar silencio. Al menos hasta que no hubiera hablado con Wieland sería un acto de imperdonable indiscreción revelarle lo sucedido. Para eludir su insistencia no se me ocurrió ninguna otra cosa que volver a mi casa. Recordé mi antiguo proyecto de instalarme en la de mi hermano. Se lo dije a ella. Accedió encantada a esta proposición y, cuando le dije

que tenía que embalar y enviar todo lo necesario inmediatamente, toleró con mejor ánimo que me fuera.

Una vez más me puse en camino hacia la casa que había sido escenario de grandes emociones y peligros. No estaba a mucha distancia de ella cuando observé que mi hermano salía. Al verme se detuvo en seco y, después de asegurarse, se diría, del camino que yo llevaba, volvió a entrar. Me alegré sinceramente de que lo hiciese, y apreté el paso con la intención de, si ello era posible, poner las cosas en su lugar.

Su semblante no expresaba en absoluto las apasionadas emociones que habían agitado a Pleyel. Consideré este hecho como un favorable augurio. Empecé a hablar inmediatamente.

—He ido a buscarte —dije—, pero Catharine me ha dicho que Pleyel tenía que tratar contigo de un importante y desagradable asunto. Antes de ir a verte, pasó unos pocos minutos conmigo. Empleó ese tiempo en acusarme de propósitos y crímenes que de ninguna manera me son imputables. Se comportó de un modo enormemente irreflexivo e injusto. Creo que ha extraído sus conclusiones de indicios nada suficientes, y hasta que no reciba un desagravio le trataré con el desprecio que merece; mientras tanto, temo que haya predispuesto a mi hermano contra mí. Ésta es una desgracia que lamento profundamente y que con todas mis fuerzas trataré de remediar. ¿He sido el tema de la conversación de esta mañana?

Mi interpelación no produjo a Wieland ninguna extrañeza. La benevolencia de su expresión no disminuyó en absoluto.

—Es cierto —dijo—, que tu conducta fue el tema de nuestra discusión. Soy tu amigo tanto o más que tu hermano. No hay criatura humana a la que ame más profundamente y cuyo bienestar me importe más. Imagina, pues, con qué preocupación he escuchado la historia de Pleyel. Espero y deseo que te defiendas de esas terribles acusaciones, si alguna defensa es posible.

El tono en que pronunció estas últimas palabras me hirió en lo más vivo.

—¿Si alguna defensa es posible! —repetí—. Por lo que sabes, ¿crees necesario que haga una defensa en regla? ¿Eres capaz de pensar por un momento que soy culpable?

Sacudió la cabeza con una expresión de profunda lástima.

—He tratado con todas mis fuerzas —dijo— de erradicar esa creencia. Hablas ante un juez que aprovechará cualquier pretexto para absolverte; que está dispuesto a dudar de sus sentidos si testifican contra ti.

Estas palabras imprimieron un nuevo giro a mis pensamientos. Empecé a sospechar que Pleyel basaba sus acusaciones en hechos que yo ignoraba.

—Es posible que no conozca las causas de lo que crees. Pleyel me acusó de actos indecentes y ruines, pero me ocultó los hechos que avalaban sus sospechas. Anoche tuvieron lugar ciertos sucesos que cabe interpretar de distintas maneras. Pensé que era posible que él llegara a conocerlos y que, vistos a través de la niebla del prejuicio y la pasión, explicaran su conducta; pero pensé también que tu juicio más ecuánime los

consideraría en su justa medida. Tal vez su historia sea distinta de lo que creo. Ahora escúchame a mí. Si en su relato hay algo que contradice el mío, su historia es falsa.

Empecé entonces a contar detalladamente lo sucedido la noche pasada, Wieland me escuchaba con profunda atención. Al terminar dije:

—Ésta es la verdad. Has visto en qué circunstancias se produjo mi encuentro con Carwin. Permaneció varias horas en mi vestidor y unos pocos minutos en mi alcoba. Se marchó sin prisa y sin que nadie se lo impidiese. Si Pleyel le vio al salir de mi casa (y no es imposible que le viera), es posible que dedujese hechos injustos contra mí. Al admitir eso, da pruebas de menos juicio y menos sinceridad de los que una vez le atribuí.

—Sus pruebas —dijo Wieland, después de un silencio considerable— son diferentes. No es posible que se engañe. Que él es quien trata de engañar sería creíble si su testimonio no fuera coherente con el tuyo; pero ahora no tengo ninguna duda. Tu historia, algunas partes de ella, es portentosa; la voz que clamó para impedir tu audacia de acercarte al vestidor, tu obstinación a pesar de esa advertencia, tu convicción de que yo era el canalla y tu modo de proceder a continuación, todo eso lo creo porque te conozco desde que eras una niña, porque miles de ejemplos dan fe de tu veracidad y porque sólo mis ojos y mis oídos, en contra de las afirmaciones de mi hermana, podrían convencerme de que ella había sucumbido a semejante depravación.

Le rodeé con mis brazos y bañé con lágrimas sus mejillas.

—Así habla mi hermano —dije—. Pero ¿cuáles son esas pruebas?

—Pleyel —respondió— me dijo que, al acercarse a tu casa, dos voces llamaron su atención. Las personas que hablaban estaban fuera de su vista, sentadas abajo, en el terraplén. A juzgar por sus voces, esas personas erais Carwin y tú. No repetiré la conversación. Si mi hermana era la mujer, a Pleyel le sobraban motivos para concluir que estabas profundamente corrompida. De ahí sus acusaciones contra ti y sus esfuerzos para conseguir mi consentimiento a un plan que separara eternamente a ese hombre de mi hermana.

Le obligué a repetir el relato. La historia me llenó de augurios terribles. ¡En vano había creído que puertas y cerrojos podrían defender mi vida, pues era éste un enemigo del que no me salvaría ningún poder sobrenatural! Con sus estratagemas mi reputación y mi felicidad siempre estarían a su merced. ¿Cómo contrarrestar sus artimañas o desenmascarar a su cómplice? Ha enseñado a imitar mi voz a alguna baja y vil mujer. Los oídos de Pleyel fueron testigos de mi deshonor. Ésa es la cita de medianoche a la que se refirió. Esto explica su silencio cuando intentó abrir la puerta de mi alcoba. Supuso que yo estaba ausente e intentó, si hubiera podido entrar en mi habitación, comprobar si había dejado en ella algún recuerdo acusatorio.

Pleyel no era ya igualmente culpable. Recordé con algo de gratitud la sinceridad de su angustia, la profundidad de su desesperación. Pero ¿no había obrado irreflexivamente? ¿Era tan absurdo suponer que una imitadora había representado mi

papel? Son frecuentes los casos de esta naturaleza. Debió pensar que la perversidad de Carwin era explicación suficiente de tales maquinaciones; y sin embargo, en vez de eso, prefirió suponer mi culpabilidad.

Pero ¿cómo se aclararía este equívoco? ¿Qué podía poner en la balanza además de mi testimonio? ¿Pesaría éste más que el de sus sentidos? No tenía testigos que probasen que yo estaba en otro lugar. Lo sucedido aquella noche era portentoso. Muy pocos a quienes se contase lo creerían. Pleyel es profundamente escéptico. No puedo convocar a Carwin a mi tribunal para acusarse a sí mismo y demostrar mi inocencia.

Mi hermano advirtió y comprendió mi desconsuelo. Aunque no conocía su verdadera magnitud. No sabía por qué multitud de motivos deseaba yo recuperar la buena opinión de Pleyel. Intentó consolarme. Indudablemente, dijo, sucedería algo que lo explicaría todo. No puso en duda la eficacia de mi elocuencia, si consideraba oportuno emplearla. ¿Por qué no concertaba una cita con Pleyel y le exigía un relato detallado del que sin duda surgiría algún punto concreto que destruiría la verosimilitud del conjunto?

Me aferré con avidez a esta esperanza; pero posteriores reflexiones apaciguaron mi precipitación. Yo, que no tenía nada que reprocharme, ¿debía presentarme ante él sin ser llamada y poner mi felicidad en manos de su arbitrario veredicto?

—Si decides hablar con él —continuó Wieland—, debes apresurarte; Pleyel me comunicó su intención de emprender esta noche o mañana un largo viaje.

Ninguna contingencia era más imprevista e inoportuna que ésta. Estaba sentada en un asiento corrido junto a la ventana; poniéndome en pie de un salto, exclamé:

—¡Dios mío! ¿Qué estás diciendo? ¿Un viaje? ¿Adónde? ¿Cuándo?

—No sé adónde. Lo ha decidido sobre la marcha, según creo. No sabía nada hasta esta mañana. Me ha prometido escribir en cuanto se instale.

No necesitaba saber nada más sobre los motivos y el objeto de aquel viaje. El descubrimiento de la otra noche echó por tierra todos sus proyectos de felicidad. Mi preferencia por otro y mi indignidad para ser el objeto de su amor se revelaron en el mismo acto y en el mismo momento. La idea de un profundo abandono, un abandono provocado por semejante motivo, era el preludio de la locura. Que Pleyel me abandonase para siempre porque yo estaba ciega a su excelencia, porque anhelaba la abyección y desposaba la infamia cuando, muy al contrario, mi intachable corazón sólo latía por él, era un destino que mientras mi vida estuviese en mis manos no estaba de ninguna manera dispuesta a consentir.

Recordé que todavía estaba a tiempo de evitar esta calamidad; que todavía podía aplazar o, tal vez, hacerle desistir de aquel fatídico viaje. Nada se oponía a una visita; mi único temor era que nuestro encuentro se retrasara demasiado. Mi hermano comprendió mi impaciencia e inmediatamente puso a mi disposición un criado y una calesa. Mi intención era ir en el acto a la granja de Pleyel, donde sus obligaciones le retenían durante todo el día.

CAPÍTULO XII

Mi camino atravesaba la ciudad. Acababa de entrar en ella cuando me invadió una sensación de malestar. Todo se emborronaba ante mis ojos y me daba vueltas. A duras penas conseguí no desplomarme en el fondo del carruaje. Ordené al criado que me llevase a casa de la señora Baynton con la esperanza de que unos pocos minutos de reposo me aliviaran y fortalecieran. Mi estado de aturdimiento no me dejó descansar excesivamente. Por la tarde, encontrándome algo mejor, proseguí mi paseo.

Mis reflexiones se reducían a un campo muy limitado. Pensé que era enormemente improbable lograr lo que me había propuesto. Ello dependía, en no poca medida, de la intuición del momento y de los materiales que el propio Pleyel me suministrara. Cuando pensaba en la naturaleza de sus acusaciones, sentía un enorme desprecio. ¿No me harían vencer la verdad desnuda y la conciencia de mi inocencia? ¿No podría apartar de mí, con fuerza irresistible, tan atroces imputaciones?

¿Qué cambio más sombrío y radical se había producido en el curso de unas pocas horas! El abismo que separa al hombre del insecto no es menor que el que media entre la mujer mancillada y la pura. Ayer y hoy yo era la misma. Existe un grado de abyección al que no me sería posible sucumbir; y sin embargo, a los ojos de otro, a los ojos de mi antiguo e íntimo amigo, testigo constante de mis actos y confidente de mis pensamientos, yo había dejado de ser la misma. Mi honor estaba corrompido y marchito. ¡Yo era camarada de un ladrón y cómplice de un asesino!

Su opinión no carecía enteramente de fundamento; pero ¿eran razonables las pruebas que podía aducir para sustentarla? Si los sentimientos eran indignos de la voz que se escuchó, hubiera debido considerar suficiente este hecho; yo habría supuesto esta incongruencia de haber sido Pleyel el criminal. Pero en mi caso la superchería era una explicación aún más plausible de aquella escena. Ay, está escrito que Clara Wieland caiga en manos de un juez inexorable e imprudente.

Pero, oh, hombre de desventuras, ¿qué te propones? Burlado en tu idea primera, no cejas en el empeño de inmolar a tu víctima. Aniquilar mi reputación era lo único que te restaba; y mi guardián lo ha consentido. Tal vez sea imposible abrirle los ojos a Pleyel, pero si lo lograra, no hay que pensar que tus asechanzas hayan terminado; tu astucia encontrará innumerables formas de consumir tus pérfidos propósitos.

¿Por qué habría de rendirme a ti? ¡Quiera el cielo que mis súplicas emboten el filo de tu venganza!

Cuando pienso en todos los recursos que la naturaleza y la educación han puesto en tus manos; cuando pienso que tu cuerpo es una combinación de fibras de acero y órganos capaces de alcanzar cualquier objetivo, advierto que mi suerte está sellada.

¿Qué barrera podrá eludir tu celo o repeler tus intentos? El ser que hasta ahora me ha protegido da fe de lo tremendo de tus maquinaciones, pues sólo una intervención sobrenatural podría detener tu carrera.

Cavilando estas cosas llegué cuando caía la tarde a la casa de Pleyel. Un mes atrás había recorrido el mismo camino, pero ¡cuán distintas eran mis emociones! Buscaba ahora la presencia de quien me consideraba la más depravada de las mujeres. Debía defender la causa de mi inocencia contra los testigos más explícitos e infalibles de cuantos sustentan el entendimiento humano. Cuanto más me acercaba al momento decisivo, tanto más flaqueaba mi confianza. Cuando la calesa se detuvo ante la puerta, las fuerzas me abandonaron y me arrojé a los brazos de una anciana criada. No tuve valor para preguntarle si su amo estaba en casa. Me atormentaba el temor de que hubiese emprendido ya su proyectado viaje. Este temor desapareció cuando me preguntó ella si quería que avisara a su joven amo, que acababa de retirarse a su habitación. Esto me infundió nuevos ánimos y decidí inmediatamente ir a buscarlo.

Hallándome en aquel estado de confusión, en lugar de tocar la puerta con los nudillos, entré en el dormitorio sin llamar. Esto fue totalmente involuntario. Abstraída en mis reflexiones sobre tan grave ocasión, no tuve tiempo de reparar en las sutilezas de la etiqueta. Le encontré de espaldas a la entrada. Ante él, con la tapa abierta, había un pequeño baúl en el que parecía haber estado colocando sus ropas. En el momento en que entré, miraba un objeto que sostenía en la mano.

Me figuré que comprendía perfectamente la escena. No dudé que la imagen que sostenía ante sí y que contemplaba con profunda atención fuera la mía. Los preparativos del viaje cuya responsabilidad iba a serme atribuida y la falta de confianza en el éxito de mi empeño se apoderaron de mí en el mismo instante y rompí a llorar.

Sobresaltado por el sonido de mis sollozos, Pleyel dejó caer la tapa del baúl y se dio la vuelta. El taciturno abatimiento que se pintaba en su semblante dio paso de pronto a una expresión y una actitud de la más absoluta perplejidad. Al advertir que era incapaz de mantenerme de pie, se acercó a mí sin decir nada y me rodeó con el brazo. La delicadeza de este gesto redobló el torrente de mis lágrimas. En aquella época el llanto era un consuelo al que no estaba habituada, pero que resultaba singularmente delicioso. No había ya indignación en la faz de mi amigo. Se percibía en ella una mezcla de lástima y de asombro. Su expresión no era difícil de interpretar. Mi visita y mis lágrimas eran señales de arrepentimiento. La miserable a la que había tachado de incurable y acérrimamente perversa se mostraba ahora arrepentida y venía a confesar su culpa.

Esta idea no me procuró ningún consuelo. Me hizo ver una vez más y con renovada evidencia la dificultad de lo que me había propuesto. Los dos callábamos. Yo no tenía fuerzas ni deseos de hablar. Me aparté de él y me senté en un sofá. Pleyel tomó asiento a mi lado esperando con impaciencia y avidez que yo iniciase la

conversación. ¿Qué decir? Aunque hubiese podido pensar algo adecuado a la ocasión, las lágrimas me hubieran impedido pronunciar una sola palabra.

Varias veces intentó él decir algo, pero la incertidumbre sobre la verdadera naturaleza de la escena le disuadió. Por fin, dijo con voz entrecortada:

—¡Amiga mía! ¡Ojalá pudiera seguir llamándote así! La imagen que veneraba sólo existía en mi imaginación; pero aunque yo pueda verla hecha realidad, no es posible que seas indiferente a los horrores del abismo en que estás a punto de hundirte. ¿Qué corazón es ajeno a las incitaciones del arrepentimiento y el influjo de las inclinaciones virtuosas?

»Te creía más sabia y discreta que las demás mujeres. No había sentimiento que manifestaras ni expresión que adoptaras que, a mis ojos, no tuviesen la impronta de la más alta rectitud y de las luces del genio. La impostura tiene ciertos límites. Tu educación no podía dejar de ejercer alguna influencia. Un entendimiento vigoroso no puede estar exento de virtud; pero no podías falsificar las facultades de la invención y el razonamiento. Fui imprudente al acusarte. Sólo la muerte me obligará a abandonar toda esperanza respecto a ti. Rechazaré cualquier prueba que me asegure que tu corazón padece una enfermedad incurable.

»Vienes a devolverme la felicidad; a convencerme de que te has arrancado la máscara del vicio y que no sientes otra cosa que aborrecimiento por tu pasada conducta.

Al oír estas palabras perdí la paciencia. Por un momento olvidé las razones en que se fundaban las acusaciones de Pleyel, la benevolencia de sus reproches y el dolor que traslucían sus palabras; me poseían el horror y la indignación ante tan negras acusaciones; retrocedí y le miré con rabia y con desprecio. La ira puso en mi boca estas palabras:

—¿Qué aborrecible ofuscación me ha traído hasta aquí? ¿Por qué soporto con paciencia estos horribles insultos? Mis pecados sólo existen en tu delirante imaginación; te has confabulado con el traidor que atentó contra mi vida; has jurado que arruinarías mi paz y mi honor. ¡Merezco la infamia por escuchar calumnias tan viles!

Pleyel escuchó estas palabras sin apenas reaccionar visiblemente. En su rostro volvió a dibujarse una expresión de pesar; pero ni siquiera me miró. Las ideas que habían desatado mi cólera volvieron a asaltarme y de nuevo me deshice en lágrimas.

—¡Oh! —exclamé, en un tono entrecortado por los sollozos—, ¡qué pesada es mi carga! Debo escuchar unas acusaciones que sé que son falsas, pero que mi acusador hace de buena fe; una buena fe para la que no le falten motivos pues, aunque falaces, no son inverosímiles.

»No he venido aquí a confesar, sino a defenderme. Sé por qué piensas de ese modo de mí. Wieland me ha informado de las causas de tus sospechas. Esas sospechas se han tomado para ti en un artículo de fe; toda mi vida pasada, todo cuanto he dicho y escrito no me proporcionan seguridad alguna; todos los

sentimientos que mi lengua y mi pluma han expresado demuestran la rectitud de mis intenciones; pero su testimonio no merece ningún crédito. Se me condena como brutalmente depravada; se me coloca entre los necia y sórdidamente perversos.

»¿Qué pruebas amparan una acusación tan disparatada y demencial? Has escuchado una conversación de madrugada. A tus oídos han llegado voces en las que crees haberme reconocido a mí y a un malhechor. Los sentimientos que expresaban, que son el reverso de lo que significa mi vida anterior y que revelan un alma manchada por bajos vicios y en alianza con los de un ladrón y un asesino, no bastaron para contrapesar la fortuita o alevosa semejanza del timbre de una voz. La índole de esos sentimientos no fue suficiente para desenmascarar la impostura; no te sugirió la posibilidad de que mi voz hubiese sido falsificada.

»Imprudentemente te apresuraste a condenar. En lugar de abalanzarte sobre los impostores para comparar la evidencia de tus ojos con la de tus oídos, te mantuviste a distancia o huiste. No tendría que defender ahora mi inocencia si hubieras procedido de ese modo. Lo que piensas prueba de manera incontrovertible que no lo hiciste. Pero ésa era la conducta que sin ninguna duda cabía esperar de ti. Era razonable pensar que no me imputarías a la ligera el peor de los crímenes, que no mancharías mi nombre con la infamia y que no me llevarías a la ruina por unas razones endebles y sin ningún fundamento.

El llanto no me dejó continuar. Pleyel pareció conmoverse por un instante. Me miró con un aire de duda, pero esta expresión dio paso inmediatamente a una sombría frialdad. Fijó la vista en el suelo, como ensimismado, y dijo:

—Me marchó dentro de dos horas. ¿Llevaré conmigo la tristeza que ahora siento o debo esperar que mi pena se decuple? ¿Quién es esta mujer que está ante mí? ¿Cada hora que pase me traerá nuevas pruebas de una abyección que no hubiera podido imaginar? Ya la considero la más odiosa y perversa de las criaturas. Su venida y sus lágrimas me hicieron alentar alguna esperanza; pero esta esperanza se ha desvanecido.

Me miró fijamente y todos los músculos de su rostro se crisparon. Su voz era cavernosa y terrible:

—¿Tú sabías que yo era testigo de vuestro encuentro y vienes aquí a acusarme de injusticia! ¡No puedes mirarme a la cara y decirme que estoy equivocado! Una Providencia inescrutable te creó para cumplir algún designio. Sin duda vivirás para consumir los propósitos de tu Hacedor, si no se arrepiente antes de su obra y no te aniquila su venganza antes de que se agote la medida de tus días. ¡No hay nada con forma humana que pueda competir contigo!

»Creí haber sofocado mi furia. Yo no me he constituido en tu juez. Mi deber es deplorar y enmendar, no vilipendiar y punir. Me creía a salvo de las pasiones incontrolables, pero soy frágil como el polvo y voluble como el agua; soy paciente, comprensivo, pero sólo en tu ausencia. Haz de esta casa, de esta alcoba, tu morada durante todo el tiempo que te plazca, pero dispénsame si prefiero estar solo el breve

rato que siga aquí.

Dicho esto, se dispuso a abandonar la habitación.

Las turbulentas emociones de Pleyel me afectaron por contagio. Dejé de llorar. La angustia no me permitía hablar ni moverme. Permanecí sentada con las manos enlazadas, observándole partir en silencio. Deseé retenerle, pero fui incapaz de hacer ningún esfuerzo hasta que hubo salido de la habitación. Entonces lancé un grito involuntario y desgarrador:

—¡Pleyel! ¿Te vas? ¿Te vas para siempre?

Al escuchar mi llamada regresó a toda prisa. Me observó desenchajada, pálida, sin fuerzas, el mentón hundido en el pecho. Sentí una especie de vértigo y me desvanecí.

Cuando recobré el sentido, me hallé tendida en una cama de la habitación contigua rodeada por Pleyel y dos criadas. Toda la indignación y el rencor habían desaparecido de su rostro, el cual mostraba ahora la más tierna solicitud. En cuanto advirtió que había vuelto en mí, batió palmas y exclamó:

—¡Gracias a Dios, vuelves a vivir! Casi había perdido la esperanza de que te recuperases. Temo haber sido imprudente e injusto. Mis sentidos han debido ser víctimas de una pasajera e inexplicable ofuscación. Te lo suplico, perdóname; perdóname mis reproches. A partir de ahora, mi vida será el precio que pagaré para convencerme de tu pureza.

Y, una vez más, en un tono de la más ferviente ternura, me rogó que me recuperase y me dejó al cuidado de las dos mujeres.

CAPÍTULO XIII

Entonces se produjo un cambio sorprendente en mi amigo. ¿Qué había hecho vacilar una convicción tan firme? ¿Había sucedido algo durante mi desvanecimiento capaz de producir una alteración tan radical? Las criadas que me atendían me dijeron que Pleyel no había abandonado la habitación, que la inusual duración de mi desmayo, unida a la momentánea ineficacia de los medios empleados para reanimarme, le habían llenado de pena y de dolor. ¿Consideraba el efecto que sus reproches habían producido en mí una prueba de mi sinceridad?

En mi presente estado de ánimo bien poco me preocupaban mis languideces. Me levanté y manifesté el firme deseo de verle, lo que estaba decidida a hacer pese a su insistente petición de que pasara la noche en su casa. Satisfizo mi deseo. La solicitud que acababa de demostrar había desaparecido y una vez más hacía gala de la más gélida gravedad.

Le dije que me disponía a volver a casa de mi hermano, que había venido aquí a defender mi inocencia de las disparatadas acusaciones que él había vertido contra ella. Mi orgullo no se había atrincherado en la distancia y el silencio. Para rebatir sus cargos, no había confiado en los buenos oficios del tiempo ni en el consejo de una reflexión más pausada. Consciente de mi completa falta de culpa y concediendo algún valor a su buena opinión de mí, no podía persuadirme de que mis esfuerzos para demostrar mi inocencia fueran baldíos. Las apariencias adversas podían ser muchas y engañosas, pero eran también absolutamente falsas. Quería creer que era sincero, que no hacía acusaciones en las que él mismo no creía; pero tales acusaciones carecían de fundamento. Los hechos que le hacían pensar de ese modo de mí no eran ciertos, y deseaba que me diera ocasión de poner de relieve su falsedad. Le pedí que no me ocultara nada y que contara con detalle lo que había visto y oído.

Al oír estas palabras, el semblante de Pleyel se tomó aún más sombrío. Se diría que trataba de contener la ira. Abrió los labios como si fuese a hablar, pero las palabras se desvanecieron antes de hacerse audibles. Esta lucha duró varios minutos, pero finalmente logró dominarse. Habló de esta forma:

—Me gustaría poner fin a esta escena odiosa; lo que voy a decir será inútil y de ningún provecho. El relato más transparente no añadiría nada a lo que ya sabes. Conoces los hechos que me hacen pensar de ti de este modo, pero te declaras inocente; ¿para qué revelar una vez más estos hechos? Conoces la índole de Carwin, ¿para qué, pues, debo enumerar los descubrimientos que he hecho sobre él? Pero puesto que me lo pides, puesto que las facultades humanas son limitadas y es posible que haya interpretado mal los hechos que he presenciado, voy a contarte brevemente lo que sé.

»¿Hace falta que describa las emociones que en un principio despertaron en mí tu conversación y tu conducta? Nos separamos siendo unos niños, pero nuestra correspondencia fue abundante e ininterrumpida. ¡Con qué avidez esperaba el encuentro con aquélla cuyas cartas me habían obligado a considerar como la primera entre las mujeres y cómo se cumplieron cada una de mis expectativas!

»“He aquí —me dije—, un ser que puede servir de modelo de inteligencia trascendente a los sabios y de ideal de belleza a los pintores. En él se produce la unión de forma y espíritu que hasta ahora sólo existía en los sueños de los poetas”. He mirado tus ojos; mi atención ha quedado prendida de tus labios. Me he preguntado si el encanto de tu voz era mayor por la profundidad de la melodía o por el énfasis de la retórica. He saboreado las transiciones de tu discurso, los hallazgos de tu expresión, tu argumentación refinada y la brillantez de tus metáforas, y me he visto obligado a admitir que todas esas delicias eran algo insignificante y sin valor comparadas con las que producían el verte y el oírte. He analizado tus principios de conducta, y me he quedado atónito ante la solidez de sus cimientos y la perfección de su estructura. Te he seguido hasta tu casa. Te he visto tratar a tus criados, a tu familia, a tus vecinos y al mundo. He comprobado la sagacidad de las disposiciones con que facilitabas la ejecución de las más arduas y complicadas tareas; los diarios aumentos de vigor que tu juiciosa disciplina confería a tu memoria; la corrección y abundancia de unos conocimientos que se afinaban día tras día merced a tu incansable dedicación a los libros y a la escritura. “Si la que posee tanto —me dije—, en la flor de su juventud continúa enriqueciendo sus acervos, ¿qué imagen desplegará en la madurez?”

»No puedes imaginar el rigor de mi observación. Deseaba que otros sacaran partido de un ejemplo tan raro. Por eso anoté cada detalle de tu conducta. Estaba ansioso por aprovechar una ocasión que muy pocas veces se nos brinda. Me afané por no omitir el más leve matiz ni la más borrosa pincelada de tu retrato. Sólo tenía que copiar; no hacía falta exagerar ni omitir ningún detalle para obtener un modelo excelente. Me hallaba ante una combinación de gracias y armonías que no cabía disminuir o aumentar sin menoscabo del conjunto.

»Mi tarea no tenía principio ni fin. Lo redundante y lo superfluo no podían sobrecargar la ejecución de un retrato como éste. Incluso el color de un zapato, el nudo de un lazo o tu forma de cortar una rosa eran dignos de memoria. Incluso el modo en que disponías tu mesa y tu tocador fueron minuciosamente descritos.

»Sé que el ejemplo es más útil que la coacción para que los hombres sigan el camino de la virtud. Sé que la perfección de un modelo imaginario disminuye su saludable influjo, puesto que es inútil, pensamos, afanarse en pos de algo que presentimos fuera de nuestro alcance. Pero el retrato que yo había trazado no era un fantasma; era un modelo que no tenía ninguna imperfección, y aspirar a una excelencia que había sido efectivamente alcanzada no era en modo alguno insensato. Tenía a la vista otro propósito aún más interesante. Había alguien que reclamaba toda

mi ternura. Aquí, en todos los elementos, había un modelo digno de constante estudio e imitación infatigable. Con la intención de afianzar y realzar mi estima, la empecé para que modelara sus pensamientos, sus palabras, su expresión, sus acciones, conforme a ese modelo.

»Mi tarea no podía ser más placentera; y estaba entregado a ella en cuerpo y alma cuando se dejó caer entre nosotros un espíritu burlón bajo la forma de Carwin. Admiré su inteligencia y su talento. No me sorprendió que tú los admiraras. Pero confié en la rectitud de tu juicio para mantener esa admiración dentro de los límites de la discreción y el decoro. Me dije que la extravagancia de su conducta y la oscuridad de su pasado te harían precavida. De todas las equivocaciones, mi conocimiento de ti me hizo pensar que ésta sería la última que cometerías.

»La primera vez que le viste te impresionó profundamente; su rostro y su voz te fascinaron. Tu descripción de él fue apasionada y patética; te escuché un tanto perplejo. El retrato que dibujaste en su ausencia y la intensidad con la que cavilaste ante él eran hechos insólitos e inesperados. Traicionaban una sensibilidad acaso demasiado impresionable, pero de la que, mientras se mantuviera sometida a los dictados de tu buen sentido, no había nada que temer.

»Sobrevino una relación más directa entre vosotros dos. No necesito disculparme por la solicitud con que me preocupé por tu bienestar. Quien me hizo sensible a la excelencia me obligó a amarla. En medio del peligro y el dolor, evocar tu imagen hacía más alegres mis reflexiones. Todo cuanto compitiera contigo era trivial e insignificante. Ningún precio era demasiado alto si se trataba de tu seguridad. Por ella habría sacrificado con gusto mi tranquilidad, mi fortuna y hasta mi vida. No ha de extrañarte, pues, que vigilase con la máxima atención las opiniones y la conducta de este hombre, que sopesase sus palabras y reacciones cuando él estaba presente y que encontrase motivos para la más profunda inquietud en cada indicio que sugiriera que habías puesto tu felicidad en sus manos.

»Fui cauto antes de hacer nada. Recordé las diferentes conversaciones en que habíamos tratado del amor y el matrimonio. Como mujer joven, hermosa e independiente, era tu deber haber fortalecido tu espíritu con unos principios sólidos a este respecto. Tus principios eran eminentemente rectos. ¿No se había manifestado su rectitud y su firmeza en la forma en que trataste a Dashwood, aquel engañoso seductor? Tales principios, estaba yo en disposición de creer, te ponían a resguardo de todo peligro en este nuevo estado de cosas. Yo no regateaba mi homenaje al talento, seducción y elocuencia inigualables de este hombre. Había disfrazado, pero nunca podido desterrar, la convicción de que sus ojos y su voz tenían un hechizo que le hacían en verdad irresistible; pero pensé en la ambigua expresión de su rostro —una ambigüedad que fuiste tú la primera en advertir—, en la niebla que ocultaba sus verdaderas intenciones y en la sospechosa naturaleza de su reserva, y concluí que estabas a salvo. Rechacé la obvia interpretación de las apariencias. Atribuí tu forma de proceder a algún principio que no se había puesto de relieve hasta ahora, pero que

sin duda no sería contradictorio con los ya conocidos.

»No podía soportar más tiempo este estado de incertidumbre. Una noche, como recordarás, fui a tu casa a dormir algo más temprano que de costumbre. Desde fuera vislumbré una luz en tu habitación, y Judith me dijo que estabas escribiendo. Como amigo, pariente e inquilino de tu casa, pensé que tenía derecho a tomarme ciertas libertades. Estabas en tu alcoba, pero la hora y tu ocupación me permitían no faltar al decoro si iba a verte allí. Me animaba el espíritu del niño que está a punto de cometer una travesura. Me acerqué de puntillas. No me oíste entrar, y avancé sin hacer ruido hasta poder mirar por encima de tu hombro.

»Había ido demasiado lejos y no podía retroceder. ¡Con qué prudencia deberíamos evitar los primeros indicios de la tentación! Sabía que curiosear tus papeles era un crimen, pero pensé que nada de lo que escribieras podía ser de tal naturaleza que desearas ocultarlo. Escribías mucho más de lo que dejabas leer a tus amigos. Mi curiosidad era enorme y no tenía más que echar un vistazo sobre el papel para satisfacerla. Nunca hubiera debido hacer nada semejante. El más mínimo obstáculo me hubiera hecho desistir, pero mi vista cayó casi sin quererlo sobre el papel. Sólo vi fragmentos de frases, pero mis ojos captaron más de una sola ojeada porque los caracteres eran taquigráficos. Entendí las palabras *pérgola* y *media noche*, y descifré un párrafo que hablaba de la conveniencia de *otra* entrevista. Todo esto sucedió en unos segundos. Entonces dejé de leer y te hice saber que estaba allí dándote una palmada en el hombro.

»Hubiera podido comprender y disculpar cierto sobresalto, pero tu confusión y tu azoramiento rebasaron toda medida. Atropelladamente ocultaste el papel, y tu preocupación por descubrir si yo conocía su contenido me impidió hacerte ninguna pregunta. Todo esto me dejó sorprendido y apenado, pero no pensé en ello hasta que me fui. Una vez solo, lo ocurrido se me ofreció de nuevo como motivo de reflexión.

»¿A qué situación o entrevista, me pregunté, te referías? Volví a recordar con redoblada perplejidad tu desaparición de algunas noches atrás, mi búsqueda hasta la pérgola a la orilla del río, tu silencio a mis primeras llamadas, tus vagas respuestas y tu evidente confusión cuando por fin subiste la pendiente del ribazo. ¿Era ésta la pérgola que mencionabas? Cuando nos referíamos a estos incidentes y a este lugar, solías conducirte con circunspecta timidez. Es más; creí recordar que la última vez que mencionamos este hecho, lo que tuvo lugar hallándose Carwin presente, su rostro traicionó cierta emoción. ¿Habría sido con él aquella entrevista?

»Ésta fue una idea que inevitablemente me dio que pensar. ¡Un encuentro en este lugar en sombras y a esa hora con un hombre misterioso e irresistible!; ¡un encuentro clandestino que luego trataste de ocultar con tanto cuidado! Esto era algo sorprendente y temible. Yo no podía medir el poder de Carwin ni sondear sus intenciones. ¿Te había arrancado el secreto de tu amor, obligándote a ocultarlo y a que os vierais de madrugada? Nunca he pasado una noche de mayor zozobra.

»No sabía qué hacer. En primer lugar, parecía necesario asegurarse de las

intenciones y propósitos de Carwin. De haber pedido abiertamente tu mano, nos habría asistido el derecho de hacerle preguntas directas; pero, al elegir este camino oblicuo, parecía razonable deducir que sus intenciones no eran limpias. Cuando menos, nos obligaba a recurrir a otros medios de información. Sin embargo, era tan poco probable que tú hubieses actuado irreflexivamente, que volví a considerar la insuficiencia de los indicios que habían despertado mis sospechas, y casi sentí vergüenza por alentarlas.

»Si bien no dejaba de ser una mera conjetura que te hubiese visto a solas con Carwin, dos ideas me sumieron en la más dolorosa de las perplejidades. Los argumentos de este hombre podían ser tan convincentes y sus artificios tan insondables que, con ayuda de la pasión que sentías por él, tal vez hubiese triunfado; o bien, podía suceder que su situación fuera de tal naturaleza que justificase la reserva que manteníais. En ninguno de estos dos casos mis especulaciones más disparatadas me llevaron a pensar que te habías deshonrado.

»No podía hablar contigo sobre esto. Si la acusación era falsa, hubiera tenido que explicar los hechos que la habían sugerido y su gravedad me hubiera obligado a reconocer como justo tu aborrecimiento. Si era cierta, ningún provecho se seguía de mencionarla. Por alguna razón tú habías decidido ocultar todo esto; y tanto si esa razón era verdadera como falsa, era necesario descubrirla y removerla en primer término. Al final, a pesar de la multitud de dudas que suscitaba, me conformé con la suposición menos dolorosa: que Carwin era un hombre honesto y que, cuando se conocieran, los motivos de vuestro silencio se demostrarían justificados.

CAPÍTULO XIV

Habían pasado tres días de esto. Yo había vivido en un estado de permanente inquietud. No podía ver a Carwin sin un sentimiento de terror, ni pensar que estabas a salvo. Pero tampoco encontraba la forma de poner fin a mis perplejidades. Si fuera posible arrojar alguna luz sobre la condición actual de este hombre, se ofrecería un camino directo. Si, contrariamente a lo que revelaba su conversación, Carwin era artero y malvado, hacértelo saber equivalía a protegerte. Si era un hombre inocente y sin suerte, con mucho gusto me habría adherido yo a su causa; y si sus intenciones con respecto a ti eran rectas, me habría apresurado a sancionar tu elección con todas mis bendiciones.

»Habría sido inútil pedir a Carwin que confesara sus fechorías. Era preferible seguir en la ignorancia a ser engañado con una sarta de mentiras. Lo que no estuviese dispuesto a revelar (y su falta de disposición en este sentido se había manifestado más de una vez), de nada serviría requerírsele. Con una historia falsa podía satisfacer nuestras peticiones o consumir el engaño. Para el resto del mundo era un desconocido. Con frecuencia yo había hablado de él, pero lo único que podían decir los que más sabían era que le habían visto alguna vez en la calle. Nadie le conocía, y para todos eran nuevas las noticias que me permitían ofrecer mi antiguo trato con él en Valencia y nuestra actual relación.

»Wieland era tu hermano. Si efectivamente Carwin te estaba haciendo la corte, ¿no tenía derecho tu hermano a obligarle a confesar sus verdaderos propósitos? Pero ¿sobre qué bases había erigido yo esta sospecha? ¿Justificaban una medida de esta clase? Indudablemente, no.

»Al término de mis ininterrumpidas reflexiones, pensé por fin que era mi deber hablarte, confesar la indelicadeza en que había incurrido y exponerte las conclusiones a que había llegado. No me guiaba ningún propósito mezquino o egoísta. Mi corazón no era más precioso que tu bienestar; en aras de tu seguridad hubiera arriesgado mi vida sin ninguna vacilación. ¿Estarías molesta por mi conducta? Cuando conocieses mis motivos, no sólo no me harías blanco de tus reproches, sino que te sentirías agradecida.

»Ayer era el día señalado para la lectura de la tragedia que acababa de recibir tu hermano de Europa. Yo había prometido acudir. Ciertamente, mi estado de ánimo no era el más propicio para desempeñar el papel de lector u oyente en aquella representación; pero pensé que, una vez concluida, mientras te acompañaba a tu casa, tendría ocasión de hablar contigo sobre todo este asunto. No había tomado esta decisión sin cierto resquemor. Cuando salí de mi casa para hacer la visita que había prometido estaba temeroso y abatido. La duda de que nuestra conversación se

celebrara, el temor a que mi intervención llegase demasiado tarde para garantizar tu bienestar y la incertidumbre nacida de la esperanza de si no me habría equivocado al creer que te habías entregado a este hombre o, cuando menos, al imaginar que había obtenido tu consentimiento para encontrarse contigo de madrugada, me desgarraban con opiniones encontradas y repulsivas emociones.

»No puedo explicar por qué llamé a la puerta de la señora Baynton. La había visto aquella mañana y sabía que se encontraba perfectamente. Casi había llegado la hora de nuestra cita, pero yo había doblado la esquina de su calle y había desmontado ante su puerta. Entré en el salón y me senté en una silla. No vi ni pregunté por nadie. Me invadían sensaciones desasosegantes y sombrías. Sólo una idea me obsesionaba: la absoluta urgencia de desenmascarar los verdaderos propósitos e intenciones de Carwin y la enorme dificultad de conseguirlo. Instintivamente tomé un periódico. Había hojeado las noticias más importantes aquella misma mañana y en aquel mismo sitio. Este acto fue más inconsciente que voluntario.

»Dirigí una mirada perezosa a las columnas. Las primeras palabras que leí comenzaban con la oferta de una recompensa de trescientas guineas por la captura de un condenado a muerte fugado de la prisión de Newgate de Dublín. ¡Santo cielo, todos los músculos de mi cuerpo se estremecieron cuando leí que el nombre del criminal era Francis Carwin!

»Su persona y rasgos característicos se describían minuciosamente. La estatura, el color del pelo y de la piel, la inusual posición y distribución de las facciones, la figura torpe y desmañada, los ademanes y la forma de andar, coincidían perfectamente con los de nuestro enigmático visitante. Había sido declarado culpable de dos delitos: el asesinato de lady Jane Conway y el robo al honorable señor Ludloe.

»Leí una y otra vez este suelto. Las ideas que afluyeron a mi mente tuvieron el mismo efecto que una transición instantánea de la muerte a la vida. En un momento y de la forma que menos hubiera podido imaginar se había realizado mi propósito más querido. ¿Qué propósito? Carwin había sido desenmascarado. Había perpetrado actos de la más sórdida y negra criminalidad. He aquí la prueba que me proporcionaba una luminosa certeza. El nombre, el rostro y la figura eran los mismos. Entre el momento de su fuga y su aparición entre nosotros había un lapso de tiempo suficiente. Éste era el hombre con quien sospechaba que mantenías una correspondencia secreta. ¿No debía apresurarme a rescatarte de las garras de ese ave de rapiña? Presintiendo que te precipitabas hacia un vertiginoso abismo, ¿no debía extenderte una mano para sacarte de él? No tuve que pensarlo dos veces. Me metí el periódico en el bolsillo y decidí hablar contigo inmediatamente. Durante unos instantes no pude contemplar ninguna otra posibilidad. Luego pensé que aunque lo que sabía era más que suficiente, cualquier otra información podía resultar útil. El suelto estaba copiado de un periódico inglés; tal vez habían transcrito sólo un fragmento. El impresor tenía el original.

»Inmediatamente volví las riendas de mi montura hacia su casa. Me mostró el

periódico, pero no encontré en él nada más que lo que ya había leído. Mientras lo leía, el impresor se puso a mi lado. Vio lo que buscaba. “Ah —dijo—, es un extraño asunto. Nunca habría reparado en eso si el señor Hallet no me hubiese enviado el periódico con el ruego de volver a publicar ese aviso.”

»¡El señor Hallet! ¿Qué interés podía tener el señor Hallet para hacer una petición semejante? ¿Le habían enviado el periódico junto con algún otro dato sobre el convicto? ¿Tenía él motivos personales o de otra índole para desear que volviera a publicarse? Sólo había una forma de saberlo. Corrí a su casa. En contestación a mis preguntas, el señor Hallet me dijo que Ludloe había estado hacía algún tiempo en América y que se habían conocido durante su estancia en la ciudad. De ahí nació una amistad que mantuvieron viva gracias a una ocasional correspondencia. Hacía poco había recibido una carta suya junto con un ejemplar del periódico del que procedía este suelto. Me la entregó y señaló los párrafos relativos a Carwin.

»Ludloe confirma su condena y su fuga; y añade que tenía motivos para creer que había embarcado con rumbo a América. Le describe como el más temible e inescrutable de los hombres; que abriga propósitos que cabría calificar sin exageración de profundamente criminales, pero que ninguna inteligencia humana sería capaz de desentrañar; que persigue sus fines por medios que hacen pensar si no estará aliado con algún espíritu diabólico; que hasta ahora había perpetrado sus crímenes con la ayuda de ciertos cómplices terribles y desconocidos; que libra una guerra sin cuartel contra la felicidad del género humano y que desata sus ingenios destructores contra todo aquel que se cruza en su camino.

»Esto es lo que decía esa carta. A Hallet le sorprendió mi curiosidad. Yo estaba demasiado absorto en las reflexiones que me había sugerido la lectura de aquella carta para prestar atención a sus comentarios. Me estremecía de temor ante las calamidades a que con toda probabilidad nos había expuesto la indiscreta familiaridad con aquel hombre. Estaba impaciente por verte y por hacer cuanto estuviese en mi mano para evitar la desgracia que nos amenazaba. Eran las cinco. La noche se acercaba y no había tiempo que perder. Cuando abandonaba la casa del señor Hallet me salió al encuentro Bertrand, el criado que dejé en Alemania. Su indumentaria y su aspecto proclamaban que acababa de llegar de un viaje largo y agotador. Esperaba encontrarme con él aproximadamente a esa hora, pero lo había olvidado por completo. Conoces los motivos de mi inquietud en todo lo relacionado con este hombre. Me olvidé de Carwin por un momento. En contestación a mis insistentes preguntas, Bertrand me entregó un paquete de cartas de considerables dimensiones. No mencionaré en este momento su contenido ni las disposiciones que me obligó a tomar. Dediqué una mirada superficial a estos papeles y, después de dar a Bertrand algunas instrucciones, reanudé mi propósito, respecto a ti. Tuve que dejar la montura a mi criado, que tenía un encargo que requería velocidad. El reloj había dado las diez y Mettingen estaba a diez kilómetros de distancia. Tenía que ir a pie hasta allí.

»Mientras caminaba a toda prisa, repasé mentalmente las circunstancias que

acompañaron la aparición de Carwin entre nosotros. Los recientes sucesos habían sido más misteriosos e inexplicables que cualquier cosa de la que nunca hubiera tenido noticia. Estos sucesos eran simultáneos a la aparición de Carwin. No puedo explicar su causa ni su mutua dependencia, pero no creo que tengan un origen sobrenatural. ¿No ha sido él quien los ha provocado? Algunos parecen propicios, pero ¿qué pensar de esas amenazas de asesinato que te han alarmado últimamente? Verter sangre es la ocupación de este hombre y el horror su elemento. Es evidente que hemos sufrido un proceso merced al cual las alegrías de la naturaleza se han marchitado en nuestros corazones, el mal se ha convertido en nuestro bien y no podemos realizar otra actividad que la aflicción ni sentir ningún gozo salvo ante el espectáculo de la desgracia. En cuanto a su alianza con los espíritus del mal, hay miles de casos en los que los poderes y la perfidia de los demonios han encarnado en seres humanos. No hay otros diablos que los engendrados por el egoísmo y los concebidos por la astucia.

»Ciertamente, ahora la situación era distinta. No era su secreto puñal lo que yo temía, sino el éxito de sus esfuerzos para convertirte en aliada de tu destrucción, para hacer de tu voluntad el instrumento con el que privarte de tu honor y de tu libertad.

»Tomé, como de costumbre, el camino que atraviesa las tierras de tu hermano. Bordeé el ribazo del río rápidamente y en silencio. Me acerqué a la tapia que separa las tierras de Wieland de las tuyas. Hallándome a la altura de la pérgola y teniendo que pasar junto a ella, abrigando con respecto a ti fundadas sospechas que debían su fuerza a ciertos incidentes relacionados con este lugar, no ha de extrañarte que me asaltaran de nuevo.

»Trepé la tapia, pero antes de bajar al lado opuesto me detuve a contemplar la escena. Las hojas que goteaban rocío y brillaban a la luz de la luna sin que nada turbase su profundo sueño me llenaron de confianza. Abandoné mi puesto de observación y proseguí mi camino. Probablemente dormías. ¿Cómo hacerte saber que llegaba sin alarmarte? Tenía que hablar contigo inmediatamente. No podía soportar la idea de que perdiéramos un solo minuto por vacilación o descuido. ¿Llamaría a la puerta principal o debía apostarme bajo las ventanas de tu alcoba, que veía que estaban abiertas, y llamarte desde abajo?

»Pensaba en esto al pasar a la altura de la pérgola. Apenas la había dejado atrás cuando llegó a mis oídos un sonido insólito para aquella hora y aquel lugar. Fue casi demasiado débil y fugaz para poder oírlo con nitidez. Me detuve a escuchar; entonces se oyó de nuevo, algo más fuerte. Era una risa, proferida sin ninguna duda por una voz femenina. Mis sentidos conocían aquella voz: era la tuya.

»De entrada no pude determinar de dónde procedía, pero la duda desapareció al escucharla por tercera vez. Volví la vista hacia la pérgola. Cualquier otro órgano o parte de cuerpo eran inútiles para mí. No reflexioné sobre lo que estaba sucediendo. No saqué directamente mis conclusiones por la hora, el lugar, la hilaridad que aquel sonido delataba o el hecho de que tuvieras un acompañante, todo lo cual, sin

embargo, era incuestionablemente cierto. De repente, sentí que el frío atenazaba mi corazón y que mi pulso se detenía.

»¿Seguiría avanzando? ¿Retrocedería? ¿No debía apartarme a toda velocidad de un sonido que, aunque antaño deleitable y dulce, era ahora más repulsivo que el canto de una lechuza?

»No me di ocasión de ceder a este impulso. Decidí acercarme a escuchar. No abrigaba ninguna duda sobre la realidad de lo que había oído. Pero mi certidumbre podía ser más completa. También me sentía animado de un sentimiento que participaba de la cólera. Estaba poseído por la tempestuosa y súbita decisión de irrumpir en aquella entrevista y fulminarte con mis reproches.

»Me acerqué con el mayor sigilo. Al llegar al borde del terraplén que hay inmediatamente encima de la pérgola, creí escuchar voces que venían de abajo. Los escalones labrados en la roca están limpios de maleza. Pude bajar hasta la cavidad que hay junto a la pérgola sin ser advertido. Sólo la gravedad de la ocasión justifica que me agazapara de ese modo para escuchar.

Entonces, Pleyel hizo una pausa en su relato y me miró fijamente. A pesar de la humillante situación en que me encontraba, la perplejidad y el horror que esta historia me producía cedieron el paso a la compasión por la angustia que el semblante de mi amigo expresaba. Pensé en su sagacidad. Pensé en el poder de mi enemigo. Fácilmente pude adivinar el contenido de la conversación que Pleyel había escuchado. Carwin había urdido su trama de la forma que mejor convenía a la personalidad de sus víctimas. Advertí que nada podría alterar la convicción de Pleyel. Me abstuve de luchar con la tormenta, pues comprendí que toda lucha sería inútil. Estaba serena, pero mi serenidad no era la calma de la fortaleza, sino la torpeza de la desesperación. Era una serenidad incoercible ante cualquier reacción que la furia o el pesar hubiera podido dictar a Pleyel. Entonces Pleyel prosiguió:

—¡Mujer! ¿Seguirás escuchándome? ¿Debo repetir aquella conversación? ¿Es la vergüenza lo que te ha vuelto muda? ¿Debo continuar o te basta con lo que he dicho?

Bajé la cabeza.

—Continúa —dije—. No te he pedido que me contases esto con la esperanza de desengañarte. No lucharé más con mi debilidad. La tormenta se ha desatado y me dejaré llevar sin resistencia por su furia. Continúa. Esta conversación sólo puede terminar ofreciéndome una visión más clara de mi destino; eso me dará alguna satisfacción y no me iré de aquí sin ella.

¿Por qué vaciló Pleyel al oír esto? ¿Le asaltó alguna duda imprevista? ¿Se tambaleó súbitamente su convicción por mi expresión, por mis palabras o por algún detalle que acababa de recordar? Sea cual fuere el motivo, no resistió la prueba de la reflexión. Pocos minutos después ardía de nuevo en su pecho la llama de la ira. Prosiguió con su acostumbrada vehemencia:

—Me aborrezco por esta locura. Esta historia no tiene disculpa. Pero me veo irresistiblemente empujado a contarla. Mi oyente conoce todos los detalles. No tengo

más que repetirle sus propias palabras. Me escuchará con expresión tranquila y el espectáculo de su obstinación me impulsará a cometer algún acto insensato. ¿Por qué me empeño en continuar? Pero debo hacerlo.

Volvió a guardar silencio.

—No —dijo—; no soy capaz de repetir tus promesas de amor, tus apelaciones a antiguas confesiones de ternura, a antiguos hechos de deshonor, a las circunstancias de vuestro primer encuentro. Fue aquella noche en que te seguí hasta la pérgola a la orilla del río. Allí te sedujo, y allí sellaste un pacto profano al admitirle...

»¡Gran Dios! ¡Fuiste testigo de las agonías que me desgarraban en aquel momento! ¡Fuiste testigo de mis esfuerzos para rechazar el testimonio de mis oídos! En balde te explayaste sobre la confusión que despertaron en ti mis imprevistas llamadas; la tardanza con que se te ocurrió una disculpa verosímil; tu desagrado por una impertinente intrusión que ponía fin a un encuentro encantador; un desagrado que trataste de compensar con la frecuencia y duración de los siguientes encuentros.

»En balde te explayaste sobre unos sucesos que sólo tú podías conocer; unos sucesos que tuvieron lugar en un momento en que nadie aparte de tu familia podía estar presente. En balde te mostraste elocuente y compungida. Sólo una acumulación de indicios de la misma naturaleza me obligó a abrigar esta convicción. Sólo me rendí a una evidencia que me arrebató la posibilidad de confiar.

»Mis ojos no me servían de nada. Tras un follaje tan espeso, la oscuridad era absoluta. En tales circunstancias, el oído era la única fuente de información. Estaba agazapado a un metro de ti. ¿Por qué me acerqué tanto? No podía luchar con quien te traicionaba. ¿De qué hubiera servido luchar? No necesitabas que nadie te protegiese. ¿Qué podía hacer sino abandonar aquel lugar abrumado por la pena y la confusión? Me dirigí a mi habitación y traté de tranquilizarme. El hecho de encontrar cerrada la puerta de la casa, tu entrada, el que la cerraras y corrieras los cerrojos, tu entrada en la alcoba, que durante mucho tiempo había permanecido vacía, no hacían más que confirmar la verdad.

»¿Para qué describir el angustiado vaivén de mis pensamientos entre la pena y la venganza, entre la rabia y la desesperación? ¿Para qué repetir mis promesas de persecución eterna e implacable y la inmediata retractación de esas mismas promesas?

»Ya he dicho bastante. Me has expulsado del lugar que ocupaba en tu corazón. Lo que creo y lo que siento no tiene la menor importancia para ti. ¡Ojalá el deber que me impongo me permita olvidar que existes! Me marchó dentro de unos minutos. Haz tu fortuna; ¡y que la adversidad te enseñe esa sabiduría que la educación no ha sabido darte!

Éstas fueron las últimas palabras de Pleyel. Abandonó la habitación y mis nuevas emociones me permitieron presenciar su partida sin perder la compostura. Una vez sola, reflexioné sobre estos hechos. Era evidente que me había despedido para siempre de la felicidad. La vida, separada de ese bien que me había sido arrebatado,

no tenía ningún valor; pero el pesar que me embargaba no era de los que paralizan la acción y doblegan la voluntad. Advertí que el día declinaba y comprendí que debía abandonar aquella casa. Volví a tomar asiento en la calesa y regresé lentamente a la ciudad.

CAPÍTULO XV

Anocheció antes de llegar a la ciudad. Tenía previsto dormir en Mettingen. Atendida por un criado fiel, no tenía prisa por llegar allí. Estaba rendida y debía descansar un momento. Con este fin, y también para hacer patente mi respeto a una mujer que era como una madre para mí, hice una parada en casa de la señora Baynton. Estaba ausente, pero apenas había cruzado el umbral cuando una de sus criadas me entregó una carta. Rasgué el sobre y leí lo siguiente:

A CLARA WIELAND:

¿Qué puedo decir en descargo de mi mal paso de anoche? Es mi deber enmendarlo con los medios a mi alcance, aunque temo que no prestará su consentimiento a la única reparación que se me ofrece. Ello sería permitiéndome verla esta noche a las once, en su casa. Mi solemne promesa es el único medio de que dispongo para disipar el temor que usted pueda abrigar sobre mis intenciones. Aunque, después de lo ocurrido entre nosotros, no creo que confíe en mi palabra. No puedo evitarlo. Mi temeridad y mi locura me han vedado cualquier otra salida. Estaré en su casa a esa hora. Si decide consentir en verme, y siempre que no haya testigos, le revelaré algo cuyo conocimiento es de la mayor importancia para su felicidad. Adiós.

CARWIN

¡Qué carta! ¡Un hombre conocido como ladrón y asesino, capaz de atentar contra mi felicidad y contra mi vida, que ha sido descubierto oculto en mi alcoba y que ha confesado las intenciones más abominables y horrendas, me pide ahora que le conceda una entrevista de medianoche, que le admita solo a mi presencia! ¿Me hacía esta petición con la esperanza de que accediese? ¿Qué había visto en mí para alentar una creencia tan disparatada? Pero hace su petición con la mayor seriedad. No tiene la apariencia de una insólita obstinación. Si el mal paso a que se refiere hubiese sido una indelicadeza sin importancia y la entrevista fuera a tener lugar en presencia de mis amigos, no habría podido decirse que el tono de la misiva era extravagante; pero, siendo como en realidad era, mi corresponsal debía de haberse vuelto loco.

Releí varias veces aquella carta. La petición que se expresaba en ella habría podido calificarse de estúpida o insolente si hubiese procedido de otra persona; pero viniendo de Carwin, que no podía ignorar el efecto que produciría y la forma en que ineludiblemente sería tratada, era perfectamente inexplicable. Debía de contar con el éxito de alguna artimaña para obtener mi consentimiento. Ninguna de las normas que

rigen mi conducta me hubiera inducido jamás a encontrarme con un hombre a la hora y en el lugar que él proponía. Mucho menos consentiría yo en verme con un ser corrompido por los crímenes más atroces y cuyas estratagemas habían puesto en peligro mi vida y habían destruido para siempre mi felicidad. La sola idea de que semejante encuentro se celebrase me hacía estremecer. Incluso me desagradaba acercarme a un lugar que él frecuentaba y acechaba todavía.

Tales fueron las ideas que en un principio suscitó en mí la lectura de aquella carta. Mientras tanto, proseguí mi paseo. Seguí reflexionando sobre este asunto. Poco a poco, apartando a un lado mis meditaciones sobre aquella carta, volví a pensar en mi entrevista con Pleyel. Recordé cada detalle de la conversación que él había escuchado. Mi corazón desfalleció una vez más al percibir la inextricable complejidad del equívoco y la fatal concurrencia de circunstancias que contribuían a confirmarle en su error. El terror me dejó sin habla cuando se acercó a la puerta de mi alcoba. Tal vez apoyó la oreja en el vano de la puerta, pero no escuchó ningún sonido. Si hubiera llamado, o si hubiera dado yo alguna señal de mi presencia, habríamos comenzado a hablar; y, puesto que no soy ubicua, este descubrimiento y el sincero relato de lo que acababa de suceder me habrían puesto a resguardo de sus criminales acusaciones. Él entró en su alcoba, y, un momento después, franqueé yo la puerta de la mía sigilosamente y me deslicé escaleras abajo con pisadas inaudibles. Después de cerrar la puerta de entrada, regresé con menos circunspección. No me oyó bajar; pero sí pudo oír mis pisadas cuando volví. Ahora, debió de pensar, había concluido mi torpe entrevista. ¿De qué otro modo podía interpretar estas señales?

¡Cuán equivocada e irreflexiva había sido mi decisión! El éxito de la trama que Carwin había urdido se debía a una coincidencia de circunstancias casi increíble. La balanza se había apartado de su fiel por el grosor de un cabello. Si yo hubiera empezado por explicar lo que había sucedido en mi alcoba, mi anterior conversación con Wieland le habría inducido a sospechar que mentía; pero si hubiese estado hablando con ese canalla cuando Pleyel tocó el pomo de la puerta de mi alcoba y cuando cerró de un portazo la suya, ¿cómo era posible, podía él preguntarse, que yo contara estos incidentes? Tal vez había conocido él estos hechos por mi hermano, que, sin embargo, no podía habérmelos hecho saber, de modo que mi inocencia habría quedado palmariamente demostrada.

Mi primer impulso al considerar estas ideas fue volver sobre mis pasos e intentar verle de nuevo. Pero Pleyel se había ido; recordé lo que había dicho antes de marcharse.

—¡Pleyel! —exclamé—. ¡Te has ido para siempre! ¿No hay nada que pueda sacarte de ese error? ¿No puedo hacer nada presa en esta trampa? Quien la ha tendido no está lejos. Habla incluso en un tono arrepentido. Pide una entrevista que asegura concluirá con la revelación de algo importantísimo para mi felicidad. ¿Qué puede él decir que aparte de mí esta desgracia? Pero ¿por qué habría de ser fingida su atrición? Yo no le he hecho ningún daño. Su maldad sólo le produce desesperación, y durante

algún tiempo le cubrirá la marea del arrepentimiento. ¿Por qué no ha ocurrido esto antes? ¿Por qué debería negarme a verle?

Esta idea se hizo presente, por decirlo así, durante un instante. De pronto retrocedí ante ella, confundida por un desatino que podía dar momentáneo refugio a semejante proyecto; pero ahora volvía de nuevo. Por fin, la juzgué incluso digna de consideración. Me pregunté si no sería conveniente recibir a una hora sagrada, en un lugar solitario, a este hombre de poderes inescrutables y terribles, al responsable de actos horrendos cuya presencia sólo podía suscitar espantosos e inauditos horrores.

¿Qué era lo que me agitaba? Me sentía incapaz de desear nada que se opusiera a los motivos que me determinaban a buscar su presencia. Parecía estar escindida en dos partes que libraban una batalla furiosa e implacable. Poco a poco esta inquietud fue desvaneciéndose. Las razones por las cuales debía confiar en aquella intervención que hasta entonces me había defendido, en las muestras de arrepentimiento de la carta, en la eficacia de una entrevista para restaurar mi buen nombre y desterrar toda sospecha de la imaginación de mi amigo, cobraban constantemente más fuerza y mayor evidencia.

¿Qué había de temer yo de Carwin? Esto no era una estratagema para ponerme a su merced. Si lo fuese, ¿qué fin perseguiría? Mi libertad de decisión estaba incólume, y tal libertad haría frente a las asechanzas de la seducción o de la magia. No podría vencer la fuerza desnuda. En la última ocasión, es cierto, había perdido el aplomo ante la cercanía del peligro; pero entonces no había podido reflexionar, no había previsto nada; mi estado de ánimo era el de un ser idiotizado; había sido la víctima de recientes engaños y calamidades anticipadas. Como lo demostraba mi obstinación al abrir la puerta del vestidor, desoyendo los requerimientos de lo alto.

Ahora, quizás, mi valor era fruto de una consideración no menos equivocada. Había perdido a Pleyel para siempre. En vano trataba de perdonarle y acallar el rencor; en vano trataba de persuadirme de la influencia apaciguadora del paso del tiempo, de esperar la aurora de nuevas esperanzas y la reinstauración de aquella luminaria cuya luz durante tanto tiempo y con tanta liberalidad me había iluminado.

¿Podía sufrir algo peor que lo que había sufrido?

¿No era Carwin mi enemigo? Mi prematura muerte sería consecuencia de su traición. En lugar de huir de él, ¿no debía emplear todas mis facultades para obtener una entrevista y obligarle a reparar las desgracias de que era responsable? ¿Por qué suponerle incapaz de razonar? ¿No estaban de mi parte la verdad y la capacidad de convencer? ¿Es tan imposible hacerle ver que es justo desenmarañar el laberinto en que Pleyel se encuentra embrujado?

Al menos, puede ser sensible al miedo. ¿No tiene nada que temer de la furia de una mujer ultrajada? Pero, aun suponiendo que sea indiferente a tales instancias, aun suponiendo que persevere en sus atroces propósitos, ¿no tengo en mis manos los medios para resistir y defenderme?

Estas reflexiones me hicieron por fin tomar una decisión. Confié en la bondad de

los fines que le impulsaban a verme; y, fueran éstos los que fueran, confié en que, gracias a la energía de mis actos o de mis razonamientos, le volvería propicio o, al menos, inofensivo.

Semejante decisión tenía por fuerza que estar sometida a vaivenes. El caos poético no era una imagen inadecuada para describir mi estado de espíritu. En mi pecho se había desatado una tormenta que sólo amainaría una vez concluida esta entrevista y cabalmente experimentados todos sus resultados. De ahí mi impaciencia por que llegara la hora que Carwin había señalado.

Mientras tanto, mis reflexiones fueron incesantes y tumultuosas. Nuevos obstáculos se alzaban en la ejecución de este plan. Había comunicado a Catharine mi intención de pasar aquélla y muchas otras noches en su casa. Mi hermano conocía este arreglo y lo había aprobado sin reservas. A las once ya se habrían ido a acostar. ¿Qué pretexto aducir para este cambio de planes? ¿Debía mostrar a Wieland aquella carta y pedirle consejo? Pero yo sabía cuál sería su decisión. Me disuadiría con todas sus fuerzas de acudir a aquella cita. ¿No haría incluso algo más? Conocía las fechorías de Carwin y la recompensa que se ofrecía por su captura. ¿No aprovecharía esta ocasión para hacer justicia a un criminal?

No había pensado en esto. Nuevas dudas me asaltaron. ¿No me imponía la equidad facilitar de este modo su captura? No. No quería hacer el papel de delatora. Carwin ignoraba que estaba en peligro y probablemente fueran buenas sus intenciones. ¿Debía apostar guardias alrededor de la casa y consumir un acto que al tiempo que me beneficiaba a mí acarrearba su destrucción? Cabía disculpar que Wieland emplease de esta forma la información que yo le iba a proporcionar; pero, al proporcionársela, yo me mancharía con crímenes más odiosos que los que injustamente se me imputaban. Rechacé a regañadientes, sin embargo, este plan. Tenía, pues, que ocultar los motivos por los que regresaba a mi casa. Pero debía inventar algún pretexto. Nunca nadie me había enseñado a mentir. Engañar con palabras o con el silencio son la misma cosa.

Pero ¿de qué mentira haría uso? ¿Qué pretexto justificaría este cambio de planes? ¿No podría servir de confirmación de las acusaciones de Pleyel? El que por propia voluntad regresara a una casa en que hacía poco mi vida y mi honor habían sido puestos en peligro no podía explicarse de ninguna forma favorable a mi honradez.

Tales reflexiones, si no alteraron, dejaron en suspenso mi decisión. En este estado de incertidumbre, vislumbré a lo lejos la *cabaña*. Dábamos este nombre a una casa situada en el borde de las tierras de mi hermano, a considerable distancia de la mansión, en la que se alojaban el aparcero y sus sirvientes. El camino que conducía a la mansión se hallaba flanqueado por una doble hilera de nogales. Recorrí sola este camino. Entré en el salón, donde una lámpara se extinguía en el candelero. En la habitación no había nadie. El reloj que colgaba de la pared estaba a punto de dar las once. Me sobresalté al comprobar lo avanzado de la hora. ¿Qué había sido de la familia? Solían retirarse una hora antes, pero la bujía encendida y la puerta abierta

indicaban que no se habían acostado. Volví al vestíbulo y pasé de una habitación a otra, sin encontrar a nadie.

Pensé que cuando pasaran unos pocos minutos todo se explicaría por sí mismo. Entretanto, recordé que había llegado la hora convenida. Acaso Carwin me esperaba. Si me hubiese marchado en ese momento a mi casa, nadie lo habría notado. Y no hubiera tenido que mentir.

Estaba tan firmemente resuelta a entrevistarme con Carwin que me puse en pie para irme, pero el desacostumbrado aspecto de la casa y una vaga preocupación sobre la situación de mi familia volvieron a asaltarme. Casi estaba convencida de que mi hermano no se había ido a acostar, pero no podía comprender por qué había salido a aquella hora. Al menos Louisa Conway estaría en casa, y probablemente se había retirado ya a su alcoba; tal vez ella pudiera decirme qué ocurría.

Fui a su habitación y la encontré dormida. Al verme se mostró sorprendida y encantada, y me dijo con cuánta impaciencia y preocupación me habían esperado mi hermano y su mujer. Temían que me hubiese sucedido algo y habían estado levantados más tiempo que de costumbre. A pesar de lo tarde que era, Catharine no había perdido la esperanza de verme. Louisa dijo que los había dejado en el salón y que no sabía por qué no estaban.

Hasta entonces abrigaba yo algunas dudas sobre lo que les hubiera podido suceder. Me hallaba lejos de estar completamente tranquila en este sentido, pero no tenía una idea clara del peligro que les amenazaba. Quizás, para entretener la espera, habían ido a dar un paseo por la orilla del río. La noche, iluminada solamente por el resplandor de las estrellas, era serena. Entonces volví a pensar que debía ver a Carwin y decidí ir a su encuentro.

Recorrí el camino con paso presuroso y vacilante. Vista de lejos, mi casa estaba desolada y a oscuras. No había nadie en ella, ya que, a consecuencia del nuevo arreglo, mi criada se había marchado a Mettingen. La temeridad de mi propósito volvió a revelármese con total claridad. Quien lleva un afilado acero no está indefenso; pero ¡cuál no sería mi estado de ánimo al poder considerar sin temblor la utilidad de un arma asesina y crearme segura simplemente porque podía conseguirlo dando muerte a un semejante! Aunque no era éste mi estado. Sentía como si corriera en pos de un afán mortal sin poder detenerme o retroceder.

CAPÍTULO XVI

En cuanto llegué frente a la fachada de mi casa, una luz que brillaba en la ventana de mi alcoba reclamó mi atención. Aquello era completamente inexplicable. Esperaba encontrarme con Carwin, pero que él estuviese con antelación en mi alcoba y que se hubiera procurado una luz era imposible de creer. ¿Qué podía impulsarle a proceder de ese modo? ¿Debía dar un solo paso más antes de que esto quedara explicado? Tal vez, si me acercaba a cierta distancia de la casa, vería a alguien. Un débil y oblicuo resplandor procedente de mi ventana caía sobre los matorrales que bordean la orilla del río. Mientras lo miraba comenzó a moverse, y, después de revolotear un breve instante de un lado a otro, desapareció. Volví la vista hacia la ventana y comprobé que la luz seguía allí, pero el cambio que había percibido debía ser consecuencia de otro similar en la posición de la lámpara o de la vela que ardía en el interior. Lo que demostraba sin lugar a dudas que dentro había alguien.

Me detuve y me pregunté si debía acercarme. ¿No podía avanzar con pasos sigilosos y, por ende, sin peligro? ¿No podía llamar con los nudillos, o a voces, para saber antes de entrar quién era mi misterioso visitante? Me aproximé y apoyé el oído en la puerta, pero no oí nada. Llamé, al principio tímidamente, luego con más fuerza. Nadie respondió. Retrocedí algunos pasos y miré hacia la ventana, pero ya no se veía ninguna luz. ¿La había apagado algún ser humano? ¿Qué propósito distinto de la emboscada podía abrigar? ¿De dónde procedía esta iluminación para que de esta suerte pudiera ser extinguida de improviso? ¿Y por qué, puesto que había alguien dentro, no daba señales de vida?

Fácilmente puede suponerse que la respuesta a tales preguntas estaba preñada de toda clase de peligros. Medidos por los temores de una mujer, ¿no habrían de centuplicarse tales peligros hasta alcanzar proporciones ciclópeas? Amenazas de muerte; el sorprendente celo de una voz admonitoria; los poderes conocidos y desconocidos de Carwin; nuestra reciente entrevista en mi alcoba; la cita para un encuentro a esta hora y en este lugar..., todo esto se agolpó en mi memoria. ¿Qué hacer?

El valor no es una categoría constante o definida. Impulsa al hombre que se propone atribuir unos motivos a los actos de otro a avergonzarse de semejante locura y contenerse. No sería más presuntuoso clasificar toda la naturaleza o sondear los arcanos de la Inteligencia Divina. Observé durante un minuto la ventana y fijé durante otro minuto los ojos en el suelo. Saqué un cortaplumas de mi bolso de mano y lo abrí.

—Esto —dije— será mi escudo y el instrumento de mi venganza. Mi asaltante

morirá o yo misma pereceré.

Había cerrado la casa por la mañana, pero guardaba en el bolso de mano la llave de la puerta de la cocina. Por ello, decidí entrar por la puerta de atrás. Apresuradamente me encaminé hacia allí, abrí y entré. Todo estaba solitario, oscuro y desolado. Conocedora de cada rincón de mi casa, no me fue difícil encontrar el camino hasta la despensa; tomé una vela, pedernal, yesca y eslabón, y en un abrir y cerrar de ojos me procuré la guía y la protección de una luz.

¿Qué me proponía? ¿Exploraría el camino hasta mi alcoba y me enfrentaría al ser que había osado introducirse en este retiro intentando no ser visto? Apagando la luz, ¿pretendía ocultarse o simplemente tender una celada a mis pasos desprevenidos? Aunque ¿no era más probable que deseara que yo me fuese al alentar de este modo la sospecha de que la casa estaba vacía? A pesar de todos los obstáculos, vería a ese hombre; aun a costa de mi vida vería esa faz, y le conminaría al arrepentimiento y la reparación; no importaba el precio que hubiese de pagar para entrevistarme con él. La reputación y la vida podían serme arrebatadas, pero mi dignidad y mi honor estaban en mis manos, intactos.

Me acerqué al arranque de las escaleras. Aunque pueda creerse que en un momento como aquél no pudiera pensar más que en lo que estaba haciendo, sin embargo, se agolparon en mi mente vagos recuerdos de la misteriosa advertencia de que había sido testigo la noche anterior. Mi situación no era ahora muy distinta; y, si mi ángel no se había cansado de esforzarse en vano por salvarme, ¿no cabía esperar una nueva admonición? ¿Quién hubiera podido decir si su silencio se debía a la ausencia de peligro o a su propia ausencia?

Hallándome en semejante situación, no ha de extrañar que recorriera mis venas un escalofrío glacial, que permaneciera inmóvil durante un largo rato y que lanzara a mis espaldas una mirada temerosa.

¡Ay!, mi corazón desfallece y mis dedos rehúsan moverse; pienso con claridad, pero me faltan las palabras: ahora sé lo que significa tener sentimientos incommunicables. La cadena de los hechos posteriores se arrastra por el recuerdo; pero, estando aquéllos unidos a los que los precedieron, sucesivamente despiertan toda suerte de terrores y me hunden en la impotencia.

Pero continuaré hasta el final. Es posible que la ambigüedad y la confusión invadan mi relato; pero, aunque viva tan sólo una hora más, viviré al menos para terminarlo. ¿Qué otra cosa sino imprecisiones, vaguedades y transiciones bruscas cabe esperar de un historiador que es al mismo tiempo víctima de tamañas desgracias?

He dicho antes que miré a mis espaldas. Esperaba ver alguna cosa ya que, en caso contrario, ¿para qué mirar en aquella dirección? Dos de mis seis sentidos recibieron un impacto simultáneo. La misma lacerante exclamación que decía *¡Atrás! ¡Atrás!* sonó a la misma distancia de mis dos oídos. Esto fue lo que escuché.

La vibración sonora y la impresión que recibieron mis nervios fueron reales. Es

posible dudar, en cambio, de que el cuadro que contemplé no existiera tan sólo en mi imaginación.

No había cerrado la puerta de la habitación que acababa de abandonar. La escalera, en cuyo arranque me encontraba, estaba a dos o tres metros de la puerta y ascendía arrimada a la pared en que se abría el vano de aquélla. En consecuencia, mi visión era oblicua y no me permitía ver el interior de la habitación.

Por esta abertura se proyectó y volvió a entrar una cabeza con tal rapidez que mi primera impresión fue que se hacía visible de este modo, lo que de ordinario no lo era. La faz estaba vuelta hacia mí. Sus músculos estaban crispados; la frente y las cejas se fruncían en una expresión vehemente; tenía la boca exageradamente abierta, como si fuera a gritar, y los ojos lanzaban unos destellos que, si no hubiera llevado yo una luz, habrían iluminado la escena con el fulgor de un meteoro. El sonido y la visión brotaron y se extinguieron en el mismo momento, pero el grito, a pesar de que la faz se hallaba a varios pasos de distancia, sonó junto a mis oídos.

La faz era la de una criatura sobrehumana, pero sus facciones no me resultaron desconocidas. La imagen de Carwin se mezclaba de mil formas en mis pensamientos. Tal vez este rostro era producto de mi fantasía. De ser así, no es de extrañar que algunos de los rasgos de Carwin se revelaran ahora. Pero las semejanzas eran pocas e irrelevantes y se perdían en la llama de cualidades opuestas.

¿Qué podía pensar? Fuera o no humana aquella faz, la advertencia procedía de lo alto. La experiencia me decía que sus intenciones eran buenas. En una ocasión había actuado para salvarme del peligro, y lo que sucedió después puso de relieve la utilidad de su intervención. Ahora se me advertía de nuevo que retrocediese. Me precipitaba hacia el borde del mismo abismo y el mismo poder intentaba que reconsiderase mi decisión. ¿Podía desoír su consejo? ¿Sería capaz de persistir en la misma peligrosa carrera? Sí. ¡Incluso de esto era capaz!

La advertencia era incompleta; no daba forma a la amenaza ni ponía límites a mi precaución. En una ocasión la había pasado por alto y, sin embargo, había logrado salir indemne. ¿No podía confiar ahora en el mismo desenlace? Aunque de una manera apenas perceptible, esta idea logró abrirse paso. Seguí adelante, pero no sólo por esta razón. No puedo precisar los motivos que me impulsaron a continuar. Me expreso como si todavía tuviese alguna duda sobre el origen sobrenatural de estos sonidos, pero esto se debe a la imperfección de mi lenguaje, pues sólo pretendo decir que la certeza era más permanente y con más frecuencia la acompañaban reflexiones sensatas que lo contrario. Sus efectos inmediatos sirvieron tan sólo para socavar los cimientos de mi entendimiento y precipitar mis decisiones.

Debía avanzar o retroceder. Elegí lo primero, y comencé a subir las escaleras. El silencio no se rompió una segunda vez. La puerta de mi alcoba no estaba cerrada con cerrojo, y, espoleada por los vehementes apremios de mi valor, la abrí y miré dentro.

No se veía nada desacostumbrado o temible. Ciertamente, el peligro podía acechar fuera de mi vista, haberse abalanzado sobre mí al entrar y desgarrarme con

sus uñas de acero; pero yo estaba ciega a esta posibilidad, y avancé cautelosamente hacia el centro de la habitación.

Una vez más, todo tenía el aire de costumbre. No se veían lámparas ni bujías. Por primera vez tuve alguna sospecha sobre la naturaleza de la luz que había visto. ¿Era posible que fuese la que acompañó la aparición de aquella faz sobrenatural, una refulgencia meteórica que producía a voluntad el dueño de aquella faz y que era semejante a la que había sido vista con ocasión de la muerte de mi padre?

El vestidor se hallaba cerca, y recordé los intrincados horrores de que había sido causa. Tal vez allí se ocultaba el origen del peligro y la satisfacción de mi curiosidad. ¿Me atrevería otra vez a explorar sus rincones? Me costaba tomar esta decisión. Estaba abstraída en mis pensamientos cuando, al posar los ojos sobre una mesa, vi un papel escrito. Reconocí inmediatamente la escritura de Carwin y leí lo siguiente:

Era absurdo confiar en que atendiera mi invitación. Imagine cuál no sería mi decepción al encontrar a otra en su lugar. La he esperado, pero esperar más tiempo hubiese sido imprudente. Intentaré volver a verla, pero eso ha de ser a otra hora y en otro lugar; hasta entonces, le dejo estas líneas... ¡Cómo podrá soportar...! ¡Cuán inexplicable habrá de resultarle! ¡Algo tan insólito... una visión tan horrible!

Esto decía aquella abrupta e insatisfactoria nota. La tinta todavía estaba húmeda; la escritura era la de Carwin. Lo que significaba, o bien que hacía un momento que había abandonado esta habitación, o que aún estaba aquí. Miré hacia atrás, con la súbita esperanza de verle a mis espaldas.

¿A qué otra mujer se refería? ¿Qué suceso contrario a mis expectativas se había producido? ¿Qué visión estaba a punto de contemplar? Volví a mirar en derredor y no vi nada extraño. Me acordé nuevamente del vestidor, y decidí buscar en él la clave de aquellos enigmas. Tal vez allí se ocultaba el cuadro que burlaría mis expectativas y desataría mis terrores.

He dicho ya que la puerta del vestidor se hallaba junto a la cabecera de mi cama, la cual, por ambos lados, estaba oculta por las cortinas del dosel. En el lado más próximo al vestidor la cortina estaba descorrida. Al pasar junto a ella, miré hacia el interior. Me sobresalté y volví a mirar. Llevaba una lámpara en la mano, y la acerqué a mis ojos con la intención de despejar las engañosas nieblas que pudieran flotar ante ellos. Volví a fijar la vista sobre la cama con la esperanza de que una contemplación más atenta haría desvanecerse lo que parecía ofrecerse a mi mirada.

¡Ésta era, pues, la visión que Carwin había predicho! ¡Éste era el suceso que no sabría explicar! ¡Ésta era la suerte que me estaba reservada, pero que, merced a alguna casualidad funesta, le había sucedido a otra mujer!

No eran amenazas sin fundamento las que me habían atormentado. El estupro y el asesinato me esperaban en esta habitación. Un inescrutable albur la había atraído a

esta alcoba a *ella* antes que a mí, y las garras implacables que me acechaban habían confundido su presa y habían atenazado *su* corazón. Pero ¿podía considerarme a salvo? ¿Se había consumado la perversa acción? El asesino acababa de estar aquí; tal vez no se había alejado mucho; ¡en cualquier momento aparecería ante mí y sucumbiría a su abrazo asfixiante y maculador!

Todo mi cuerpo se estremeció de arriba abajo y mis rodillas temblaron. Miré ansiosamente a la puerta del vestidor y a la puerta de la alcoba. Por uno de estos dos accesos había de entrar quien destruiría mi vida y mi honor. Estaba preparada para defenderme; pero, ahora que el peligro era inminente, mis medios de defensa y mi capacidad para usarlos habían desaparecido. Ni mi educación ni mi experiencia me habilitaban para enfrentarme a un peligro semejante; o acaso me sentía impotente porque el estupor se había apoderado de mí y no había robustecido mi espíritu con una reflexión previsoramente frente a una situación como ésta.

El temor por mi vida dio paso de nuevo a reflexiones sobre la escena que se me ofrecía. Miré atentamente su semblante. La lividez y la convulsión no habían desfigurado los muy conocidos y amados rasgos de mi cuñada. ¿Qué horrenda ilusión te condujo hasta aquí? Huérfanos de tu presencia, ¿qué felicidad les cabe a tus hijos y a tu marido? Perderte a consecuencia de una muerte común habría sido suficientemente cruel; pero morir de este modo, súbitamente... ¡ser víctima de esta muerte espantosa! ¿Cómo podrá soportar Wieland semejante espectáculo? Tu enemigo no se habría conformado con matarte. ¡Tu muerte fue un acto de clemencia para los ultrajes a que antes te sometió! Después de tamañas ofensas, la muerte fue una dádiva que tú le suplicaste que te concediera. No abrigaba ninguna hostilidad contra ti; yo era el objeto de su traición; pero su furia se extravió a consecuencia de algún tremendo error. ¿Cómo viniste hasta aquí? ¿Dónde estaba Wieland en tu hora de desgracia?

Me acerqué al cadáver; levanté la mano flexible aún y besé los labios sin aliento. Los pliegues de la falda estaban desordenados. Le arreglé el vestido, y, sentándome en la cama, volví a fijar los ojos en su semblante. No puedo recordar con claridad lo que pensé en aquel momento. Vagamente, aunque con total convicción, comprendí que la muerte de *Catharine* ponía fin a toda esperanza. De ahora en adelante, la felicidad y el honor debían borrarse de la casa y el apellido de los Wieland; lo único que nos restaba era prolongar una breve y desesperada existencia y dejar al mundo un recuerdo de adversa suerte y esperanzas marchitas. Pleyel me había abandonado; pero mientras viviese Catharine, la vida no era algo detestable. Ahora, sin embargo, privada de la amiga de la infancia, de la confidente de mis pensamientos, cuidados y anhelos, yo era como el náufrago que se aferra a un objeto flotante en medio de un mar tormentoso; la noche se cernía sobre mi cabeza, y un inesperado golpe de mar me había arrebatado mi tabla de salvación y me había sumergido para siempre.

CAPÍTULO XVII

Ni podía ni quería moverme de donde estaba. Durante más de una hora mi espíritu y mi cuerpo parecieron privados de toda actividad. La puerta de entrada crujió sobre sus goznes y unas pisadas subieron las escaleras. Estos sonidos interrumpieron el vuelo errático y confuso de mis pensamientos, y, corriendo la cortina de mi cama, me dirigí a un rincón de la habitación desde donde podía ver a quienquiera que entrase. La intensidad de mi dolor era tal que, a pesar de la aparente consumación de mis temores y del aumento del riesgo para mi vida, en aquel momento sólo sentí el impulso de la curiosidad.

Por fin entró en la alcoba y reconocí a mi hermano. Era el mismo Wieland de siempre. Pero sus facciones se hallaban penetradas de una expresión nueva. Le suponía ignorante de la muerte de su esposa, y su aspecto confirmó esta sospecha. Nunca hasta entonces había visto en su rostro una expresión de desbordante euforia; pero tal era ahora su expresión. No sólo ignoraba el desastre que había tenido lugar, sino que se diría que le había sucedido algo gozoso. ¡Qué terrible revés acechaba para destrozar su momentánea alegría! No había esposo que adorase más incondicionalmente a su mujer, pues jamás esposa alguna profesó una devoción tan ilimitada. Yo sabía qué reacción provocaría en él el descubrimiento de esta muerte. No confiaba en absoluto en los buenos oficios de la razón o de la piedad. Había pocas calamidades que su modo de pensar no despojara de su aguijón; pero ahora todo paliativo de la pena y todo estímulo de la resignación serían estériles. La visión de este espectáculo le traería inexorablemente los desgarros de la desesperanza y le empujaría a una búsqueda ciega de la muerte.

Por el momento no quise preguntarme qué le traía aquí. Mi única preocupación eran las consecuencias de la visión del cadáver. Pero ¿podría ocultárselo mucho tiempo? En cualquier momento, en seguida, llegaría a verlo. Ningún pretexto hubiera podido prolongar eficaz o considerablemente su ignorancia. Lo único deseable era evitar la brusquedad del cambio y cerrar el paso al desorden de la desesperación y la irrupción de la locura; aunque yo conocía a mi hermano y sabía que ningún consuelo serviría de nada.

¿Qué decir? Estaba muda, y vertía por su causa unas lágrimas que mi infelicidad no había sabido provocar. A pesar de mi llanto, no dejé de observar sus reacciones. Eran de tal naturaleza que despertaban un sentimiento muy distinto de la compasión o, cuando menos, suscitaban cierta perplejidad.

Su semblante adoptó de pronto una expresión de angustia. Se cogió las manos con tanta fuerza que dejó la huella de sus uñas sobre la carne. Clavó los ojos a mis pies. Se diría que su cerebro pugnaba por romper la prisión del cráneo. No dejó de cobrar

aliento, pero su respiración se ahogó en quejidos. Yo no había presenciado nunca el huracán de las pasiones humanas. Hasta hacía poco, la serenidad y la luz del día habían sido mi elemento. No tenía noticia de la vehemencia y de la fuerza de las emociones, y me sentí traspasada de un horror inexplicable por las señales que ahora contemplaba.

Después de un silencio y una lucha interior que no supe interpretar, alzó los ojos al cielo y dijo con voz entrecortada:

—¡Esto es demasiado! Pídemme cualquier otra víctima y serás complacido. ¿No he dado pruebas suficientes de mi fe y de mi obediencia? La que se ha ido, los que han muerto, estaban unidos a mi alma por lazos que sólo una orden tuya podía romper; pero esta excelencia y esta beatitud sobrepasan toda medida humana. Ella es obra tuya, y no puedo creer que tu voluntad desee destruirla.

Luego, separando súbitamente las manos, se llevó una de ellas a la frente y prosiguió:

—¡Desgraciado! ¿Quién te ha dado una vista penetrante para percibir los designios de tu Creador? La liberación de las cadenas mortales será la recompensa de este ser, y tú eres el ejecutor de ese mandato.

Dicho esto, avanzó hacia mí. Sus palabras y ademanes sólo tenían sentido suponiendo que Wieland conocía la muerte de Catharine y que, como era de esperar, esto le había vuelto loco. Tales habían sido mis temores; pero ahora que contemplaba la ruina de la inteligencia más sagaz y luminosa que jamás enalteciera un cuerpo humano, me sentí colmada de una angustia renovada e insoportable.

No tenía tiempo de pensar de qué forma este trastorno me afectaría a mí o qué debía temer de las disparatadas representaciones de un loco. Wieland avanzaba hacia mí. La brisa trajo un sonido sordo. Un clamor confuso precedió a una multitud de pisadas que atravesaron la pradera para congregarse a continuación en la galería.

Estos sonidos paralizaron el propósito de mi hermano, que se detuvo a escuchar. Las señales se multiplicaron al tiempo que se hacían más fuertes. Al advertirlo, Wieland se apartó de mí y se apresuró a desaparecer de mi vista. Todo cuanto me rodeaba me colmaba de estupor. El cadáver de mi cuñada, la disparatada conducta de Wieland y, por último, esta muchedumbre de visitantes, eran hechos tan insólitos que dejé de pensar. El impulso que proporcionaba orden y vida a mis pensamientos había cesado.

Unas pisadas subieron la escalera atropelladamente y varios rostros asomaron por el vano de la puerta. Estos rostros expresaban una vigilante alarma. Escudriñaban los rincones como en busca de algún fugitivo; luego sus miradas se posaron en mí y traicionaron toda la vehemencia del terror y la compasión. Por un momento me pregunté si no serían sombras y rostros como el que había visto en el arranque de la escalera, existencias ilusorias o criaturas de mi imaginación.

Mi vista vagó de uno a otro, hasta detenerse en un semblante que conocía muy bien. Era el señor Hallet. El señor Hallet era un anciano honesto e inteligente,

pariente lejano de mi madre. Durante muchos años había desempeñado las funciones de digno ciudadano y juez de paz. Si algunos terrores restaban, su presencia fue suficiente para disiparlos.

Se aproximó, me tomó de la mano con gesto compasivo y me dijo con voz queda:

—Mi querida Clara, ¿dónde están tu cuñada y tu hermano?

En vez de responder, señalé hacia la cama. Sus sirvientes descorrieron la cortina, y, al tiempo que sus ojos fulguraban de terror ante el espectáculo que se les ofrecía, los del señor Hallet se llenaron de lágrimas.

Después de un prolongado silencio, el señor Hallet volvió a hablarme:

—Mi querida niña, semejante espectáculo no es para ti. ¿Querrás confiarte a mí y a la señora Baynton? Nosotros nos ocuparemos de todo.

Me opuse decididamente a esta petición. Insistí en permanecer junto al cuerpo de Catharine hasta que le dieran sepultura. Las protestas del señor Hallet, sin embargo, y mis propios sentimientos, me hicieron ver la conveniencia de una momentánea separación. Louisa necesitaba consuelo y los hijos de mi hermano un aya. También mi desdichado hermano debía ser cuidado y protegido. Finalmente accedí a abandonar el cadáver y dirigirme a la casa de Wieland, que, como he dicho, precisaría de alguien que se ocupase de ella y de los pequeños.

Mientras hablaba, mi anciano amigo trató de contener las lágrimas, pero mis últimas palabras las hicieron manar con redoblada violencia. Entretanto, sus sirvientes permanecían a nuestro alrededor en taciturno silencio, mirándome y mirándose unos a otros. Repetí lo que había decidido hacer y me dispuse a llevarlo a cabo, pero el señor Hallet me detuvo tomándome de la mano. Su semblante expresaba inquietud y vacilación. Le pedí que me explicara los motivos de su oposición a esta medida. Le rogué que hablara claramente. Le dije que mi hermano acababa de estar aquí y que sabía cómo se encontraba. Esta calamidad le había hecho perder el juicio y sus hijos debían necesitar que alguien los protegiese. Si lo prefería, dejaría a Wieland a su cuidado, pero sus hijos inocentes e indefensos necesitaban con la mayor urgencia un aya y una madre, y no toleraría que nadie cumpliera estas funciones mientras a mí me quedara un soplo de vida.

Se diría que cada palabra que yo pronunciaba aumentaba su perplejidad y su desconsuelo. Por fin dijo:

—Creo, Clara, que me asiste algún derecho para ayudarte. Has manifestado tu confianza hacia mí y por ello te estoy agradecido. Ahora debo pedirte que deposites en mí la mayor confianza que esté en tu mano concederme. Deja que la señora Baynton se haga cargo de la casa de tu hermano durante dos o tres días; luego puedes hacer lo que te parezca mejor. No importa cuáles sean mis motivos para pedirte esto; tal vez estime que tu edad, tu sexo y la aflicción causada por esta calamidad te incapacitan para cumplir esta función. Seguramente no tendrás ninguna duda de la delicadeza y la discreción de la señora Baynton.

Nuevas ideas se agolparon en mi mente. Miré fijamente al señor Hallet.

—¿Están bien? —dije—. ¿Louisa está bien? ¿Benjamín, William, Constantine y la pequeña Clara, se encuentran bien? ¡Se lo suplico: dígame la verdad!

—Están bien —respondió—, perfectamente bien.

—No tema que me comporte como una débil mujer; puedo soportar escuchar la verdad. Dígame la verdad: ¿están bien?

Volvió a asegurarme que se encontraban bien.

—¿Qué teme entonces? —continué—. ¿Es posible que una desgracia me incapacite para cumplir con mi deber hacia esas criaturas indefensas? Estoy dispuesta a compartir esta tarea con la señora Baynton; le agradeceré su amabilidad y su ayuda, pero ¿por qué habría de abandonarlos en un momento como éste?

Abreviaré este diálogo penoso. Yo porfiaba en mi resolución y el señor Hallet se empeñaba en oponerse. Esto despertó de nuevo mis sospechas; pero las solemnes declaraciones del señor Hallet sobre el perfecto estado de los niños las disiparon. No podía explicarme este proceder por parte de mi amigo, pero finalmente me avine a ir a la ciudad, siempre que pudiera verlos antes unos minutos y volviera al día siguiente.

También a este arreglo opuso algunos reparos. Me dijo que se los habían llevado a todos a la ciudad. ¿Por qué, pregunté, y adónde los habían llevado? Esta vez el señor Hallet no eludió mi pregunta. Se habían despertado mis sospechas y ninguna evasiva ni estratagema hubiera podido apaciguarlas. Algunos de cuantos estaban allí dejaron de contener la emoción y rompieron a llorar. El mismo señor Hallet dio muestras de que la pugna era demasiado enconada para sostenerla por más tiempo. Algo me susurraba que la desolación era más amplia de lo que ahora presenciaba. Sospeché que la ocultación era debida al temor a las consecuencias que provocaría en mí saber la verdad. Una vez más le rogué que me informase sinceramente del estado de los niños. Con el fin de reforzar mis instancias, dije con frialdad:

—Puedo suponer lo que ha ocurrido; nada puede pasarles puesto que han muerto, ¿no es verdad? ¿No es así?

Mi voz se quebró a despecho de mis valerosos esfuerzos.

—Sí —dijo—, ¡muertos! ¡Muertos por la misma fatalidad y la misma mano, como su madre!

—¡Muertos! —repliqué—. ¡Santo Dios! ¿Todos?

—¡Todos! —contestó—. ¡No perdonó la vida de *ninguno*!

Permitidme, amigos míos, correr un velo sobre la escena siguiente. ¿Para qué prolongar una historia que ya se me antoja demasiado larga? Sobre esta escena, al menos, dejadme pasar de puntillas. En este punto, sin la menor duda, mi relato sería incomprensible. Todo era conmoción y tempestad en mi corazón y en mi cerebro. No recuerdo nada salvo transiciones borrosas y cuadros terribles. Fui pródiga e infatigable en la invención de tormentos. No renuncié a ningún espectáculo que pudiera exasperar mi dolor. Estreché contra mi pecho todos y cada uno de aquellos cuerpos exánimes y destrozados. Louisa, a quien había amado con indecible cariño, me fue negada en un principio, pero mi obstinación pudo más que la reticencia de

quienes me acompañaban.

Me mostraron el camino hasta un salón en penumbra. Pendía del techo una lámpara sin tulipa, y señalaron una mesa. El asesino me había privado de mi último y lamentable consuelo. No busqué en su rostro el esplendor del cielo y el rubor de la mañana. Éstos se habían desvanecido con la vida; pero esperaba poder depositar un último beso sobre sus labios. Esto me fue negado; ¡pues el golpe que la había destruido había sido de una ferocidad tal que *había borrado todos sus rasgos*!

Me llevaron a la ciudad. La señora Baynton fue mi dama de compañía y mi enfermera. ¿Para qué describir la rabia de la fiebre y los desvaríos del delirio? Carwin era el fantasma que acechaba mis sueños, el gigante opresor bajo cuyo abrazo estaba siempre a punto de perecer. Músculos potentísimos fueron necesarios para retenerme y corazones de acero para soportar la elocuencia de mis temores. En vano apelé a ellos para alzar la vista al cielo, para señalar su centelleante furor y su taciturno menosprecio. Tan sólo pretendía huir del golpe que se había asestado. Después, amontoné sobre quienes me cuidaban los más amargos reproches y deploré mi impotencia.

La enfermedad remitió por fin poco a poco, y mis llorosos amigos comenzaron a esperar con avidez mi recuperación. Muy lentamente, y con discontinuos destellos, recobré la memoria. Las escenas de que había sido testigo revivieron, se convirtieron en motivo de deducción y meditación y suscitaron las manifestaciones de una congoja más racional.

CAPÍTULO XVIII

No me había restablecido del todo cuando me comunicaron la llegada de Thomas Cambridge, el hermano de mi madre. Éste se había marchado a Europa hacía diez años, y durante la última guerra había prestado sus servicios como médico del ejército británico en Alemania. Al terminar la guerra, su amistad con cierto oficial irlandés le indujo a retirarse a descansar en Irlanda. Había mantenido una puntual relación epistolar con los hijos de su hermana, y teníamos motivos para esperar que en breve regresaría a su país para pasar sus años de vejez entre nosotros. Ahora llegaba en un mal momento.

Yo quería verle por muchas y urgentes razones. Nada más recuperar la lucidez, había pedido ávidamente noticias de mi hermano. Durante mi enfermedad no le vi, y todas mis preguntas merecían respuestas vagas e insatisfactorias. Había interrogado una y otra vez a la señora Hallet y a su marido, y había pedido visitar a aquel hombre infortunado; pero ellos insinuaron con cierto misterio que no había recobrado el equilibrio mental y que sus circunstancias actuales hacían imposible que le viera. Su reserva acerca de los pormenores de esta ruina y de su autor era también impenetrable.

Durante algún tiempo, al comprobar la esterilidad de mis esfuerzos, desistí de hacer preguntas o peticiones directas, decidida, tan pronto como tuviera fuerzas suficientes, a poner en práctica otras formas de disipar mi incertidumbre. En esta situación, me anunciaron la llegada de mi tío y su intención de visitarme. Casi me estremecía contemplar el rostro de este hombre. Al pensar en las calamidades que se habían desatado sobre nosotros, me sentía poco inclinada a presenciar el abatimiento y la aflicción que se manifestarían en su semblante. Pero creía que estaba al corriente de todo y confiaba en que mi insistencia obtendría de él la información que buscaba.

No abrigaba ninguna duda sobre la identidad de nuestro enemigo; pero los móviles que le impulsaron a perpetrar semejantes horrores, los medios de que se sirvió y su situación presente me eran totalmente desconocidos. Era razonable pensar que mi tío me daría alguna información sobre esto. Por eso esperaba su llegada con impaciencia. Por fin, en mi alcoba solitaria y a la luz declinante del anochecer, tuvo lugar nuestro encuentro.

Mi tío era nuestro pariente más cercano y siempre nos había tratado como un padre. Por esta razón, nuestro encuentro no podía dejar de estar presidido por una desbordante ternura y una sombría alegría. En lugar de refrenarlas, alentó las lágrimas que vertí en sus brazos, y tomó sobre sí la tarea de consolarme. No se hizo esperar alguna alusión a nuestros recientes infortunios. Un tema dio pie a la introducción de otro. Por fin, mencioné y lamenté la ignorancia en que me habían

tenido sobre la suerte de mi hermano y los detalles de sus infortunios. Le rogué que me dijera cuál era la situación de Wieland y si se había hecho algún progreso en el descubrimiento o el castigo del responsable de esta inaudita devastación.

—¡El responsable! —dijo—. ¿Sabes quién es el responsable?

—¡Ay —respondí—, demasiado bien lo conozco! La historia de mis sospechas sería demasiado larga y dolorosa. Ignoro lo que sabes sobre esto. Sólo Wieland, Pleyel y yo estamos en disposición de contar ciertos hechos.

—No es preciso que te tomes esa molestia —dijo—. Todo lo que Wieland y Pleyel puedan contar, lo sé. Si hay algo que sólo tú conoces y cuyo relato no te resulta demasiado penoso, confieso que estoy impaciente por oírlo. Quizá te refieres a un hombre llamado Carwin. Me anticiparé a tu curiosidad diciendo que, desde que sucedieron esas calamidades, nadie le ha visto ni ha sabido nada de él. Su participación, por tanto, es un misterio todavía sin resolver.

Me apresuré a atender su petición, y le conté con tanta claridad como pude, aunque a grandes rasgos, lo sucedido en la pérgola y en mi alcoba. Escuchó sin visible sorpresa el relato de los errores y sospechas de Pleyel, y con mayor gravedad mi narración de las misteriosas admoniciones, la visión inexplicable y la carta encontrada sobre la mesa. Esperé sus comentarios.

—¿Deduces de eso —dijo— que Carwin es el autor de toda esta desdicha?

—¿No es inevitable deducirlo? —dije—. Pero ¿qué sabe usted sobre ello? ¿Era posible que cometiera esos crímenes sin testigos y sin ayuda? Le ruego que me diga cuándo y por qué llamaron al señor Hallet al escenario de los hechos, y quién fue el primero en descubrir o sospechar que se había producido este desastre. Sin duda se ha debido sospechar de alguien y ha sido perseguido.

Levantándose de su asiento, mi tío recorrió la habitación de arriba abajo con pasos presurosos. Sus ojos estaban clavados en el suelo y parecía profundamente perplejo. Por fin se detuvo, y dijo enfáticamente:

—Es cierto: se sabe quién fue el instrumento. Tal vez Carwin lo haya urdido, pero otra persona lo ejecutó. Esa otra persona ha sido descubierta y se ha demostrado su culpabilidad.

—¡Santo Dios! —exclamé—; ¿qué está diciendo? ¿No fue Carwin el asesino? ¿Pudo otra mano que no fuera la suya perpetrar esta atrocidad execrable?

—¿No he dicho —contestó— que otro fue el autor? Carwin, quizás, o el cielo, o la locura, movieron al asesino; pero nada se sabe de Carwin. El ejecutor material hace mucho que fue juzgado y condenado, y en este momento se encuentra en un oscuro calabozo cargado de cadenas.

Levanté las manos y alcé los ojos.

—Entonces, ¿quién es el asesino? ¿Cómo y dónde lo encontraron? ¿Qué pruebas hay de su culpa?

—Su propio testimonio, corroborado por el de una criada que presenció el asesinato de los niños oculta en un ropero. Desde tu casa, el juez se dirigió a la de tu

hermano. Escuchaba y registraba la declaración del único testigo, cuando inesperadamente, sin que nadie lo requiriera ni buscara, el criminal en persona irrumpió en el salón, reconoció su culpa y se entregó a la justicia.

»El juicio ya se ha celebrado. Asistieron a la vista miles de personas a las que el rumor de este hecho insólito atrajo desde las mayores distancias. Se efectuó un largo e imparcial interrogatorio y se pidió al acusado que se defendiese. Obedeciendo a este llamamiento, hizo un relato completo de sus móviles y de sus actos.

Mi tío dejó de hablar. Le rogué que me dijese quién era este criminal y qué instigaciones le habían movido a hacer lo que hizo. No dijo nada. Le pregunté con más insistencia. Volví a repasar mentalmente lo que sabía y encontré en ello algún fundamento para la conjetura. Pasé revista al reducido catálogo de hombres que conocía; no reparé en ninguno capaz de perpetrar una atrocidad semejante. Insistí de nuevo. ¿Conocía yo al criminal? ¿Fue la crueldad desnuda o un espíritu diabólico de venganza lo que determinó su crimen?

Me observó durante un espacio de tiempo considerable y escuchó mis preguntas en silencio. Luego dijo:

—Clara, te conozco por referencias de terceras personas y, en alguna medida, por propia observación. No eres una criatura corriente. Tus amigos te han tratado hasta ahora como a una niña. Sus intenciones eran buenas, pero quizá ignoran lo fuerte que eres. A mí mismo me digo que nada excede a tu fortaleza.

»Deseas saber quién ha destruido a tu familia, sus actos y sus móviles. ¿Quieres que le llame a tu presencia y que se confiese ante ti? ¿Quieres que sea él quien narre su propia historia?

Me puse de pie y miré temerosa a mi alrededor, como si el asesino acechase en un rincón.

—¿Qué quiere decir? —dije—. Le ruego que ponga fin a este misterio.

—No te alarmes; a no ser que tenga poderes sobrenaturales y sea capaz de romper cadenas y grilletes como si fuesen hilos, jamás volverás a ver la cara de ese criminal. He dicho que el asesino fue llamado a declarar y que el juicio concluyó con una conminación del juez para que confesara o justificara sus actos. Inmediatamente después hizo su alegato con ademán solemne y una serena majestad que denotaban menos humanidad que inspiración divina. Jueces, abogados y público atendían aterrorizados y suspensos. Uno de los oyentes registró su alocución palabra por palabra. Aquí la tienes —continuó, poniéndome en las manos un rollo de papeles—: léela cuando puedas.

Dicho esto, mi tío me dejó sola. La curiosidad me impulsó a no perder un segundo. Abrí los papeles y leí lo siguiente:

CAPÍTULO XIX

Theodor Wieland, el acusado, fue requerido entonces para que se defendiera. Miró en derredor unos instantes sin decir nada y con apacible continente. Luego dijo:

Es extraño: mis jueces y quienes me escuchan me conocen. ¿Hay en esta sala alguien que ignore quién y cómo es Wieland? ¿Quién no le conoce como marido, padre o amigo? Sin embargo, héme aquí acusado como un criminal. Se me atribuyen intenciones diabólicas; ¡se me acusa del asesinato de mi esposa y de mis hijos!

Es verdad: yo los maté; todos ellos murieron por mi mano. Justificarse es una tarea innoble. ¿Qué es lo que se me pide que justifique? ¿Y ante quién?

Sabéis que están muertos y que yo los maté. ¿Qué más queréis? ¿Que explique mis motivos? ¿No habéis sido capaces de descubrirlos? Me atribuíis malevolencia, pero vuestros ojos no están cerrados; vuestra razón es todavía vigorosa; vuestra memoria no os ha abandonado. Conocéis a quien así acusáis. Conocéis sus costumbres; sabéis cómo trataba a su esposa y a sus hijos. La solidez de su honestidad y la inquebrantabilidad de sus principios os son familiares, ¡pero insistís en acusarme! ¡Me habéis traído aquí cargado de cadenas como a un malhechor; me consideraréis merecedor de una muerte horrible e infamante!

¿Quiénes son aquellos a los que he dado la muerte? Mi esposa..., los pequeños, que me debían el ser..., una criatura que puesto que los superaba en excelencia, reclamaba un amor más grande que aquellos a los que los lazos de la naturaleza unían a mi corazón. ¿Pensáis que la perversidad me ha empujado a cometer estos hechos? Ocultad vuestras temerarias frentes a la mirada del cielo. Refugiaos en alguna gruta que no vislumbren ojos humanos. Lamentaréis vuestra malignidad o vuestra locura, pero no podréis expiarla.

No creáis que hablo para regalar vuestros oídos. Acariciad junto a vuestros corazones esa presunción abominable. Consideradme todavía un asesino y dadme muerte. No moveré un dedo para despejar vuestra ilusión; no diré una sola palabra para curaros de vuestra sanguinaria locura; pero probablemente haya en esta sala algunos que han venido de lejos; para ellos, a quienes la distancia ha impedido conocerme, diré lo que he hecho y por qué.

Huelga decir que Dios es mi pasión suprema. En su presencia he forjado un corazón único e integérrimo. He ansiado conocer su voluntad. He anhelado poner a prueba mi fe y mi obediencia.

Consumí mis días en la búsqueda de la revelación de esa voluntad; pero mis días fueron sombríos, porque mi búsqueda fracasó. Pedí guía; volví la mirada a todas

partes en que pudiesen vislumbrarse destellos de luz. No fui un hombre completamente inculto, pero mi conocimiento siempre se detenía en los umbrales de la certeza. La insatisfacción se insinuó en todos mis pensamientos. Mis intenciones han sido puras, mis anhelos infatigables, pero sólo hace poco esas intenciones se vieron colmadas y esos anhelos saciados.

¡Gracias, oh, Padre, por tu bondad; porque no me exigiste un sacrificio menor que éste; porque me brindaste la ocasión de dar pruebas de mi sumisión a tu voluntad! Nada he rehusado que te agradara exigirme. Ahora, con la frente alta e impávida, reclamo mi recompensa, pues te he entregado el tesoro de mi alma.

Me encontraba en mi casa. La noche estaba algo avanzada; mi hermana se había ido a la ciudad, pero había dicho que volvería. Esperando su vuelta, mi esposa y yo retrasamos algo más que de costumbre la hora de ir a la cama; el resto de la familia se había acostado.

Mi estado de espíritu era contemplativo y sereno, no del todo desprovisto de preocupación acerca de mi hermana. Sucesos recientes, de difícil explicación, habían insinuado la existencia de algún peligro; aunque tal peligro no tenía una forma precisa en nuestra imaginación y apenas nos desazonaba.

Pasaba el tiempo y mi hermana no llegaba. Su casa está a alguna distancia de la mía y, aunque había hecho algunos preparativos para residir con nosotros, era posible que, por olvido o a causa de alguna eventualidad imprevista, hubiese regresado a la suya.

Por ello, creímos conveniente que yo fuera hasta allí para asegurarnos. Fui. De camino mi espíritu estaba colmado de aquellas preocupaciones que han sido siempre objeto de mi reflexión. En medio de un cúmulo de ideas febriles, olvidé lo que me proponía. De vez en cuando me quedaba quieto; de vez en cuando me apartaba del camino y no me resultaba fácil recobrarme de mi contemplación para volver a él.

La cadena de mis pensamientos puede trazarse con facilidad. Al principio todo mi ser vibraba con los transportes que sólo conoce el hombre cuyo amor de padre y de esposo no tiene límites y cuya gratitud rebosa en la copa de sus deseos. No sé por qué las emociones que me acompañaban en todo momento retomaron entonces con desacostumbrada energía. No era nueva la transición de sensaciones gozosas a una conciencia de gratitud. El Creador de mi ser era también quien dispensaba cada uno de los dones con que aquel ser estaba adornado. La sumisión que era debida a semejante benefactor no podía ser limitada. Mis sentimientos para con mi prójimo estaban en deuda con la veneración por todo su valor. Todas las pasiones que no tienen este origen son ruines, todas las alegrías débiles, todas las energías perversas.

Durante unos momentos mis reflexiones me elevaron por encima de la tierra y de los hombres. Enlacé con fuerza las manos, alcé los ojos y exclamé: “¡Admítame a tu presencia! ¡Mi mayor delicia sería conocer tu voluntad y ejecutarla! ¡El bendito privilegio de la comunión directa contigo y de escuchar la expresión audible de tu placer!”

“¿Qué tarea no emprendería, que privación no soportaría con el corazón alegre para testimoniar mi amor por ti? ¡Ay! Te ocultas a mis ojos; sólo me son dados atisbos y vislumbres de tu excelencia y tu belleza. ¡Si una momentánea emanación de tu gloria me alcanzara! ¡Que una señal indudable de tu presencia se haga perceptible a mis sentidos!”

Tal era mi estado de ánimo cuando entré en la casa de mi hermana. Estaba vacía. Apenas lograba recordar el propósito que me había llevado allí. Pensamientos muy distintos me embargaban tan completamente que las categorías del tiempo y del espacio casi me resultaban desconocidas. Sin embargo, conseguí contener tales arrebatos y subí a su alcoba.

No había luz, y mirando desde fuera hubiera podido comprobar que la casa estaba vacía. No me contenté con esto, sin embargo. Entré en la habitación y, al ver que Clara no estaba, me dispuse a volver.

La oscuridad imponía precaución al bajar las escaleras. Extendí la mano y cogí la balaustrada para regular mis pasos. ¿Cómo describir el resplandor que en aquel momento se me hizo visible?

Me quedé atónito. Todo mi cuerpo se paralizó. Entrecerré los párpados y aparté las manos de la balaustrada. Un terror indecible se heló en mis venas y permanecí inmóvil. El resplandor no desaparecía ni disminuía. Parecía como si una poderosa irradiación me cubriera como un manto.

Abrí los ojos y comprobé que todo a mi alrededor refulgía y brillaba. Era el elemento celeste que fluía en torno a mí. Al principio sólo fue visible un torrente de fuego, pero en seguida una voz penetrante reclamó mi atención desde atrás.

Me di la vuelta. No está permitido describir lo que vi: ciertamente las palabras serían insuficientes. Ningún matiz del pincel o del lenguaje podría retratar los rasgos del ser cuyo velo se había levantado y cuya faz relumbraba ante mis ojos.

Cuando habló sus palabras me atravesaron el corazón: “Tus oraciones han sido escuchadas. En prueba de tu fe, entrégame a tu esposa. Ésa es la víctima que elijo. Tráela aquí, y aquí hazla caer.” El sonido, la luz y la faz se desvanecieron rápidamente.

¿Qué demanda era ésta? ¡Debía derramar la sangre de Catharine! ¡Mi mujer debía perecer a mis manos! Buscaba una ocasión para poner a prueba mi virtud. Bien poco esperaba que me fuera pedida una prueba como ésta.

“¡Mi esposa! —exclamé—. ¡Oh Dios! Pídeme cualquier otra víctima. No me conviertas en el verdugo de mi esposa. Mi sangre vale poco. La verteré ante ti con corazón alegre, pero perdona esta vida preciosa, te lo suplico, o bien ordena a quien no sea su marido que cometa este hecho sangriento.”

En vano. Las condiciones estaban prescritas; el decreto se había proclamado y sólo restaba ejecutarlo. Salí apresuradamente de la casa, recorrí a toda prisa los prados que la separaban de la mía y no me detuve hasta entrar en el salón.

Mi mujer había permanecido allí durante mi ausencia, esperando con inquietud

mi regreso con noticias de su cuñada. No tenía ninguna que darle. Durante un rato la rapidez de la carrera me dejó sin aliento. Esto, unido a los temores que me estremecían y a mi aspecto desencajado, la alarmó. Sospechó que le había sucedido algo a su amiga y la emoción le impedía hablar de la misma forma que a mí.

Callaba, pero su expresión traslucía su impaciencia por escuchar lo que yo tenía que decirle. Tomándola del brazo y levantándola bruscamente de su asiento, le hablé, pero con tanta precipitación que apenas podía ser comprendido.

“Acompáñame; date prisa, no pierdas un segundo; pasará el momento y la ejecución será omitida. ¡No te detengas; no preguntes; corre conmigo!”

Mi modo de comportarme multiplicó su alarma. Su mirada buscó la mía, y dijo: “¿Qué ocurre? En nombre de Dios, ¿qué ocurre? ¿Adónde me llevas?”

Yo tenía los ojos fijos en ella mientras hablaba. Pensé en sus virtudes; me dije que era la madre de mis hijos; mi esposa. Recordé el fin para el que le exigía que me acompañara. Mi corazón desfalleció y comprendí que debía apelar a todas mis fuerzas para consumarlo. El menor retraso ponía en peligro el sacrificio.

Aparté la vista de ella y, usando la fuerza de nuevo, la empujé hacia la puerta. “Debes acompañarme; debes hacerlo.”

Aterrorizada, se opuso a medias a mis esfuerzos, y volvió a exclamar: “¡Dios mío! ¿Qué te propones? ¿Adónde vamos? ¿Qué ha ocurrido? ¿Has encontrado a Clara?”

“Sígueme y lo verás”, contesté, tratando todavía de vencerse resistencia.

“¿Qué locura es ésta? Algo tiene que haber ocurrido. ¿Está enferma? ¿La has encontrado?”

“Ven y lo verás. Sígueme y lo sabrás por ti misma.”

Debatiéndose una vez más, me rogó que le explicara mi incomprensible conducta. Yo no podía confiar en mí mismo para responderle, para mirarla; pero, agarrándola del brazo, la arrastré detrás de mí. Vaciló, más por confusión que por falta de deseos de acompañarme. Esta confusión desapareció poco a poco, y avanzó, aunque con pasos irresolutos y constantes exclamaciones de perplejidad y de terror. Sus preguntas de “¿qué sucede?” y “¿adónde me llevas?” eran incesantes y vehementes.

Yo intentaba a todo trance no pensar; avivar dentro de mí una lucha y un tumulto en los que el orden y la claridad desapareciesen; huir de las sensaciones que provocaba el timbre de su voz. Por eso guardé silencio. Trataba con todas mis fuerzas de abreviar este lapso de tiempo apresurándome y distraer toda mi atención en furiosas gesticulaciones.

En este estado de ánimo llegamos a la puerta de la casa de mi hermana. Mi esposa miró las ventanas y vio que todo estaba vacío. “¿Para qué hemos venido aquí? Aquí no hay nadie. Yo no entraré.”

Yo seguía sordo. Entonces abrí la puerta y la arrastré hasta el vestíbulo. Éste era el escenario prescrito; aquí debía caer. Solté su mano y, apoyando las palmas contra mi frente, hice un esfuerzo desesperado para disponer mi alma al sacrificio.

Inútilmente; jamás lo haría. Todo mi valor había desaparecido, mis brazos no tenían vigor. Murmuré unas oraciones pidiendo al cielo que auxiliara mis fuerzas. De nada sirvieron.

Me invadió el horror. La conciencia de mi pusilanimidad, de mi cobardía, se apoderaron de mí y permanecí rígido y frío como el mármol. De este estado me sacó la voz de mi mujer, que volvía a suplicarme que le dijese para qué habíamos venido aquí y qué le había ocurrido a mi hermana.

¿Qué podía responder? Mis palabras salían rotas e inarticuladas. Sus temores arreciaron al observar estas señales; pero tales temores nacían de una causa equivocada. Lo único que dedujo de mi conducta fue que a Clara le había ocurrido una terrible desgracia.

Se estrujó las manos y exclamó angustiada: “Oh, dime: ¿dónde está? ¿Qué le ha sucedido? ¿Está enferma? ¿Ha muerto? ¿Está en su alcoba? ¡Déjame entrar para saber lo peor!”

Esta súplica puso de nuevo en marcha mis procesos mentales. Tal vez lo que mi discolgo corazón se negaba a hacer aquí pudiera encontrar fuerzas suficientes para consumarlo en otro lugar.

“Ven, pues —dije—; vayamos.”

“Lo haré, pero no en la oscuridad. Antes debemos hacer con una lámpara.”

“Corre, pues, y busca una, pero no tardes. Te esperaré hasta que vuelvas.”

Mientras volvía, recorrí el vestíbulo. La ferocidad del huracán se asemejaba poco al tumulto que reinaba en mi espíritu. No debía omitir este sacrificio, pero mis nervios habían rehusado su ejecución. Ninguna otra opción se ofrecía. Rebelarse contra el mandato era imposible, pero la obediencia me convertiría en el verdugo de mi esposa. Mi voluntad era firme, pero mi cuerpo desobedecía sus órdenes.

Regresó con una lámpara. La precedí hasta la habitación; miró a su alrededor, descorrió las cortinas de la cama; no vio nada.

Entonces posó en mí unos ojos inquisitivos. La luz le permitió descubrir en mi rostro lo que la oscuridad había ocultado hasta entonces. El objeto de su preocupación no era ya mi hermana sino yo, y dijo con acento trémulo: “Wieland, no te encuentras bien; ¿qué te aqueja?; ¿puedo ayudarte en algo?”

Era de esperar que miradas y palabras tan persuasivas me privasen de toda presencia de ánimo. En mi espíritu volvió a reinar la anarquía. Abrí la mano delante de los ojos para no verla, y contesté con gruñidos. Ella tomó mi otra mano entre las suyas y, apoyándola contra su corazón, habló con aquella voz que siempre había sojuzgado mi voluntad y disuelto mis tristezas:

“¡Amigo mío! ¡Mi amigo del alma! Dime qué te aflige. ¿No merezco compartir tus preocupaciones? ¿No soy tu esposa?”

Esto fue demasiado. Liberé mi mano y me retiré a un rincón de la habitación. Entonces volví a sentirme fuerte de nuevo. Resolví cumplir con mi deber. Ella fue a mi encuentro y renovó sus apasionadas súplicas para saber el motivo de mi

tribulación.

Alcé la cabeza y la miré fijamente. Murmuré algo sobre la muerte y los mandatos del deber. Al oír estas palabras, retrocedió y me miró con una expresión de renovada angustia. Unos instantes después, juntó las manos y exclamó:

“¡Oh, Wieland, Wieland! ¡Ojalá me equivoque, pero estás perdido! Lo veo; es demasiado evidente; estás perdido..., perdido para mí y para ti.” Al mismo tiempo, me miró con la más profunda preocupación, en espera de que otros síntomas se manifestasen. Repliqué con vehemencia:

“¡Perdido, no! Sé cuál es mi deber, y doy gracias a mi Dios por haberme ayudado a vencer mi cobardía y tener fuerzas para cumplirlo. Catharine, siento lástima de tu debilidad; siento lástima de ti, pero no es posible la clemencia. ¡Se me ha exigido que sacrifique tu vida; debes morir!”

El temor multiplicó entonces su preocupación. “¿Qué pretendes decir? ¿Por qué hablas de muerte? Recapacita, Wieland; vuelve en ti y esta ofuscación pasará. Oh, ¿por qué he venido aquí? ¿Por qué me trajiste aquí?”

“Te he traído aquí para cumplir un mandato divino. He sido nombrado tu verdugo y debo matarte.” Diciendo esto, la tomé por las muñecas. Gritó con todas sus fuerzas y trató de liberarse, pero en vano.

“Wieland, Wieland, sé que no quieres hacerlo. ¿No soy tu esposa?; ¿y vas a matarme? No lo harás; y, sin embargo, lo veo: ¡tú ya no eres Wieland! Una furia avasalladora y terrible se ha adueñado de ti... ¡piedad... piedad... auxilio... auxilio!”

Mientras tuvo aliento gritó pidiendo auxilio... pidiendo clemencia. Cuando ya no pudo hablar, sus gestos, sus miradas, apelaron a mi compasión. Mi mano maldecida estaba vacilante y temblorosa. Deseaba que tu muerte fuera súbita, que tu agonía fuera breve. ¡Ay!, mi corazón dudó, mi resolución flaqueó. Por tres veces aflojé la mano y su vida, en medio de espantosos dolores, no abandonó su cuerpo. Sus órbitas se salían de las cuencas. Todo cuanto me hechizaba y me obligaba a adorarla se tomó horrendo y deforme.

Se me había encomendado quitarte la vida, no atormentarte con la previsión de tu muerte; no multiplicar tus temores y prolongar tu agonía. Pálida, y macilenta, y sin vida, al final dejaste de luchar con tu destino.

Fue un momento de triunfo. Así había logrado domeñar la terquedad de las pasiones humanas; había ofrecido la víctima que se me había reclamado; el sacrificio se había consumado de manera irrevocable.

Tomé el cadáver en mis brazos y lo deposité sobre la cama. Lo contemplé con arrobos. El alivio que sentía era tal que rompí a reír. Junté las manos y exclamé: “¡Lo he hecho! ¡Mi sagrado deber se ha consumado! ¡Por él he sacrificado, oh Dios mío, tu último y mejor regalo; mi esposa!”

Durante un momento me elevé por encima de toda flaqueza humana. Pensé que me había situado para siempre fuera del alcance del egoísmo, pero mis figuraciones eran falsas. La euforia no tardó en desvanecerse. Miré de nuevo a mi esposa. Mi

gozosa exaltación desapareció, y me pregunté quién era aquella mujer que contemplaba. Me dije que no podía ser Catharine. No podía ser la mujer a la que había amado durante años con toda mi ternura; que había dormido con la cabeza reclinada sobre mi hombro; que había llevado dentro de sí, y alimentado a sus pechos, a las criaturas que me llamaban padre; a la que había mirado extasiado y había querido con un amor siempre renovado y constantemente acrecido: no podía ser la misma.

¿Dónde estaba su lozanía? Esas órbitas inertes e inyectadas en sangre bien poco se asemejaban a la azul y extática dulzura de sus ojos. El claro arroyo que serpenteaba sobre ese seno, el amoroso rubor que inundaba esas mejillas son del todo distintos a estas lívidas manchas y esta fea deformidad. ¡Ay, tales eran las huellas de la agonía; la garra del asesino había dejado su impronta aquí!

No describiré mi hundimiento en una tristeza desesperada y humillante. El soplo del cielo que me sostenía había desaparecido, y volví a convertirme en un *simple ser humano*. Me puse en pie de un salto; golpeé la cabeza contra la pared; lancé gritos de angustia; jadeé de tormento y de dolor. El fuego eterno y las torturas del infierno, comparados con lo que yo sentía, era música y un lecho de rosas.

Doy gracias a mi Dios porque esta muestra de depravación fue pasajera, porque una vez más no quiso dejarme solo. Pensé que lo que había hecho era un sacrificio en aras del deber, y *me sentí sereno*. Mi esposa había muerto, pero me dije que aunque esta fuente de consuelo humano se hubiera extinguido otras seguían abiertas para mí. Si los gozos del marido habían muerto para siempre, aún podía experimentar los sentimientos del padre. Cuando el recuerdo de su madre despertase un dolor demasiado agudo, miraría a mis hijos y *me sentiría confortado*.

Mientras daba pábulo a estas ideas, un nuevo calor inundó mi corazón... estaba equivocado. Estos sentimientos eran fruto del egoísmo. Yo no me daba cuenta de ello y, para disipar la niebla que empañaba mi entendimiento, un nuevo resplandor y un nuevo mandato se hacían necesarios.

De estos pensamientos vino a rescatarme un rayo de luz que inundó la habitación. Volvió a hablar la misma voz que había escuchado antes: “Has obrado como debías. Pero falta algo por hacer... el sacrificio no es completo... debes ofrecer a tus hijos... ¡deben morir junto con su madre!”

CAPÍTULO XX

Les extraña que dejase de leer? ¿No les asombra más bien que leyese tanto? No sé qué poder me asistió durante semejante empeño. Tal vez la duda de la que no podía desembarazarme —que la escena que aquí se describía era un sueño— contribuyese a mi perseverancia. En vano recordé la enfática introducción de mi tío, su apelación a mi fortaleza y sus alusiones a lo monstruoso de los hechos que estaba a punto de revelar; en vano recordé la penosa perplejidad, el enigmático silencio y las ambiguas respuestas de quienes me cuidaban, en especial cuando les preguntaba por la situación de mi hermano. Evoqué la entrevista con Wieland en mi alcoba, su sorprendente serenidad seguida de arrebatos de ira y actos amenazadores. Todo eso coincidía con lo que decía este papel.

Catharine y los niños, y también Louisa, habían muerto. El golpe que los destruyó fue inusitadamente cruel. Era digno de salvajes empujados al asesinato que se complacen en el dolor de sus semejantes.

¿Y quién había descargado aquel golpe? ¡Wieland! ¡El padre y el esposo! ¡El hombre de hermosas virtudes y bondad inquebrantable! ¡Apacible y dulce..., un idólatra de la paz!

—No hay duda —dije— de que esto es un sueño. Durante muchos días he sido presa del delirio. Su influjo todavía se deja sentir, pero surgen nuevas formas de diversificar y ahondar mi tormento.

El papel cayó de mis manos y mis ojos lo siguieron. Me eché hacia atrás, como para evitar un poder paralizador que se aproximase a mí. Mi lengua enmudeció; todas las funciones vitales se detuvieron, y caí al suelo sin sentido.

Como supe después, el ruido de mi caída alertó a mi tío, a quien la preocupación por mi salud había retenido en una habitación del piso de abajo. Subió a mi alcoba a toda prisa y me prestó la ayuda que mi situación requería. Al abrir los ojos lo vi delante de mí. Puso en práctica sus habilidades como razonador y como médico para mitigar los perniciosos efectos de esta revelación, pero no había calculado correctamente mi fortaleza física y mental. Esta nueva conmoción me llevó una vez más al borde de la tumba y mi enfermedad fue mucho más difícil de curar que en un principio.

No me detendré en describir la larga serie de sensaciones espantosas y la abominable confusión de mi cerebro. Muy lentamente el tiempo devolvió a mi cuerpo su acostumbrada firmeza y el orden a mis pensamientos. Hasta cierto punto la enfermedad desdibujó las imágenes que aquel fatídico papel había grabado en mi imaginación. Eran oscuras e inconexas, como los incidentes de un sueño. Ansiaba liberarme de aquel caos. Con este fin interrogué a mi tío, que era mi constante

compañía. Estaba horrorizado de las consecuencias de su primer experimento, y trató por todos los medios de eludir y entorpecer mis indagaciones. Mi insistencia le obligó en ocasiones a recurrir a equívocos y medias verdades.

El paso del tiempo cumplió este objetivo de una manera tal vez más benéfica. En el curso de mis reflexiones, los recuerdos del pasado se volvieron paulatinamente más y más claros. Medité sobre ellos en silencio, y al no estar acompañados por el asombro, no ejercieron una influencia mortífera. Había suspendido la lectura en mitad del relato, pero lo que había leído, unido a la información obtenida de otras fuentes, tal vez arrojaba suficiente luz sobre estos hechos execrables. Aunque mi curiosidad no estaba ociosa. Deseaba leer el resto.

La impaciencia por conocer los pormenores de esta historia se veía mitigada por la aversión ante la escena que se me mostraría. Por eso no hice nada para conseguir mi propósito. Quería saber, y, al mismo tiempo, prefería la ignorancia.

Una mañana que me habían dejado sola me levanté de la cama y me dirigí a un cajón donde guardaba mis ropas más elegantes. Lo abrí y vi el fatídico rollo de papeles. Lo tomé sin pensar y lo arrojé sobre una silla. Durante algunos minutos me pregunté si debía abrirlo y leer. Ahora que se ponía a prueba mi fortaleza, flaqueaba. Me sentí incapaz de presenciar deliberadamente algo tan horrible. Me dispuse a dejarlo de nuevo en su sitio, pero me volví atrás de esta decisión y resolví hojear una parte. Volví las hojas hasta llegar cerca del final. El relato del criminal había terminado, el jurado había pronunciado a regañadientes su veredicto de *culpable* y se interrogaba al acusado sobre por qué no aceptaba una sentencia de muerte. La respuesta era breve, solemne y enfática.

No. No tengo nada más que decir. He contado mi historia. He expuesto mis móviles con absoluta sinceridad. Si mis jueces no quieren comprender la pureza de mis intenciones o creer la explicación que acabo de dar de ellas; si no ven que el cielo dictó mis actos, que la obediencia significó la prueba de una perfecta virtud y la aniquilación del egoísmo y el error, deben declararme asesino.

No quieren dar crédito a mi historia; atribuyen mis actos a una influencia demoníaca; me tienen por un ejemplo de la mayor perversidad de que es capaz el ser humano; me condenan a la muerte y a la infamia. ¿Puedo acaso evitar esta desdicha? Si pudiera, estad seguros de que lo haría. No acataré ninguna condena que venga de ellos, pues no soy perverso; sólo sufriré si no puedo evitar el sufrimiento.

Decís que soy culpable. ¡Hombres impíos y temerarios! ¡Así usurpáis las prerrogativas de vuestro Creador! ¡Tomar vuestra visión limitada y vuestra maltrecha razón como medida de la verdad!

¡Oh tú, Santo y Omnipotente! Tú sabes que mis actos se acomodaron a tu voluntad. Yo no sé qué es el crimen; qué acciones son malas en su profundo y último sentido, y cuáles buenas. Tu conocimiento, como tu poder, no tiene

límites. Tú has sido mi guía y no es posible que me llame a engaño. A los brazos de tu protección confío mi vida. En los dones de tu justicia tengo puesta la confianza de mi recompensa.

Venga la muerte cuando viniere: yo estoy a salvo. Persíganme el aborrecimiento y la calumnia entre los hombres: no seré defraudado en mis merecimientos. La paz de la virtud y la gloria de la obediencia serán mi único patrimonio de ahora en adelante.

Aquí concluía el orador. Aparté los ojos de la página; pero, antes de que tuviese tiempo de reflexionar sobre lo que había leído, el señor Cambridge entró en la habitación. No tardó en darse cuenta de lo que había estado haciendo, y se mostró preocupado por mí.

Pero sus temores eran superfluos. Lo que había leído me redujo a un estado que no es fácil describir. Sin embargo, la angustia y el furor no formaban parte de él. Me embargaban el temor y la perplejidad. Por eso no podía hablar. Miré a mi amigo con expresión inquisitiva y señalé el rollo de papeles. Comprendió mi pregunta y me respondió con un gesto de apesadumbrado asentimiento. Un momento después mis pensamientos encontraron el camino de mis labios.

Tales eran, pues, los crímenes de mi hermano. Tales sus palabras. ¡Por esto estaba condenado a morir; a morir en la horca! ¡Cruel e injusto destino!

—¿Y es así? —continué, luchando por articular claramente las palabras, lo que esta idea hacía extraordinariamente difícil—. ¿Está... muerto?

—No. Vive. No hay duda sobre lo que ha motivado estos hechos aberrantes. Tuvieron su origen en una súbita locura; pero tu hermano sigue loco y le han condenado a cadena perpetua.

—¿Locura, dice? ¿Está seguro? ¿No se vieron y se escucharon realmente esas visiones?

A mi tío le sorprendió la pregunta. Me miró con cierta inquietud.

—¿Pones en duda —dijo— que fueran ilusorios? ¿Crees que el cielo puede intervenir para provocar hechos como éstos?

—Oh no; desde luego que no. El cielo no puede incitar a nadie a cometer una aberración tan inaudita. El instigador no era bueno, sino maligno.

—Vamos, mi querida niña —dijo mi tío—, olvida esas fantasías. Ningún ángel ni demonio tienen nada que ver en esto.

—No me comprende bien —contesté—; creo en la existencia de una instigación externa y real, pero no sobrenatural.

—¿Sí? —dijo enormemente sorprendido—. ¿Quién supones entonces que es el inductor?

—No lo sé. Todo son conjeturas disparatadas. No puedo quitarme de la cabeza a Carwin. No puedo dejar de pensar que fue él quien tendió estas celadas. Pero ¿podemos suponer que esto es locura? ¿Ha adoptado alguna vez la locura esta forma?

—Muchas veces. En nuestro caso, las consecuencias de la ofuscación fueron más horrendas que en ningún otro que yo haya conocido; pero, repito, no son infrecuentes ilusiones semejantes. ¿No conoces un caso que sucedió en la familia de tu madre?

—No. Cuéntemelo, se lo ruego. Creo que la muerte de mi abuelo fue insólita, pero no sé en qué sentido. Uno de sus hermanos, al que se sentía muy unido, murió joven; y esto, según he oído, influyó decisivamente en la muerte de mi abuelo, pero desconozco los detalles.

—La muerte de aquel hermano —continuó mi amigo—, sumió a mi padre en una gran congoja que, según llegó a saberse, tenía dos causas. No sólo lamentaba de todo corazón la muerte del amigo, sino que creía que la suya seguiría inexorablemente a la de su hermano. Aguardaba día tras día el golpe que, según había predicho, no tardaría en descargarse sobre él. Poco a poco, sin embargo, recobró la alegría y la confianza. Se casó, y desempeñó su papel en este mundo con buen ánimo y gran laboriosidad. Veintiún años después, fue a pasar el verano con su familia a una casa que poseía en la costa de Cornwall. No distaba mucho de un acantilado que dominaba el océano y que se elevaba a una gran altura. La cumbre era plana y nada peligrosa, y podía subirse a ella con facilidad desde tierra. A menudo se detenían allí cuando hacía buen tiempo, seducidos por la pureza del aire y las magníficas vistas. Una tarde de junio mi padre, su mujer y unos amigos se hallaban en este lugar. Todos estaban felices, y la imaginación de mi padre parecía particularmente sensible a la grandeza del paisaje.

»De pronto, sin embargo, se puso a temblar y en su rostro se dibujó una expresión de temor. Adoptó la postura de quien escucha. Miró fijamente en una dirección en la que sus amigos no pudieron ver nada. Esto duró un minuto entero; luego, volviéndose a sus amigos, les dijo que su hermano le acababa de dar unas órdenes que debía obedecer de inmediato. Acto seguido se despidió de todos de forma apresurada y solemne, y, antes de que el estupor los dejase comprender lo que ocurría, corrió al borde del acantilado, se arrojó al vacío y nadie volvió a verle nunca más.

»A lo largo de mi práctica profesional en el ejército alemán, sucedieron muchos casos igualmente notables. Indudablemente, aunque el vulgo piense de otra forma, las ilusiones eran consecuencia de distintas manías. Todas ellas pueden reducirse a una sola^[2], y no son más difíciles de explicar y de curar que la mayoría de nuestras dolencias.

De distintas maneras, mi tío trató de convencerme de esta idea. Escuché sus razonamientos y aclaraciones en respetuoso silencio. Me sorprendió mucho que hubiese pruebas de un influjo del que hasta entonces yo había supuesto que no existían ejemplos, pero no explicaba ni mucho menos los hechos del mismo modo que mi tío. Encontraron cabida en mi imaginación una serie de ideas que no era capaz de relacionar ni ensamblar. Pensé que aquella forma de locura —si es que en verdad lo era— nos había afectado a Pleyel y a mí tanto como a Wieland. Pleyel había escuchado una voz misteriosa. Yo había visto y escuchado. A Wieland y a mí se nos había mostrado una forma. La revelación se había producido en el mismo sitio. El

suceso era igualmente completo y prodigioso en ambos casos. Sea cual fuese la explicación que adoptara, ¿no tenía yo los mismos motivos de temor? ¿A qué se reducía mi seguridad frente a influjos igualmente terroríficos e irresistibles?

Sería inútil tratar de describir el estado de ánimo que esta idea me produjo. Me maravilló el cambio que un instante provocó en la personalidad de mi hermano. Pero ahora, al contemplarme a mí misma, mi perplejidad era diez veces mayor. ¿No me había transformado también yo, de criatura racional y humana, en un ser de atributos nefandos y temibles? ¿No había sido conducida al borde del mismo abismo? Antes de que amaneciese un nuevo día, mis manos podían estar manchadas de sangre y pasaría el resto de mi vida confinada en un calabozo cargada de cadenas.

Dueña de una sensibilidad moral como la mía, no ha de extrañar que este nuevo temor fuese más insoportable que la angustia que acababa de padecer. La tribulación lleva en su seno su propio antídoto. Cuando el pensamiento se convierte en vehículo de la desdicha debemos detener su vuelo. La muerte es una cura que la naturaleza o nosotros mismos debemos administrar. Entonces aguardaba esta cura con sombría satisfacción.

Mi silencio no pudo ocultar a mi tío el rumbo de mis pensamientos. Hizo todos los esfuerzos imaginables para distraer mi atención de tan peligrosas consideraciones. Con la ayuda del tiempo, tales esfuerzos fueron hasta cierto punto fructíferos. Volví a recuperar la confianza en mi voluntad y en la salud de mis facultades. Pude dedicar mis reflexiones a la situación de mi hermano y a las causas de este calamitoso modo de proceder.

Mis opiniones experimentaban un cambio incesante. A veces pensaba que la aparición era sobrenatural. No tenía motivos para la incredulidad. No podía poner en duda las pruebas de mi religión; el testimonio de los hombres era clamoroso y unánime: ambos se aliaban para persuadirme de que los malos espíritus existían y de que sus poderes se ejercitaban con frecuencia en el mundo visible.

Estas ideas se relacionaban con Carwin.

—¿Dónde encontrar las pruebas —decía— de que los espíritus malignos no están sometidos a la voluntad del hombre? Esta verdad puede distorsionarse y adulterarse entre los ignorantes. Las creencias del vulgo a este respecto son palmariamente absurdas; pero, aunque los sabios puedan con razón pasarlas por alto, no nos asiste el derecho de rechazar sin más la posibilidad de que el ser humano pueda recibir una ayuda sobrenatural.

»Los delirios de la superstición sólo merecen desprecio. La brujería, sus instrumentos y sus prodigios, el contrato que se rubrica con sangre, toda esa parafernalia de olor a azufre y explosiones de truenos son cosas monstruosas y quiméricas. Todo esto no tiene cabida en el universo que rige el genio de Carwin. No es posible negar que en alguna parte existen seres conscientes distintos de los humanos, pero que actúan libre y voluntariamente como nosotros. Tampoco se puede refutar la idea de que su ayuda puede emplearse tanto para fines buenos como

malignos.

»Los verdaderos propósitos de este hombre siguen envueltos en la oscuridad. El alcance de su poder es desconocido, pero ¿no hay ahora pruebas de que lo ha puesto en práctica?

Recurrí a mi experiencia. En ella Carwin había representado sin duda un papel, pero en su condición de ser humano. Una voz y una forma se hicieron presentes; pero una había hablado y la otra se había revelado no para favorecer, sino para contrarrestar los designios de Carwin. Había pruebas de hostilidad, no de alianza entre ellas. Carwin era un canalla cuyos planes entorpecía un enviado del cielo. ¿Cómo conciliar esto con la estratagema que había significado la ruina de mi hermano? En este caso, la intervención fue a un tiempo sobrenatural y maligna.

Este recuerdo dio un nuevo giro a mis reflexiones. Nadie había puesto en duda hasta ahora el carácter perverso del influjo que poseía a mi hermano. Su mujer y sus hijos estaban muertos; habían expirado en medio de grandes torturas y terrores; pero ¿no cabía acaso la más leve duda de que su verdugo fuera un criminal? Se había declarado inocente ante el tribunal de su conciencia; puntualmente me habían informado de su comportamiento en el juicio y después de él; no se había producido ningún cambio; en ningún momento dejó de conducirse con la elevación que nace de la virtud; rechazó todas las acusaciones apelando a Dios y a la rectitud de su vida pasada. Sin ninguna duda, esa apelación era sincera: nadie salvo una orden de lo alto hubiera podido sojuzgar su voluntad; y nada excepto una prueba irrefutable de la aprobación divina podía dar fuerzas a su espíritu en su actual elevación.

CAPÍTULO XXI

Durante un tiempo, tal fue el rumbo de mis meditaciones. La debilidad y mi aversión a convertirme en objeto de curiosidad o de compasión me aconsejaron no mostrarme en público. Evité con sumo cuidado las visitas que venían a expresar su condolencia o a satisfacer su curiosidad. Mi tío era mi casi permanente compañía. No había nada que pudiese consolarme más que su conversación.

En lo que a Pleyel se refiere, se diría que mis sentimientos habían sufrido una revolución. Sucede a menudo que una pasión suplanta a otra. Las recientes calamidades me habían destrozado el corazón y, ahora que la herida estaba cerrada casi por completo, parecía que también el amor que había sentido por él se había desvanecido.

Hasta ahora, sin duda, no había tenido motivos para perder la esperanza. Era inocente de aquella ofensa que le había apartado de mí. Podía esperar con razonable confianza que mi inocencia acabara demostrándose en algún momento de manera irrefutable, y que su amor por mí renaciera al mismo tiempo que su aprecio. Yo seguía sintiendo una gran repugnancia por el hecho de ser creída culpable, pero la sobrellevaba con menos impaciencia. Deseaba que sus sospechas desapareciesen, no con el fin de volver a obtener su amor, sino porque admiraba a aquel hombre excelente y porque él mismo habría sentido placer al convencerse de mi rectitud.

Mi tío me dijo que Pleyel y él se habían visto más de una vez desde la vuelta de aquél de Europa. Entre los temas de que hablaron, Pleyel evitó cuidadosamente mencionar los hechos que atrajeron sobre mí tanto desprecio. Yo no podía explicar su silencio. Tal vez el tiempo o algún otro descubrimiento habían modificado su forma de pensar. Tal vez no deseaba, aun en el caso de que yo fuera culpable, perjudicarme a los ojos de mi anciano pariente. Supe que me había visitado varias veces durante mi enfermedad, que había velado muchas noches junto a mi cama y que había expresado la más profunda preocupación por mi salud.

Había aplazado el viaje que estaba a punto de hacer, al final de nuestra última entrevista, a consecuencia de la catástrofe de la noche siguiente. Yo estaba totalmente equivocada en cuanto a los motivos de aquel viaje. Mi tío me los explicó, y su relato me sorprendió sin apenarme. En un estado de ánimo diferente, habría aumentado indeciblemente mi desconsuelo, pero entonces fue más motivo de satisfacción que de tristeza. Tal vez éste no sea el menos extraordinario de los hechos de esta historia. Les sorprenderá algo menos si añadido que mi indiferencia fue pasajera, y que algunos días después caí en la cuenta de que mis sentimientos se habían amortiguado durante un tiempo, pero no se habían extinguido.

Theresa de Stolberg vivía. Había decidido ir a buscar a su amante a América. Con objeto de ocultar su desaparición, había hecho correr el rumor de su muerte. Lo puso todo en manos de Bertrand, el fiel criado de Pleyel. El paquete de cartas que este último recibió de su criado contenía las noticias de su feliz llegada a Boston, y su viaje tenía por objeto encontrarse con ella.

Este descubrimiento había situado la conducta de Pleyel bajo una luz diferente. Yo había confundido el heroísmo de la amistad con la locura del amor. Debe suponerse que quien se había ganado mi amor se hubiera hecho antes acreedor a mi respeto, pero la ligereza de que hacía gala tendía a disimular la altura de sus sentimientos. No dejé de reparar en que, puesto que aquella dama vivía, la voz del santuario que transmitió la noticia de su muerte debió, o bien tratar de engañar, o bien estar ella misma equivocada. La última hipótesis no se correspondía con la idea de un ser espiritual, ni la primera con la de un ser benéfico.

Cuando comencé a curar de mi enfermedad, Pleyel suspendió sus visitas, y hacía poco que había emprendido aquel viaje. Esto equivalía a una prueba de que aún me creía culpable. Sus errores me apenaban, pero confiaba en que tarde o temprano se demostraría mi inocencia.

Entretanto, una proposición de mi tío volvió a sacar a flote toda clase de ideas tumultuosas. Pensaba que nuevos aires devolverían la robustez a mi cuerpo languideciente, y que una variada sucesión de distracciones no dejaría de reparar los efectos de la impresión que había sufrido mi mente. Con este fin, me propuso ir a vivir con él a Francia o a Italia.

En una época más propicia, este plan me hubiera complacido por sí mismo. Pero ahora todo mi ser se rebelaba contra un proyecto de esa naturaleza. El mundo de los hombres estaba cubierto por un sudario de desdicha y de sangre, y constituía un espectáculo aborrecible. Con placer cerraba los ojos cuando dormía, y lamentaba que el respiro que el sueño me deparaba fuese tan breve. Observaba con delectación los progresos del deterioro de mi cuerpo y sólo aceptaba la vida con la esperanza de que el curso de la naturaleza no tardaría en aliviarme de su carga. Pero como mi tío insistiera en hacer aquel viaje, accedí simplemente porque le estaba agradecida y porque mi rechazo le hubiera dolido.

En cuanto supo que yo estaba conforme, me dijo que debía prepararme para zarpar inmediatamente, pues el barco en que había tomado el pasaje estaría listo para salir en tres días. Tanta precipitación era inesperada. Noté una impaciencia en el modo en que trató de convencerme de la necesidad de apresurarse que me sorprendió. Cuando le pregunté el motivo de aquella prisa, adujo razones que en aquel momento no pude negar que estuviesen justificadas, pero que, al volver a reflexionar sobre ellas, se demostraban insuficientes. Sospeché que ocultaba los verdaderos motivos y pensé que estos motivos tenían que ver con la situación de mi hermano.

Entonces caí en la cuenta de que la información que de vez en cuando me daban sobre Wieland siempre estaba envuelta en una niebla de reserva y misterio. Recordé

entonces que lo que había parecido suficientemente claro en el momento en que era dicho, había sido titubeante y ambiguo. Decidí salir de dudas haciendo una visita en su calabozo a aquel hombre desdichado. En otro tiempo había acariciado la idea de esta visita, pero los horrores de la cárcel, su expresión alucinada aunque serena, su cabellera descuidada, los grilletes que oprimían sus brazos y piernas, siendo todo esto tan terrible cuando se describe, ¿cómo hubiera podido soportar contemplarlo?

Pero ahora que me disponía a despedirme para siempre de mi país, ahora que durante el resto de nuestras vidas un océano iba a separarnos, ¿cómo podía marcharme sin verle? Examinaría su estado con mis propios ojos. Sabría si lo que me habían dicho de él era cierto. Tal vez hablar con su hermana, por la que sentía un cariño más que fraternal, pudiera ejercer un influjo saludable en su dolencia.

Tomada esta decisión, esperaba comunicársela al señor Cambridge. Sabía que sin ayuda no había ninguna posibilidad de llevarla a cabo, y no se me ocurría ninguna objeción que pudiera oponérsele. Por consiguiente, el consentimiento de mi tío sería la prueba de su sinceridad.

Aproveché esta oportunidad para expresar mis deseos al respecto. La forma en que reaccionó ante mi petición confirmó mis sospechas. Después de un momento de silencio, en el que dio muestras de gran perplejidad, dijo:

—¿Por qué habrías de hacer semejante visita? ¿Para qué podría servir?

—Estamos a punto —dije— de abandonar el país para siempre. ¿Qué clase de mujer sería si dejase tras de mí a un hermano postrado sin despedirme siquiera antes de partir? Me sentiré mejor después de haberle visto y de haber vertido unas pocas lágrimas ante él.

—Yo no lo creo. Verle no hará más que aumentar tu dolor sin hacerle a él ningún bien.

—Eso no lo sé —respondí—. Seguramente la compasión de su hermana, prueba de que mi ternura está intacta, debe de ser para él un motivo de satisfacción. En este momento piensa sin duda que todos los hombres le calumnian y son sus enemigos. Probablemente supone que su hermana comparte la veleidad general y que se une al grito unánime de abominación que se ha levantado contra él. Persuadirle de lo contrario, darle seguridades de que, a pesar de que yo pueda atribuir su conducta a un error, conservo todavía todo mi antiguo afecto por él y todo mi respeto por la pureza de sus intenciones, sólo puede proporcionarle placer. Cuando sepa que he abandonado el país sin tener siquiera la ceremoniosa deferencia de hacerle una visita, ¿qué pensará de mí? Tal vez la generosidad no le deje quejarse, pero estoy segura de que calificará mi conducta de cruel y descortés. Sin la menor duda, señor, debo hacer esa visita. No será posible zarpar con usted antes de hacerla. Quizá no le sea de ninguna ayuda, pero me permitirá cumplir con lo que sólo puedo considerar como un deber. Además —continué—, si lo que tiene es un simple ataque de locura, ¿es tan descabellado pensar que mi presencia ejerza una influencia saludable? No es imposible que el mero hecho de verme le haga recobrar la razón.

—Ay —dijo mi tío con cierta avidez—; es de todo punto imposible que tu entrevista tenga ese efecto; y por tal razón, independientemente de cualquier otra, debo disuadirte de que le veas.

Expresé mi extrañeza ante esta afirmación.

—¿No debemos desear que se enmiende semejante error?

—Tu pregunta me sorprende. Piensa en las consecuencias de ese error. ¿No ha destruido a la esposa que amaba, a los niños que adoraba? ¿Qué crees que le permite soportar ese recuerdo sino la convicción de que obró como debía? ¿Vas a arrebatárle imprudentemente esa convicción? ¿Vas a devolverle la lucidez y convencerle de que una ofuscación de sus sentidos o un engaño del infierno le instigaron a cometer ese espantoso crimen?

»Su estado de ánimo es gozoso y exaltado. Cree que ha alcanzado un grado de virtud más alto que ningún otro hombre. La abominación que le persigue aquí abajo y los padecimientos a que le han condenado no hacen sino enaltecer el mérito de su sacrificio a los ojos de seres superiores. La certeza de que hasta su hermana le ha abandonado para pasarse al campo enemigo, hace más honda la profundidad de sus sentimientos y su confianza en la aprobación divina y su futura recompensa.

»Si le abres los ojos a esto, una marea de desesperación y de horror se abatirá sobre él. En vez de sentir una luminosa aprobación y una serena esperanza, ¿no se odiará y se torturará a sí mismo? Entonces habrá que esperar que dirija su violencia contra sí u otra locura mucho más salvaje y destructiva. Por consiguiente, te ruego que abandones esa idea. Si reflexionas con calma, te darás cuenta de que tu deber consiste en evitarle cuidadosamente.

Los razonamientos del señor Cambridge me sugirieron ideas que no había considerado hasta entonces. Tuve que aceptar su validez, pero mostraban desde otro punto de vista la profundidad de la postración de mi hermano. Guardé silencio sin saber qué decir.

Luego pensé que no era seguro en modo alguno si Wieland era un maníaco, un fiel servidor de su Dios, la víctima de ilusiones infernales o un juguete de la mentira humana. De modo que tuve la idea de permanecer muda durante el encuentro que había previsto. La visita sería breve: me conformaría con verle un momento. Admitiendo que no era conveniente que le abriera los ojos, no había peligro de que mi conducta produjera en él ningún cambio.

Sin embargo, tampoco pude vencer la oposición de mi tío a este plan. Pero insistí; y él se dio cuenta de que, para hacerme desistir voluntariamente de él, tendría que ser más explícito de lo que había sido hasta entonces. Me tomó de las manos y, mirándome fijamente a los ojos mientras hablaba, dijo:

—Clara, no debes hacer esa visita. Debemos damos prisa en abandonar estas costas con la mayor rapidez. Es absurdo ocultarte la verdad; y, puesto que sólo revelándotela puedo persuadirte de que abandones esa idea, voy a decirte la verdad.

»¡Oh mi querida niña! —continuó en un tono de creciente energía—. La locura de

tu hermano es en verdad formidable y aterradora. El alma que animaba su cuerpo ha desaparecido. Subsiste la misma forma, pero el sabio y benévolo Wieland ya no existe. Un furor sediento de sangre, que multiplica su fuerza casi por encima de la del resto de los mortales, que canaliza todas sus energías hacia la destrucción de cuanto le fuera querido, le posee por completo.

»No debes entrar en su calabozo. En cuanto sus ojos se posaran en ti, emplearía toda su fuerza. En un momento se liberaría de sus cadenas y se abalanzaría sobre ti. Ninguna ayuda, por rápida y enérgica que fuera, podría salvarte.

»El fantasma que le empujó a asesinar a Catharine y a sus hijos no está saciado. Este ser imaginario le reclama también tu vida y la de Pleyel. Él está ansioso por cumplir esta exigencia. Se ha fugado dos veces de su prisión. La primera, tan pronto como se vio en libertad, corrió a casa de Pleyel. Era medianoche y éste estaba acostado. Wieland penetró sin ser visto en su alcoba y describió las cortinas de su cama. Afortunadamente, Pleyel se despertó en el último momento y eludió la furia de su cuñado saltando al patio por la ventana de su alcoba. Por suerte, tocó el suelo sin herirse. Dio la voz de alarma y, después de una minuciosa búsqueda, encontraron a tu hermano en una habitación de tu casa, en donde, sin duda, había estado buscándote.

»Se redoblaron sus grilletes y la vigilancia de sus guardianes, pero milagrosamente logró volver a escapar. En esta ocasión fue visto cerca de tu casa; y, de no haberse informado en el acto de su fuga, tu muerte se habría añadido al catálogo de sus atrocidades.

»Te darás cuenta ahora del riesgo que entraña tu proyecto. No sólo no debes visitarle, sino que, si pretendes salvarle del crimen de teñir sus manos con tu sangre, debes huir del país. La única esperanza que queda es que la muerte termine con su enfermedad, y ninguna precaución es suficiente para salvarte excepto la de poner un océano entre vosotros.

»Confieso que vine a América con la intención de vivir con mis sobrinos, pero estas calamidades me han obligado a cambiar de parecer. Tu seguridad y mi felicidad reclaman que me acompañes de vuelta a Europa, y te ruego que des alegremente tu aprobación a esta medida.

Después de estas revelaciones de mi tío, tuve que desistir. Consentí inmediatamente en no ver más a Wieland. También accedí a la proposición de viajar a Europa, no porque esperase jamás llegar allí, sino porque, puesto que mis principios me prohibían atentar contra mi vida, el cambio haría más soportables los pocos días que la enfermedad me concediera.

¡Qué historia me habían revelado! La muerte me acechaba, pero no a manos de alguien a quien mis actos hubiesen puesto fuera de sí, que fuese consciente de la ilicitud de sus intenciones y que pretendiera consumarlas por la emboscada y el rodeo, sino a manos de un hombre que se creía depositario de una orden divina, que consideraba su carrera de horrores como el último refinamiento de la virtud; cuya inexorabilidad era tan grande como el amor y la reverencia que sentía hacia mí y a

quien no alcanzaba el temor al castigo y a la infamia.

En vano intentaría detener su golpe apelando a los títulos de hermana o de amiga; éstos era sus únicos motivos para buscar mi destrucción. Si hubiera sido extraña a su sangre, si hubiera sido la criatura más baja de la raza humana, mi vida no habría estado en peligro.

—No hay duda de que mi destino no es comparable al de nadie —dije—. La locura que se ha abatido sobre mi hermano debe de ser también la mía. Mi enemigo está esposado y vigilado, pero tales restricciones no me proporcionan seguridad alguna. No vivo en una comunidad de salvajes, pero si me siento o paseo, si me pierdo entre la multitud o me refugio en la soledad, mi vida está marcada como víctima de una violencia cruel; estoy en perpetuo peligro de morir, de morir a manos de un hermano.

Recordé las amenazas que habían prefigurado este destino; recordé el abismo al que me había conducido la invitación de mi hermano; recordé que, estando al borde de la muerte, mis temores pintaron con su forma a quien me amenazaba. ¡Así de lúcidas eran las criaturas del sueño profético y del terror vigil!

Estas ideas se relacionaban inevitablemente con Carwin. En el paroxismo de la desdicha mi atención se dirigía a él como al gran impostor, el cerebro de esta negra conspiración, la inteligencia que gobernaba esta tormenta.

Encontramos cierto alivio al sufrimiento cuando imaginamos o descubrimos a quien lo ha provocado y un objeto sobre el que descargar nuestra cólera y nuestra venganza. Repasé mentalmente todo lo sucedido desde el origen de nuestra relación y reflexioné sobre la descripción que Ludloe había dado de él. Mezcladas con ideas de una intervención sobrenatural, yo abrigaba vehementes sospechas de que Carwin era el enemigo cuyas maquinaciones nos habían destruido.

Ansiaba saber y vengarme. Mi precipitada marcha me desagradaba porque me apartaba de todo lo que me permitiría llegar a saber y a satisfacer mis deseos de venganza. Partiríamos dos días después. De allí a dos días diría adiós para siempre a mi país. ¿No debía hacer una visita de despedida al escenario de nuestras desgracias? ¿No debía humedecer con mis lágrimas las tumbas de mi cuñada y de sus hijos? ¿No debía recorrer su casa desolada y obtener de la visión de sus muros y de sus muebles alimento para mi eterna melancolía?

Esta idea brotó acompañada de un secreto escalofrío. Un aura de catástrofe parecía presidir la escena. ¡Cuántas cosas no habría de encontrar que me recordasen a quienes había perdido!

Estaba tentada a renunciar a esta idea cuando recordé que había dejado entre mis papeles un diario taquigrafiado. Estaba ocupada con este manuscrito cuando la desprevenida curiosidad de Pleyel le hizo mirar por encima de mi hombro. Anotaba entonces mi aventura en *la pér gola*, cuya lectura fragmentaria le llevaría a cometer equivocaciones fatales.

Había tomado todas las medidas necesarias en lo relativo a mis bienes. Pero

deseaba destruir este manuscrito que contenía los más secretos sucesos de mi vida. Para ello debía volver a mi casa, y decidí hacerlo inmediatamente.

No quería exponerme a la oposición de mis amigos mencionándoles lo que me proponía, de modo que, con el pretexto de dar un paseo, pedí la calesa del señor Hallet, pues el día era espléndido.

Atendieron mi petición gustosamente, y ordené al criado que me llevase a Mettingen. Le despedí a la puerta, con la intención de utilizar un carruaje de mi hermano para volver.

CAPÍTULO XXII

Los habitantes de la CABAÑA me recibieron con una mezcla de alegría y extrañeza. Su cariñosa bienvenida y su espontáneo afecto me fueron muy gratos. Al preguntarme por mi salud, evitaron toda alusión a la causa de mi enfermedad. Eran criaturas delicadas y yo los quería a todos. Como ellos, vertí algunas lágrimas al mencionar mi inminente marcha a Europa, y prometí tenerles al corriente de mi estado durante mi larga ausencia.

Manifestaron una enorme sorpresa cuando les dije que me proponía visitar la mansión. El miedo y los malos presagios se dibujaron en sus rostros e intentaron disuadirme de visitar una casa que firmemente creían hechizada por mil apariciones de ultratumba.

Tales temores, sin embargo, no me hicieron cambiar de parecer. Tomé una senda irregular que conducía a mi casa. Todo estaba abandonado y desierto. Junto al camino había un pequeño cercado que era el cementerio familiar. Tenía que pasar junto a él. En una ocasión había intentado entrar para examinar los emblemas e inscripciones que mi tío había hecho grabar sobre las tumbas de Catharine y de sus hijos, pero ahora las fuerzas me abandonaron a medida que me acercaba, y apreté el paso hasta que la distancia me lo ocultó.

Al acercarme a la pérgola mi corazón volvió a desfallecer. Aparté la mirada y la dejé a mis espaldas tan pronto como pude. En mi casa reinaban el silencio y la oscuridad de ventanas y frailerios cerrados. Todo cuanto veía estaba relacionado con mi vida o con la de mi hermano. Atravesé el vestíbulo, subí las escaleras y abrí la puerta de mi alcoba. A duras penas logré refrenar mi imaginación y aplacar mis temores. Ligeros movimientos y sonidos casuales se transformaban en formas amenazadoras y sombras de advertencia.

Me dirigí al vestidor. Lo abrí y lo registré temerosa. Todo estaba en su sitio. Busqué y hallé el manuscrito en el lugar en que solía dejarlo. Habiéndome asegurado de esto, nada me retenía allí; pero me detuve a observar un momento los muebles y las paredes de mi alcoba. Recordé durante cuánto tiempo esta habitación había sido un dulce y tranquilo refugio; comparé su antiguo estado con su actual abandono, y pensé que entonces la contemplaba por última vez.

Esta habitación había sido testigo de la inexplicable conducta de Carwin; éste había sido el escenario en que aquel enemigo de la raza humana se había mostrado por un momento sin su máscara. Aquí habían llegado a mis oídos unas amenazas de asesinato, y aquí tales amenazas se habían cumplido.

Estos pensamientos me hicieron perder el control de mí misma. Mis débiles piernas no quisieron sostenerme y me hundí en una silla. De mis labios brotaron

semiarticuladas e incoherentes exclamaciones. Pronuncié el nombre de Carwin y amontoné sobre él toda clase de desdichas —las mismas que su perversidad nos había infligido a nosotros—. Invoqué al cielo, que todo lo ve, para que desenmascarase y castigase a aquel traidor, y censuré a su Providencia que durante tanto tiempo hubiese aplazado el castigo que merecía su desmesurado crimen.

He dicho que los fraileros estaban cerrados. Una tenue luminosidad, sin embargo, se abría paso a través de las rendijas. Un ventanuco iluminaba el vestidor y, con la puerta cerrada, un fino rayo de luz se colaba por el ojo de la cerradura. De este modo se creaba una especie de media luz suficiente para ver, pero que, al mismo tiempo, envolvía en las sombras los objetos más pequeños.

Esta penumbra convenía a mis pensamientos. Sentía repugnancia al recordar el pasado. La perspectiva del futuro me llenaba de hastío. Murmuré en voz baja:

—¿Para qué seguir viviendo? ¿Para qué arrastrar una existencia de dolor? Todos aquellos para quienes debía vivir han muerto. Y yo misma, ¿no busco la muerte?

Mi desesperación cobró entonces una inusitada intensidad. La debilidad de mis nervios había desaparecido. Todas mis facultades, enervadas durante tanto tiempo, revivían. Mi pecho se hinchó con un súbito vigor y cruzó mi mente la certeza de que poner fin a mis tormentos era a un tiempo posible y prudente.

No me era desconocido el camino hasta la fuente de la vida. Podía usar una lanceta con bastante habilidad y sabía distinguir las venas de las arterias. Hundiéndola profundamente en una arteria, evitaría los infortunios que el futuro me reservaba y me pondría a resguardo de mis aflicciones en una plácida muerte.

Me puse de pie, pues la debilidad había desaparecido, y me dirigí con pasos rápidos al vestidor. Allí, en una caja, guardaba una lanceta y otros pequeños utensilios. Profundamente abstraída en lo que hacía, mis oídos estaban sordos a cualquier sonido misterioso. Creí escuchar una pisada en la entrada. Me detuve y lancé una mirada ávida hacia la puerta, que estaba abierta. No vi a nadie, pero la sombra que se proyectaba sobre el suelo era la silueta de un hombre. Si así fuese, estaba en condiciones de sospechar que había alguien apostado junto a la puerta y que posiblemente había escuchado mis exclamaciones.

Mis dientes rechinaron y mi momentánea calma dio paso a una delirante confusión. De esta misma forma una noche no muy lejana se había materializado una faz terrorífica. De esta misma forma el maligno destino de Wieland se había revestido de rasgos humanos. ¿Qué horrible aparición estaba a punto de contemplar?

Seguí mirando y escuchando, pero no durante mucho tiempo, pues la sombra se movió; un pie, descomunal e informe, dio un paso hacia adelante; una forma avanzó y entró lentamente en la habitación. ¡Era Carwin!

Mientras tuve aliento no dejé de gritar. Mientras conservé el control de mis músculos no dejé de agitar la mano para que desapareciese. Mis agónicos esfuerzos no podían durar mucho tiempo: me desmayé.

¡Ojalá ese grato olvido hubiese durado para siempre! Demasiado pronto recobré

los sentidos. En cuanto pude ver con claridad, aquella forma odiosa volvió a mostrármese, y de nuevo me desvanecí.

Por segunda vez, la aciaga naturaleza me despertó del sueño de la muerte. Estaba tendida en la cama. Cuando pude levantar la vista, sólo recordé que tenía motivos para temer. Mi desbocada imaginación no forjó ninguna imagen inteligible. Lancé una lánguida mirada a mi alrededor: una vez más mis ojos se posaron sobre Carwin.

Estaba sentado en el suelo, la espalda apoyada contra la pared; tenía las rodillas levantadas y la cara hundida entre las manos. El que estuviese a cierta distancia, el que su actitud no fuese amenazadora, el que su ominoso rostro estuviese oculto, pueden explicar que en esta oportunidad no sufriera una impresión tan violenta como las anteriores. Aparté los ojos, pero no perdí el conocimiento.

Al notar que había vuelto en mí, levantó la cabeza. Este movimiento atrajo mi atención. Se le veía sereno, pero su rostro expresaba tristeza y perplejidad. Aparté la vista y con un hilo de voz exclamé:

—¡Oh vete! ¡Vete lejos y para siempre! ¡No puedo contemplarte y seguir viviendo!

Carwin no se puso de pie, sino que, juntando las manos, dijo en tono implorante:

—Me iré. Me he convertido en un demonio, cuya sola visión destruye. ¡Pero dígame cuál es mi crimen! He oído cómo me maldecía; me atribuye una perversidad demoníaca y monstruosa. Miro a mi alrededor: ¡todo es desierto y abandono! ¡Esta casa y la de su hermano están solitarias y vacías! ¡Usted se consume poco a poco cuando me ve! El temor me susurra que se ha cometido algún hecho aberrante, y que yo soy la causa involuntaria.

¿Qué palabras eran éstas? ¿No había confesado él mismo su intención de abusar de mí? ¿No había sido testigo esta alcoba de sus abominables propósitos? Le rogué con renovada vehemencia que se marchase. Alzó los ojos y dijo:

—¡Gran Dios! ¿Qué he hecho yo? Creo conocer todos mis crímenes. He obrado; pero mis actos han debido tener más consecuencias de las que me proponía. Este temor me ha obligado a abandonar mi reclusión. He venido a reparar las desgracias que mi audacia ha causado y a evitar nuevas desgracias. He venido a confesar mis errores.

—¡Miserable! —exclamé cuando la emoción me permitió hablar—. ¿No se levantarán los espíritus de mi cuñada y de sus hijos para acusarte? ¿Quién ofuscó el entendimiento de Wieland? ¿Quién le convirtió en un loco furioso y le empujó al asesinato? ¿Quién sino tú y el diablo, tu aliado?

Al oír estas palabras una expresión recorrió su semblante. Alzó otra vez los ojos al cielo.

—Si es que tengo memoria... si es que tengo vida... soy inocente. No he pretendido hacer ningún mal, pero mi obcecación, mediata e indirectamente, puede haberlo causado. Pero ¿qué acaba de decir? ¡Su hermano loco! ¡Sus hijos muertos!

¿Qué debía deducir de semejante conducta? ¿Era real o fingida la ignorancia que

sus palabras denotaban? Pero ¿cómo podía imaginar yo que estos sucesos fueran obra de simples mortales? Aunque si la instigación había sido sobrenatural o maníaca en el caso de mi hermano, de la misma naturaleza había de ser en el mío. Entonces recordé que la voz habló para salvarme de las asechanzas de Carwin. Estas ideas mitigaron mi aborrecimiento por este hombre y revelaron el absurdo de mis acusaciones.

—¡Ay!, no puedo acusar a nadie. Déjeme sola y que se cumpla mi destino. Váyase de un lugar mancillado por la crueldad y destinado a la desesperación.

Carwin permaneció unos momentos pensativo y sombrío. Luego dijo:

—¿Qué ha sucedido? He venido a expiar mis crímenes; hágame conocerlos en su integridad. ¡Me asaltan espantosos presentimientos! ¿Qué ha sucedido?

No respondí; pero al recordar sus afirmaciones cuando le descubrí oculto en mi vestidor, las cuales implicaban cierta familiaridad con el poder que me protegía, ávidamente le pregunté:

—¿Qué voz fue aquélla que me advirtió que retrocediese cuando me disponía a abrir el vestidor? ¿Qué rostro fue aquel que vi en el arranque de las escaleras? Dígame la verdad.

—He venido a confesar la verdad. Insinúa cosas extrañas y horribles. Tal vez tengo sólo una idea borrosa de los infortunios que ha provocado mi audacia, pero responderé de todo lo demás. ¡Fue *mi voz* la que oyó! ¡Fue *mi rostro* el que vio!

Por un momento pensé que no recordaba cabalmente lo ocurrido. ¿Cómo podía haber estado junto a mí y al mismo tiempo oculto en el vestidor? ¿Cómo podía haber estado a mi lado y ser invisible? Aunque, si la faz de fuego y la voz de ultratumba que vi y que oí fueron las de Carwin, él era el inductor de mi hermano y el responsable de estos nefandos crímenes.

Una vez más, aparté la vista de él y dije con voz entrecortada:

—¡Vete! ¡Hombre de desdichas! ¡Desalmado e implacable canalla, vete!

—Me iré —dijo con acento desconsolado—; pero, aunque sea un canalla, ¿no soy digno de reparar las desdichas que he causado? He venido como un criminal arrepentido. Es a usted a quien he ofendido y ante su tribunal deseo comparecer para confesar y expiar mi culpa. La he engañado; he jugado con sus terrores, he maquinado para mancillar su reputación. Vengo ahora a disipar esos terrores; a evitar que la asalten en lo sucesivo, a restaurar su buen nombre en todo cuanto esté en mi mano.

»A esto se reduce toda mi culpa y el fruto de mi remordimiento. ¿Querrá oírme? Escuche mi confesión y luego impóngame el castigo. Lo único que pido es que me escuche con paciencia.

—¡Cómo! —repliqué—. ¿No fue tu voz la que ordenó a mi hermano que mojara sus manos en la sangre de sus hijos?, ¿que estrangulara a su esposa, ese ángel de dulzura? ¿No ha jurado matarme a mí y matar a Pleyel por orden tuya? ¿No le convertiste en el verdugo de su familia?; ¿no le transformaste, a él que era el orgullo de la raza humana, en algo peor que una bestia?, ¿no le robaste su razón y le

condenaste a cadenas y reclusión para el resto de sus días?

Los ojos de Carwin fulguraron y quedó petrificado. No hubiera hecho falta ninguna palabra para exculparle de esas atrocidades, pero en aquel momento yo fui casi insensible a estas señales de inocencia. Caminó hasta el rincón más alejado de la alcoba y, después de recobrar hasta cierto punto la serenidad, dijo:

—Yo no soy ese canalla que usted describe. Yo no he matado a nadie, no he obligado a nadie a matar; he manejado una herramienta de increíble eficacia sin mala intención, aunque temerariamente. Severo ha de ser el castigo de mi imprudencia si mis actos han contribuido a producir tanta desdicha.

Se quedó callado. También yo callaba. Luché para serenarme y poder oír la historia que tuviese que contar. Al advertir esto, prosiguió:

—Usted ignora la existencia de un don que yo poseo. No sé qué nombre le da usted^[3]. Me permite imitar a la perfección la voz de cualquier persona y modificar el sonido de manera que parezca que procede del lugar y que se pronuncia a la distancia que yo deseo.

»No sé si otros poseen esta facultad. Tal vez, aunque una casual predisposición de mi voz en la juventud me hizo descubrir que yo la tenía, es un arte que cualquiera puede aprender. ¡Ojalá Dios me hubiera dejado morir sin conocer el secreto! Sólo ha producido depravación y calamidad.

»Durante una época la posesión de este don poderoso y formidable me llenó de orgullo. Huérfano de todo principio moral, acosado por la pobreza, espoleado por contumaces pasiones, me serví de este fabuloso instrumento para suplir mis carencias y halagar mi vanidad. No me referiré a la diligencia con que cultivé este don, que parecía susceptible de un perfeccionamiento ilimitado, ni enumeraré las distintas ocasiones en que lo empleé para abanderar la superstición, vencer la avaricia o excitar el terror.

»Abandoné muy joven América, donde nací. He vivido incontables experiencias en numerosos países, en los que he ejercido mi singular talento con más o menos éxito. Finalmente, alguien que se llamaba amigo mío me traicionó dando a conocer actos que no tienen justificación, aunque son sin duda susceptibles de defensa.

»La perversidad de este hombre me obligó a salir de Europa. Regresé a mi país sin saber si la oscuridad y el silencio me pondrían al abrigo de su perfidia.

»Vivía en los arrabales de la ciudad. Me puse las ropas y adopté los modales de un aldeano.

»Mi principal distracción era pasear. Solía recorrer las praderas y los jardines de Mettingen. En estos parajes maravillosos un arte esmerado había corregido la exuberancia de la naturaleza, y cada sucesiva contemplación revelaba nuevos encantos.

»Llevaba una vida retirada; estaba hastiado de los hombres y la prudencia me exigía eludirlos. Por estas razones evité durante mucho tiempo todo contacto con su familia y visitaba estos lugares de noche.

»Nunca me cansaba de admirar la situación y el ornato del *santuario*. He pasado muchas noches bajo su techo, entregado a reflexiones nada gratas. Cuando en mis frecuentes vagabundeos observaba que estaba ocupado, cambiaba de dirección. Un atardecer en que acababa de descargar un aguacero, creyendo por el silencio que no había nadie en ella, subí a la construcción. Mirando descuidadamente a mi alrededor, vi una carta abierta encima del pedestal. Leerla era sin duda una falta de delicadeza. De esta falta, sin embargo, debo declararme culpable.

»No había leído la mitad de la carta cuando la llegada de su hermano me alarmó. No podía bajar la peña por el lado opuesto. No estaba en disposición de encontrarme con un desconocido. Además de la dificultad de salir airoso de semejante encuentro dadas las circunstancias, mi seguridad me obligaba a ocultarme. Mil veces había jurado no utilizar jamás el peligroso don que poseía: pero el apremio de la ocasión y la fuerza de la costumbre eran tales que empleé este método para detenerle y hacerle volver a la casa sin llevar a cabo lo que hubiera venido a hacer aquí, sea lo que fuere. Desde mi puesto al pie de la escalera había escuchado muchas veces fragmentos de conversación en aquel lugar, y conocía bien la voz de su cuñada.

»Algunas semanas después me hallaba de nuevo sentado tranquilamente en ese refugio. Lo avanzado de la hora, pensé, era una garantía frente a las interrupciones. Pero me equivocaba, pues Wieland y Pleyel, según pensé por el timbre de las voces, subían a la peña discutiendo animadamente.

»No ignoraba que mi anterior imprudencia podía haber producido algún contratiempo, pero me sentía arrepentido porque eso significaba apartarme del camino que me había trazado. En aquella oportunidad, mi aversión a aquel medio de huida se vio reforzada por una impertinente curiosidad y por el hecho de conocer la existencia de un agujero cubierto de maleza en el borde de la peña, en el que podía pasar inadvertido. En ese agujero me zambullí.

»Lo que acaloradamente discutían era la conveniencia de mudarse a vivir a Europa. Pleyel afirmaba que el silencio de Theresa de Stolberg aumentaba sus deseos de ir allí. La tentación de terciar en la discusión era irresistible. En vano luché con unos hábitos profundamente arraigados. Disfracé ante mí mismo la inconveniencia de mi conducta apelando a los beneficios que produciría. La proposición de Pleyel era inoportuna, pero la defendía con argumentos persuasivos y un ardor infatigable. Era posible que confundiera o fatigara a su hermano, no que le convenciese. Me dije que poner fin a la discusión en favor de este último beneficiaría a todas las partes. Con este objeto, aprovechando una pausa en la conversación, les persuadí de la irreductible oposición de Catharine a este proyecto y de la muerte de la dama sajona. Esta última era una simple conjetura, pero las afirmaciones de Pleyel la hacían extraordinariamente probable. Logré lo que me proponía, no hace falta decirlo.

»Mi pasión por el misterio y por cierta clase de impostura, que yo consideraba inocua, volvieron a despertarse. Esta segunda caída en el error hacía más difícil enmendarme. No puedo transmitirle una idea cabal de la clase de satisfacción que yo

obtenía de estas proezas; no reflexionaba en absoluto. Mis consideraciones se reducían al instante fugaz, y por lo general nacían de la exigencia del momento.

»No debo ocultarle nada. Sus principios morales la obligan a aborrecer los temperamentos voluptuosos; pero, aun a regañadientes, debo admitir que así es el mío. Se figura que su criada Judith es tan cándida como hermosa, pero procede de una familia en la cual la hipocresía y la promiscuidad se habían convertido en una forma de vida. Sus encantos me cautivaron, y no tardé en comprobar que su moral era un tanto flexible.

»No me crea capaz de la bajeza que supone la seducción. Su criada no carece de cualidades virtuosas y femeninas, pero le enseñaron que el mejor uso que puede hacer de sus encantos es venderlos. Un doble propósito presidía ahora mis visitas nocturnas a Mettingen y mi relación con su criada me facilitaba el libre acceso a su casa en todo momento.

»La segunda noche siguiente a nuestro encuentro, tan breve e inesperado para ambos, se apoderó de mí el espíritu de la travesura. Según las informaciones de mi amante, sus perfecciones eran poco menos que divinas. Sus zafios y prolijos relatos hacían de usted una criatura digna de los altares. Por encima de todo alababa su valor, pues ella carecía de esa virtud. Usted despreciaba las apariciones y los duendes. No tomaba ninguna precaución contra los ladrones. Las dos vivían tan tranquilas y seguras en su casa solitaria como si estuviesen en medio de la multitud.

»Entonces comencé a perfilar el vago proyecto de poner a prueba ese valor. Una mujer capaz de reflexionar en un momento de peligro, de evitar el pánico injustificado, de descubrir la forma más adecuada de actuar y de sacar partido de sus mejores bazas, es un milagro. Deseaba comprobar si usted estaba hecha de esa madera.

»Mi plan era evidente y sencillo. Fingiría un diálogo en el que se hablara de un asesinato, pero lo haría de tal forma que pareciese que un tercero, y no usted, era la víctima. No preví la posibilidad de que pensase que esas amenazas estaban dirigidas contra usted. Si hubiese escuchado hasta el final en silencio, habría oído las luchas y las súplicas de la víctima, que también hubiera parecido estar encerrada en el vestidor y cuya voz hubiese sido la de Judith. Con esto trataba de despertar su compasión, y la prueba de cobardía o de coraje que esperaba de usted habría sido que permaneciese sin hacer nada en la cama o que entrase en el vestidor para socorrer al que sufría. Algunos ejemplos que contó Judith de su arrojo y diligencia me hacían suponer con bastante confianza que ocurriría lo segundo.

»Guiado por la muchacha, encontré una escalera de mano y me encaramé hasta el ventanuco del vestidor. Éste apenas es lo bastante grande para dejar pasar la cabeza, pero se acomodaba perfectamente a mi propósito.

»No sé expresar mi sorpresa y mi confusión ante su repentina y apresurada huida. Quité la escalera a toda velocidad y, un momento después, la curiosidad y cierta preocupación por usted me hicieron seguirla. La encontré inmóvil y sin sentido,

tendida sobre la hierba ante la casa de su hermano. Lamenté amargamente esta imprevista consecuencia de mi plan. No sabía qué hacer para reanimarla. La idea de despertar a la familia se me ocurrió de forma natural. La emergencia era crítica y no había tiempo de reflexionar. Me asaltó un súbito pensamiento. Apliqué los labios al ojo de la cerradura y lancé un grito de socorro que despertó a los durmientes. Mi voz era fuerte por naturaleza, y un largo y constante entrenamiento había multiplicado su potencia.

»Durante mucho tiempo me arrepentí con amargura de mi plan. Hasta cierto punto me consoló la idea de que no lo había hecho con mala intención, y renové mis estériles votos de no volver a ensayar tan peligrosos experimentos. Durante algún tiempo, con loable perseverancia, fui fiel a esta resolución.

»Mi vida ha sido una vida de azares y peligros. En verano prefiero dormir sobre la suave hierba o, a lo sumo, al abrigo de un cenador. A lo largo de mis incontables vagabundeos no he encontrado jamás un lugar en el que los encantos de lo pintoresco y las delicias del campo estuviesen reunidas de la misma forma que en Mettingen. Ningún rincón de su pequeña finca combina la fragancia y el secreto de un modo más completo que la pérgola a la orilla del río. El aroma del follaje, la frescura de la sombra y la música de la cascada reclamaron en seguida mi atención. Allí mi tristeza se convertía en serena melancolía; allí mis siestas eran más profundas y mis placeres más intensos.

»Elegí este lugar para mis encuentros nocturnos con Judith porque pensé que sería difícil que allí sufriéramos interrupciones. Una tarde que estaba sentado allí, escuché que usted se acercaba y me alarmé. Con dificultad logré escapar sin que me viera.

»A la hora de costumbre, regresé a su casa y pedí a Judith que me explicase los motivos de su extraña ausencia. Yo sospechaba a medias la verdadera causa, y me inquietó la posibilidad de ser privado de mi retiro o, al menos, interrumpido en su posesión. La muchacha también me dijo que, entre otras peculiaridades suyas, no era infrecuente en usted que se levantara de la cama y saliera a tomar el aire de la noche y a meditar a la luz de las estrellas.

»Quería evitar este inconveniente. Pensé que sería fácil atemorizarla. La facilidad y la certeza a las que la experiencia me habían acostumbrado me dictaron la elección del método. Lo único que preví fue que en lo sucesivo evitaría ese lugar cuidadosamente.

»Entré en la pérgola con el mayor sigilo y, por su respiración, comprendí que estaba dormida. La imprevisible interpretación que había dado al diálogo del vestidor me sugirió el modo de actuar en esta ocasión. La forma en que dice el poeta que el cielo interviene para evitar los crímenes^[4] era semejante en cierto modo a mi singular talento, y nunca deja de venirme a los labios en parecidas circunstancias. Era preciso que no volviera a dormir allí, y con este fin murmuré la poderosa admonición «¡Atrás! ¡Atrás!» Lo que me proponía no estaba dictado por ningún deber, pero

tampoco era atroz ni imperdonable. Para conseguirlo murmuré una falsedad que convenía a mis intenciones. Mi propósito no era hacerle ningún mal. Al contrario, compensé el daño producido por mi primera imprudencia asegurándole que en todas partes estaba a salvo excepto en aquélla.

CAPÍTULO XXIII

Pensaré que mi moral deja mucho que desear, pero no hay motivos para que mi conducta despierte sus sospechas. Voy a confesar ahora actos menos excusables; y, sin embargo, a pesar de ellos, estoy seguro de no ser un criminal desesperado y sórdido.

»Gracias a sus frecuentes y prolongadas ausencias, mi curiosidad tuvo fácil acceso a su casa. Mi encuentro con Pleyel fue el preludio de una relación directa con usted. Yo había visto mucho mundo, pero su personalidad reunía un conjunto de cualidades humanas enteramente nuevas para mí. Mi relación con su criada me proporcionó detalles curiosos de su vida privada. Yo era de diferente sexo; no era su marido; ni siquiera su amigo; pero mi conocimiento de usted era del mismo tipo que el que nace de la intimidad conyugal y, en cierto sentido, más preciso. Yo dirigía las observaciones de su criada.

»No le sorprenderá que a veces aprovechara su ausencia y me atreviera a examinar el interior de su alcoba con mis propios ojos. Recta y sincera, no usaba de ninguna vigilancia ni tomaba la menor preocupación. Lo observé todo minuciosamente y registré todos los rincones. Su vestidor solía estar cerrado, pero en cierta ocasión tuve la suerte de dar con la llave de un escritorio. Lo abrí y encontré en sus libros nuevo pasto para mi curiosidad. Uno de ellos era un libro escrito de su puño y letra con caracteres que coincidían sustancialmente con un sistema taquigráfico que me había enseñado un misionero jesuita.

»No puedo justificar mi conducta, pero mi único crimen fue la curiosidad. Leí aquel libro con avidez. La inteligencia que allí se desplegaba era más brillante de lo que mi sensibilidad, limitada y débil, podía soportar. Como es natural, me interesaron sus opiniones en todo lo relativo a mí y a los misterios de las últimas semanas.

»Usted conoce lo que ha escrito. Sabe que ese volumen contenía la llave de lo más íntimo de su alma. Si yo hubiese sido un embaucador profundo y perverso, ¡qué cúmulo de materiales se me facilitaban de este modo para toda clase de estratagemas y ardidess!

»La coincidencia de mi exclamación con su sueño en la pérgola era verdaderamente maravillosa. La voz que le advirtió que retrocediese fue, sin la menor duda, la mía, aunque mezclada, merced a un proceso común de la imaginación, con la cadena de los incidentes del sueño.

»Vi con mayor claridad que nunca el peligro del instrumento que utilizaba, y decidí una vez más abstenerme de él en lo sucesivo, pero estaba condenado para siempre a no cumplir mi palabra. Un destino burlón me colocaba en circunstancias en las que el empleo de mi talento era el único o el mejor medio de fuga.

»Aquella noche memorable de nuestra última entrevista vine como de costumbre a Mettingen. Conocía el acuerdo a que había llegado con su hermano, por lo que no volvería hasta muy tarde. Algo me sugirió visitar su alcoba. Tal vez entre los libros que no había hojeado hubiera alguno que me informara sobre su personalidad o sobre la historia de su familia. Conversando con sus amigos, había dejado caer alguna insinuación sobre una obra de su padre, en la que se daba cuenta de un suceso importante de su vida.

»Ardía en deseos de ver ese libro, y mi arraigada afición al misterio hacía que prefiriera leerlo clandestinamente. Tales fueron los motivos que me impulsaron a hacer ese intento. Judith no estaba y, encontrando la casa vacía, tomé una lámpara y me dirigí a su habitación.

»Cuando lo intenté, me resultó fácil abrir y cerrar su vestidor sin la ayuda de ninguna llave. Me acerqué a él y exploraba afanosamente los estantes cuando oí que alguien entraba en la habitación de abajo. Me pregunté desesperadamente quién podría ser, si usted o su criada. No sabiendo quién era, me pareció prudente apagar la luz. Apenas acababa de hacer esto cuando alguien entró en la alcoba. Por las pisadas supe que era usted.

»Mi situación no podía ser más azarosa y mortificante. Durante un rato tuve la esperanza de que finalmente abandonaría la habitación, dándome ocasión de huir. Pero a medida que las horas pasaban, poco a poco la deseché. Era evidente que se había retirado para pasar la noche.

»No sabía en qué momento abriría usted el vestidor. Sentía horror a ser descubierto y cavilaba sin cesar sobre lo que debía hacer en tal caso. No pude dar con ninguna explicación verosímil de por qué estaba encerrado allí.

»Pensé que podía hacerla salir de la alcoba durante unos minutos imitando una voz que viniese del exterior. Podía transmitir algún mensaje de su hermano que requiriera su presencia en aquella otra casa. El recuerdo de la decisión que había tomado y el posible daño que se seguiría de él me disuadieron de este plan. Además, no era improbable que usted se acostase en seguida, y entonces, con la necesaria cautela, podía confiar en huir sin ser visto.

»Entretanto presté la más profunda atención a cualquier sonido procedente del otro lado de la puerta. No oí nada que me hiciera pensar que se disponía a acostarse. En vez de eso, escuché unos suspiros profundos y alguna esporádica exclamación sofocada y lúgubre. De eso deduje que era desdichada. Su propia pluma había descrito sus auténticos sentimientos hacia Pleyel, pero yo la imaginaba una mujer tan fuerte que, aunque presa de una melancolía momentánea, no era posible que sufriese un dolor profundo y duradero. La simpatía por su pena suspendió por un momento la preocupación por mi seguridad.

»Un movimiento suyo que no supe interpretar me devolvió la inquietud. Pensé que en ese momento se acostaba, pero entonces se acercó al vestidor y me dije que era inevitable que me descubriese. Puso la mano en el pomo de la cerradura. Yo no

había trazado ningún plan para hurtarme al dilema en que me colocaría la apertura de la puerta. No deseaba de ningún modo ser descubierto. Así pues, casi sin pensar agarré la puerta, decidido a impedir que la abriese.

»De pronto usted se alejó de la puerta. Esto era inexplicable, pero el alivio que sentí no tardó en desaparecer. Regresó, y una vez más el estupor se apoderó de mí. El procedimiento en que pensé de forma natural era imprudente y burdo. Forcé la voz y le ordené que retrocediese.

»El hecho de que siguiera intentándolo a pesar de esta admonición me llenó de perplejidad. De nuevo intenté impedirselo, pues, habiendo fracasado el primero, no sabía a qué otro método recurrir. En tal situación, ¡cuál no sería mi asombro al escuchar sus exclamaciones!

»Ahora se me hacía evidente que usted sabía que yo estaba dentro. Resistirme más era superfluo e inútil. Se abrió la puerta y retrocedí. Pocas veces he sentido una más profunda humillación y una perplejidad más penosa. No creí que la verdad fuera menos mortificante que cualquier mentira que pudiese improvisar sobre la marcha. Consciente de que me había sorprendido en falta, pensé que usted podía concebir las más odiosas sospechas. La verdad sería una verdad a medias si yo no explicase también la misteriosa advertencia que se había oído, pero esa explicación era demasiado complicada e implicaba demasiadas consecuencias para decidirme a darla en aquel momento.

»Comprendí que relacionaría este descubrimiento con el diálogo que hacía poco había escuchado en este mismo vestidor. Con lo cual sus sospechas se agravarían y ya no me sería posible sustraerme a ellas. Pero la verdad desnuda era a su vez suficientemente ignominiosa, y me privaría para siempre de su buena opinión.

»Por eso, desesperado, consideré rápidamente el uso que podía hacer de lo que acababa de ocurrir. Usted pensaría que un espíritu benéfico se había interpuesto para evitar el daño que yo pretendía hacerle. “Puesto que su opinión de mí —me dije— va a ser a pesar de todo desfavorable, ¿por qué no alentar esa creencia? ¿Por qué no convertirme en su enemigo y pretender que el cielo ha frustrado mis planes? Tengo que huir, pero hagamos que mi desaparición deje una estela de asombro y de temor. Siempre será posible aclarar el misterio. No haré ningún daño, simplemente hablaré del mal que me proponía y del que me he arrepentido.”

»De esta forma justificaba mi conducta ante mí mismo, aunque no tenía excesiva confianza en que esto explicase cabalmente la escena que seguiría. Usted no puede comprender los hábitos que determinan mis actos, la irrefrenable pasión que me posee por sembrar a mi alrededor la perplejidad y el miedo. Le costará creer que alguien se atribuya a sí mismo las intenciones más abominables, incluso si se tiene en cuenta que mi reputación, merced a mi audacia, estaba ya irremisiblemente arruinada y que siempre estuvo en mi mano confesar la verdad y rectificar el error.

»La dejé reflexionando sobre lo que le había dicho. Me asaltaron toda clase de ideas incongruentes y veloces. El arrepentimiento, el remordimiento, la desesperanza,

la satisfacción por los efectos que se seguirían de mi nuevo plan, tomaron posesión de mi espíritu y se disputaron la primacía.

»Había llegado demasiado lejos y no podía retroceder. Me había descrito ante usted como un asesino que pretendía manchar su honor y a quien sólo una voz de lo alto había podido apartar de la senda del crimen. Así pues, había vuelto al camino del error y ahora, habiendo llegado tan lejos, parecía que no me quedaba otra salida que avanzar. Me dije: “Debo abandonar estos parajes para siempre. Mis actos han destruido mi buen nombre a los ojos de los Wieland. Con el fin de crear un misterio de horror, he hecho de mí un canalla. Puedo rematar este plan de misterio con alguna otra impostura, pero no agravar mi pretendida culpa.”

»Tomé mi decisión, y reflexionaba sobre la forma de ponerla en práctica cuando Pleyel apareció a lo lejos. Esto decidió mi conducta. Era obvio que Pleyel era un amante sincero aunque, al mismo tiempo, un hombre de decisiones frías y penetrante sagacidad. Engañarle sería el triunfo más dulce que jamás hubiera saboreado. El engaño sería fugaz, pero también completo. El que el equívoco se aclarase tan rápidamente era uno de los requisitos de mi plan, pues le estimaba demasiado para infligirle un pesar duradero.

»No tuve tiempo de reflexionar con más calma, pues Pleyel se dirigía a la casa con paso presuroso. Eché a andar casi involuntariamente y como impulsado por un resorte. Le seguí mientras dejaba atrás la pérgola a la orilla del río y, ocultándome allí, imité unos sonidos que estaba seguro que le detendrían.

»Se paró en seco, se dio la vuelta, escuchó, se aproximó y acertó a oír un diálogo cuyo único objeto era modificar su forma de pensar en un punto enormemente difícil de modificar. Puse en práctica todas mis facultades para imitar su voz, sus sentimientos y su modo de hablar. Conociendo su historia personal y sus pensamientos más íntimos gracias a su diario, mis esfuerzos fueron extraordinariamente fructíferos. Cuando recuerdo ese diálogo, no puedo creer otra cosa sino que Pleyel fue engañado. Cuando pienso en quién es usted y en lo que ese diálogo estaba llamado a sugerir, me parece increíble que se consumase el engaño.

»No tuve compasión conmigo mismo. Me atribuí crímenes, robos, y toda clase de perjurios y ruindades. Pensé que ninguna prueba sería suficiente para convencer a alguien que la conocía tan bien como Pleyel de que se había rebajado al nivel de semejante individuo; y, sin embargo, la mentira fue la evidencia de lo que el análisis más riguroso hubiera reputado intachable.

»Pleyel abandonó su puesto apresuradamente y reemprendió el camino hacia la casa. Comprendí que el equívoco se aclararía en seguida pues, no habiéndose ido usted a acostar, era inevitable que inmediatamente ustedes dos se encontraran y hablaran. En un principio esto me pareció lamentable pero, a medida que el tiempo me abría los ojos sobre las posibles consecuencias de lo ocurrido, lo consideré con placer.

»Muy poco después el veleidoso impulso que me había llevado tan lejos comenzó

a remitir. Volví a reflexionar sobre antiguos hechos y antiguos razonamientos. Recordé la frecuencia con que me había arrepentido de semejantes hazañas; cuántas calamidades imprevistas se producían por su causa; cuántas ocasiones para el más amargo remordimiento me habían deparado. El negro catálogo de artificios había crecido. Le había infundido a usted los más intensos terrores; había inoculado en su espíritu la fe en las sombras y la confianza en los sueños: había envenenado la imaginación de Pleyel; le había persuadido de que usted se entregaba a placeres brutales y se conducía con refinada hipocresía. La prueba que sustentaba el engaño sería irrefutable para aquel que, como Pleyel, tenía el juicio ofuscado por la pasión y cuyos celos ya se habían despertado respecto a mí, y que, por consiguiente, no dejaría de encarecer la solidez de esa evidencia. ¿Qué acto fatal de desesperación o de venganza no provocaría semejante error?

»En lo que a mí se refiere, había obrado con una ligereza increíble. Había destruido mi paz y mi reputación; me había enajenado la amistad de espíritus vigorosos y puros; me había expulsado a mí mismo de unos parajes que la magnificencia de la naturaleza había adornado con inigualables bellezas y que servían de refugio a todas las musas y los saberes.

»Así pues, me desgarraban temores contradictorios y lacerantes remordimientos. Pasé aquella noche en este estado de confusión; y a la mañana siguiente, en el periódico que dejaron en mi oscuro alojamiento, leí una descripción de mi persona y una oferta de recompensa por mi captura. Se decía de mí que me había fugado de una prisión irlandesa en la que había estado preso como reo convicto de graves y horribles crímenes.

»Esto era obra de un enemigo que con artificios y falsedades había conseguido mi condena. Es cierto que estuve preso, pero gracias a mi don singular huí del destino que se me reservaba pero que no merecía. Confiaba en que la perversidad de mi enemigo se habría extinguido, pero ahora advertía que mi cautela había sido prudente, pues la anchura de un océano no era suficiente salvaguarda.

»Permítame pasar por alto las sensaciones que despertó en mí este descubrimiento. No hace falta describir el proceso mental que me indujo a desear verla para revelar la verdad y enmendar en la medida de lo posible las consecuencias de mi audacia. Era inevitable que el periódico cayera en sus manos y confirmara todas y cada una de sus falsas impresiones.

»Después de verla a usted, era mi intención ponerme al abrigo de sus pesquisas y de la malignidad de mi enemigo refugiándome en las montañas, en donde a partir de entonces compondría un relato fiel de mi vida. Pretendía que esta narración fuera mi defensa contra las calumnias que se habían vertido contra mí y una lección sobre los perjuicios tanto de la credulidad como de la impostura.

»Le escribí una nota que dejé en casa de su amiga y que, por el medio que fuese, llegaría a su poder. Tenía la débil esperanza de que atendiera mi invitación. No sabía qué uso haría usted de la oportunidad de capturarme que le ofrecía esta cita, pero

estaba decidido a evitarlo y, no abrigando otras dudas que las que me dictaba la prudencia, la utilización del don que poseía me permitiría evitarlo.

»Aceché durante todo el día los alrededores de Mettingen; me acerqué a su casa a la hora prevista; entré en ella sigilosamente por una trampilla que da al sótano. Estaba cerrada por dentro, pero Judith, al comienzo de nuestra relación, había hecho desaparecer este obstáculo. Subí a la planta baja, pero no vi a nadie.

»Ascendí silenciosamente la escalera, y vi que la puerta de su alcoba estaba abierta y que dentro había luz. Era importante saber a quién iluminaba esa luz. Tenía presente el riesgo a que me exponía al ser descubierto a la puerta de su alcoba, por eso llamé con mi voz, aunque tan distorsionada que parecía proceder del patio de abajo: “¿Quién está en la alcoba? ¿Es la señorita Wieland?”

»Nadie contestó. Agucé el oído, pero no oí que se moviera nada. Unos instantes después volví a llamar, con el mismo resultado.

»Me acerqué entonces algo más a la puerta y miré dentro. Sobre la mesa había una lámpara, pero no se veía a nadie. Entré sigilosamente, pero todo estaba callado y solitario.

»No sabía qué pensar. Si hubiese alguien en la casa habría contestado a mi llamada, pero comencé a sospechar que personas que pretendían sorprenderme guardaban un deliberado silencio. Me había acercado cautelosamente a la casa, y el silencio que siguió a mis llamadas también las había precedido; esta circunstancia disipó mis temores.

»Luego pensé que era posible que Judith estuviese en su habitación. Me dirigí allí, pero no la encontré. Entré en otras habitaciones y no tardé en convencerme de que la casa estaba vacía. Desazonado por vanas suposiciones y conjeturas contradictorias, volví a su alcoba. La hora señalada había pasado ya y perdí toda esperanza de verla.

»Así pues, decidí dejarle unas líneas sobre el tocador y proseguir mi viaje a las montañas. Apenas había tomado la pluma cuando volví a dejarla sobre el escritorio, sin saber cómo dirigirme a usted. Me levanté de la mesa y paseé por la habitación. Una mirada de soslayo sobre la cama me reveló un espectáculo que excedía por completo mi concepto del horror.

»Tembloroso y angustiado, la señal de su presencia en el patio de abajo me hizo volver en mí. El cadáver estaba tibio aún; sólo yo estaba en la casa; lo que acababa de suceder justificaba cualquier sospecha, incluso la más grave. Era evidente que usted ignoraba esta catástrofe; pensé en la furiosa conmoción que semejante descubrimiento provocaría en usted; sentí que mi confusión era completa y comprendí que no podría llevar a cabo lo que me había traído aquí.

»Dadas las circunstancias, también era conveniente ocultar que yo estaba dentro de la casa. Apagué la luz y corrí escaleras abajo. Para mi indecible sorpresa, usted, a pesar de todos los motivos que tenía para temer, encendió una bujía y se dirigió a su alcoba.

»Yo me escondí en la habitación de la planta baja que tiene una puerta que conduce al sótano. Esta puerta le impidió verme mientras pasaba. Pensé en el espectáculo que estaba a punto de contemplar. En una situación tan apremiante e imprevisible, volví a ser víctima del poder de impulsos habituales e inconscientes. Me horrorizaban los efectos que ese cuadro horripilante, irrumpiendo de repente en sus sentidos desprevenidos, pudiera producir.

»Movido por tales impulsos, me acerqué velozmente a la puerta y, sacando la cabeza bruscamente, pronuncié una vez más la misteriosa admonición. Desgraciadamente, usted miraba hacia abajo en aquel momento y me sorprendió en el acto mismo de pronunciarla. Me escabullí por la disimulada salida por la que había entrado, cubierto por la vergüenza de haber sido descubierto.

»Sin perder un minuto, espoleado por mil emociones nefandas, proseguí mi viaje. Un hermano mío tiene una granja en lo más recóndito de un fértil despoblado, cerca del nacimiento del Leigh; y allí me oculté.

CAPÍTULO XXIV

Reflexioné intensamente sobre lo que acababa de suceder. Nada me asombraba más que la forma en que pudo averiguar que yo estaba oculto en el vestidor. Parecía que había hecho este descubrimiento cuando intentaba abrirlo. En caso contrario, ¿cómo podía haber permanecido tanto tiempo en la alcoba aparentemente tranquila y sin temor? Y sin embargo, una vez hecho ese descubrimiento, ¿cómo era posible que siguiese intentando sacarme de allí?... ¿seguir intentándolo a despecho de una prohibición tan solemne y enfática?

»Pero la muerte de su cuñada era algo odioso y amenazador. Había sido víctima de la más horripilante de las formas del asesinato. Era completamente inconcebible cómo había podido nacer la intención asesina en estos lugares.

»No renuncié a confesar el papel que yo había desempeñado en la desgracia de su familia, pero no deseaba hacer esta revelación antes de terminar la tarea que me había impuesto. Una vez acabada, reanudé mi propósito. Día tras día cobraban fuerza los motivos que lo sustentaban. Cuanto más reflexionaba sobre lo sucedido en Mettingen, tanto más ominosos e insoportables eran mis temores. Lúgubres presagios y angustiosas conjeturas presidían mis horas de vigilia y de sueño.

»Catharine había muerto violentamente. Era cierto que mi aciaga estrella no me había convertido en el ejecutor de esa muerte, pero ¿no había puesto yo en marcha una máquina cuyo avance no podía controlar y que sabía por experiencia que tenía un poder incalculable? Cada día que pasara podía venir a engrosar el catálogo de sus horrores, y una pronta revelación de la verdad evitaría innumerables desgracias.

»Profundamente persuadido de esto, he vuelto aquí. Encuentro abandonada la casa de su hermano; los muebles han desaparecido y las paredes muestran manchas de humedad. La situación de la suya no es diferente. Su alcoba está desmantelada y en penumbra, y el aspecto de usted revela un rápido deterioro y una inconsolable tristeza.

»Le he dicho la verdad. A esto se reducen todos mis crímenes. Me cuenta la horrible historia de que un misterioso inductor ha empujado a Wieland a destruir a su esposa y a sus hijos. Me atribuye a mí esa responsabilidad, pero repito que he confesado con sinceridad mi culpa. Yo no sabía hasta ahora quién era el autor de la muerte de Catharine; es más, todavía no lo sé.

En aquel momento oímos con claridad un portazo en la cocina. Carwin echó a andar y se detuvo.

—Alguien viene. Debo irme; he hecho lo que había venido a hacer y mis enemigos no deben encontrarme aquí.

Yo había escuchado con la más profunda atención cada una de sus palabras. No

tenía fuerzas para interrumpir su historia con comentarios o preguntas. La facultad de la que había hablado me era desconocida; su existencia era increíble; no era posible probarla directamente.

Afirma que el rostro y la voz que vi y que oí fueron los suyos. Intenta dar una explicación humana de esos fantasmas, pero basta con que admita que son obra suya; él es un demonio y su historia una farsa. Como me engañó a mí, así engañó a mi hermano, ¡y ahora contemplo al responsable de todas nuestras desgracias!

Esto fue lo que pensé cuando su silencio me permitió reflexionar. Le habría ordenado que se marchase si el silencio no se hubiese roto, pero ahora ya no temía por mi vida, y todo cuanto había de dulzura y de suavidad dentro de mí se había endurecido formando una costra de odio y de rencor. Fuera quien fuese el que se acercaba, me ayudaría a entregar a este enemigo de Dios y de los hombres a la justicia. No pensé que la facultad sobrenatural de que había hecho gala hasta entonces podía rescatarle de cualquier celada en que se viera preso. Entretanto, miradas, no palabras, de execración y de amenaza fue todo cuanto pude dirigirle.

Carwin no se marchaba. Se decía que dudaba si salir de la alcoba o permanecer algún tiempo más en donde estaba, temiendo poner en peligro su libertad. Su confusión aumentó cuando oímos las pisadas de unos pies desnudos. Lanzó angustiadas miradas al vestidor, a la ventana y a la puerta de la alcoba, pero un hechizo inexplicable le paralizaba. Siguió inmóvil como si estuviese clavado al suelo.

En lo que a mí se refiere, todo mi ser ardía de aborrecimiento y deseos de venganza. No había espacio en mi espíritu para el temor o la conjetura respecto a aquél que se acercaba. Era un ser humano sin duda, y me ayudaría a prender a este criminal.

El desconocido no tardó en hacer su aparición en la alcoba. Mis ojos y los de Carwin se posaron en el mismo instante sobre él. No fue necesario mirar una segunda vez para saber de quién se trataba. La cabellera enmarañada caía sobre la frente y las orejas. Llevaba una camisa de tejido basto que dejaba al descubierto el pecho y el cuello. La chaqueta, de un paño en otro tiempo brillante y fino, estaba arrugada y manchada de polvo. Tenía los pies, las piernas y los brazos desnudos. En su rostro había una expresión de alucinada y serena altivez, pero sus ojos revelaban curiosidad e inquietud.

Avanzó con paso seguro, mirando como si buscara a alguien. Cuando me vio se detuvo. Bajó la vista y, cerrando las manos, pareció sumirse en profunda meditación. ¡Tales eran la figura y la expresión de mi hermano! ¡Tales eran, en su actual postración, el semblante y el comportamiento de mi hermano!

Carwin reconoció en el acto al visitante. La preocupación por su seguridad dio paso al estupor que semejante espectáculo provocaba. Carwin ocupaba un sitio muy visible y no podía haber pasado inadvertido a las desvariadas miradas de Wieland, pero se decía que éste era completamente ajeno a su presencia.

El dolor ante este cuadro de ruina y de infamia fue el único sentimiento que de

entrada experimenté. Siguió un ominoso silencio. Entonces Wieland, levantando hasta el pecho las manos enlazadas, exclamó:

—¡Oh Padre, gracias por haber guiado mis pasos! Me has conducido hasta aquí para que cumpla tu voluntad. No permitas que yerre. ¡Hazme oír otra vez la voz de tu mensajero!

Durante un minuto permaneció inmóvil, como si escuchara; luego, deponiendo esta actitud, continuó:

—No hace falta. ¡Miserable cobarde! ¡Sigues poniendo en duda los mandatos de tu Creador! ¡Débil de voluntad, vacilante en la fe!

Avanzó hacia mí y, después de otra pausa, prosiguió:

—¡Pobre muchacha! ¡Ostentas la marca de un destino funesto! Se me exige que sacrifique tu vida. Disponde a morir. No hagas más ardua mi tarea resistiéndote inútilmente. Tus plegarias ablandarían las piedras, pero sólo Aquél que me impuso este deber puede exonerarme de él.

Tales palabras explicaban la escena con suficiente claridad. Recordé cómo había descrito mi tío la naturaleza de su locura. Yo, que había buscado la muerte, me sentí aterrorizada ante su inexorable proximidad. Morir de este modo, morir a manos de mi hermano, me producía una repugnancia indescriptible.

En un estado de espíritu como aquel que tanto se asemejaba al delirio, miré a Carwin. Se diría que la perplejidad le había vuelto paralítico y mudo. Mi vida estaba en peligro y mi hermano estaba a punto de teñir sus manos con mi sangre. Creía con total convicción que Carwin era el responsable. Él podía salvar mi vida; podía disipar esta terrible ilusión; podía evitar que mi hermano perpetrara nuevos horrores. Un segundo de vacilación significaba morir. Estas consideraciones prestaron fuerza a mis miembros y vigor a mi voz; me puse en pie:

—¡Oh, hermano! ¡Apiádate de ti y de mí! Éste es el hombre que te ha traicionado. Él falsificó la voz y la faz de un ángel para destruirnos a los dos. Acaba de confesarlo. Es capaz de hacer que su voz se oiga donde él no está. Aunque no lo admita, es un aliado del infierno, pero confiesa que te engañó.

Mi hermano volvió los ojos lentamente y los posó sobre Carwin. Éste tembló de arriba abajo. Se puso pálido como una aparición. Sus ojos no se encontraron con los de Wieland, sino que vagaron de un lado a otro con aire aturdido.

—Tú —dijo mi hermano en un tono enteramente distinto del que había empleado para dirigirse a mí—, ¿qué eres? Te han acusado. Responde. El rostro... la voz... en el arranque de la escalera... a las once de la noche... ¿fueron obra tuya?

Por dos veces Carwin intentó contestar, pero las palabras morían en sus labios. Mi hermano continuó, con mayor énfasis:

—Dudas. La duda es un signo amenazador. Di sí o no; basta con una palabra; pero cuídate de mentir. ¿Fue una estratagema del infierno la destrucción de mi familia? ¿Fuiste tú el culpable?

Entonces caí en la cuenta de que Carwin sería la víctima de la cólera que había

estado a punto de abatirse sobre mí. La historia que me había contado y su actual turbación eran elocuente testimonio de su culpa. Pero ¿qué ocurriría cuando Wieland contemplara la cruda verdad? ¿Qué ocurriría cuando comprendiera que sus crímenes no habían sido fruto de la obediencia a un mandato divino sino producto de la intriga humana? ¿No cobraría su cólera la potencia de un ciclón? ¿No destrozaría y haría añicos a este malhadado miserable?

Instintivamente retrocedí ante esta idea; pero dio paso a otra. Acaso Carwin sea inocente, pero la impetuosidad de su juez puede convertir sus respuestas en una confesión de culpabilidad. Wieland no sabe que yo también he visto y oído voces y apariciones misteriosas. Tal vez Carwin sea ajeno a aquellas que ofuscaron los sentidos de mi hermano. De esta suerte, sus respuestas pueden significar su ruina.

Tales podían ser las consecuencias de mi frenética irreflexión y, de ser posible, tenía que evitarlas. Intenté hablar, pero Wieland, volviéndose súbitamente hacia mí, me ordenó silencio en un tono enfurecido y terrible. Mis labios se cerraron y mi lengua se paralizó.

—¿Qué eres tú? —continuó mi hermano dirigiéndose a Carwin—. Contéstame: esa imagen... esa voz... ¿fueron obra tuya? Contéstame.

Se escuchó una respuesta confusa y a duras penas inteligible:

—No pretendía nada... no tuve intención de hacer daño... si he comprendido bien... sin faltar a la verdad... es demasiado cierto... yo aparecí... en el vestíbulo... hablé... Todo fue obra mía, pero...

En cuanto Carwin pronunció estas palabras la expresión de mi hermano cambió por completo. Bajó los ojos, se quedó inmóvil, su respiración se volvió ronca, como la de un hombre que agoniza. Carwin parecía incapaz de decir nada más. Hubiera podido huir fácilmente, pero todo su ser estaba absorto en esta escena horrida e inexplicable y había olvidado el peligro que corría.

Entonces el espíritu de Wieland, durante unos instantes paralizado, fue presa de la agitación y el temblor. Rompió el silencio. El tono en que habló hubiera aterrorizado al corazón más intrépido. Se dirigió a Carwin:

—¿Por qué sigues aquí? ¿Quién te detiene? Nos encontraremos ante el tribunal de tu Creador. Allí testificaré contra ti.

Viendo que Carwin no obedecía, continuó:

—¿Quieres que complete con tu muerte mi catálogo de horrores? Tu vida no tiene ningún valor. No me tienes más. No soy más que un hombre y tu presencia despierta en mí una furia que no puedo controlar. ¡Vete!

Con paso vacilante, entrechocando las rodillas, tratando inútilmente de hablar, el rostro pálido como la muerte, Carwin salió lentamente de la alcoba y desapareció.

CAPÍTULO XXV

Unas pocas palabras más y dejaré la pluma para siempre. Aunque, ¿por qué no dejarla ahora mismo? Cuanto hasta ahora he dicho no es más que el prólogo de esta escena, y mis dedos, trémulos y fríos como mi corazón, rehúsan hacer ningún esfuerzo más. Pero no ha de ser así. Con mis últimas energías podré concluir este relato. Entonces, apoyaré la cabeza en el regazo de la muerte. El sueño de la tumba acallará todo murmullo.

Todos los sentimientos han muerto en mi pecho. Incluso la amistad se ha extinguido. El afecto que ustedes han demostrado por mí me ha inducido a llevar a cabo este empeño; pero habría desoído sus ruegos si no hubiera sido un regalo celebrar de este modo mi infortunio. He calculado certeramente las fuerzas que me restan. Cuando deje la pluma se extinguirá el pábilo de mi vida; mi existencia terminará cuando escriba la última palabra de mi historia.

Cuando Wieland y yo nos quedamos solos, comprendí el peligro que corría. El paroxismo de mi hermano sólo podía desembocar en destrucción y furor. La experiencia había refutado mis primeros temores. Carwin había admitido sus crímenes, pero se había marchado. Wieland no me había dejado satisfacer mis deseos de venganza, aunque, comparadas con las que había infligido a mi hermano, las desventuras que yo había sufrido no eran nada. Ansiaba su muerte y dentro de mí clamaba un insaciable apetito de destrucción, pero mi hermano estaba paralizado y le había dejado marchar indemne. Sin duda era algo más que un simple mortal, mientras que yo soy más indigna que las bestias.

¿Interpretaba correctamente la reacción de Wieland? ¿Se había aclarado tan fácilmente el equívoco? ¿Era posible que unas creencias tan arraigadas y una fe tan inmovible pudiesen desvanecerse y mudar? ¿No había motivo para poner en duda la exactitud de mis impresiones? Reflexionaba sobre esto cuando el comportamiento de Wieland reclamó mi atención.

Vi que movía los labios y alzaba los ojos al cielo. Luego se detuvo a escuchar y miró hacia atrás, como en espera de que alguien apareciese. Por tres veces repitió estos ademanes y esta plegaria inaudible. Con cada una de ellas se diría que la niebla de la confusión y de la duda se adensaba y tomaba más firme posesión de su espíritu. Supuse cuál era el sentido de estas señales. Las palabras de Carwin habían socavado su fe y convocaba al mensajero que no hacía mucho se había dirigido a él para que sancionase el valor de las nuevas dudas que abrigaba. En vano repitió sus llamadas, pues sus ojos sólo vieron el vacío y ningún sonido hirió sus oídos.

Se dirigió a la cama, contempló ávidamente la almohada en que había reposado la cabeza exánime de Catharine, y luego se acercó a mí. Yo no podía apartar la vista de

él: no estaba segura de sus intenciones: podía querer quitarme la vida.

¡Ay!, sólo la inminencia del peligro y de la tentación nos muestran verdaderamente lo que somos. A esta prueba me enfrentaba yo ahora, y supe que era una criatura irreflexiva y cobarde. El ser humano puede romper con sus propias manos el hilo de la vida, y de esto me había creído yo capaz. Pero ahora que estaba a punto de morir, ahora que el cuchillo del verdugo apuntaba a mi corazón, temblé y consideré justo cualquier medio, incluso el más monstruoso, para evitarla.

¿Podré evocar... podré revelar el crimen que meditaba mi corazón? ¿Qué defensa tenía? Ni siquiera la fuerza física nacida de mi desesperación podía compararse con la que la terrible ofuscación de Wieland le proporcionaba. El terror nos permite llevar a cabo proezas increíbles; pero no era terror lo que sentía; ¿tenía, pues, alguna esperanza de salvación?

El recuerdo me hace enloquecer. Me aparto, por decirlo así, de mí misma; considero mis merecimientos; un odio eterno e implacable es cuanto se me debe. Escucho los argumentos de mi defensa y los encuentro falsos y vacíos; sí, admito que mi culpa excede a la del género humano; confieso que las maldiciones de un mundo y los reproches de un Dios no se ajustan a la desmesura de mi falta. ¿Hay algo en el mundo que merezca eterno aborrecimiento? Sí: yo.

¿Qué decir? Pensé que estaba amenazada de muerte y para evitarlo todo mi ser se disponía a matar a quien me amenazaba. Al visitar mi casa, había tomado precauciones contra las asechanzas de Carwin. Había escondido un cortaplumas abierto en un pliegue del vestido. Entonces lo empuñé y lo saqué. Wieland no podía verlo, pero ahora comprendo que mis temores me habrían impulsado inevitablemente a asestar el golpe fatal si mi hermano hubiese alzado la mano. El instrumento de defensa se habría hundido en su corazón.

¡Oh, recuerdo insoportable: apártate por un momento de mi vista: ocúltame que mi corazón era tan vil como para apuñalar a un hermano! ¡Un hermano indeciblemente desventurado y de excelsa virtud!

Probablemente Wieland adivinara mis intenciones, pues dio un paso atrás. Este intervalo de tiempo fue bastante para recobrar la lucidez. La bajeza, la abyección de semejante propósito se me reveló con cegadora claridad. Por un momento el pesar me hizo desfallecer. Luego recobré la serenidad y arrojé violentamente el cuchillo al suelo.

Este sonido despertó a Wieland de su torpor. Me miró y miró el arma. Con gesto solemne se agachó y la cogió. Colocó la hoja en distintas posiciones y la examinó atentamente en profundo silencio.

Volvió a mirarme, pero la vehemencia y la nobleza de espíritu había desaparecido de su semblante. Unos músculos flácidos, una frente surcada de profundas arrugas, unos ojos anegados en espontáneas lágrimas y una tristeza insondable eran cuanto ahora veía.

Su mirada despertó en mí las mismas emociones y rompí a llorar. Una

preocupación que ya no tenía por objeto mi vida sino la suya cortó bruscamente mis sollozos. Le contemplé en silencio. Finalmente habló.

—Hermana —dijo con un acento suave y sombrío a la vez—, he hecho un triste papel en este mundo. ¿Qué crees tú? ¿Crees que lo haré mejor en el otro?

No pude responder. La mansedumbre de su tono me sorprendió y me alentó. Seguí mirándole con atormentada fijeza.

—Sí, lo intentaré —continuó—. Mi mujer y mis hijos me han precedido. ¡Benditos desventurados! Os he dado el reposo y no debo hacerme esperar.

Estas palabras tenían un sentido suficientemente claro. Miré el cuchillo abierto en su mano y me estremecí, pues no sabía cómo evitar el golpe que temía. Wieland advirtió y comprendió mis temores. Extendiendo su mano hacia mí, dijo en un tono aún más dulce:

—Cógelo; no temas por ti ni por mí. Apurado el cáliz, a la momentánea embriaguez sucede la cordura de la verdad.

»Ángel de bondad, ¿temes por tu vida, hermana? Una vez me propuse destruirte, pero era el cielo el que me lo ordenaba, o eso era lo que yo creía. ¿Piensas que quería tu muerte para satisfacer mis crueles instintos? No. Mi alma está limpia de toda mancha. ¡Creía que mi Dios me lo ordenaba!

»Ni tú ni yo tenemos motivos para hacer ningún mal. Yo he cumplido con mi deber, y sin duda es digno de alabanza sacrificar en ese altar todo cuanto es querido al corazón del hombre. Si un demonio me ha engañado, apareció ante mí disfrazado de ángel. Si me equivoqué, no fue mi entendimiento el que se ofuscó, sino mis sentidos. Ante ti, Ser de seres, todavía soy un hombre puro. ¡Todavía espero la recompensa de tu justicia!

¿Realmente no me engañaban mis oídos? Todo indicaba que Wieland había recobrado la razón. Creía que el engaño le había empujado a asesinar a su esposa y a sus hijos, que había sido víctima de un artificio infernal; pero la rectitud de sus intenciones era un motivo de consuelo. No podía decirse que no sufriera, pues el dolor estaba escrito en su semblante; pero su alma gozaba de una serena plenitud.

Tal vez esto no fuera sino la transformación de su antigua locura en una nueva manifestación del frenesí. Tal vez no había aflorado aún a la superficie de su conciencia el recuerdo de los horrores que había cometido. ¡Cuán equivocada estaba! ¡Ponerme como modelo para juzgar a mi heroico hermano! La razón me decía que sus conclusiones eran correctas; pero, consciente de que la razón era impotente para regir mis actos, consciente de mi cobarde temeridad y mi criminal desesperación, ponía en duda que nadie pudiese ser virtuoso y prudente.

Mi debilidad era tal que, aun abrigando estos pensamientos, no podía dejar de aborrecer a Carwin, y exclamé en voz baja:

—¡Ah, Carwin, Carwin! ¡De cuántas cosas tienes que responder!

Mi hermano reaccionó en el acto a mi involuntaria exclamación.

—¡Clara! —dijo—, recapacita. La justicia era uno de los temas predilectos de tu

elocuencia. Aplica al mundo real sus enseñanzas y sé justa con ese desdichado. El instrumento ha cumplido su función y eso debe satisfacerme.

»¡Dios mío, te doy gracias por esta postrera iluminación! Mis enemigos son también los tuyos. Pensé que era un hombre; un hombre con el que a menudo había conversado; pero tu bondad me ha abierto los ojos a su verdadera naturaleza. Como ejecutor de tu mandato, él es mi amigo.

Entonces comencé a abrigar toda clase de dudas. Su aire lúgubre había dado paso a una expresión serena. Parecía que un alma nueva animaba su cuerpo y que sus ojos brillaban con un fulgor de otro mundo. Sin que se produjera ningún cambio en su expresión, continuó:

—Clara, no debo dejarte en la duda. No sé por qué te encontraste con ese ser que llamas Carwin. Por un momento fui culpable de tu error y deduje de sus incoherentes confesiones que había sido víctima de la perfidia humana. Se fue cuando se lo ordené, y alcé una oración para que se disiparan mis dudas. Tus ojos estaban ciegos y tus oídos sordos a la visión que respondió a mi plegaria.

»Ciertamente, estaba en un error. La forma que viste era la encarnación de un demonio. El rostro y la voz que me empujaron a sacrificar a mi familia fueron los suyos. Ahora se reviste de una forma humana; entonces le envolvía el esplendor del cielo.

»Clara —continuó acercándose más a mí—, debes morir. El mensajero era maligno, pero su encargo procedía de Dios. Sométete, pues, con resignación a un decreto que no es posible revocar ni eludir. Mira el reloj. Se te conceden tres minutos para que te prepares a acatar tu sentencia.

Después, Wieland guardó silencio. Incluso ahora que esta escena existe sólo en el recuerdo, ahora que la vida y todas sus funciones se han fundido en un completo marasmo, mi pulso se acelera y se me erizan los cabellos; mi frente se nubla, como entonces, y miro a mi alrededor enloquecida. Todo mi ser se rebelaba contra la muerte; pero la muerte, aun aquélla ineludible y llena de espantosos sufrimientos con que se me amenazaba, apenas era nada. No era ésta la única ni tampoco la principal causa de mis temores.

No me sentía angustiada por mí sino por él. Aunque yo muriera, ningún crimen imperdonable me perseguiría hasta el tribunal de mi Juez; pero mi asesino seguiría viviendo para contemplar lo que había hecho, ¡y ese asesino era Wieland!

No tenía alas para huir. No podía desvanecerme al conjuro de un pensamiento. La puerta estaba abierta, pero mi verdugo me cerraba el paso. No podía defenderme. La ofuscación que hacía un momento me había sugerido derramar la sangre de mi hermano se había desvanecido; mi situación era desesperada, mi salvación imposible.

No pude soportar el peso de estas ideas acumuladas. Mi vista se nubló; todo mi cuerpo fue presa de convulsiones; hablé, pero articulando con enorme dificultad las palabras:

—¡Hermano, ten piedad! ¡Míranos, Juez justo! ¡No me dejes morir de este modo!

¡Haz que mi hermano vuelva en sí o que descargue en otra parte su furia!

Mi angustia era tal que no escuché unas pisadas que entraban en la habitación. Levanté unos ojos suplicantes al cielo; y, después de musitar una oración, volví a mirar desesperadamente hacia la puerta. Una forma se ofreció a mi mirada; temblé como si el Dios al que había invocado se hubiese materializado en mi alcoba. ¡Era Carwin el que entraba de nuevo en escena y quien estaba de pie ante mí, en actitud vigilante y decidida!

Su presencia suscitó nuevos y veloces pensamientos. Recordé su reciente relato, sus transformaciones mágicas y la misteriosa potencia de su voz. Si era infernal, portentoso o humano, era superfluo decidirlo. Fuese o no el culpable de este hechizo, él podía anular su poder y contener la furia de mi hermano. Decía que sus intenciones no eran perversas. Ahora se le ofrecía la ocasión de probar su sinceridad. ¡Que actúe como un enviado de lo alto; que revoque el cruel decreto que la vesania de Wieland atribuyó al cielo y ponga fin para siempre a esta pasión sangrienta!

Vi como en un relámpago esta vía de escape. Todas las ventajas que poseía se agruparon, por decirlo así, y grabaron una sola impresión en mi espíritu. No consideré las consecuencias más remotas y los riesgos colaterales. Quizás hubieran bastado unos segundos para evocarlos. Si lo hubiese pensado mejor, tal vez habría comprendido que era muy improbable que el poder que regía los actos de Wieland fuera externo o humano; que esta estratagema podía sancionar un equívoco fatal o provocar una furia mucho más destructiva; y que la mera fuerza muscular de Carwin sería insuficiente para contrarrestar los esfuerzos y contener la furia de Wieland. Pero no tuve ocasión de pensarlo mejor. Mi primer pensamiento me impulsó a actuar y, mirando fijamente a Carwin, exclamé:

—¡Oh, miserable! ¿De nuevo estás aquí? ¡Que tu presencia sirva para abjurar de tu perversidad, para desbaratar este artificio infernal, para apartar de mí y de mi hermano este furor destructivo!

»Da fe de tu inocencia o tu remordimiento; haz uso del don que posees, sea el que fuere, y evita nuestra ruina. ¡Tú eres el culpable de estos horrores! ¿Qué he hecho yo para merecer morir de este modo? ¿Cómo me he hecho acreedora a esta inexorable persecución? ¡En el nombre del Dios cuya voz has osado imitar te conjuro: sálvame! ¿Te vas...? ¡Me abandonas! ¡Auxilio!

Carwin escuchó mis súplicas con gesto imperturbable y se alejó de mí. Pareció dudar un momento... luego desapareció por el vano de la puerta. La rabia y la desesperación me dejaron sin habla. El intervalo de alivio había pasado; no podría soportar los sufrimientos que Wieland estaba a punto de infligirme; el caos volvió a reinar en mis pensamientos. Habiendo recibido de Wieland el cuchillo, lo sostenía con mano descuidada y torpe; pero entonces volví a reparar en él y lo empuñé con fuerza.

Se diría que Wieland no había advertido la entrada ni la salida de Carwin. Mi gesto y el arma asesina también habían escapado a su observación. No rompió el

silencio; su mirada, clavada durante unos momentos en el reloj, se apartó de él; el furor se dibujó en todas sus facciones; todo cuanto había de humano en su rostro dio paso a una expresión nefanda y aterradora. Sentí que me agarraba el brazo izquierdo.

Incluso entonces vacilé en descargar el golpe. Di un salto hacia atrás, pero fue inútil.

Permítanme interrumpirme aquí. ¿Para qué rescatar este suceso odioso del olvido? ¿Para qué describir este aborrecible forcejeo? ¿Por qué no poner pronto punto final a esta serie de horrores? ¿Por qué no correr al borde del precipicio y arrojarme para siempre más allá del recuerdo y la esperanza?

Todavía vivo; con esta horrible carga sobre mi pecho; con este fantasma que acecha mis pasos; con una camada de víboras que me desgarran el seno y me hacen enloquecer; ¡todavía consiento en vivir!

¡Sí! Me alzaré por encima de las pasiones mortales; despreciaré el cobarde remordimiento que me hace buscar la impunidad en el silencio y la paz en el olvido. Mis nervios volverán a estar templados para la tarea. ¿No me he decidido? Moriré. El abismo que se abre ante mí está próximo y es inevitable. Moriré, pero sólo cuando haya acabado mi historia.

CAPÍTULO XXVI

Mi mano derecha, que empuñaba el cuchillo no visto por Wieland, estaba libre aún. La levanté para descargar el golpe. Apenas tenía fuerzas para hacerlo. Ya había hecho acopio de vigor y había dado el impulso que llevaría el fatídico acero hasta su corazón cuando... Wieland retrocedió; apartó su mano de mi brazo. Muda de terror y desesperación, permanecí inmóvil, liberada de su presa; intacta: inexpugnada.

Durante demasiado tiempo el poder que presidía esta escena se había abstenido de intervenir; pero entonces su fuerza fue irresistible, despojando en un instante a Wieland de su propósito. El sonido de una voz más potente que la que ninguna boca humana pueda emitir, más penetrante que lo que las palabras puedan expresar, irrumpió en la alcoba desde el techo y le ordenó: *¡Atrás!*

La firmeza que hacía un momento revelaba la expresión de Wieland dio paso a la turbación y el espanto. Sus ojos vagaron de un lado a otro, titubeantes. Se diría que esperaba otra orden.

Reconocí en seguida el sello de Carwin. Le había suplicado que me defendiese. Él se había marchado. Le había creído sordo a mis súplicas y resuelto a verme morir, pero sólo desapareció para trazar y ejecutar el plan de socorrerme.

¿Por qué no permaneció ocioso cuando hubo logrado su objetivo? ¿Por qué su extraviado celo y su maldita irreflexión rebasaron este límite? ¿O es que se proponía rematar de este modo la escena y conducir sus planes inescrutables a la consumación?

Estas ideas fueron fruto de posteriores reflexiones. Aquél fue un momento crítico. Yo no podía razonar. En el curso de mis tempestuosos pensamientos, destrozados al igual que mi mente por aquella acumulación de horrores, ni pensé en Carwin ni sospeché que fuese él quien hablaba. Compartí la credulidad de Wieland; me estremecí con su espanto y temblé con su terror.

Durante unos instantes —el tiempo suficiente para que la atención recobrara su lugar— nada quebró el silencio. Luego se oyeron nuevos sonidos procedentes de lo alto:

—¡Hombre de errores! Deja de alimentar tu ilusión; ni el cielo ni el infierno te han empujado a perpetrar esos crímenes, sino tus sentidos. Vuelve en ti y asciende a la esfera de lo racional y lo humano. Despójate de la locura.

Mi hermano abrió la boca como si fuese a hablar. Su tono era aterrorizado y débil. Musitó una interpelación al cielo. Era difícil comprender qué decía. Expresaba sus dudas sobre el impulso que hasta entonces le había llevado de la mano y preguntaba si había obrado al dictado de impresiones aberrantes.

A tales preguntas la voz, que ahora parecía sonar a sus espaldas, respondió en

tono fuerte afirmativamente. Luego reinó un ininterrumpido silencio.

Derribado de su heroica y altiva posición; restituido por fin al conocimiento de la verdad; abrumado por el recuerdo de sus actos; huérfano del consuelo que frente a su pérdida —una pérdida a la que había contribuido con sus propias manos— le procuraba la conciencia de haber obrado como debía, Wieland se transformó inmediatamente en un *hombre de dolores*.

No reparó en que era igualmente razonable negar crédito a este último mandato como a los anteriores; que tanto el uno como los otros podían atribuirse con los mismos derechos a unos sentidos ofuscados y enfermos. No advirtió que este descubrimiento no empañaba de ninguna manera la rectitud de su conducta; que sus móviles seguían siendo merecedores de la alabanza de los hombres; que la preferencia por el bien supremo y la fuerza sin límites del deber permanecían incólumes en su pecho.

No soy capaz de describir los espantosos cambios de su semblante. Estaba mudo. Se sentó en el suelo sin mover un músculo, la mirada vidriosa y fija, como un monumento a la aflicción.

De repente se apoderó de él un espíritu de actividad frenética y sin objeto. Se puso de pie y recorrió la alcoba con pasos extraviados y tambaleantes. Sus ojos secos brillaban con el fuego que consumía su vida. Los músculos de su rostro se crisparon presos de convulsiones. Sus labios se movieron sin emitir ningún sonido.

No era posible que sus fuerzas pudieran sostener durante mucho tiempo semejante lucha. Mi estado se distinguía muy poco del de mi hermano. Penetré, por decirlo así, en su fuero interior. Mi corazón sintió y dio cobijo a sus tormentos. ¡Ojalá no te hubieras curado nunca de tu frenesí! ¡Que regrese tu locura con sus bienaventuradas visiones!; o bien, si eso no ha de suceder, ¡que tu vida se apresure a llegar a término! ¡Que la muerte te cubra con su manto de olvido!

¿Qué puedo desear para ti? ¡Tú, que rivalizabas con el gran Profeta de tu fe en pureza de intenciones y elevación sobre la sensualidad y el egoísmo! ¡Tú, a quien la fatalidad trocó en parricida sin alma! ¿Puedo desear que sigas viviendo? No.

Durante un rato pareció que sus movimientos estaban desprovistos de toda finalidad. Si caminaba, si volvía sobre sus pasos, si enlazaba los dedos, si se oprimía ambos lados de la cabeza con fuerza suficiente para destrozarla, era para olvidarse de sí mismo, para poner su atención en algo externo a él.

Pero no tardó en producirse un cambio. Se diría que un rayo de luz había atravesado su espíritu dando un sentido a sus afanes. Había una escapatoria; y entonces miró con avidez a su alrededor. Cuando reparé en él, yo tenía cerrada la mano como por un reflejo inconsciente, y el cuchillo, al que ya no prestaba atención ni me era de ninguna utilidad, se deslizó entre mis dedos y cayó al suelo. Sus ojos se fijaron entonces en él; lo tomó con la velocidad del pensamiento.

Lancé un alarido, pero era demasiado tarde. Se lo había hundido en el cuello hasta la empuñadura y su vida había huido junto con el torrente que brotaba a borbotones

de la herida. Estaba tendido a mis pies, y mis manos se tiñeron con su sangre mientras caía.

¡Tal fue tu postrero acto, hermano mío! ¡El destino me tenía reservado ser testigo de este espectáculo! ¡Tus ojos cerrados... tu rostro transfigurado de horror por la muerte... tus brazos y el lugar en que caíste nadaban en la sangre de tu vida! Estas imágenes no me han abandonado un solo momento. Hasta que no esté fría y rígida, seguirán suspendidas ante mis ojos.

Como he dicho, Carwin había salido de la habitación, pero seguía en la casa. Lo llamé pidiendo auxilio, pero apenas reparé en él cuando entró, y ahora me cuesta recordar sus miradas horrorizadas, sus exclamaciones rotas, sus apasionadas protestas de inocencia, sus manifestaciones de compasión y sus ofrecimientos de ayuda.

No escuché... no le respondí... dejé de vituperar y de acusar. Su culpa era un detalle sin la menor importancia. Canalla o demonio, negro como el infierno o resplandeciente como los ángeles, a partir de entonces fue como si no existiera para mí. Era incapaz de dedicar una mirada o un pensamiento a nada que no fuese la ruina que se desplegaba a mis pies.

Cuando me dejó sola, apenas noté que la escena había cambiado. Informó de lo ocurrido a los habitantes de la Cabaña, que no tardaron en llegar a mi casa. Indiferente al riesgo que corría, voló a la ciudad para poner a mis amigos al corriente de mi estado.

Mi tío llegó en seguida. Se llevaron el cadáver de Wieland y supusieron que yo no tardaría en seguirle; pero no: he descubierto cuál es mi hogar; aquí ha comenzado mi reposo y no saldré de aquí hasta que, como Wieland, me lleven a la sepultura.

En vano trataron de convencerme. Me amenazaron con sacarme a la fuerza..., incluso emplearon la fuerza; pero tengo demasiado apego a este pequeño refugio para consentir ser privada de él. La fuerza era inútil allí donde las lágrimas de súplica y las canas de mi tío nada pudieron. Cuando me obligaron a abandonar esta casa reaccioné con una ferocidad enloquecida, y tuvieron que dejarme volver.

Me suplicaron... me reprendieron... apelaron a todas mis obligaciones para con Aquél que me dio el ser y para con mis semejantes, pero en vano. No me iré de aquí mientras viva. ¿No se ha cumplido mi destino?

¿Por qué me importunáis con vuestros razonamientos y vuestros reproches? ¿Podéis devolverme la esperanza de mis mejores días? ¿Podéis devolverme a Catharine y a sus hijos? ¿Podéis dar la vida a quien murió a mis pies?

Comeré... beberé... me acostaré y me levantaré... cuando me lo ordenéis; lo único que os pido es poder elegir mi hogar. ¿Qué tiene de insensato esta petición? Muy pronto estaré en paz. Éste es el lugar que he elegido para exhalar el último suspiro. No me neguéis este minúsculo favor, os lo ruego.

Oh, mi anciano amigo, no me hable de Carwin. Le ha contado su historia y usted le ha exculpado de toda responsabilidad directa en el destino de Wieland. Todo este dolor se produjo por una ilusión de los sentidos. Que así sea; no me importa cuál fue

la causa de estas calamidades; ya es bastante con que hayan destrozado nuestras esperanzas y nuestras vidas.

Su temeridad dio remate a lo que su temeridad comenzó. Merced a una última demostración de su poder, intentó salvarme a mí y abrir los ojos a mi hermano. Tal es su historia, aunque no me preocupa si es cierta o no. Para el porvenir alimento un único deseo; sólo pido una pronta liberación de la vida y de todos sus cuidados.

¡Vete, desdichado! No sigas atormentándome con tu presencia y tus súplicas. ¿Perdonarte? ¿Te servirá de algo mi perdón cuando te llegue tu última hora? Si ante tu tribunal resultas absuelto, no debes temer el veredicto de tus semejantes. Si tu culpa admite más negros matices, si tu conciencia no tiene una mácula, la violación de mi retiro hará más flagrante tu crimen. ¡Apártate de mi vista si no quieres verme morir!

¡Te has ido! ¡Murmurando y a regañadientes, te has ido! Y ahora ya puedo esperar el descanso... ¡He terminado mi obra!

CAPÍTULO XXVII

(Escrito tres años después y fechado en Montpellier)

Creía haber dejado la pluma para siempre, y de todos los sucesos posibles, el menos probable era que abandonara mi casa en esta parte del mundo. Pensé que mi destino se había cumplido y esperaba con la más completa confianza una rápida conclusión de mi vida.

Sin duda tenía motivos para estar hastiada de vivir, para deplorar la existencia de cualquier atadura que me separase de la tumba. No sólo anhelaba la muerte sino que, dado mi estado físico, parecía imposible evitarla aun cuando lo hubiera deseado con todas mis fuerzas; pero héme aquí, a mil leguas del país que me vio nacer, llena de vida y de salud, y en modo alguno desdichada.

Así es el ser humano. El tiempo borra las impresiones más profundas. El dolor más agudo y desesperado se gasta poco a poco y se desvanece. Cualquier argumento será inútil; se evocarán todos los deberes morales sin el menor éxito; las recriminaciones, por patéticas o persuasivas que sean, no merecerán un segundo de reflexión o serán rechazadas con desprecio; pero a medida que un día sucede a otro día, la virulencia de nuestras emociones se serena y nuestra zozobra desemboca finalmente en la calma.

Tal vez, empero, la victoria sobre la desesperación se debiera sobre todo a un accidente que hizo imposible que siguiera viviendo en mi casa. Al final de mi larga y, según creía entonces, última carta, hablé de mi decisión de esperar la muerte en el mismo lugar que había sido el escenario de mis desgracias. Mis amigos intentaron disuadirme con todos los medios a su alcance y con la mayor insistencia. Pensaban con razón que estar rodeada de recuerdos de mi familia agravaría mi enfermedad. Una rápida sucesión de experiencias nuevas, y la exclusión de todo cuanto me recordase mi pérdida, constituían el único método para curarme.

No quise escuchar sus recomendaciones. Aunque mi aflicción era grande, me parecía que salir de ese refugio la agravaría. Merced a una perversa cualidad del espíritu, consideraba como mi peor enemigo a todo aquel que intentaba apartarme de un lugar que robustecía mi desesperación y proporcionaba eterno alimento a mi melancolía.

Mientras relataba la historia de estas calamidades sentí una satisfacción de la misma naturaleza. Mi tío trató de impedírmelo a toda costa, pero sus reconvenciones en este sentido fueron tan estériles como en otros. Se llevaron de mi alcoba todo lo necesario para escribir, pero pronto se dieron cuenta de que oponerse sería más

perjudicial que ceder a mis deseos. Acabada mi historia, pareció como si se corriese el telón. Me sentía exhausta y en mis venas se agazapaba un desasosiego febril. Realizaba con dificultad el más pequeño esfuerzo, y, al final, me negué a levantarme de la cama.

Comprendo ahora en su verdadera dimensión el error y la injusticia de mi conducta. Pienso con humillación y con asombro en las sensaciones y razonamientos de aquella época. Hoy apenas puedo creer que fuera insensible a los consejos y las lágrimas de mis amigos; que pasara por alto los requerimientos del deber; que abandonara el puesto en que sólo yo podía servir de instrumento del servicio de mis semejantes, y que pudiese pensar que el cultivo de ciertas relaciones, la contemplación de la naturaleza y la adquisición de saber no eran medios para alcanzar la felicidad que todavía estaba a mi alcance.

Es cierto que he cambiado, pero no tengo el consuelo de pensar que ese cambio se debiese a mi fortaleza o a mi capacidad de aprendizaje. Insensiblemente arraigaron en mí pensamientos mejores. Sólo puedo felicitar me del cambio, aunque tal vez éste no revele otra cosa que un temperamento inconstante y cierta falta de sensibilidad.

Después de terminar el relato me metí en la cama, persuadida de que mi vida en este mundo estaba a punto de acabar. Mi tío dejó su casa y desempeñó para mí el triple papel de acompañante, médico y amigo. Una noche, después de unas horas de tristeza y desasosiego, caí profundamente dormida. Pero no duró mucho la calma del sueño. Mi imaginación se desbocó de improviso y mi cerebro se convirtió en escenario de una tumultuosa confusión. No sería fácil describir las fantásticas y descabelladas incoherencias que me asaltaron. Mi tío, Wieland, Pleyel y Carwin aparecían sucesiva y fugazmente entre los jirones de la tormenta. Unas veces los torbellinos del vendaval me tragaban o me levantaban en el aire formas gigantescas y entrevistas que me arrojaban sobre rocas puntiagudas o me abandonaban entre las olas. Otras, se proyectaban sobre una profunda sima en cuyo borde yo me hallaba fulgores de otro mundo, que me permitían vislumbrar por un momento su enorme profundidad y sus espantosos taludes. Luego me llevaban hasta una escarpadura del Etna, desde donde contemplaba aterrorizada sus ríos de fuego y sus columnas de humo.

Por extraño que parezca, mientras soñaba no dejé en ningún momento de ser consciente de mi situación real. Sabía que estaba dormida y trataba de romper el hechizo moviendo brazos y piernas. Esto no sirvió de nada, y seguí presenciando estas monstruosas figuraciones hasta que una voz recia junto a mi cama y alguien que me sacudía con violencia pusieron fin a mis sueños. Abrí los ojos y levanté la cabeza de la almohada.

Mi alcoba estaba llena de un humo que, aunque tenuemente iluminado, no me dejaba ver nada y casi me ahogaba. Escuché el crepitar de las llamas y un ensordecedor griterío procedente del exterior. Aturdida por el tumulto, abrasada por el calor y casi asfixiada por los vapores que se acumulaban, no podía pensar o hacer

nada para salvar la vida; en verdad, era incapaz de darme cuenta cabal del peligro.

De repente, unos brazos nervudos me levantaron en el aire, me llevaron a la ventana y me ayudaron a bajar una escalera que habían puesto allí. Mi tío estaba abajo y me recibió. No fui completamente consciente de mi situación hasta que no estuve bajo el techo de la *cabaña* y rodeada por sus moradores.

Por una negligencia de la criada, habían dejado unas brasas encendidas en un barril en el sótano del edificio. El barril se había prendido; el fuego se propagó a las vigas de la planta baja y de allí a la parte superior de la estructura. Lo descubrieron desde lejos unas personas que corrieron a la casa y alertaron a mi tío y a los criados. Las llamas habían hecho ya considerables progresos y nadie pensó en mí hasta que mi rescate fue casi imposible.

Conocido el peligro que corría, trajeron en seguida una escalera de mano y uno de los espectadores subió a mi alcoba y me liberó de la forma antes descrita.

Semejante incidente, aunque catastrófico a primera vista, tuvo sin duda un efecto saludable en mí; hasta cierto punto, me despertó del marasmo en que me hallaba. Rompió la lúgubre y monótona cadena de mis pensamientos. Mi casa no era más que un montón de maderas calcinadas y tuve que buscar otra. Una nueva serie de imágenes, sin ninguna relación con la suerte de mi familia, reclamó mi atención, e insensiblemente fue cobrando consistencia la idea de que, si no la felicidad, la serenidad al menos era posible todavía. A despecho de las fortísimas impresiones que mi cuerpo había tenido que soportar, en cuanto decreció la intensidad de la angustia, recobré la salud.

Entonces escuché con mejor ánimo las proposiciones de mi tío para que le acompañara en su viaje. Sin grandes dificultades hicimos los preparativos y, al término de una tediosa travesía, desembarcamos en las costas del viejo mundo. No me abandonaron los recuerdos, pero la tristeza que suscitaban, y las lágrimas con que me llenaban los ojos, no fueron estériles. Volvió a despertarse mi curiosidad y contemplé con renovado interés el espectáculo de las costumbres de nuestro tiempo y los monumentos de edades pasadas.

A medida que mi corazón recobraba su antigua serenidad, volví a experimentar los sentimientos que había abrigado respecto a Pleyel. Muy poco después se había casado con la dama sajona y había fijado su residencia en los alrededores de Boston. Me felicitaba de que las circunstancias no hicieran posible que nos viésemos. No podía desear que fuese desgraciado, pero tampoco encontraba ninguna satisfacción al pensar en su felicidad. El paso del tiempo y mi fortaleza me curaron hasta cierto punto de este capricho. Seguía amándole, pero me lo ocultaba a mí misma; pensaba que sentía por él una clase más dulce de amistad y la alentaba sin remordimiento.

Gracias a los buenos oficios de mi tío, Carwin y Pleyel celebraron una entrevista en la que se dieron unas explicaciones que restauraron mi buen nombre.

Aunque separados por una enorme distancia, nuestras cartas eran frecuentes y puntuales, y preparaban el camino para una unión que sólo acabará con la muerte de

uno de los dos.

En las cartas que yo le dirigía, no ocultaba mis antiguos sentimientos. Éste era un tema del que podía hablar sin pena aunque no sin emociones delicadas. Lo que jamás hubiera confesado a un amante, no tuve el menor escrúpulo en decírselo a un amigo.

Año y medio después, cuando ella le dio la primera prenda de su mutuo amor, la muerte se llevó a Theresa de Stolberg. Él se sobrepuso a esta desgracia con su proverbial entereza. Pero introdujo un cambio en sus planes. Liquidó sus propiedades de América y se reunió con mi tío y conmigo, que después de dos años de vagabundeos nos habíamos establecido en Montpellier, donde, a partir de ahora, creo que viviremos permanentemente.

Si piensan en la total confianza que siempre había existido entre Pleyel y yo, en el amor que yo había sentido por él y que simplemente se había debilitado durante una época, y en nuestro mutuo sentimiento de aprecio, tal vez no les sorprenda saber que la reanudación de nuestras relaciones significó el comienzo de la unión que en este momento subsiste. Cuando pasó el tiempo necesario para atenuar el recuerdo de Theresa, a la que había estado unido por vínculos nacidos más del deber que del amor, me pidió en matrimonio. No hace falta añadir que la petición fue ávidamente aceptada.

Tal vez les interese conocer la suerte de Carwin. Comprendió, aunque demasiado tarde, el peligro de la impostura. Estaba tan impresionado por la catástrofe de que había sido testigo que no se preocupó lo más mínimo por su seguridad. Fue a buscar a mi tío y le confió la historia que acababa de contarme a mí. Encontró en el señor Cambridge un oyente más indulgente e imparcial, que atribuía la conducta de Wieland a ilusiones fruto de una manía, si bien estimaba que la previa e imprevisible intervención de Carwin había contribuido de modo indirecto aunque decisivo a esta deplorable aberración mental.

No le resultó difícil a Carwin eludir la persecución de Ludloe. No tuvo más que ocultarse en un remoto rincón de Pennsylvania. Esto se proponía hacer cuando se separó de nosotros. Probablemente ahora se dedique al inofensivo estudio de la agronomía, y tal vez considere sin un remordimiento insoportable las calamidades que provocó su fatídico don. Acaso la utilidad y la inocencia de su vida futura puedan compensar las desventuras causadas por su imprudente temeridad.

A lo largo de mi lúgubre narración anterior, consideraciones más urgentes me impidieron mencionar ningún detalle relativo al infortunado padre de Louisa Conway. Sin duda aquel hombre estaba destinado a ser un juguete de la veleidosa fortuna. Al terminar sus viajes por el sur, regresó a Filadelfia. Antes de llegar a la ciudad, se apartó del camino principal para detenerse en casa de mi hermano. Comprobó con sorpresa que no salía nadie a darle la bienvenida. Intentó entrar en la casa, pero las puertas cerradas con llave, las ventanas atrancadas y un silencio que sólo rompían sus llamadas sin respuesta, le hicieron comprender que la mansión estaba deshabitada.

De allí fue a mi casa, que también halló vacía y en penumbra. Fácil es imaginar

su extrañeza. Los campesinos de la cabaña le contaron una historia increíble y fragmentaria. Corrió a la ciudad y pidió a la señora Baynton un relato detallado de lo ocurrido.

Era un hombre curtido en la adversidad, y no tardó mucho en sobreponerse al revés de no poder llevar a cabo su acariciado proyecto. No interrumpimos nuestra amistad cuando abandonó América. Desde entonces lo hemos visto en Francia, y por fin se ha hecho la luz sobre las causas de la desaparición de su esposa, según antes se la relaté.

Me referí a su amor conyugal y afirmé que nunca había habido la menor sospecha sobre la honestidad de ella. Esto, aunque así se creyese durante mucho tiempo, descubrimientos recientes han mostrado que debía ponerse en duda. Su honor permanecería intacto hasta la fecha de no haber sucedido algo extraordinario.

Cuando prestaba sus servicios en Alemania, el mayor Stuart había estado envuelto en un lance de honor con un edecán del marqués de Granby. Su oponente había propalado un rumor injurioso contra él. Hubo un desafío, tuvo lugar el duelo, y Stuart hirió y desarmó al calumniador. La ofensa fue reparada y éste conservó la vida a cambio de las adecuadas satisfacciones.

Muy poco después, Maxwell (tal era su nombre), tras entrar en posesión de una cuantiosa herencia, vendió su cargo y regresó a Londres. Su fortuna aumentó considerablemente merced a una opulenta boda. Aunque la dama prestó su consentimiento guiada por un crédulo sentimiento afectuoso, el interés era la única razón de ser de este enlace. No tardaron mucho tiempo en descubrirse las verdaderas intenciones de él, y se separaron de mutuo acuerdo. La dama se retiró a una finca de un distante condado y Maxwell siguió consumiendo su tiempo y su fortuna en la dilapidación del capital.

Aunque falso y voluptuoso, Maxwell poseía una inteligencia brillante y era un hombre atractivo. Trató de abusar de la generosidad de Stuart y de recobrar la estima que su torpe proceder le había enajenado durante un tiempo. El propio Stuart facilitó a Maxwell el acceso al círculo de amistades de su esposa. El deseo de venganza y una pasión sin freno movieron a Maxwell a trocar esta muestra de confianza en una relación culpable.

La educación y el talento de esta mujer, los méritos de su esposo, el compromiso de fidelidad que el tiempo había sellado, su madurez y conocimiento del mundo, se aliaban para convertir semejante empeño en una batalla perdida de antemano. Pero Maxwell no se desanimaba con facilidad. El ser más perfecto, pensaba, debía su pureza a la ausencia de tentaciones. Los impulsos del amor son tan sutiles, y tan grande el ascendiente de los falsos razonamientos cuando los avalan la pasión y la elocuencia, que ninguna virtud humana se encuentra a salvo de la caída. Después de ensayar toda suerte de artimañas, de llamar en su ayuda a todas las tentaciones, de llevar el disimulo hasta sus últimas consecuencias, Maxwell estuvo a punto de conseguir finalmente su propósito. La dama le entregó el afecto que debía a su

marido. Pero no era capaz todavía de avenirse al deshonor. Todos los esfuerzos para convencerla de que se fugara con él fueron inútiles. Se permitía amar y declarar su amor, pero su decisión de no sobrepasar ese límite era inmovible.

De ahí que esta revolución sentimental sólo fuese para ella motivo de desesperación. La firmeza de sus principios la ponía a salvo de toda transgresión efectiva, pero no podía devolverle sus antiguos sentimientos o evitar que fuese víctima de unos deseos imposibles y llenos de remordimiento. La ausencia de su marido dio lugar a un estado de incertidumbre. Éste, sin embargo, se acercaba a un punto crítico cuando ella recibió noticias de su regreso. Maxwell, que también estaba al tanto de esto y que había hecho una última e infructuosa tentativa de convencerla para que le acompañase en un viaje a Italia, a donde pretendía experimentar la insoslayable necesidad de ir, la abandonó dejándola en manos de las recomendaciones que la desesperación le sugiriese. Por esta misma época, ella recibió una carta de la esposa de Maxwell en la que se revelaba la verdadera índole de este hombre y se daban a conocer ciertos hechos que las artimañas del seductor le habían ocultado hasta entonces. La señora Maxwell había sentido la necesidad de hacer esta revelación al conocer las intrigas de su marido, que él mismo le había confiado imprudentemente.

Este descubrimiento, unido a la delicadeza de escrúpulos y a la angustia del remordimiento, le aconsejaron ocultarse. Tomó esta decisión impulsivamente, pero la llevó a cabo con suma prudencia. Huyó la víspera de la llegada de su marido, disfrazada de muchacho, y embarcó en Falmouth en un paquebote con destino a América.

En contestación a su carta, la señora Stuart contó a la señora Maxwell la historia de la aciaga relación con su esposo, los motivos que la impulsaban a abandonar el país y las medidas que había tomado para hacerlo. Entre ambas mujeres subsistía una antigua amistad y notables similitudes de carácter. Esta revelación fue acompañada de solemnes recomendaciones de sigilo, que durante muchísimo tiempo fueron respetadas.

La casa de la señora Maxwell estaba situada a orillas del Wey. Stuart era pariente suyo; habían pasado juntos la juventud, y Maxwell estaba en deuda con el hombre al que traicionó por su parentesco con esta desdichada dama. El afecto de ésta por Stuart no había disminuido. Un viaje de Stuart a Gales y los condados occidentales el año siguiente a su regreso a Europa, dio ocasión a un encuentro entre ambos. La entrevista complació y entristeció a los dos. Como es natural, hablaron de los últimos sucesos de sus vidas, y el huésped refirió la prematura muerte de su esposa y de su hija.

La preocupación de la señora Maxwell tanto por su amiga como por la seguridad de su marido, le aconsejaban guardar silencio; pero, estando muerta aquélla y éste fuera del reino, se decidió a mostrar la carta de la señora Stuart y a revelar lo que sabía sobre la traición de Maxwell. Antes había arrancado de su huésped la promesa

de no alentar ningún plan de venganza, pero éste había hecho esa promesa antes de conocer en toda su magnitud la depravación de Maxwell, y la ira le indujo a no respetarla.

En aquella época mi tío y yo vivíamos en Avignon. Maxwell era uno de los ingleses que residían allí y que formaban parte de nuestro círculo de amistades. Su talento y su inteligencia le convertían en uno de nuestros más asiduos acompañantes. Incluso me había pedido en matrimonio; pero, tras ser rechazado, había pedido y obtenido permiso para seguir manteniendo conmigo una relación de amistad. Dado que el matrimonio legal era imposible, todo parecía indicar que sus intenciones no eran honestas. Yo no podía decir si había abandonado o no esas intenciones.

Estaba solo en una gran velada en una villa de los alrededores, a la que también yo había sido invitada, cuando Stuart entró en la estancia de improviso. Yo le reconocí con auténtica satisfacción y Maxwell con aparente complacencia. Poco después, con el pretexto de un asunto importante que requería una entrevista inmediata y a solas, ambos salieron juntos. Stuart y mi tío se habían conocido en el ejército alemán, y aquél había confiado a mi tío el propósito de su apresurado viaje.

Se lanzó un desafío, que fue aceptado, y se eligió como escenario para el duelo la orilla de un riachuelo a una legua de la ciudad. Mi tío, que había intentado evitar inútilmente la confrontación, accedió a asistir al duelo en calidad de médico. El amanecer de la mañana siguiente fue la hora señalada.

Regresé pronto a casa aquella noche. Fijadas las condiciones entre los contendientes, Stuart había accedido a pasar la velada con nosotros, y se retiró tarde. En el camino a su hotel no tuvo ningún contratiempo, pero en el momento en que cruzaba los soportales del edificio, una maligna figura de tez oscura salió de detrás de una columna y le hundió una daga en el pecho.

No pudo descubrirse con total certeza al autor del crimen, pero los detalles que había contado Stuart de la historia de Maxwell le señalaban como blanco natural de todas las sospechas. Nadie expresó por esta desgracia más preocupación que Maxwell y fingió un ardiente celo para defenderse de las calumnias que se habían vertido contra él. Sin embargo, a partir de entonces me negué a recibirle y poco después desapareció del lugar.

Pocos merecían más la felicidad y los serenos honores de una larga vida que la madre y el padre de Louisa Conway, pero la misma mano los arrebató en la flor de su edad. Maxwell fue el instrumento de su destrucción, aunque el instrumento lograra el mismo fin de tan diferentes maneras.

A ustedes incumbe decidir cuál es la moraleja de esta historia. Que la virtud deba convertirse en víctima de la traición es, sin la menor duda, una consideración sombría; pero no se les pasará por alto el hecho de que los infortunios que Carwin y Wieland provocaron se debieron a los errores de quienes los padecieron. Todos los esfuerzos para socavar la felicidad o abreviar la vida de los Stuart habrían sido inútiles si su flaqueza no los hubiese secundado. Si la dama hubiera cortado de raíz su

aciaga pasión en ciernes y hubiera rechazado a su seductor al advertir la intención última de sus estratagemas, y si Stuart no hubiese concebido un absurdo espíritu de venganza, no habríamos tenido que lamentar este desastre. Si Wieland hubiera forjado un concepto más equilibrado del deber moral y los atributos divinos, o si hubiese tenido la previsión y la ecuanimidad de un hombre corriente, el impostor de doble lengua habría sido burlado y confundido.

FIN DE WIELAND

MEMORIAS DE CARWIN, EL BILOQUISTA

Traducción del Inglés:
Elías Sarham

MEMORIAS DE CARWIN, EL BILOQUISTA

Soy el segundo hijo de un granjero cuya residencia estaba situada en un distrito al oeste de Pennsylvania. Mi hermano mayor parecía preparado por naturaleza para el trabajo al que estaba destinado. Sus deseos jamás le apartaron del pajar y de los surcos abiertos en la tierra por el arado. Sus ideas nunca sobrepasaron su campo de visión ni le sugirieron la posibilidad de que el mañana pudiera ser distinto del presente. Sabía leer y escribir porque no tuvo alternativa entre la lección que se le enseñaba y el castigo. Era diligente, siempre que le impulsara el miedo, pero sus esfuerzos morían cuando éste desaparecía. Los límites de sus conocimientos consistían en firmar su nombre y leer un versículo de la biblia.

Mi carácter era opuesto al suyo. Mi sed de conocimientos aumentaba en proporción a la gratificación que me reportaba. Cuanto más oía o leía, más inquieta e indomable se volvía mi curiosidad. Mis sentidos estaban constantemente abiertos a lo novedoso, mis fantasías bullían con visiones del futuro, y mi atención se aferraba a cualquier cosa misteriosa o desconocida.

Mi padre intentó que mi conocimiento mantuviera el mismo ritmo que el de mi hermano, ya que consideraba que cualquier cosa que estuviera más allá de la simple capacidad de escribir y leer resultaba inútil o pernicioso. Se esforzó mucho por mantenerme dentro de esos límites, al igual que en conseguir que el saber de mi hermano se pusiera a su altura, pero sus esfuerzos no tuvieron un éxito similar en ambos casos. En vano ejerció la mayor de las vigilancias y un marcaje férreo; los reproches y los golpes, las privaciones dolorosas y los castigos ignominiosos carecieron de poder para desalentar mi celo y mitigar mi perseverancia. Podía ordenarme las tareas más trabajosas, provocar la envidia de mi hermano para inspeccionarme durante la ejecución de los trabajos, buscar con diligencia mis libros y destruirlos sin piedad al encontrarlos; pero no podía eliminar mi atrevida predisposición. Empleé toda mi habilidad para eludir su vigilancia. La censura y la degradación a la que era sometido resultaban lo suficientemente desagradables como para que me esforzara en evitarlas. A efectos de conseguir ese fin deseable, incesantemente me dedicaba a la invención de estratagemas y a su oportuna ejecución.

La pasión que experimentaba no era merecedora de vergüenza alguna, y con frecuencia lamenté las penurias y privaciones que me hizo pasar; sin embargo, quizá las afirmaciones que se habían hecho acerca de mi ingenuidad y entereza tuvieron ciertos efectos beneficiosos en la formación de mi carácter.

Esa contienda duró desde mi sexto cumpleaños hasta el decimocuarto. La oposición que planteaba mi padre a mis planes era fomentada por un deseo sincero,

aunque nada iluminado, hacia mi felicidad. El que todos sus esfuerzos se vieran repelidos de forma obstinada o fueran secretamente evitados, fue una fuente de amargos dolores. A menudo se lamentaba, llorando, de lo que él llamaba mi incorregible depravación, y animaba su perseverancia con la noción de que la ruina se abatiría sobre mí de manera inevitable si se me permitía proseguir en mi presente carrera. Tal vez los sufrimientos que surgieron en él debido a la desilusión eran iguales a los que me infligía.

Cuando cumplí catorce años, unos acontecimientos fijaron mi destino futuro. Una noche tuve que ir a buscar a las vacas a la pradera donde estaban pastando, situada a algunos kilómetros de la mansión de mi padre. Disponía de un tiempo limitado, y se me había amenazado con un castigo severo si, de acuerdo con mi costumbre, me retrasaba del plazo asignado.

Durante un rato las amenazas repicaron en mis oídos, y emprendí la marcha a toda velocidad. Llegué a la pradera, pero el ganado había roto las vallas y se había escapado. Era mi deber llevar de inmediato las noticias de ese accidente a casa, pero mi primera reacción fue la de examinar la causa y la forma de la huida. El campo estaba delimitado por una alambrada desplegada entre unos cedros. Cinco de esos alambres yacían horizontalmente de poste a poste. El superior estaba partido por la mitad, pero los demás, sencillamente, habían sido sacados de sus agujeros en un extremo y descansaban sobre el terreno. Eran los medios que se emplearon para obtener este fin, la razón de que una sola estuviera rota y que fuera la superior; tuve un buen tema de meditación al pensar cómo unos cuernos podían llegar a conseguir aquello que las manos de un hombre habrían encontrado difícil de realizar.

Alguna distracción me alejó de esos pensamientos y me recordó que el tiempo ya estaba consumido. Estaba aterrado por las consecuencias de mi retraso, y busqué con ansiedad cómo evitarlas. Me pregunté si no existiría un camino más corto que aquel por el que vine. El sendero más utilizado era muy sinuoso debido a un precipicio que daba a una corriente vecina, y cerraba un pasaje que reducía el trayecto a la mitad: en la ladera de la colina, el agua tenía una profundidad considerable y estaba en constante agitación por un remolino. No era capaz de calibrar el peligro al que me vería sometido si me metía en ella, pero decidí intentarlo. Tengo razones para creer que de haber llevado a cabo ese experimento, habría resultado fatal, y que mi padre, aun lamentando mi muerte precipitada, no habría sido consciente de que sus propias exigencias irracionales habrían sido su causa.

Me encaminé hacia allí. Llegar hasta el borde de la corriente no era una tarea nada fácil, ya que se interponían muchos lugares abruptos y hondonadas sombrías. Con frecuencia tuve que apartarme y, luego, volver a entrar en ese trecho, pero en ningún momento me vi tan atrapado en el laberinto como en ese instante: desde ahí no me percaté de la existencia de un pasaje estrecho que, a una distancia de unos cien metros del río, me conduciría, aunque no sin peligros y esfuerzos, al otro lado de la colina.

Entonces, descubrí ese valle pequeño que me indujo a modificar mi plan. Si desde ahí se podía realizar el cruce, resultaría más corto y seguro que aquel que atravesaba la corriente, y su viabilidad sólo se podía probar por medio del experimento directo. El sendero era estrecho, empinado y se hallaba oscurecido por las rocas. El sol casi se había puesto y las sombras que proyectaba el risco oscurecían el camino como si hubiera caído la medianoche. Yo estaba acostumbrado a despreciar el peligro de forma sensata cuando se presentaba, pero, por un defecto inherente a la educación actual, los goblins y los espectros eran para mí seres que me producían la más violenta aprensión.

Estaban inevitablemente relacionados con la soledad y la oscuridad, y mis temores no consiguieron apartarlos de la mente cuando entré en esa cavidad.

Esos terrores siempre se ven mitigados concentrando la atención en algún otro tema. Y así lo hice entonces, y comencé a divertirme gritando tan alto como mis cuerdas vocales y mi vigor me permitieron. Pronuncié las primeras palabras que se me pasaron por la cabeza, y repetí con el tono agudo de un salvaje de Mohock «¡vaca! ¡vaca! ¡regresa a casa!»... Por supuesto, las palabras reverberaron desde las rocas que se alzaban altas a ambos lados, pero el eco resultó confuso.

Durante un tiempo continué así, engañándome en el camino, hasta que llegué a un lugar mucho más escarpado de lo usual, y que requirió toda mi atención. La cantinela de mi caminata se vio interrumpida hasta que logré superar ese impedimento. Pasados unos minutos, volví a disponer de libertad para reanudarla. Una vez acabada la frase, me callé. Después de unos segundos, una voz similar a la que entonces imaginé, musitó el mismo grito desde un punto de una roca situado a unos cien metros detrás de mí; las mismas palabras con igual precisión y deliberación, que parecieron ser pronunciadas con el mismo tono. Me sobresalté con el incidente, y eché una temerosa ojeada a mi espalda con el fin de descubrir quién las había repetido. El lugar en el que me hallaba se encontraba sumido en la penumbra, pero las protuberancias aún recibían una luz crepuscular vivida y luminosa. El portavoz, sin embargo, estaba oculto a mi vista.

Apenas comencé a cuestionarme el acontecimiento cuando se me presentó otra ocasión para quedar asombrado. Pasaron unos pocos segundos más y la cantinela se repitió, con una imitación igualmente perfecta y desde un lugar distinto. Hacia allí dirigí con ansiedad mis ojos, pero no se veía a nadie: ciertamente, el puesto que ese nuevo portavoz parecía ocupar resultaba inaccesible a hombre o animal alguno.

Si quedé perplejo ante esa segunda repetición, juzgad cuánto debió aumentar mi perplejidad cuando las mismas palabras fueron pronunciadas una tercera vez, y desde una dirección totalmente distinta. Durante cinco veces la canción resonó de forma sucesiva, a intervalos casi similares, siempre desde un lugar diferente y con una mínima disminución de precisión y fuerza.

Una pequeña reflexión bastó para mostrarme que sólo se trataba de un eco de una especie extraordinaria. Mi terror se vio pronto suplantado por el deleite. Olvidados

los motivos de mi apresuramiento, me divertí durante una hora hablando con esos riscos; me situé en posiciones diferentes y agoté mis pulmones e inventiva con nuevas algarabías.

El placer que me deparó este descubrimiento compensaba ampliamente el maltrato que esperaba a mi regreso. Por algún capricho del carácter de mi padre, me libré con sólo unos pocos reproches. A la primera oportunidad que tuve, aproveché para ir a visitar la cavidad y reanudar el divertimento; el tiempo y la repetición incesante no eran capaces de minimizar sus encantos o agotar la variedad que producían los nuevos tonos y los distintos lugares en los que me emplazaba.

Las horas en las que me veía más libre de restricciones e interrupciones eran las de la noche. Mi hermano y yo compartíamos un pequeño dormitorio encima de la cocina, desligado, en cierto aspecto, del resto de la casa. Era una costumbre rural retirarse pronto y anticiparse a la salida del sol. Cuando la luz de la luna brillaba con suficiente intensidad para permitirme leer, acostumbraba a escaparme de la cama y alejarme deprisa con mi libro en dirección a alguna altura próxima a la casa, donde me tumbaba sobre las rocas mohosas hasta que la puesta de la luna o las nubes que a veces la ocultaban me impedían continuar con mi lectura. Me hallaba en deuda por los libros con un vecino comprensivo y amigable, cuya condescendencia con mis pedidos surgían parte por la bondad y en parte por la enemistad que sentía hacia mi padre, a quien no podía ofender de forma más egregia que gratificando mi curiosidad perversa y perniciosa.

Al salir del dormitorio debía emplear la máxima cautela para no despertar a mi hermano, cuyo temperamento le impelía a tratar de impedirme la más mínima satisfacción. Ciertamente mi objetivo era loable; sin embargo, cada vez que abandonaba el hogar y regresaba a él, me veía obligado a emplear el sigilo y el cuidado de un ladrón.

Naturalmente, mis pensamientos rondaban la singularidad de ese eco. Con anterioridad, el escuchar mi propia voz hablando desde una distancia habría sido considerado como algo prodigioso. ¡Y oírla además no pronunciada por otra persona—que con facilidad podría imitarla—, sino por mí mismo! Ahora me resulta imposible recordar la transición que me condujo a la idea de los sonidos similares a éstos pero producidos por otros medios que no fueran la reverberación. ¿No podría disponer de tal forma mis órganos para conseguir que mi voz sonara desde la distancia?

De la especulación pasé a la experimentación. La noción de una voz lejana, igual que la mía, se hallaba presente de forma íntima en mis fantasías. Le dediqué el mayor de los deseos y algo parecido a la persuasión, convencido de que lograría hacerlo. Mi comienzo fue sorprendente, porque sentí que el éxito coronaba mis intentos. Repetí los esfuerzos, pero fracasé. Durante la primera prueba se produjo una cierta posición de los órganos, completamente nueva, jamás probada, y daba la impresión de que fue de manera accidental, ya que no pude obtenerla durante la segunda.

No debéis dudar de que puse el mayor celo en recuperar lo que en una ocasión, aunque brevemente, fuera mi poder. Vuestros propios oídos han experimentado el éxito de mis esfuerzos. Debido al continuo ejercicio lo conseguí una segunda vez, convirtiéndome en un observador diligente de las circunstancias propicias. Poco a poco conseguí dominar a voluntad esos movimientos más sutiles y delicados. Lo que en un principio resultó difícil, con la práctica y la costumbre se tomó en algo fácil. Aprendí a acomodar mi voz a todas las variedades de la distancia y la dirección.

No puede negarse que esa facultad es peculiar y maravillosa, pero, al considerar las posibles modificaciones del movimiento muscular, en los pocos ejercicios que en realidad hacemos, en la manera imperfecta que los dominamos con la voluntad, a pesar del hecho de que ésta puede modularse hasta convertirlo en algo absoluto e ilimitado, ¿nuestra maravilla no cesaría?

Hemos visto a hombres que son capaces de ocultar con maestría sus lenguas, incluso hasta el punto de que los anatomistas, después de realizar las más precisas inspecciones que un ser humano puede admitir, han afirmado que carecían de ese órgano, aunque se hizo con el esfuerzo de unos músculos desconocidos e increíbles para la mayor parte de la humanidad.

La coincidencia de dientes, paladar y lengua para formar el habla parece ser indispensable; sin embargo, los hombres han hablado con claridad careciendo de lengua y, por lo tanto, los dientes y el paladar les resultaban superfluos. La asociación de los movimientos requeridos para ese fin permanece por completo latente y desconocida para aquellos que posean ese órgano.

No quiero ser más explícito. No tengo razón alguna para suponer una conformación o actividad peculiares de mis propios órganos, o que el poder que ostento no pueda, por medio de directrices adecuadas y esfuerzos continuados, ser obtenido por otros, aunque no pienso hacer nada para facilitar dicha adquisición. Es una tendencia demasiado perversa para un hombre normal desear tenerla o enseñársela a otros.

Sólo quedaba una cosa por hacer para que ese instrumento resultara tan poderoso en mis manos como podía serlo. Desde la infancia me mostré notablemente bueno para la imitación. Había pocas voces, ya fueran de hombre, ave o animal que no fuera capaz de imitar con éxito. Añadirle a mi antigua capacidad la recién adquirida de hablar desde lejos, y, al mismo tiempo, con los acentos de otras personas, era el objeto de mi esfuerzo, y, finalmente, después de cierto número de pruebas, lo conseguí.

En mi situación actual, cualquier cosa que indicara un esfuerzo intelectual representaba un crimen y me exponía a los castigos, si no a los azotes. Las circunstancias me indujeron a mantener en secreto mi descubrimiento. Pero, junto a eso, estaba la creencia confusa de que podía conseguir, de alguna manera, liberarme de las restricciones y pesares presentes. Durante un tiempo no me di cuenta de cómo podía servir a ese objetivo.

La hermana de mi padre era una dama anciana que residía en Filadelfia, viuda de un comerciante cuya muerte le permitió disfrutar de una vida frugal. No tenía hijos y a menudo había expresado el deseo de que su sobrino Frank, a quien siempre consideró un muchacho vivaz y prometedor, debería ser puesto bajo su tutela. Se ofreció a pagar mi educación y nombrarme, a su muerte, heredero de su pequeño patrimonio.

El arreglo fue obstinadamente rechazado por mi padre, ya que sólo fomentaría y le brindaría amplitud a mis propensiones, que él consideraba dañinas, y porque su avaricia deseaba que la herencia únicamente recayera en él. Para mí era un plan de absoluta felicidad, y que me lo impidieran fue una fuente de angustia padecida por pocos. Conocía lo suficiente la obstinación de mi padre para esperar que alguna vez cambiara de opinión; sin embargo, la bendición de vivir con mi tía, en un entorno nuevo y vivo, donde se permitiría que mi pasión literaria campara a su antojo, ocupaba de manera continua mis pensamientos: durante mucho tiempo me produjo desánimo y lágrimas.

El tiempo sólo consiguió incrementar el ansia de realizar esa posibilidad; naturalmente, mi nueva facultad conectó con tales deseos, y no pasó mucho antes de que me preguntara si podría ayudarme a ejecutar mi plan favorito.

En la familia existían miles de historias supersticiosas. Apariciones y voces oídas en multitud de ocasiones. Mi padre era un gran creyente en los signos sobrenaturales. Había escuchado en dos ocasiones la voz de su esposa, que llevaba muchos años muerta, susurrándole al lado de la almohada a medianoche. Con frecuencia medité si no se podría trazar alguna argucia favorable a mis intereses sobre esas bases. «Supón —me pregunté yo— que consiguiera que mi madre se uniera en contra de su negativa a dejarme vivir con mi tía...»

La idea creó en mí una consternación temporal. Imitar la voz de los muertos, falsear una petición procedente del cielo, tenía aspecto de presunción y pecado. Parecía una ofensa que no tardaría en atraer la venganza de la deidad. Durante un tiempo, mis deseos cedieron ante mis temores, pero, cuanto más lo meditaba, el plan se tomaba más plausible; no se me ocurrió ningún otro tan fácil y eficaz. Me convencí de que el fin propuesto era, a su nivel más alto, de gran estima y valor, y que la excelencia de mi objetivo justificaría los medios con que lo obtendría.

Durante una temporada mi decisión se vio acosada por la vacilación y las malas premoniciones. Sin embargo, poco a poco desaparecieron y mi propósito se hizo firme; lo siguiente sería preparar los medios para llevar a cabo mi idea, lo cual no requirió una seria deliberación. Resultaba sencillo obtener acceso a la habitación de mi padre sin que lo notara o me detectara; unas pisadas cautas y contener el aliento me situaría, sin que él lo sospechara o siquiera lo imaginara, al lado de su cama. No me fue fácil determinar las palabras que emplearía ni la forma de pronunciarlas, pero, una vez que lo decidí, y a través de una constante repetición, me resultaron absolutamente familiares.

Elegí una noche inclemente y azotada por el viento, en la que la oscuridad se veía aumentada por un velo de nubes muy negras. El lugar en el que morábamos era de estructura ligera y lleno de resquicios por donde el viento encontraba cómodo acceso, silbando con miles de cadencias. En esa noche, la música de los elementos era notablemente sonora y con frecuencia estaba entremezclada con el lejano trueno.

No pude apartar de mí un pavor secreto. Mi corazón titubeaba con la convicción de que realizaba una mala acción. El cielo parecía ser testigo de ello, desaprobando mi trabajo; escuché los truenos y el viento como si fueran la vigorosa voz de su descontento. Grandes gotas de sudor bañaron mi frente, y los temblores que experimenté casi me imposibilitaron continuar mi avance.

Sin embargo, dominé esos impedimentos; a medianoche, subí a hurtadillas por la escalera y entré en el dormitorio de mi padre. La oscuridad era intensa y avancé con las manos extendidas, tanteando en busca del pie de la cama. En ese instante un relámpago iluminó la habitación: el resplandor me dejó medio atontado, aunque me proporcionó un conocimiento exacto de mi situación. Me había equivocado de dirección y noté que mis rodillas casi rozaban el costado de la cama y que, de haber dado otro paso, habría tocado con las manos la mejilla de mi padre. Sus ojos cerrados y sus facciones, tal como estaban entonces, quedaron grabadas durante un instante ante mis ojos.

El destello se vio acompañado por un trueno terrible, cuya vehemencia casi me ensordeció. Siempre les tuve miedo y, de forma instintiva, me encogí presa de terror. Jamás fui testigo de un fulgor tan cegador ni de un impacto sonoro tan tremendo; sin embargo, el sueño de mi padre no pareció verse alterado.

Me quedé allí de pie, indeciso y temblando; continuar con mi propósito en semejante estado mental era algo imposible. De momento decidí abandonarlo. Di media vuelta con el objetivo de retroceder en la oscuridad y salir de la habitación. Justo entonces, una luz que percibí a través de la ventana llamó mi atención. En un principio fue débil, pero creció con rapidez; no hacía falta nada más para informarme que el granero, situado a corta distancia de la casa y lleno de haces de heno recién guardado, se hallaba en llamas como consecuencia del azote de un rayo.

El pavor que me produjo tal espectáculo hizo que descuidara las otras consecuencias que podrían abatirse sobre mí. Me abalancé hacia la cama y me arrojé sobre mi padre, despertándole con sonoros gritos. Pronto se levantó toda la familia y se vio obligada a permanecer como desvalida espectadora de la devastación que estaba teniendo lugar. Afortunadamente, el viento soplaba en dirección contraria a la casa, de modo que ésta no corría peligro.

Los incidentes acaecidos aquella noche dejaron en mí una impresión indeleble. El viento creció de forma gradual hasta convertirse en un huracán; las ramas más grandes fueron arrancadas de los árboles y remolinearon en el aire; otros fueron arrancados de cuajo de sus raíces y quedaron postrados en el suelo. El granero era un edificio espacioso construido de madera, y estaba lleno con una cosecha espléndida.

Con tal combustible, y avivado por el viento, el fuego creció con una furia increíble; mientras tanto, las nubes surcaban el cielo, y su oscuridad se tomaba más conspicua por el reflejo de las llamas. Las vastas ráfagas de humo se vieron dispersas en un momento por la tormenta, al tiempo que los fragmentos centelleantes y los maderos al rojo eran transportados a una altura inmensa. Una y otra vez, casi sin intervalos, la oscura bóveda celeste que pendía sobre nosotros era surcada por relámpagos, y el fragor que los acompañaba resultaba ensordecedor.

Indudablemente, era absurdo imaginar alguna conexión entre esta escena portentosa y el objetivo por mí planeado; sin embargo, esa creencia, aunque vacilante y oscura, acechaba mi mente; parecía que algo más que una sencilla coincidencia se alzó ante mí al lado de la cama de mi padre y el resplandor que atravesó la ventana y me apartó de mi propósito. Esto disipó mi valor y reforzó la convicción de que mi trama era un acto criminal.

Después de un tiempo, cuando, hasta cierto punto, la tranquilidad retornó a la familia, mi padre me preguntó sobre las circunstancias en las que yo había dado la primera alarma. Resultaba imposible contarle la verdad. Me sentía muy reacio a ser culpable de una mentira, pero sólo con ella impediría ser descubierto. De poco me consoló considerar que mi culpabilidad nacía de una necesidad fatal, que la injusticia de otros la había provocado y la convertía en algo inevitable. No hay nada más injurioso que una mentira, porque, en esencia, su maligna tendencia tiende a condicionar nuestra conducta futura. Sus consecuencias directas posiblemente sean pasajeras y nimias, pero facilitan la repetición, refuerzan la tentación y crece hasta convertirse en un hábito. Fingí que una necesidad física me hizo salir de la cama y al descubrir la condición en la que se hallaba el granero, salí corriendo a informárselo a él.

Poco tiempo después de ese acontecimiento, mi padre me llamó a su presencia. Con anterioridad ya me había culpado por desobedecer sus órdenes en cuestiones en las que él era muy escrupuloso. Mi hermano fue testigo de mi falta y amenazó con acusarme. En esta ocasión no esperaba otra cosa que una reprimenda y un castigo. Cansado de la opresión, y desesperanzado de que sus puntos de vista cambiaran, tomé la resolución de huir de casa y confiarme, joven como era, al capricho de la fortuna. Vacilaba si debía hacerlo a escondidas de mi familia o revelarles mi decisión; mientras aprestaba mi temple para que se mantuviera firme sin importar la oposición que pudiera recibir, me llegó la llamada de mi padre.

En ese momento me encontraba ocupado en el campo; se acercaba la noche y yo aún no me había preparado para la partida; en realidad, era poco lo que tenía que hacer. Todas mis posesiones eran unas pocas ropas que metería en un saco. El tiempo influiría escasamente en la mejora de mis perspectivas, por lo que decidí llevar a cabo el acto de inmediato.

Dejé el trabajo con la intención de ir a mi cuarto y coger mis pertenencias para desaparecer para siempre. Pasé por una valla que conducía desde el campo a un

sendero lateral, cuando vi a mi padre frente a mí, avanzando en dirección opuesta; como esquivarle era imposible, hice acopio de fortaleza ante el conflicto que surgiría debido a su temperamento vehemente.

Tan pronto como llegamos el uno junto al otro, en vez de cólera y reprimendas, me contó que estuvo reflexionando en la propuesta de mi tía para tomarme bajo su protección, llegando a la conclusión de que la idea era la más adecuada; si yo aún mantenía el deseo de irme a vivir con ella, él no pondría objeción alguna, y, si así lo elegía, podía partir a la ciudad a la mañana siguiente, ya que la carreta de un vecino se aprestaba a realizar el viaje.

No me dedicaré a relatar el júbilo con el que escuché su sugerencia: me resultó difícil convencerme de que la hacía con seriedad, y tampoco fui capaz de adivinar los motivos de un cambio tan repentino e inesperado de sus ideas. Lo descubrí más tarde. Alguien le había imbuido el miedo de que mi tía, exasperada por la oposición que mostraba a su solicitud respecto al infortunado Frank, dejaría en herencia su propiedad a unos extraños; para evitar semejante mal, que su avaricia le instaba a ver como un daño mucho mayor que el que me acontecería a mí en el cambio de residencia, aceptó la proposición de ella.

Exultante y triunfador, entré en mi nuevo escenario; y mis esperanzas no se vieron para nada desilusionadas. El trabajo tanto tiempo odiado se tomó en un ocio lujoso. Yo era el señor de mi tiempo y el que seleccionaba mis ocupaciones. Mi tía, al descubrir que yo detestaba la monotonía de los colegios, y que me contentaba con los medios de gratificación intelectual, que bien podía obtener bajo su techo, me dejó libre elección en el asunto.

Así pasaron tres años tranquilos, durante los cuales cada día añadía algo a mi felicidad, ya que incrementaba mis conocimientos. No descuidé mi capacidad biloquial. La mejoré con ejercicios continuos; medité en profundidad sobre el uso que le podría dar. No carecía de intenciones puras y no me atraía el mal. Era incapaz de aumentar a sabiendas la miseria de otros, pero la felicidad de los demás no era mi única preocupación o el fin principal de mis actos.

Estimulaba mi ambición. Me deleitaba el poseer un poder superior; tendía a manifestar dicha superioridad y quedaba satisfecho cuando lo hacía, sin pensar demasiado en las consecuencias. Me divertía a menudo con los miedos de mis asociados y, a veces, les lanzaba un anzuelo que los dejaba anonadados, proporcionándoles muchas ocasiones para estructurar diversas teorías. Quizá no esté de más mencionar una o dos de las aventuras en las que me vi involucrado.

Me había tomado muchas molestias en mejorar la sagacidad de uno de mis perros favoritos. Ciertamente, era mi propósito evaluar hasta qué punto podían serle transmitidos a un can los principios del razonamiento y la imitación. No hay duda alguna de que un animal recibe nociones diferenciadas con el sonido. Nadie sabe cuáles pueden ser las posibles limitaciones de su vocabulario. Al conversar con él, no empleaba palabras inglesas, sino que seleccionaba monosílabos sencillos. Así, la

costumbre le permitió llegar a comprender mis gestos. Si cruzaba los brazos sobre mi pecho, entendía la señal y se tumbaba detrás de mí. Si juntaba las manos y las alzaba al pecho, regresaba a casa. Si me cogía un brazo por encima del codo, corría delante de mí. Si me llevaba la mano a la frente, trotaba a ritmo tranquilo siguiendo mis pasos. Con un movimiento conseguía que ladrara; con otro, le hacía callar. A mi orden, aullaba con veinte sonidos diferentes de pesar. Cogía cosas y me las traía con lealtad diligente.

De esta manera, al verse sus actos principalmente regidos por unos gestos que a un extraño le parecerían indiferentes o casuales, resultó fácil causar la impresión de que el saber del animal era mayor que la realidad por mí conocida.

Un día, estando en compañía, la conversación se centró en las habilidades sin par de Damon. Ciertamente, éste había adquirido en todos los círculos que yo frecuentaba una reputación extraordinaria. Se citaron numerosos ejemplos de su sagacidad y algunos los exhibió allí mismo. Despertó gran sorpresa la rapidez con que parecía comprender las frases de considerable abstracción y complejidad, aunque, para ser sincero, sólo le hacía caso a los movimientos de mano o dedos con los que yo acompañaba las palabras. Incrementé la perplejidad de algunos y excité el ridículo de otros al comentar que mi perro no sólo entendía el inglés cuando lo hablaban otros, sino que, en verdad, él mismo hablaba el idioma con un cierto grado de precisión.

Esta aseveración no podía ser admitida sin pruebas; pruebas que enseguida acepté proporcionar. Ante una señal ya conocida, comenzó a emitir un sonido bajo e interrumpido, en el que los atónitos presentes distinguieron con claridad palabras inglesas. Se inició un diálogo entre el perro y su amo que, por parte del primero, se mantuvo con gran vivacidad y estado de ánimo. En esta conversación, el perro estableció la dignidad de su especie y la mejora de la capacidad intelectual. El grupo, perdido en el azoramiento, se separó, pero quedó plenamente convencido con la evidencia que yo aporté.

En otra ocasión posterior, había un grupo selecto reunido en un jardín situado a corta distancia de la ciudad. La conversación recorrió una cierta diversidad de temas, hasta que, finalmente, se centró en los seres invisibles. De las especulaciones de los filósofos pasamos a la creación de los poetas. Algunos mantuvieron la exactitud de la descripción de Shakespeare de los seres aéreos, mientras que otros la rechazaron. En una transición tranquila, se introdujo a Ariel y sus canciones, y se solicitó de una dama, famosa por sus dotes musicales, que acompañara con su arpa la canción «A cinco brazas de profundidad yace mi padre»... Se sabía que tenía preparadas para su instrumento musical todas las canciones de Shakespeare.

En esa situación, mi juventud apenas me permitió ser más que un oyente. Me senté apartado del resto del grupo y, con atención, me fijé en todo. El sendero que había tomado la conversación sugería un plan que no digerí por completo, cuando la dama volvió a cantar.

Una vez finalizada la canción, su público quedó en un silencio exaltado. La pausa

continuó, cuando nos llegó un sonido desde otro lugar. El sitio donde nos encontrábamos se hallaba cubierto por unas vides. El arco verde era alto y la zona que abarcaba espaciosa.

El sonido procedía de arriba. En un principio fue débil y apenas audible; al rato, adquirió un tono más alto y todos los ojos se alzaron expectantes para ver quién estaba entre las vides que de allí pendían. La tonalidad resultó fácilmente reconocible, ya que no era otra que la que tiene que entonar Ariel cuando finalmente queda absuelto del servicio con el hechicero.

Me tiendo sobre las corolas de las prímulas
En la espalda del Murciélago vuelo...
Después de que el verano feliz, etc.

Sus corazones palpitaron mientras escuchaban: intercambiaron miradas en busca de una solución al misterio. Por fin, la tonalidad murió en la distancia, y un período de silencio fue seguido por una agitada discusión del prodigio. Sólo se podía adoptar una suposición, a saber: que la melodía fue cantada por órganos humanos. Que el cantante estaba situado en el techo del cenador y, una vez terminado, se elevó hacia los invisibles campos del cielo.

Yo había sido invitado a pasar una semana en esta casa, y ese tiempo casi había llegado a su fin, cuando recibí noticias de que mi tía se había puesto repentinamente enferma y que su vida corría un peligro inminente. En el acto regresé a la ciudad, pero antes de llegar murió.

A esa dama le debía mi gratitud y estima: recibí los beneficios más esenciales de sus manos. No carecía de sensibilidad como para no verme muy afectado por el acontecimiento; sin embargo, reconoceré que mi dolor quedó mitigado al pensar en las consecuencias que su muerte depararía a mi propia condición. Siempre se me enseñó a considerarme como su heredero, y su muerte, por lo tanto, me liberaría de ciertos impedimentos.

Mi tía tenía una doncella que había vivido con ella durante veinte años; estaba casada, pero su esposo, que era un artesano, no vivía con ella. No tenía razón alguna para sospechar del desinterés y la sinceridad de la mujer. No obstante, mi tía apenas acababa de ser enterrada cuando se abrió su testamento, en el que Dorothy era nombrada como su heredera única y universal.

En vano saqué a relucir mis esperanzas y derechos; el testamento era legible y legal. Dorothy se exasperó con mis sospechas y conjeturas, y con vigor hizo valer su título. Una semana después de la muerte de mi tía, me vi obligado a buscar un nuevo alojamiento. Como mis propiedades consistían en mi ropa y mis libros, no resultó difícil.

Por entonces, mi condición era calamitosa y desolada. Al confiar en recibir el patrimonio de mi tía, no realicé ninguna previsión de futuro; odiaba el trabajo manual

o cualquier otra tarea cuyo objetivo fuera el lucro. Que la elección de mis ocupaciones no estuviera guiada únicamente por el placer que en sí deparaban, era intolerable a mi temperamento orgulloso, indolente e inquieto.

Esto ahora se vio cortado; los medios de la subsistencia inmediata me eran negados, si me hubiera decidido a adquirir los conocimientos de algún arte lucrativo, ello requeriría tiempo, y, mientras tanto, carecía por completo de soporte económico. Ciertamente, la casa de mi padre estaba abierta para mí, pero prefería adelgazar con la basura de los perros antes que volver a allí.

Era necesario adoptar un plan de inmediato. Las exigencias de los asuntos cotidianos y mi cambio de fortuna ocupaban de manera continua mis pensamientos; me aparté de la sociedad y de los libros y me dediqué a dar paseos solitarios y a elucubraciones sombrías.

Una mañana, mientras caminaba a lo largo de la ribera del Schuylkill, encontré a una persona llamada Ludloe, a quien conocía un poco. Era de Irlanda, un hombre de cierta posición social y, en apariencia, rico. Le había visto, pero siempre en compañía de otros, de modo que pocas palabras habíamos podido intercambiar. La última vez que coincidimos fue en el cenador donde Ariel se presentó de forma tan inesperada.

Nuestra relación apenas justificaba un saludo pasajero; sin embargo, él no se contentó sólo con verme pasar, sino que se unió a mí en mi paseo y se puso a conversar. Resultó fácil volver a la ocasión en la que nos vimos por última vez y al incidente misterioso que acaeció entonces. Yo me mostré solícito en aceptar sus pensamientos al respecto y formulé algunas preguntas que llevaban al punto que yo deseaba.

Me quedé un poco sobresaltado cuando expresó la convicción de que el que había entonado aquella melodía mística pertenecía a uno del grupo allí presente, que ejercitó para tal fin una facultad que comúnmente no se poseía. No se aventuró a conjeturar quién era esa persona y era incapaz de descubrirlo (por los indicios que revelaba, parecía sospechar de mí). Se extendió con gran profundidad y fecundidad de ideas sobre las utilidades para las que se podría usar semejante facultad. Dijo que resultaba imposible concebir una máquina más poderosa por la cual los ignorantes y los crédulos pudieran ser moldeados de acuerdo con nuestros propósitos; controlada por un hombre de talento, le abriría las avenidas más rectas y seguras hacia la riqueza y el poder.

Sus comentarios incitaron en mí una nueva corriente de pensamientos. Hasta ahora no había considerado el tema bajo esa luz, aunque algunas ideas vagas sobre la importancia de mi arte ocasionalmente me eran sugeridas. Me aventuré a inquirir acerca de los planes en los que un don como éste podía ser empleado, con el fin de averiguar las consecuencias de los efectos que mencionó.

Principalmente, habló de representaciones generales. Los hombres, dijo, creían en la existencia y energía de poderes invisibles, y en el deber de descubrir y obedecer sus voluntades. Se suponía que a veces esta voluntad les era revelada a través de sus

sentidos. Una voz que provenía de un lugar donde no se distinguía a nadie, en la mayoría de los casos, se le adjudicaría a un ente sobrenatural; y una orden impuesta a ellos de esta misma forma, sería obedecida con religioso escrúpulo. De ese modo, los hombres podrían ser dirigidos para que se deshicieran de sus riquezas, propiedades e incluso de sus vidas. La gente, actuando por un equivocado sentido del deber, podría bajo esta influencia ser conducida a la realización tanto de los actos más atroces como de los más heroicos. Si era su deseo acumular riquezas o establecer una nueva secta, no le haría falta ningún otro instrumento.

Presté atención a ese extraño discurso con gran avidez, y lamenté el momento en que creyó oportuno introducir temas nuevos. Finalizó pidiéndome que fuera a visitarle, a lo cual asentí con ansiedad. Cuando me quedé solo, mi imaginación se vio invadida por las imágenes sugeridas en nuestra conversación. La desesperanza que recientemente había albergado por una mejor suerte, ahora cedió su lugar a una alegre confianza. Los motivos de rectitud que deberían impedirme llevar a cabo este tipo de imposturas jamás fueron estables o firmes, y se vieron aún más debilitados por los artificios de los que ya era culpable. Ante mis ojos, la utilidad o inocencia del fin justificaba los medios.

Ningún acontecimiento fue más inesperado para mí que el que mi tía nombrara heredera a su doncella. El testamento que le dejaba todo a ésta última fue redactado antes de que yo llegara a la ciudad. Por lo tanto, no me sorprendía que en el pasado mi tía lo estableciera así, sino que no lo hubiera cancelado o modificado por otro. Mis deseos me incitaban a pensar en la existencia de uno posterior, pero llegué a la conclusión de que estaba más allá de mi poder establecer su existencia.

Sin embargo, ahora comenzaba a desarrollarse en mi interior otra opinión. Esa mujer, como todas las de su sexo y de su clase, era iletrada y supersticiosa. La fe que tenía en las apariciones y en los encantamientos resultaba de lo más viva. ¿No despertaría su conciencia una voz procedente de ultratumba? A medianoche y sola, mi tía podría aparecer para reprenderla por su injusticia, ordenándole que la enmendara reconociendo el derecho de su justo propietario.

Cierto era que tal vez no existiera ningún otro testamento, pero ello se debía a algún error o a la negligencia. Probablemente, ella tenía la intención de cancelar el antiguo, pero ese acto quizá se vio relegado por su propia debilidad, o por las argucias de su criada, hasta que su muerte lo impidió. En cualquier caso, una orden de la difunta no sería desobedecida.

Consideraba a esa mujer como la usurpadora de mi propiedad. Tanto su esposo como ella eran trabajadores y codiciosos; su buena suerte no había cambiado la forma que tenían de vivir, sino que seguían siendo tan frugales y ansiosos por ahorrar como siempre. En sus manos, el dinero resultaba algo inerte y estéril, o servía para fomentar sus vicios. Por lo tanto, arrebatárselo significaba un beneficio para ellos y para mí; ni siquiera se les infligiría un daño imaginario. La restitución, si se realizaba de forma legal, sería un proceso lento y doloroso, pero si era decretada por el Cielo,

lo harían de forma voluntaria; y la realización de un deber aparente llevaría consigo su propia recompensa.

Estos razonamientos, ayudados por mi inclinación, bastaron para decidirme. No albergaba ninguna duda, pero su falacia habría sido detectada posteriormente y mi plan sólo traería confusión y remordimientos. Sin embargo, mi destino se interpuso entre estas consecuencias, igual que en el primer ejemplo citado, y me salvó.

Una vez tomada la decisión, hacía falta ejecutar varios actos preliminares que requerían meditación y tiempo; mientras tanto, cumplí la promesa que le hiciera a Ludloe y le visité. Recibí una bienvenida franca y cálida. No resultaría fácil plasmar el deleite que experimenté en la sociedad de este hombre. En un principio, me vi oprimido por mi propia inferioridad de edad, conocimientos y clase. De ahí que surgieran innumerables reservas y una frustrante timidez; sin embargo, pronto se desvanecieron por la fascinación que despertaba su trato. Con el tiempo, dicha superioridad se tomó más conspicua: pero, al no parecer estar en su mente, dejó de resultarme incómoda. Con frecuencia debía responder a mis preguntas y rectificar mis errores; no obstante, el escrutinio más avezado no me reveló en sus modales ni un rastro de arrogancia o desprecio. Daba la impresión de no cesar de hablar debido a la cantidad de ideas que fluían en su cabeza o por un deseo benevolente de impartir información.

Gradualmente, mis visitas se hicieron más frecuentes. Mientras tanto, mis deseos se incrementaban y la necesidad de cambiar mi situación se tomó más urgente. Ello me incitó a meditar en el plan tramado. El momento y el lugar adecuados para mi propósito no fueron elegidos sin ansiedad y asiduas dudas. Cuando por fin los establecí, el intervalo que debía pasar hasta ejecutar mi objetivo transcurrió con inquietudes y suspenso. No logré ocultárselos a mi nuevo amigo y, finalmente, me inquirió sobre lo que los causaba.

Resultaba imposible comunicarle toda la verdad; aunque la amabilidad de su trato me inspiró cierto grado de ingenuidad. No le oculté mis antiguas esperanzas ni mi actual condición desahuciada. Me escuchó sin mostrar ninguna expresión de simpatía, y cuando terminé, con brusquedad me preguntó si ponía alguna objeción a realizar un viaje a Europa. Le respondí que no. Entonces, comentó que se estaba preparando para partir a la noche siguiente y me aconsejó que me decidiera a acompañarle.

Esa proposición inesperada me causó placer y sorpresa, pero la falta de dinero me pareció un obstáculo insuperable. Cuando se lo mencioné, se rió y, como al descuido, indicó que el obstáculo era fácilmente salvable, ya que él mismo correría con los gastos de mi viaje.

La extraordinaria generosidad de ese acto, lo mismo que la despreocupación con que fue hecho, me obligó a dudar de la sinceridad de su oferta, y cuando sus nuevas invitaciones despejaron mis vacilaciones, no pude evitar expresarle de inmediato que no era merecedor de ese gran gesto.

Me respondió que la generosidad no tenía significado alguno en su vocabulario y, de tenerlo, significaba más bien un vicio. Esto tenía que ver con su esfuerzo por ser justo. Se trataba de la suma del deber humano, y aquel que no mantuviera, estuviera al margen o sobrepasara la justicia era un criminal. Lo que me brindaba podía o no corresponderme. Si así era, no dejaba de ser razonable que yo se lo exigiera. El mérito por un lado y la gratitud por el otro resultaban contradictorios e ininteligibles.

Si yo estaba convencido de que ese beneficio no me correspondía y, sin embargo, lo aceptaba, me despreciaría. La rectitud de mis principios y conducta serían la medida de su aprobación, y él jamás le proporcionaría beneficio alguno a aquel que no tuviera derecho a ello, y no se sentiría un criminal por negarlo.

Estos principios no resultaban una novedad en Ludloe, aunque, hasta ahora, yo los contemplé como el fruto de una especulación azarosa. Jamás los rastree hasta sus consecuencias prácticas, y si su comportamiento en esta ocasión no se hubiera adecuado a sus creencias, no le habría tachado de incoherente. En ese instante no medité de lleno en ello: cosas de gran importancia acaparaban mis pensamientos.

Ya se quitaba un obstáculo. Una vez que concluyera el viaje, ¿cómo subsistiría en mi nueva morada? Oculté mi perplejidad y él lo inquirió con su estilo habitual. Me preguntó cómo pretendía vivir en mi propio país. Como mínimo, los medios para la subsistencia estarían a mi alcance tanto allí como aquí. En lo referente a la presión de la necesidad inmediata y absoluta, creía que no corría un gran riesgo. Con un talento como el mío, debía estar perseguido por un destino peculiarmente maligno si no era capaz de cubrir mis necesidades allí donde mi destino me mandara.

No obstante, me daría una asignación para mi seguridad y paliar mi desconfianza, y eliminaría mis miedos expresando cuáles eran sus intenciones respecto a mí. Sin embargo, debía ser consciente de su verdadera intención. Se esforzó por evitar todas las cosas malignas y dolorosas, y, por lo tanto, se abstuvo de realizar alguna promesa. Le parecía justo ayudarme en este viaje y, probablemente, era igual de justo continuar con semejante asistencia una vez que hubiera finalizado. Ciertamente, ése era un tema que, hasta cierto punto, se hallaba dentro de mi dominio. Me ofrecería su ayuda de acuerdo con mis necesidades y méritos: yo sólo debía cerciorarme de que mis demandas eran justas para que fueran admitidas.

El plan me pareció aceptable. Anhelaba conocer nuevos paisajes: jamás sería peor que mi situación actual. Confiaba en la constancia de la amistad de Ludloe; por lo menos, era mejor que esperar el éxito de mi impostura con Dorothy, la cual adopté sólo como un recurso desesperado. Finalmente, decidí embarcar con él.

Mi mente se mantuvo muy ocupada en el transcurso del viaje. Con excepción de nosotros, no había más pasajeros, de modo que tuve tiempo de meditar en mi condición y en el carácter de Ludloe. No ha de suponerse que fui un observador disperso o indiferente.

No ocurrió ninguna vicisitud ni hubo vacíos en el discurso de mi amigo. Sus sentimientos parecieron mantener una índole inmutable, y sus pensamientos y

palabras fluir siempre con la misma velocidad. Su sueño era profundo y su vigilia serena. Era constante y templado en todos sus ejercicios y gratificaciones. De ahí provenían sus claras percepciones y su salud exuberante.

El trato que me dispensó, como sus otras operaciones mentales y corporales, modelados en una pauta inflexible. Ciertos escrúpulos y detalles incidieron en mi situación. Él no parecía percatarse de su existencia, pero, en un estado de absoluta igualdad, nada le parecía inconsistente.

Naturalmente, me mostré curioso acerca de su fortuna y las circunstancias paralelas a su condición. Mi sentido de la educación me impidió formular preguntas directas. De forma discreta, sólo pude averiguar que su situación era opulenta e independiente, y que tenía dos hermanas en similar situación.

A pesar de que durante las conversaciones que manteníamos parecía estar dominado por el mayor de los candores, no proyectó ninguna luz sobre su vida pasada. Conjeturé que el propósito de su visita a América sólo se debía al interés por gratificar su curiosidad.

Se suponía que lo único que debía ocupar mi atención era mi futuro. En este aspecto carecía de un punto de vista sólido. Sin tener una profesión o una ocupación en la industria, ni fuentes permanentes de ingresos, el mundo me parecía un océano en el que mi barco flotaba a la deriva, sin compás ni velas. Y aquel en el que estaba a punto de entrar era completamente desconocido, y aunque podía consentir la guía de alguien, me sentía reacio a depender de otros.

Al ser éste el tema más próximo a mi corazón, con frecuencia lo introducía en la conversación con mi amigo; sin embargo, aquí siempre se dejaba guiar por mí, mientras que en otros tópicos se mostraba muy celoso por dirigir el rumbo. Cada plan que proponía era recibido con ciertas objeciones. Todas las profesiones liberales se veían censuradas como corruptoras del entendimiento, ya que alimentaban el deseo de ganancias o imbuían a la mente con principios erróneos. En ellas se aprendía muy despacio, y el éxito, a pesar de que debía pagarse con la integridad y la independencia, resultaba dudoso e inestable. Las profesiones mecánicas eran igual de desagradables; enviciaban al contribuir a las falsas gratificaciones de los ricos, multiplicando los objetos de lujo; representaban la destrucción para el intelecto y el vigor del artesano; enervaban su cuerpo y brutalizaban su mente.

Cuando le indiqué la necesidad de algún tipo de trabajo, la admitió de manera tácita, pero se negó a ayudarme en la elección, la cual, aunque no libre de defecto, aún debería mostrar pocos inconvenientes. Insistió en nuestras pocas necesidades actuales, en las tentaciones que venían con la posesión de riquezas, en los beneficios de la reclusión y la intimidad, y en el deber que teníamos de quitarnos de la mente los prejuicios que gobernaban el mundo.

Su discurso únicamente sirvió para perturbar mis puntos de vista y aumentar mi perplejidad. El efecto resultó tan completo, que por fin desistí de hacer alguna alusión al tema y me afané por apartar mis propios pensamientos de él. Una vez que

finalizara nuestro viaje, cuando viera todo el nuevo escenario, creí que estaría cualificado para juzgar las medidas a adoptar.

Finalmente llegamos a Belfast. Desde allí partimos de inmediato hacia Dublín. Fui admitido como un miembro de la familia. Cuando le expresé mi incertidumbre sobre cuál era el lugar adecuado en el que debía morar, me invitó de forma directa aunque cordial a permanecer en su casa. Las circunstancias no me permitían otra opción, así que acepté gustoso. Durante un tiempo, mi atención se vio concentrada en una diversa sucesión de objetos nuevos. En cuanto la novedad se desvaneció, me sentí libre para meditar en mi compañero y en mí mismo, y aquí sí que disponía de temas abundantes.

La casa era espaciosa y cómoda, con profusión de muebles elegantes. Se me asignó una serie de habitaciones en las que se me permitía ejercer el control absoluto, al tiempo que dispuse de acceso a una biblioteca bien equipada. Me servían la comida en mi propio cuarto, preparada según las directrices que estipulé previamente. En ocasiones, Ludloe solicitaba mi compañía para compartir el desayuno, momento en el que pasábamos una hora de vivaz conversación. El resto del tiempo era invisible; como sus habitaciones estaban completamente separadas de las mías, no disfruté de la oportunidad de comprobar de qué forma pasaba sus horas.

Defendía ese modo de vida como el más compatible con la libertad. Se deleitaba en explayarse sobre los males de la convivencia. Los hombres, sujetos al mismo régimen, obligados a comer y dormir a ciertas horas, eran extraños a cualquier independencia y libertad racionales. La sociedad jamás quedaría exenta de la servidumbre y la miseria hasta que esos lazos artificiales que unían a los seres humanos bajo el mismo techo se disolvieran. Se afanaba por regular su propia conducta con el fin de perseguir esos principios, y garantizarse toda la libertad posible que las reglas actuales de la sociedad le permitían. La misma independencia que reclamaba para sí la hacía extensible a mí. La distribución de mi propio tiempo, la elección de mis ocupaciones y compañeros debían ser de mi pertenencia.

Pero, aunque al escuchar sus argumentos no podía negarles valor, gustoso habría cedido tales privilegios. La soledad en que vivía se tomaba más dolorosa cada día que pasaba. Comía y bebía, disfrutaba de ropa y cobijo sin necesidad de ejercitar la previsión o el trabajo; daba paseos y me sentaba, salía y regresaba cuando quería y durante el tiempo que yo considerara adecuado; sin embargo, mi condición era una fuente fértil de descontento.

Me sentí alejado a una incómoda y fría distancia de Ludloe. Yo quería compartir sus ocupaciones y puntos de vista. Con toda su ingenuidad de aspecto y abundancia de pensamientos, siempre que me permitía su compañía, me sentía dolorosamente perplejo en lo referente a su verdadera condición y sentimientos.

En su poder estaba el que me presentara en sociedad, y sin dicha presentación, resultaba casi imposible obtener acceso a algún círculo social o chimenea de un salón. A esto, hay que sumar mis propios y oscuros proyectos y mi dudosa situación.

Alguna búsqueda intelectual haría más grato mi estado anímico, pero, hasta el momento, no había adoptado ningún plan de esa clase.

El tiempo no sirvió para mitigar mi insatisfacción. Aumentó hasta el punto de tomar la decisión de abrirle mis pensamientos a Ludloe. Durante el siguiente desayuno que compartimos, saqué el tema, explayándome sin reservas acerca del estado en que se encontraban mis sentimientos. Concluí suplicándole que me enseñara un sendero en el que mi talento pudiera resultarle útil a él y a la humanidad.

Después de una pausa de unos minutos, me preguntó qué iba a hacer.

—Usted olvida la inmadurez de su edad. Si está cualificado para interpretar un papel en el teatro de la vida, adelante; pero no es así. Lo que desea es conocimiento, algo que primero ha de adquirir. Para este fin, los medios están a su alcance. ¿Por qué ha de perder el tiempo en ociosidades y atormentarse con deseos que no le beneficiarán en nada? Tiene libros a mano, y de ellos puede aprender la mayoría de las ciencias e idiomas. Lea, analice, digiéralo; reúna hechos e investigue teorías, indague los dictados de la razón y proporciónese la inclinación y el poder para unirse a ellos. Legalmente hablando, hasta dentro de tres años no será un hombre. Dedique ese período de tiempo a la adquisición de sabiduría. Si quiere, quédese aquí o retírese a una casa que tengo a orillas del Killarney, donde encontrará todos los requisitos para el estudio.

No pude evitar el meditar acerca del tratamiento que este hombre me daba. Me era imposible aducir los derechos de una relación familiar; sin embargo, disfrutaba de los privilegios de un hijo. No me había impartido ningún plan de trabajo mediante el cual, finalmente, podría compensarle por los gastos que mi mantenimiento y educación le acarrearían. Me dio motivos para esperar la continuidad de su generosidad. Hablaba y actuaba como si mi fortuna estuviera completamente disociada de la suya, mas yo le debía la comida que me sustentaba. Ahora me proponía que me retirara a una vida de placentero estudio y romántica soledad. Todas mis necesidades, personales e intelectuales, me serían satisfechas de forma gratuita y copiosa. No se mencionó medio alguno por el cual pudiera compensarle tales beneficios. Al ofrecerlos, no parecía actuar teniendo en cuenta su última ventaja. No tomó ninguna medida para asegurarse mis servicios futuros.

Me obligué a abandonar esos pensamientos y observé que para que mi decisión fuera fructífera o útil, era necesario plantearme un objetivo. Debía pensar en una tarea que, a partir de entonces, me permitiera beneficiarme a mí o a otros, y a la cual debía dedicar todos los esfuerzos de mi mente con el fin de prepararme.

Mis argumentos le complacieron; y entonces, por primera vez, se dignó a brindarme sus consejos. Sin embargo, no expuso su plan de forma clara, sino indirecta y larga. Se encargó de hacer ver que cada nuevo paso dado pareciera sugerido por mis propios pensamientos. Sus propias ideas resultaban ser aparentemente el resultado del momento, surgiendo como continuación de la última discutida. Naturalmente, al ser improvisadas, eran propensas al debate. Sin embargo,

dichas objeciones, que a veces se me ocurrían a mí y otras a él, eran admitidas o replicadas con el mayor de los candores. Un plan era sometido a numerosas modificaciones antes de ser declarado inaceptable o dar pie a uno mejor. Fue fácil darnos cuenta de que los libros solos resultaban insuficientes para impartir todo el conocimiento; que la humanidad debía ser analizada con nuestros propios ojos con el fin de familiarizarnos con su naturaleza; que las ideas, reunidas por medio de la observación y la lectura, tenían que corregirse e ilustrarse mutuamente; que el valor de todos los principios, y su verdad, yacían en sus efectos prácticos. De ahí que, poco a poco, naciera la idea de la utilidad del viaje, de inspeccionar las costumbres y las maneras de una nación, de investigar *in situ* las causas de su felicidad y miseria. Finalmente, se determinó que España era el lugar más idóneo para la observación de un viajero sensato.

Se mencionó mi idioma, costumbres y religión como obstáculos; sin embargo, dichas dificultades se desvanecieron sucesiva y lentamente. Mi inmersión en los libros, la conversación con los nativos españoles, un propósito firme y una diligencia presta borrarían todas las diferencias entre los castellanos y yo respecto al idioma. Los hábitos personales eran susceptibles de ser modificados con los mismos medios. Nos costó un arduo trabajo conseguir superar los impedimentos a las relaciones libres que surgían de la religión imperante en España, al ser irreconciliable con la mía. Aquí pude ver la gran habilidad de Ludloe en acción.

Fui educado para considerar como algo incuestionable la falacia de la fe de Roma. Este convencimiento era corriente, nacido del prejuicio, y fue fácilmente demolido por los artificios de ese hombre lógico. Primero me incitó a conferirle una cierta aceptación a la doctrina de la Iglesia romana, pero dichas convicciones fueron fácilmente sometidas por una nueva argumentación, y, en un breve período de tiempo, retomé a mi antigua incredulidad, de modo que, si era un requisito mostrar una conformidad exterior hacia los derechos de España con el fin de lograr mi objetivo, tal conformidad debía ser simulada.

Hasta ese momento, mis principios morales habían sido confusos e imprecisos. Mis circunstancias me condujeron a la frecuente práctica de la insinceridad; sin embargo, mis transgresiones, siendo momentáneas y leves, no excitaban mucho mis anteriores pensamientos ni provocaron un remordimiento posterior. Pero mis faltas, aunque fáciles debido al hábito, bajo ningún aspecto eran apoyadas por mis principios. Y ahora proyectaba una impostura más profunda y premeditada; y, salvo que estuviera convencido de su rectitud, no podía albergar la esperanza de interpretar bien mi papel.

Mi amigo era el panegirista de la sinceridad. Se deleitaba en probar su influencia sobre la felicidad de la humanidad y creía que sólo la práctica universal de esta virtud era necesaria para el perfeccionamiento de la sociedad humana. Su doctrina era espléndida y hermosa. No resultaba fácil detectar sus imperfecciones, establecer las bases de la virtud en la utilidad y limitar, en esa escala, la funcionalidad de sus

principios básicos; ni ver que el valor de la franqueza, como el de cualquier otra modalidad de acción, consistía en su tendencia al bien, y que, por lo tanto, la obligación de decir la verdad no era fundamental o intrínseca: que mi deber estaba modelado en el conocimiento y la previsión de la conducta de otros, y que, como los hombres en su actual estado eran indecisos y engañosos, una justa estimación de las consecuencias a veces podría disimular mi obligación allí donde no surgiera en el acto la verdad. Cuando realicé este descubrimiento, me pareció algo conjunto. En Ludloe sólo veía pruebas de candor y una opinión incapaz de prejuicio.

Tal vez, los medios que este hombre empleó para acomodarme en su propósito le debían el éxito a mi juventud e ignorancia. Tal vez os haya dado ideas exageradas sobre su destreza y facilidad de palabra. O quizá yo no sea capaz de emitir un juicio preciso sobre él. Lo cierto es que ni el tiempo ni la meditación disminuyeron mi sorpresa ante la profundidad de sus planes y la perseverancia con la que los llevaba a cabo. Detallarlos me expondría al riesgo de resultar tedioso; sin embargo, con la excepción de los detalles más ínfimos, nada podría mostrar con suficiencia su paciencia y sutileza.

Bastará relatar que pasado un período suficiente de preparación, una vez hechos los arreglos para mantener una copiosa correspondencia con Ludloe, embarqué rumbo a Barcelona. Una infatigable curiosidad y dedicación vigorosa han distinguido mi carácter en cada momento. Aquí disponía de amplio espacio para ejercitar todas mis energías. Busqué un preceptor para mi nueva religión. Buceé en los corazones de los sacerdotes y confesores, de los *hidalgos* y plebeyos, monjes y prelados, y los devotos austeros y voluptuosos recibieron mi completo escrutinio.

El hombre era el tema principal de mi estudio, y la esfera social aquella en la que principalmente me movía; sin embargo, no distraje mi atención de la naturaleza inanimada ni relegué al olvido el pasado. Si el propósito de la virtud era el de mantener sano el cuerpo y proporcionar los máximos goces a cada uno de los sentidos, ordenando nuestro bagaje intelectual, jamás hubo una virtud más inmaculada que la mía. Si actuar sobre nuestros propios conceptos de lo que es correcto, al tiempo que erradicamos nuestras mentes de todo prejuicio y egoísmo en la formación de nuestros principios nos da derecho a hacer gala de una buena consciencia, con justicia yo podría reclamarla para mí.

No pretenderé establecer mi rango dentro de la escala moral. Vuestras nociones de las obligaciones difieren mucho de las mías. Si un sistema de engaño que se lleva a cabo sólo por el amor a la verdad, si la voluptuosidad, jamás gratificada a expensas de la salud, pueden ser objeto de censura, entonces soy censurable. Éste, ciertamente, no era el límite de mis desviaciones. A menudo practicaba de forma innecesaria el engaño, y mi facultad biloquial no permaneció quieta. Hasta cierto punto, lo que os sucedió a vosotros os podrá permitir juzgar las escenas en las que mis hazañas místicas me ocuparon. No obstante, en ninguna los efectos fueron desastrosos, ya que en su mayor parte eran el resultado de proyectos bien meditados.

Relatarlas sería una tarea inagotable. Fueron trazadas como simples medios de poder, con el fin de ilustrar la influencia de la superstición: para darle a los escépticos la consolación de la certidumbre, para aniquilar los escrúpulos de las tiernas doncellas o facilitar mi acceso a la confianza de los cortesanos o los monjes.

El primer logro de este tipo tuvo lugar en el convento de El Escorial. Durante algún tiempo, la hospitalidad de la hermandad me permitió ocupar una celda en ese magnífico y sombrío edificio. Esencialmente, me hallaba allí por los tesoros de la literatura árabe, que son preservados por los cuidados de un maronita instruido procedente del Líbano. Una noche, de pie en los escalones del gran altar, el fraile devoto se explayó en las evidencias milagrosas de su religión; en un momento de entusiasmo, invocó a San Lorenzo, cuyo martirio estaba representado ante nosotros. Apenas lo hizo, el santo, obsequioso a la plegaria, susurró sus respuestas desde el sepulcro, ordenándole al hereje que se pusiera a temblar y que creyera. Se informó del evento al convento. A regañadientes, no pude evitar prestar mi testimonio acerca de su verdad, y la influencia que ejerció sobre mi fe quedó claramente patente en mi conducta posterior.

En Sevilla, una dama de alcurnia que era culpable de varias indulgencias prohibidas, finalmente despertó al remordimiento debido a una voz que le llegó del cielo y que ella imaginó que le ordenaba expiar sus pecados absteniéndose de comer durante treinta días. Sus amigos descubrieron que era imposible persuadirla de que no lo hiciera, incluso de vencer su decisión por medio de la fuerza. Dio la casualidad de que yo fui uno de tantos de la compañía en que se hallaba. Se mencionó que se trataba de una ilusión fatal, y la dama dispuso de una oportunidad para defender su determinación. Durante una pausa en su discurso, se escuchó una voz procedente del techo que confirmó la veracidad de su historia, pero que, al mismo tiempo, cancelaba la orden y, en consideración hacia su fe, pronunciaba su absolución. Satisfechos con esta prueba, los oyentes descartaron su incredulidad y la dama consintió en comer.

Todas estas observaciones las presenté en el transcurso de la abundante correspondencia mantenida con Ludloe. Un sentimiento que apenas puedo describir me indujo a guardar silencio acerca de las aventuras relacionadas con mis proyectos bivocales. Sobre otros temas, le escribí abiertamente y sin reparos. Le plasmé con tonalidades vividas las escenas que me acontecían diariamente, e intrépidamente planteé las especulaciones que se me ocurrían referentes a la religión y al gobierno. Ludloe animaba este espíritu epistolar, al tiempo que analizaba mi narrativa y multiplicaba las deducciones de los principios que planteaba.

Me enseñó a atribuir las maldades que asolan nuestra sociedad a los errores de opinión. La absurda y desigual distribución del poder y la propiedad daban lugar a la pobreza y la riqueza, las cuales eran la fuente del lujo y los crímenes. Admití estas posturas en el acto; sin embargo, la cura para dichas enfermedades, los medios de rectificar tales errores, no resultaban fáciles de descubrir. Siempre nos hemos inclinado a imputárselos a los defectos inherentes de la constitución moral del

hombre; que la opresión y la tiranía florecen por una especie de necesidad natural, y que sólo se extinguirán cuando la especie humana desaparezca. Él se afanó por demostrar que ése no era el caso, que el hombre es una criatura de sus circunstancias, que es capaz de mejorar sin límites, y que dicho progreso había sido detenido por los medios artificiales del gobierno; que, una vez se extirpara éste, los más grandes sueños jamás imaginados se podrían llevar a cabo.

De la exposición de los detalles de los males que existen en nuestras actuales instituciones, usualmente pasaba a delinear algún plan de felicidad utópica, donde el imperio de la razón suplantaría al de la fuerza; donde la justicia sería universalmente entendida y practicada; donde la humanidad vería que el interés del grupo y del individuo eran los mismos; donde el bienestar público sería el fin de toda actividad; donde las tareas realizadas por todos serían las mismas y los medios de subsistencia distribuidos con igualdad.

Nadie podía contemplar las imágenes que trazaba sin quedar extasiado. El alcance de su comprensión y amplitud llenaban la imaginación. Yo era reacio a creer que en ninguna parte del mundo o durante alguno de sus períodos no se realizarían estas ideas. Resultaba claro que las naciones de Europa tendían a una mayor depravación y que siempre serían presas de perpetuas vicisitudes. Cualquier intento individual de reforma resultaría infructuoso. Por lo tanto, aquel que deseara la difusión de los principios correctos, que deseara establecer un sistema justo en toda una comunidad, debería lograrlo por medio de algún método extraordinario.

Con ese estado mental recordé mi país de origen, donde unos pocos colonos de Inglaterra sembraron el germen de las empresas populosas y grandes. A pesar de que en su nueva morada radicaba toda clase de prejuicios, tal fue la influencia de las nuevas circunstancias, la necesidad de velar por su propia felicidad, de adoptar formas sencillas de gobierno, en las que se excluían a nobles y reyes del sistema, que disfrutaban de un cierto grado de gozo muy superior al del estado paterno.

Conquistar los prejuicios y cambiar las costumbres de millones es imposible. La mente humana, expuesta a las influencias sociales, inflexiblemente sigue la dirección que se le impone; sin embargo, por la misma razón que los hombres que comienzan con un error continuarán así, se puede esperar que aquellos que se inician con la verdad persistan en ella. En ambos casos el hábito y el ejemplo actuarán con la misma fuerza.

Dejad que algunos, suficientemente iluminados y desinteresados, vayan a morar a una región virgen. Dejad que su esquema social se base en la equidad y, sin importar lo pocos que sean, su crecimiento hasta convertirse en una nación es inevitable. Entre otros efectos de la justicia nacional, ha de establecerse el del rápido aumento de la población. Exentos de tareas serviles y costumbres perversas, con propiedades, sabiduría y salud, unos cientos, con una rapidez inconcebible, aumentarán hasta ser miles y millones. Y un nuevo pueblo, educado en la verdad, puede en unos pocos siglos inundar el mundo habitable.

¡Ésas eran las visiones de la juventud! No lograba desterrarlas de mi cerebro. Sabía que estaban poco elaboradas, aunque creía que la decisión les daría solidez y forma. Mientras tanto, se las comenté a Ludloe.

En respuesta a las meditaciones y especulaciones que le envié respecto al tema, él me informó que condujeron a su mente a una nueva esfera de pensamiento. Durante mucho tiempo estuvo considerando de qué forma podría promover mi felicidad. Mantuvo la fugaz esperanza de que algún día yo estuviera cualificado para ostentar el puesto al que le habían ascendido a él. Dicho cargo requería una elevación y estabilidad de miras que los seres humanos casi nunca alcanzan y que sólo se logra por medio de una larga serie de trabajos heroicos. Hasta la fecha, cada nueva etapa de mi avance intelectual le añadía vigor a sus esperanzas, y albergaba una creencia más fuerte que antes de que mi carrera tendría un final auspicioso. No obstante, y de forma necesaria, aún se hallaba distante en el futuro. Primero debían establecerse otras cosas, debían conseguirse muchos logros arduos y mi virtud verse sujeta a pruebas severas. De momento, no le era posible ser más explícito, pero si mis reflexiones no sugerían un plan mejor, me aconsejaba terminar mis asuntos en España y regresar de inmediato a su lado. El conocimiento que tenía de este país sería de una gran utilidad, suponiendo que llegara finalmente a los honores a los que él aludió; y algunas medidas preparatorias sólo podían llevarse a cabo con su ayuda y en su compañía.

Obedecí con ansia y en breve tiempo arribé a Dublín. Mientras tanto, mi mente estuvo muy ocupada analizando la carta de mi amigo. Su trama, fuera la que fuere, parecía haber surgido de la sugerencia de mi plan de colonización y por la preferencia que sentía yo de producir de ese modo unos efectos extensos y permanentes en la condición de la humanidad. Por lo tanto, resultaba fácil conjeturar que dicho plan se había llevado a cabo bajo ciertas condiciones y modificaciones misteriosas.

Siempre me dejó perplejo que un camino tan obvio se hubiera pasado por alto. El globo en el que habitábamos era muy poco conocido. Existían razones para creer que las regiones y naciones inexploradas superaban en extensión y, tal vez, en población a aquellas que nos resultaban familiares. La orden de los Jesuitas proporcionó un ejemplo de los errores y excelencias de semejante plan. Su esquema se basó en equivocadas ideas de religión y política, y, de manera absurda, eligió un lugar, Paraguay, al alcance de la injusticia y ambición de algún tirano europeo.

Resultaba sabio y fácil beneficiarse de su caso. Apoyándose en los dos pilares de la fidelidad y la tenacidad, una asociación podía existir durante eras enteras en el corazón de Europa al tiempo que su influencia podía dejarse sentir y ser ilimitada en alguna región del hemisferio sur; y su estructura moral y política podía ser elevada hasta el crecimiento de la pura sabiduría, completamente distinta a los fragmentos de la barbarie romana y germánica, que recubren el rostro de lo que llaman naciones civilizadas. Entonces, creció en mi mente la convicción de que tal plan se había llevado a cabo en realidad, y que Ludloe fue partícipe en él. Con esta suposición se

explicaba ampliamente la cautela con la que abordó el tema, la ardua prueba a la que un candidato debía someterse en esta fase y el rigor con la que debían probarse su fortaleza y virtud. Yo me hallaba demasiado imbuido de veneración por los efectos de semejante trama, y confiaba en la rectitud de Ludloe como para negar mi participación en algo en lo que, finalmente, mis aptitudes podrían ser elevadas a su justa naturaleza.

Nuestra entrevista resultó franca y afectuosa. Le encontré igual que antes. Su aspecto, modales y actitud eran los mismos. Una vez más me sumergí en mi antiguo modo de vida, aunque nuestra relación se hizo más frecuente. Constantemente desayunábamos juntos, y nuestras conversaciones, por lo usual, se prolongaban hasta mediada la mañana.

Durante un tiempo, tocamos temas generales. Consideré adecuado dejar que fuera él quien introdujera los pertinentes a nuestro intercambio epistolar; sin embargo, no demostró tener inclinación a hacerlo. Su reserva despertó cierta sorpresa y comencé a sospechar que fuera el que fuere el designio trazado para mí, había sido hecho a un lado. Al fin, con el propósito de confirmarlo, me atreví a llamar su atención respecto a su última carta y a preguntarle si una reflexión posterior le hizo cambiar de parecer.

Contestó que sus puntos de vista eran demasiado importantes como para ser plasmados o descartados de forma apresurada; el puesto que mencionó, cuya consecución únicamente dependía de mí, se hallaba muy por encima de las gentes vulgares y debía ser obtenido con años de solicitud y trabajo. Por lo menos, era verdad en lo concerniente a las mentes corrientes, quizá yo mereciera ser tenido en cuenta como una excepción y fuera capaz de conseguir en unos pocos meses aquello para lo que los demás debían esforzarse durante toda una vida.

El hombre, continuó, es el esclavo de la costumbre. Convéncele hoy de que su deber le conduce en línea recta y avanzará, aunque a cada paso su fe se tambaleará; la costumbre reconquistará su imperio, y mañana dará media vuelta o se adentrará por senderos más oblicuos.

Jamás llegamos a conocer nuestra fuerza hasta que se pone a prueba. La virtud, hasta que no se ve confirmada por el hábito, es un sueño. Uno es un ser imbuido de errores y al que se puede vencer con una ligera tentación. La investigación profunda ha de iluminar tus opiniones, y la costumbre de encontrarte con la tentación, derrotándola, debe inspirar tu fortaleza. Hasta que esto se consiga, no estarás cualificado para ese puesto, en el que serás investido con atributos divinos y donde dirigirás la condición de una gran parte de la humanidad.

No confíes en la firmeza de tus principios o en la constancia de tu integridad. Mantén siempre atento y temeroso. Jamás pienses que ya posees el conocimiento suficiente, y no permitas que tu cautela se relaje ni un instante, ya que jamás sabes cuándo se encuentra próximo el peligro.

Reconocí la justicia de sus consejos y me ofrecí por propia voluntad a soportar cualquier ordalía que la razón prescribiera. ¿Cuáles eran las condiciones? ¿De qué

dependía mi promoción al puesto al que había aludido? ¿Era necesario ocultarme la naturaleza y las obligaciones de ese rango?

Estas preguntas le sumieron en una meditación más profunda. Después de una pausa en la que se notó cierta perplejidad, me respondió:

—Apenas sé qué decirte. No reclamo ninguna promesa de ti. Hemos llegado a un punto en el que es necesario mirar alrededor de uno con cautela, en el que han de conocerse con exactitud las consecuencias. Un número de personas están unidas para conseguir un fin de importancia. Que pertenezcas a ese grupo depende de ti. Entre las condiciones de su alianza, se encuentran la fidelidad y el secreto.

»Su vida depende de esto: sólo ellos la conocen. Este secreto ha de preservarse por todos los medios posibles. Al contarte tanto, hasta cierto punto te he informado de su existencia, aunque aún ignoras el objetivo contemplado en dicha asociación y a todos los miembros, con excepción de mi persona. Hasta ahora, no se ha revelado nada peligroso; sin embargo, esta ocultación no es suficiente. Te explico esto porque es inevitable. Los individuos que componen la fraternidad no son inmortales, y los puestos vacíos dejados por la defunción han de ser llenados de entre los vivos. El candidato debe estar instruido y preparado, y siempre tiene la libertad de retirarse. Su raciocinio debe aprobar las obligaciones y deberes de su cargo, de lo contrario, no está capacitado para él. Si rehúsa, todavía ha de cumplir con una cláusula: mantener un silencio inviolable. Para ello no se le exige ninguna promesa. Ha de sopesar las consecuencias y decidir con entera libertad; sin embargo, entre ellas se encuentra su propia muerte.

»Ésta no se llevará a cabo por venganza. El verdugo comentará que aquel que lo contó una vez es muy probable que lo haga una segunda y, para impedirlo, el traidor ha de morir. Tampoco es la única consecuencia. Para evitar cualquier revelación, aquel al que se ha hecho partícipe del secreto también ha de perecer. No debe consolarse con la noción de que su falta no se conocerá. Por ningún medio humano se puede impedir que la fraternidad lo descubra. Ciertamente, muy raro será que su intención no se desvele antes de que pueda delatarla, y ello se evitará con su desaparición.

»Sé muy consciente de tu condición. Lo que ahora o después pueda mencionarte, no lo repitas a nadie. No albergues ni una sola duda de la necesidad de ocultárselo al mundo. Hay ojos que percibirían dicha vacilación en los rincones más profundos de tu corazón; entonces, tu vida será sacrificada al instante.

»De momento, cancelemos esta conversación. Reflexiona profundamente en el deber que ya has adquirido. Piensa en tu fuerza de espíritu y ve con cuidado de no someterte a obligaciones imposibles de cumplir. Siempre estará a tu alcance rehusarlo. Incluso después de que hayas sido reclutado de manera solemne como miembro, podrás consultar con los dictados de tu propia comprensión y abandonar tu puesto; pero mientras vivas, la promesa del silencio no te abandonará nunca.

»No buscamos el sufrimiento o la muerte de nadie; sin embargo, nos gobierna un

cálculo inmutable. La muerte ha de aborrecerse; no obstante, la vida del traidor causará más daño que su aniquilamiento; por lo tanto, eso elegimos para él, y nuestros medios son instantáneos y precisos.

»Yo te quiero. Y el primer impulso de este amor es disuadirte de que sepas más. Tu mente bullirá con ideas, tus manos se hallarán perpetuamente ocupadas con un propósito en el que ningún ser humano, fuera de nuestra hermandad, debe inmiscuirse. Créeme, yo he realizado el experimento, y comparado con esta tarea del secreto inviolable, todas las demás resultan fáciles. El silencio no bastará; el no conocer jamás la disminución de tu celo o vigilia no será suficiente. Si la sagacidad de otros detecta tu ocupación, sin importar lo que te afanes por ocultarla, tu final queda ratificado, al igual que el de aquel miserable cuyo destino malvado le indujo a perseguirte.

»Sin embargo, si tu fidelidad no te falla, grande será tu recompensa. Por todos tus esfuerzos y devoción, amplia será la retribución. Hasta ahora has estado sumido en la oscuridad y la tormenta; entonces serás elevado a un elemento puro y apacible. Sólo por un breve período de tiempo te dominará la tentación, y tu camino será laborioso. En unos pocos años se te permitirá retirarte a una tierra de sabios, y el resto de tu vida se deslizará en los gozos de la beneficencia y el conocimiento.

»Piensa mucho en lo que he dicho. Investiga tus propios motivos y disponlos para someterlos a numerosas pruebas de peligros y experimentación.

Aquí mi amigo cambió de tema. Yo ansiaba retornar al que nos ocupó y obtener más información al respecto, pero él no cesó de repeler todos mis intentos e insistió en que le otorgara una atención profunda e imparcial a lo que ya había comentado. Acepté en el acto su consejo. Mi mente se negaba a reconocer cualquier otro tópico de contemplación.

Todavía carecía de todo indicio acerca de la naturaleza de esta fraternidad. Se me permitía formar conjeturas, y los incidentes previos sólo conferían una forma única a mis pensamientos. Al repasar los sentimientos y comportamiento de Ludloe, mi fe no paraba de adquirir más fuerza. Incluso recordé insinuaciones y alusiones ambiguas durante su discurso que rápidamente resolví en base a la suposición de la existencia de un nuevo modelo de sociedad situada en algún ignoto rincón del mundo.

No comprendí por completo la necesidad del secreto; no obstante, quizá se explicara cuando llegara a conocer la conexión que existía entre Europa y esa colonia imaginaria. Pero, ¿qué tenía que hacer? Estaba dispuesto a respetar las condiciones. Mi entendimiento de la situación quizá no aprobara todos los fines de dicha fraternidad, y tenía la libertad de retirarme de ella o negarme a aliarme con ellos. Sin duda resultaba razonable que la obligación del secreto siguiera siendo un requisito indispensable.

Dio la impresión de que el propósito de Ludloe era mitigar más que aumentar mi celo. Desalentó todos mis intentos por reanudar la charla. Insistió en la dificultad del puesto al que yo aspiraba, la tentación que continuamente me acosaría de violar mi

deber, la inevitable muerte que esta ruptura provocaría y el largo aprendizaje al que estaría obligado a someterme antes de ser declarado apto para entrar en ese cónclave.

A veces, mi valor se sentía menguado ante esas visiones. Sin embargo, mi celo siempre renacía. Finalmente, se declaró dispuesto a ayudarme en el logro de mis deseos. Expuso que para dicho fin era necesario que me informara de una segunda obligación que cada candidato debía asumir. Antes de que nadie fuera declarado cualificado para entrar, debía ser conocido en todos los detalles por sus asociados. Para ello, tenía que exponer todos y cada uno de los hechos de su propia historia, junto con los secretos que anidaban en su corazón. Estaba obligado a comenzar revelándole esas confesiones referentes a mi vida pasada a Ludloe, prosiguiendo la comunicación de cada nuevo pensamiento y ocurrencia en fechas estipuladas. La confianza debía ser absolutamente ilimitada: no se admitía ninguna excepción y no había que practicar ninguna reserva; la pena a esta infracción era la misma que a la anterior. Se emplearían unos medios con los cuales se detectaría cualquier desviación, y la consecuencia mortal sería inmediata e inevitable. Si el secreto resultaba difícil de practicar, la sinceridad, en el grado que aquí se me demandaba, era una tarea infinitamente más ardua, para lo cual requería un período de meditación antes de tomar una decisión. Disponía de libertad absoluta para pensarlo; no, cuanto más tiempo dedicara a ello, mejor. Sin embargo, en cuanto entrara en aquel sendero, ya no estaría en mi poder dar marcha atrás. Una vez que hubiera jurado solemnemente ser sincero, cualquier reserva o engaño me costaría la vida.

Ciertamente, era algo que debía meditar con seriedad. En lo que a mi amigo concernía, hasta ahora yo era culpable de ocultarle algo. Está claro que no teníamos establecida ninguna relación formal, pero era consciente de una especie de obligación tácita de no escatimarle nada de mi vida personal. Este conocimiento era la fuente de una ansiedad continua. En numerosas ocasiones practiqué mi facultad bivocal; sin embargo, durante la correspondencia mantenida con Ludloe, no le conté nada al respecto. Era difícil explicar dicha reserva. En gran medida se debía a la costumbre, aunque también creía que la eficacia de ese instrumento dependía de su secreto. Confiárselo a alguien significaría acabar con el privilegio del que disfrutaba; y me resultaba imposible prever quién más llegaría a conocerlo.

Cada día que pasaba multiplicaba las trabas a la confianza. La vergüenza me frenaba a reconocer mis reservas pasadas. De acuerdo con la naturaleza de nuestra conversación, Ludloe la estimaría injustificable, y despertar su indignación o desprecio me resultaba una tarea desagradable. Sin embargo, si yo persistía en el nuevo sendero que se me planteaba, debía eliminar todos los secretos: tenía que hacerle partícipe de uno que a mí me era precioso por encima de todos los demás; pero, al revelarle ocultamientos anteriores, correría el riesgo de despertar su sospecha y furia. Estos pensamientos me producían un embarazo considerable.

No obstante, existía un camino por el cual podría eliminar estas dificultades, siempre que, al mismo tiempo, no me lanzara de lleno a otras aún mayores. En otros

aspectos, mis confesiones podrían ser ilimitadas, aunque en este tema en particular quizá mantuviera mi secreto. Sin embargo, ¿no me sometería a peligros formidables? ¿Conseguiría que pasara desapercibido y nunca lo descubrieran?

Cuando consideré la naturaleza de mi facultad, la imposibilidad de ir más allá de la sospecha, ya que el agente sólo podía ser conocido por su propia confesión, e incluso que gran parte de la humanidad jamás llegaría a creerla, me sentí tentado a ocultarla.

En la mayoría de los casos se me trataría como a un mentiroso; sería considerado como una excusa absurda y audaz para verme libre de la sospecha de haber establecido un pacto con un demonio o de ser el emisario de un gran enemigo. Sin embargo, en este caso no existía razón alguna para temer tal imputación, ya que Ludloe rechazó las pretensiones preternaturales de estos sonidos etéreos.

En esta ocasión, mi conducta no se vio condicionada por la fe en la santidad inherente a la verdad. En este aspecto, él me enseñó a comportarme de acuerdo con las consecuencias inmediatas. Si en su totalidad, mi interés personal se veía beneficiado por decir la verdad, lo más adecuado era seguir dicha tendencia; pero si los resultados de mi investigación resultaban ser todo lo opuesto, ésta debía ser sacrificada sin ningún tipo de escrúpulos.

Mientras tanto, no me apresuré a tomar una decisión en un asunto de tanta importancia. Mi retraso no le pareció inaceptable a Ludloe, que aplaudió mi discreción y me instó a ser circunspecto. Mi atención se encontraba casi por completo centrada en este tema, y apenas tuve en cuenta otra ocupación o divertimento.

Un atardecer, después de haber pasado un día en mi habitación, intenté distraerme dando un paseo. Estaba concentrado en los incidentes acaecidos en España. Miré el paisaje que tenía delante de mí y no me aparté de mis pensamientos hasta haber andado unos cuantos kilómetros en dirección a Meath. La noche ya había caído y reinaba una oscuridad intensa debido a que la luna se hallaba oculta. Como estaba un poco cansado e indeciso por el camino a tomar, me senté en el mullido campo cubierto de hierba que había al lado del sendero. El lugar elegido se encontraba desierto y sumido en una oscuridad absoluta.

Transcurrió algún tiempo, cuando mi atención se vio atraída por el lento avance de un coche. Pronto apareció tirado por seis caballos, aunque arriba sólo iba el cochero en el postillón, sin ninguna luz que le guiara. Apenas pasó por el lugar en el que yo descansaba cuando alguien salió por debajo de la valla y cogió las riendas del caballo de vanguardia. Otro le ordenó al cochero que parara, amenazándole con la muerte inmediata si no obedecía. Un tercero abrió la puerta del coche y dijo a los pasajeros que descendieran y le entregaran el dinero y todo lo que llevaran de valor. Un grito de terror me indicó que allí había una dama, quien, con presteza, consintió en seguir con vida a cambio de sus bienes.

Ir desarmado en la vecindad de Dublín, especialmente de noche, siempre fue algo peligroso. Yo iba pertrechado con los instrumentos habituales de defensa. Estaba

deseando rescatar a la señora del peligro que la rodeaba, pero no sabía bien cómo llevarlo a cabo. Mi fuerza personal resultaba insuficiente contra tres rufianes. Después de meditarlo un momento, se me ocurrió una idea que de inmediato puse en práctica.

El canalla que se encontraba al lado del coche aún no había dispuesto de tiempo para recibir el botín cuando se escucharon varias voces, sonoras, clamorosas y firmes, procedentes de la dirección por la que habían aparecido. Moviéndome con rapidez, era fácil imitar el sonido de muchos pies. Los asaltantes se alarmaron y uno de ellos les instó a prestar atención. Los sonidos se incrementaron; al instante, emprendieron la fuga, aunque no sin antes disparar una pistola. No logré descubrir si la apuntaron a la dama o al cochero, y a que la detonación asustó a los caballos, que se lanzaron al galope a toda velocidad.

Me era imposible darles alcance; ignoraba si los ladrones se habían marchado y si, al continuar mi marcha, no caería en sus manos. Estos pensamientos me indujeron a proseguir mi camino y retirarme de la escena lo más rápidamente posible. Regresé a mi alojamiento sin ningún percance.

Ya he dicho que ocupaba habitaciones separadas de las de Ludloe. Podía entrar sin necesidad de molestar a la familia. Me apresuré a ir a mi estancia; sin embargo, me quedé muy sorprendido al encontrarle sentado a una mesa con una lámpara delante.

Mi confusión momentánea resultó mayor que la suya. Al descubrir que era yo, asumió su compostura habitual y explicó su presencia diciéndome que deseaba charlar conmigo de un tema de gran importancia, razón por la que vino a verme a mi habitación a hora tan avanzada. Contrariamente a lo esperado, no me encontró. Creyendo que pronto retornaría, se quedó a esperarme hasta ahora. No volvió a mencionar mi ausencia ni manifestó deseo alguno en conocer su causa, sino que procedió a mencionar el tema que le había traído hasta aquí. Éstas fueron sus palabras:

—No posees nada que la ley te permita llamar de tu propiedad. La justicia te permite que aquellos que puedan hacerlo cubran tus necesidades físicas; sin embargo, existen muy pocas personas que reconocerían dicho derecho, o que gastarían un átomo de su superficialidad para satisfacer tus deseos. A los que no te lo proporcionen por voluntad propia, no es correcto arrebatarélos por la violencia. Entonces, ¿qué se debe hacer?

»La prosperidad es necesaria para tu propia subsistencia. Es útil, ya que te permite satisfacer las necesidades de otros. Alimentar, vestir y cobijar es dar vida, aniquilar la tentación, liberar la virtud y propagar la felicidad. ¿Cómo puede obtenerse la propiedad?

»Bien puedes concentrar tu mente o tus manos en un trabajo. Puedes tejer medias o escribir poemas, y cambiarlos por dinero; pero son planes laboriosos y míseros. Los medios resultan desproporcionados con los fines, y no permitiré que lo hagas. Mi

justicia cubrirá tus necesidades.

»Sin embargo, la dependencia de la justicia de otros es una condición precaria. Ser el objeto es un estado menos noble que ser el suministrador de beneficios. Sin duda, deseas estar investido con riquezas y competencia, y tenerlas de acuerdo con la ley, no por la voluntad de un benefactor.

Se detuvo, como si esperara mi asentimiento a sus propuestas. En el acto expresé mi afinidad y mi ansia de seguir cualquier medio compatible con la honestidad. Continuó:

—Existen varios medios, aparte del trabajo, la violencia o el fraude. Es correcto elegir el más fácil a tu alcance. Y da la casualidad que lo tienes a mano. Unos ingresos de un par de miles al año, una gran mansión en la ciudad y otra en Kildare, con sirvientes ancianos y leales, más un magnífico mobiliario son cosas buenas. ¿Te gustaría poseerlas?

—Un regalo como ése —repliqué— ha de tener condiciones importantes. Me resulta imposible decidir antes de conocerlas.

—La única que hay es tu consentimiento para recibirlas. Ni siquiera tendrás necesidad de mostrar gratitud por aceptarlas. Por el contrario, al hacerlo, le proporcionarás el mayor de los beneficios a otra persona.

—No te comprendo. Seguro que habrá que dar algo a cambio.

—Nada. Puede parecer extraño que al aceptar el control de semejante propiedad no estés sujeto a condición alguna; que nadie te exija gratitud o servicio. Sin embargo, la perplejidad es mayor aún. La ley, bastante equitativa, no establece ninguna traba al regalo con respecto a ti, que serás el beneficiario: no obstante, no sucede lo mismo con el ser desdichado que te lo otorga. Esa persona no sólo ha de separarse de sus bienes, sino de su libertad también. Al aceptar las posesiones, debes consentir en tener los servicios de su actual poseedor. No pueden separarse.

»Se te informará extensamente de la verdadera naturaleza y extensión del don. Has de ser consciente, por lo tanto, de que junto con dicha propiedad, recibirás el poder absoluto sobre la libertad y la persona de quien ahora la posee. Debe convertirse en tu esclavo doméstico; ha de estar gobernado en todos los aspectos por tu capricho.

»Afortunadamente para ti, aunque disfrutarás de poder absoluto, el grado y modo en que lo ejerzas dependerá de ti. Bien puedes no practicarlos o emplearlos únicamente en beneficio de tu esclavo. Sin importar lo humillante que esta autoridad pueda resultar para el sujeto, en cierto sentido, incrementará ante tus ojos el valor del obsequio.

»La dependencia y obediencia de este ser se hará evidente en una cosa. Su deber consistirá en aceptar en todo momento tu voluntad. Todas sus energías han de estar dedicadas a tu felicidad; sin embargo, habrá una relación entre vosotros que te permitirá, al tiempo que lo recibes, brindar placer. Esta relación será sexual. Tu esclavo es una mujer; y el lazo, que transfiere su propiedad y persona a ti... es el

matrimonio.

El conocimiento que tenía de Ludloe, de sus principios y razonamientos, debieron impedirme experimentar la sorpresa que sentí al final de su exposición. Sabía que consideraba la actual institución del matrimonio como un contrato de servidumbre, y sus términos desiguales e injustos. Una vez que me repuse, me concentré en la naturaleza de su plan. Después de una pausa para la reflexión, contesté:

—Tanto la ley como la costumbre tienen unas obligaciones relacionadas con el matrimonio que, aunque más duras sobre la mujer, tampoco son ligeras en el hombre. Su peso y extensión no son inmutables ni uniformes; se modifican con diversos incidentes y, especialmente, por las cualidades mentales y personales de la dama en cuestión.

»No estoy seguro de querer aceptar por mi propia voluntad la propiedad y la persona de una mujer decrepita por la edad y adicta a hábitos perversos y pasiones malignas; mientras que la juventud, belleza y ternura son aceptables de por sí, más allá de cualquier relación con una fortuna.

»En lo referente a los juramentos del altar, no creo que me aparten de un trato justo. No obligaré a mi esposa a ningún servicio ni afecto. El valor de estas cosas y, ciertamente, no sólo el valor, sino la misma existencia de lo último dependen de la espontaneidad. Más que reforzar la unión, una promesa de amor tiende a separarla.

»En lo que a mí respecta, ya he pasado la edad de la ilusión. No me casaré hasta no encontrar una mujer cuya moral y constitución física hagan que la fidelidad personal resulte fácil. Lo juzgaré con ecuanimidad y frialdad, y la costumbre me ayudará a adoptar una decisión iluminada y sensata.

»No seré puntilloso en mi elección. No espero, y apenas deseo, una gran similitud intelectual entre mi mujer y yo. Nuestras opiniones y objetivos no pueden ser comunes. Así como ellas están formadas por la educación que reciben, y ésta sigue siendo la misma, lo único que podemos recibir es un corazón tierno y una comprensión equivocada.

»¿Cuál es el carácter, la edad y la persona de la mujer a la que aludes? ¿Y qué perspectivas de éxito tengo de obtener sus favores?

—Ya te he dicho que es rica. Es una viuda que le debe su riqueza a la liberalidad de su marido, que era un comerciante de gran opulencia y que murió durante una aventura mercantil en España. No te es desconocido. En las cartas que enviabas desde allí, a menudo hablabas de él. Resumiendo, es la viuda de Benington, a quien conociste en Barcelona. Ella aún es joven y tiene muchos atractivos femeninos; posee un temperamento ardiente y crédulo, y es particularmente dada a la devoción. Resultará fácil que regules dicho temperamento de acuerdo con tus placeres e intereses, y ahora te propongo la conveniencia de una alianza con ella.

»Soy pariente suyo, y me ve con inusual deferencia; por lo tanto, mis recomendaciones te serán de gran ayuda. Y las haré.

»Hablaré sinceramente contigo. Es justo que estés completamente al corriente de

las cláusulas de esta propuesta. Los beneficios de la posición social, la propiedad y la independencia que adquirirás con este matrimonio, son sólidos y valiosos; sin embargo, no son las únicas ventajas, como tampoco lo es, a este respecto, mi punto de vista.

»No. De aquí en adelante, mi trato hacia ti estará regulado por un principio. Yo te veo como alguien sometido a una prueba o aprendizaje; sujeto a las pruebas de tu sinceridad y fortaleza. El matrimonio que ahora te propongo es apetecible porque te dará independencia respecto a mí. Tu pobreza puede crear un condicionamiento poco favorable para tus propuestas, uno de cuyos efectos será el de situarte más allá del alcance de la fortuna. Dicho condicionamiento cesará cuando tú dejes de ser pobre y dependiente de mí.

»El amor es el mayor engaño humano. Puede confiarse en esa fortaleza, que no está sometida a la ternura ni a los halagos de ninguna mujer; sin embargo, no nos fiaremos de ninguna que no haya sido sometida a esa prueba.

»Esta mujer es una entusiasta encantadora. Jamás se casará con alguien a quien no ame apasionadamente. El poder del amor sobre su corazón apenas conocerá límites. Los medios de penetrar en tus acciones, de sospechar cuáles son tus pensamientos, que su constante compañía contigo, al dormir y al despertar, su celo y vigilia por tu bienestar, le permitirán tener, junto con su curiosidad, astucia y profundidad, resultan evidentes. Por lo tanto, el peligro al que estarás sometido será inminente. Tu fortaleza se verá obligada a disponer de recursos: no has de huir, sino mantenerte alerta. Jamás has de relajarte.

»¡Ay! ¿Qué magnanimidad humana podrá resistir esta prueba? ¿Cómo convencerme de que no fracasarás? Vacilo entre el temor y la esperanza. Cierto es que muchos han caído, arrastrando consigo a los autores de dicha ruina; sin embargo, algunos han volado por encima de estos peligros y tentaciones con sus llameantes energías intactas, y grande ha sido, como debe ser, su recompensa.

»No obstante, sin duda tú eres consciente del peligro. No necesito repetirte las consecuencias de traicionar esta confianza, el rigor de aquellos que juzgarán tu falta, el escrutinio imparcial e ilimitado al que estarán sometidos tus actos... sin pasar por alto los más secretos e insignificantes.

»Sin embargo, tu proceder será voluntario. Dependerá de tu elección el ver a esta mujer. La circunspección, premeditación y previsión son tus deberes más sagrados y tus intereses más altos.

Los comentarios de Ludloe acerca de los poderes seductores y hechizantes de las mujeres, de la dificultad de mantener un secreto que ellas deseen conocer, empleando la suave artillería de las lágrimas y los ruegos, los halagos y las amenazas, resultan familiares para todos los hombres; sin embargo, poco poder poseen sobre mí, ya que jamás fueron potenciados por mi propia experiencia. Nunca había tenido un contacto intelectual o sentimental con el sexo. Mis meditaciones y objetivos me condujeron por otro derrotero, y mis sentimientos se vieron condicionados negativamente hacia

los refinamientos del amor. Con pesar y vergüenza reconozco que estaba acostumbrado a ver las consecuencias físicas y sensuales de la relación sexual como realidades, y todo lo intelectual, desinteresado y heroico que los entusiastas le conceden como simples sueños ociosos. Además, pensé, dicho secreto me sigue siendo ajeno, y el descubrirlo o no será una elección. Si durante mi progreso en la relación con la señora Benington llegara a percibir algún peligro extraordinario en la concesión de ese don, ¿podría rehusarlo o, por lo menos, retrasar la aceptación de alguna nueva condición impuesta por Ludloe? ¿Su candor y afecto hacia mí no alabarían más bien que desaprobar mi reticencia? Finalmente, tomé la decisión de ver a esta dama.

Según sus palabras, se trataba de la viuda de Benington, al que yo conocí en España. Era un mercader inglés asentado en Barcelona, de quien hablé en mis cartas a Ludloe, y a través del cual se me suministraban mis necesidades pecuniarias. Entre los dos se había establecido una relación y cierto grado de intimidad, lo cual me permitió llegar a obtener un conocimiento bastante exacto de su carácter. Por medio de distintas fuentes se me informó que su esposa provenía de una clase social más alta, que tenía una considerable fortuna propia y que algunos desacuerdos en sus temperamentos o puntos de vista fueron los causantes de su separación. Se casó con él por amor, y aún le quería; parece que los motivos de separación no los planteó ella, sino él. Como sus costumbres ahora se mostraban receptivas a la religión, y las de ella, según las palabras de Ludloe, eran opuestas, resulta posible que parte de los problemas surgieran por dicha cuestión. Ciertamente, debido a algunas insinuaciones casuales y aisladas de Benington, especialmente poco antes de morir, hacía tiempo que yo había llegado a tal conclusión. Pensé que podía sacar algo de mi relación con su esposo que me fuera favorable ante sus ojos.

Con ansiedad aguardé el momento oportuno para comunicarle a Ludloe mi decisión. El día de nuestra última conversación partió en un breve viaje fuera de la ciudad, con intención de retomar aquella noche; sin embargo, se mantuvo ausente varios días. Tan pronto como volvió, me apresuré a hacerle partícipe de mis deseos.

—¿Has considerado con atención la cuestión? —me preguntó—. Ten la certeza de que no se trata de una trivialidad. En el momento en que te presentes ante esta mujer, decidirás tu destino futuro. Incluso descartando el tema de nuestra última conversación, la luz ante la que aparezcas a sus ojos influirá en gran medida en tu felicidad, ya que, aunque a ti te será imposible no amarla, no resulta seguro qué atención te devolverá ella. Sin duda, mucho dependerá de tu perseverancia y compostura; sin embargo, tendrás obstáculos, quizá insuperables en algunos aspectos, en especial por el recuerdo que mantiene hacia su difunto esposo. En lo referente a su temperamento devoto, que está bastante ligado a una gran imaginación en otros aspectos, más que un impedimento, ello estará a favor de un amante ardiente y diestro.

Aún me mostré dispuesto a probar mi suerte con ella.

—Bien —repuso él—, como anticipé tu consentimiento, el viaje que realicé fue para visitarla. Consideré que era mejor allanarte el camino, informándole que había conocido a una persona que ella me pidió que buscara. Has de saber que su padre era uno de esos hombres singulares que ponían un valor a las cosas en exacta proporción a la dificultad de obtenerlas. Su pasión eran las antigüedades, y durante toda su vida su dedicación favorita fue la adquisición de monumentos de mármol y pergaminos muy viejos. Era absolutamente indiferente a la persona o conducta de nuestro actual soberano y sus ministros, pero se mostraba extremadamente solícito acerca de las hazañas de un rey de Irlanda que vivió dos o tres siglos antes del diluvio. No sentía curiosidad alguna por saber quién era el padre de la hija de su esposa; sin embargo, era capaz de viajar mil kilómetros y pasarse meses investigando qué hijo de Noé fue el primero en llegar a la costa de Munster. Entregaba cien guineas por una pieza de cobre no mayor que una uña suya, siempre que tuviera grabados caracteres extraños, demasiado borrosos para ser legibles. A sus ojos, el intercambio de toda una biblioteca por un trozo de pergamino que contuviera media homilía escrita por San Patricio resultaba barato. Contento habría entregado todo su patrimonio a cualquiera que le hubiera informado qué pendragón o druida fue el primero en alzar la primera piedra en la Llanura de Salisbury.

»Tal espíritu, apoyado como bien supones por una gran riqueza y vida longeva, contribuyó a formar una colección de objetos venerables, los cuales, aunque para el propio coleccionista no tenían precio, carecen de interés para su heredera siempre que no puedan ser vendidos. Ella pretende subastarlos todos; no obstante, para ello es necesario preparar un catálogo con una descripción completa de los artículos. Su padre confiaba en una memoria fantástica y en memorándums vagos, apenas legibles, con lo cual le ha dejado una tarea muy ardua a cualquiera que sea contratado para emprenderla. Se me ha ocurrido que la mejor manera de promover tu situación era recomendarte para esa misión.

»Tú mismo sientes interés por las antigüedades. Por lo tanto, este empleo te atraerá por sí solo. Te permitirá habitar en la casa y, así, establecer un intercambio incesante con ella; y la naturaleza del trabajo es tal que puedes ejecutarlo en el momento, con la diligencia y presteza que tú desees.

Yo me aventuré a insinuar que para una mujer de clase alta y buena familia contratar a un simple empleado bajo ningún aspecto era una recomendación favorable.

Me contestó que se proponía, gracias a la recomendación que daría de mí, obviar cualquier escrúpulo de dicha naturaleza. Aunque mi padre no era más que un granjero, nadie sabía si mis antepasados más remotos no tenían sangre real en sus venas; sin embargo, como las pruebas de mi baja ascendencia no verían la luz de forma impertinente, mi silencio, o, como mucho, mis explicaciones equívocas expresadas en los momentos adecuados, me protegerían contra cualquier inconveniencia que surgiera respecto a mi linaje. Él me representaría y, por lo tanto,

como su amigo, sería el favorito y un igual, y la pasión que despertaban en mí las antigüedades sería mi principal motivo para aceptar el encargo, aunque mi pobreza no debería resultar ningún impedimento con una razonable recompensa pecuniaria.

Habiendo aceptado sus medidas, pasó a explicarme los pasos a seguir.

—Como acabo de explicarte, visité a mi pariente con el objetivo de allanarte el camino con su familia; pero, cuando llegué a su casa, lo único que encontré fue desorden y alarma. Parece ser que cuando la señora Benington regresaba de un paseo más largo de lo habitual el jueves por la noche fue atacada por unos ladrones. Sus sirvientes relataron una historia confusa de cómo alguien apareció para rescatarla en el momento crítico. Sin embargo, lo único que consiguió fue causar más daño que bien, ya que los caballos se desbocaron y volcaron el coche; como consecuencia, la señora Benington recibió unas severas magulladuras. Desde entonces se ha mantenido en cama con una fiebre alta, que sólo hoy remitió.

Como la aventura antes relatada, en la cual yo participé, sucedió en el mismo momento mencionado por Ludloe, a la vez que las circunstancias coincidían, no tuve ninguna duda de que la persona a la que los esfuerzos de mis poderes misteriosos salvaron era la señora Benington. ¡Pero qué interferencia nefasta había sido la mía! Probablemente, los ladrones se habrían conformado con las pocas guineas que llevara ella y, una vez cogidas, permitirían que continuara su trayecto en paz y segura. Sin embargo, al ofrecer mi absurdo socorro, que únicamente podía potenciar el miedo de los asaltantes, puse en peligro su vida, primero al provocar un disparo nacido de la desesperación y, luego, causando el miedo de los caballos. Mi ansiedad, que habría sido menor si, hasta cierto punto, no hubiera sido yo el autor de dicha desgracia, casi desapareció cuando Ludloe me aseguró que todo peligro ya había pasado y que al marcharse la dama se hallaba levantada y gozaba de perfecta salud. Aprovechó la primera oportunidad para exponerle la razón de su visita, trayendo consigo la jubilosa aceptación de mis servicios. La fecha señalada para mi presentación era la semana siguiente.

Con ello en mente, me resultó imposible concentrarme en algo distinto al caso. Mis pensamientos se detenían continuamente en ese encuentro futuro, y mi impaciencia y curiosidad crecieron, no sólo por la persona de la señora Benington, sino por la propia naturaleza de mi trabajo. Ludloe acertó al expresar que yo mismo me encontraba infectado con la manía de las antigüedades, y en ese momento recordé que Benington, con frecuencia, había mencionado su colección, que estaba en posesión de su esposa. Entonces, en más de una ocasión despertó mi interés con sus descripciones, haciéndome tomar la resolución de que, si alguna vez retomaba a Irlanda, llegaría a conocer a esa dama y su maravilloso tesoro. Otros incidentes me obligaron a apartar la cuestión de la cabeza.

Mientras tanto, los asuntos que tratábamos Ludloe y yo permanecieron estacionarios. Las conferencias que manteníamos, que eran regulares y diarias, abarcaban temas generales, y aunque sus consejos se adaptaban a promover mi

mejora en las ramas más útiles del conocimiento, jamás insinuaron algo sobre lo que más despertaba mi curiosidad.

Al entrar la nueva semana, me informó que el estado de salud de la señora Benington requería una corta excursión al campo y que él mismo se ofreció a acompañarla. El viaje iba a durar un día, pasado el cual yo podía prepararme para ser presentado a ella.

Ésta fue una prueba desagradable e inesperada para mi paciencia. El intervalo de soledad que experimenté habría pasado con bastante rapidez y tranquilidad de no acontecer un evento de gran importancia. Los libros, a los que tan aficionado era, me habrían proporcionado una ocupación deliciosa e incesante; además, con el fin de reconciliarme con los inevitables retrasos, Ludloe me permitió el acceso a una pequeña biblioteca donde guardaba sus volúmenes más raros y valiosos.

Todos mis divertimentos, tanto por inclinación como por necesidad, se centraron en mi persona y en la casa. Daba la impresión de que Ludloe no recibía visita alguna, y aunque a menudo se hallaba de viaje, o por lo menos apartado de mí, jamás se ofreció a presentarme a sus amigos con la excepción de la señora Benington. Las obligaciones que tenía hacia él ya eran demasiado grandes como para reclamarle algún favor o indulgencia nuevos, y la disposición de mi carácter tampoco requería de la sociedad para ser feliz. En cierto sentido, mi temperamento fue modelado por la facultad que poseía. Todo su supuesto valor derivaba del secreto impenetrable, y debido a los consejos de Ludloe, que insistía con tenacidad en la necesidad de la cautela y la circunspección en mi trato generalizado con la humanidad, habían hecho que, gradualmente, cayera en unos hábitos reposados, reservados, misteriosos y antisociales. Mi corazón no deseaba un amigo.

Con ese estado mental, me apresté a examinar las novedades que contenía la biblioteca privada de Ludloe. Sería extraño, pensé, si los tomos favoritos no me enseñaban algunos rasgos del carácter de mi amigo. El llegar a conocer los estudios más favoritos o constantes de un hombre siempre proyectaba alguna luz sobre sus pensamientos secretos, y aunque sé que jamás me habría permitido leer dichos libros de creer que éstos desvelarían las preocupaciones que le mantenían ocupado más de lo que deseaba, posiblemente mi sagacidad me permitiría adentrarme en ellos más de lo que él mismo suponía. Les permitiré juzgar si tenía razón en estas conjeturas.

Los libros que componían la pequeña biblioteca en su mayoría trataban de los viajes de los misioneros de los siglos dieciséis y diecisiete. Junto a ellos, estaban algunos trabajos sobre economía política y legislación. Esos escritores que se divertían reduciendo sus ideas a la práctica, trazando retratos imaginarios de naciones y repúblicas cuyo comportamiento y gobierno se encontraban a la altura del modelo de excelencia en el que ellos creían, se hallaban en la colección: todos aquellos que yo oí mencionar y otros que desconocía por completo. Había una traducción de *la República*, de Aristóteles, los romances políticos de Sir Thomas More; los de Harrington y Hume parecían haber sido muy leídos, y Ludloe no fue benévolo en sus

comentarios marginales. En dichos escritores sólo encontraba errores y absurdos; sus notas estaban escritas con el único objetivo de señalar principios infundados y conclusiones falsas. El estilo con que las planteaba me resultaba familiar. No descubrí nada nuevo en ellas ni distinto de la cadena de especulaciones que él solía tratar en sus conversaciones conmigo.

Después de hojear los volúmenes impresos, finalmente di con un pequeño libro de mapas, del cual, por supuesto, no podía esperar obtener ninguna información razonable en el tema que más despertaba mi curiosidad. Se trataba de un Atlas cuyos mapas fueron trazados a tinta. Ninguno contenía algo notable hasta donde yo, que poseía escasos conocimientos en geografía, podía percibir, hasta que llegué al final, donde vi uno cuyo perfil me resultó absolutamente desconocido. Había sido hecho en una escala bastante grande y representaba dos islas que, en sus relativas proporciones, tenían cierto parecido con Gran Bretaña e Irlanda. Su forma resultaba muy distinta, pero en lo concerniente al tamaño no había escala alguna con la que poder medirlas. De la gran variedad de subdivisiones y señales que tenía, que, en apariencia, representaban pueblos y ciudades, pude deducir que el país, como mínimo, era tan extenso como las Islas Británicas. Daba la impresión de que el mapa se encontraba inacabado, ya que carecía de nombres indicativos.

Acabo de decir que mis conocimientos geográficos eran imperfectos. Aunque no me encontraba capacitado para trazar los contornos de ningún país de memoria, sí era capaz de reconocer los que ya había visto con anterioridad y descubrir que ninguna de las grandes islas del globo se asemejaba a la que tenía delante de mí. Con unos motivos que despertaban tal curiosidad, podrán imaginar la sensación que experimenté al estudiarlo. Al sospechar que muchas de las confesiones de Ludloe hacían referencia a un país que para él era bien conocido, aunque ajeno a los demás, yo, claro está, supuse que se trataba del que estaba esbozado en el libro.

Buscando alguna pista para el misterio, inspeccioné con cuidado el resto de los mapas de la colección. En uno que mostraba el hemisferio oriental, pronto observé que el contorno de las islas, aunque en una escala mucho más reducida, era similar a la tierra que acabo de describir más arriba.

Es bien sabido que los europeos desconocen casi la mitad de la superficie del globo^[5]. Desde el polo sur al ecuador, sólo hay un pequeño espacio ocupado por África del Sur y América del Sur que conocemos. Existe una extensión lo suficientemente vasta para albergar un continente tan grande como América del Norte que nuestra ignorancia ha llenado únicamente con agua. En los mapas de Ludloe no se veía aún nada en estas regiones salvo mares, con la excepción de ese punto donde los paralelos transversos del trópico Sur y el grado ciento cincuenta de longitud Este se cruzan. En ese lugar se hallaban emplazadas las islas de Ludloe, aunque sin tener inscrito ningún nombre.

No hacía falta que me dijeran que ese lugar jamás fue explorado por algún viajero europeo que hubiera publicado la narración de sus aventuras. ¿Qué autoridad poseía

Ludloe para fijar una tierra habitable en esa posición? ¿Y por qué sólo establecía los cursos de las playas y los ríos, el emplazamiento de pueblos y ciudades sin escribir ningún nombre?

Tan pronto como éste partió en su viaje de un día, fui a abrir la biblioteca y continué estudiando los libros y los mapas hasta llegada la noche. Por ese entonces, ya había revisado cada tomo y cada hoja de la pequeña colección, y no volví a abrir la biblioteca hasta que casi terminó ese período. Mientras tanto, reflexioné seriamente acerca de esta circunstancia notable. ¿Habría planeado Ludloe que yo viera el Atlas? Se trataba del único libro que podía considerarse manuscrito de todos los existentes en las estanterías, y se hallaba situado debajo de unos cuantos más, en una situación nada llamativa, tanto para el ojo como la mano. ¿Fue un desliz que lo dejara a mi alcance o su intención era conducir mi curiosidad y conocimiento un poco más lejos por medio de este descubrimiento accidental? En cualquiera de los casos, ¿cómo iba a regular mi comportamiento futuro con él? ¿Debía hablar como si se me hubiera pasado por alto dicho Atlas? Después del primer examen al que lo sometí, volví a guardar el libro en el mismo lugar del que lo cogí. Con cada suposición que se me ocurría, ésta me parecía siempre la mejor manera de obrar; entonces, abrí la biblioteca una segunda vez para cerciorarme de que todo se hallaba en su orden original. Qué desolación y confusión me invadieron cuando al inspeccionar los estantes noté que el Atlas ya no estaba. Se trataba de un robo que, al ser de la biblioteca cerrada con una llave que en ningún momento abandonó mi persona y debido a la naturaleza del hurto, no podía imputársele al personal doméstico. Pasados unos momentos, me dominó la sospecha de que, al hablar con el ama de llaves, se tornó en certeza cuando me contó que Ludloe regresó con grandes prisas el día que había partido por la noche y, justo cuando yo abandoné la casa, entró en la habitación donde se encontraba la biblioteca. Permaneció allí unos momentos, salió y se marchó de nuevo. También me dijo que formuló unas preguntas generales acerca de mí, a lo cual le respondió que no me había visto en todo el día y que suponía que me encontraba fuera de paseo. De acuerdo con este relato, resultaba claro que Ludloe regresó con el único propósito de coger el libro y ponerlo fuera de mi alcance. Pero, si poseía una segunda llave para la puerta, ¿qué le impediría tener acceso, por los mismos medios, a los restantes sitios cerrados de la casa?

Esa posibilidad me sobresaltó de terror. Jamás hasta ese instante supuse que dispusiera de una forma tan obvia de saber todo lo que sucedía bajo su techo. Tal es la infatuación que abre nuestros más recónditos secretos al escrutinio del mundo. Con frecuencia nos encontramos en mayor peligro cuando nos consideramos más a salvo, y a menudo nuestra fortaleza es tomada a través de un punto cuya debilidad sólo puede pasar por alto la estupidez más ciega.

Sin embargo, mis temores se mitigaron cuando recordé que no existía nada en ningún armario o gabinete que pudiera iluminar temas que yo deseaba mantener en la más absoluta oscuridad. Cuando con sumo cuidado inspeccioné mis cajones, menos

motivos vi para mis sospechas; no obstante, aprendí una lección de cautela de dicha circunstancia, la cual contribuyó a mi seguridad futura.

De dicho incidente pude inferir que Ludloe se mostraba reacio a permitirme descubrir su secreto geográfico, al tiempo que ratificaba mi primera sospecha de que sus planes de civilización fueron llevados a la práctica en algún rincón desconocido del mundo. Sin embargo, resultaba extraño que se traicionara con semejante desliz. Alguien que hablaba con tanta seguridad de los poderes que poseía para desvelar cualquier secreto mío y, al mismo tiempo, ocultar sus propias acciones, seguro que cometió un error imperdonable al dejar un documento tan importante a mi alcance. Pero la reverencia que sentía por él era tan grande que a veces jugué con la idea de que ese supuesto error era, en verdad, un artificio por medio del cual me proporcionaba un conocimiento que, cuando llegara a meditarlo con madurez, me resultaría imposible hacer un mal uso de él. No tiene sentido contar aquello que sabemos que nadie creerá; y si llegara a publicar para el mundo la existencia de unas islas emplazadas en el lugar asignado en los mapas de Ludloe a esos *incognitae*, ¿cuál sería la respuesta del mundo? Que si el espacio descrito era mar o tierra carecía de importancia. Que la condición moral y política de sus habitantes sólo era un tema merecedor de una curiosidad racional. Como yo no había adquirido ningún conocimiento del lugar, como no poseía nada para revelar, salvo suposiciones vanas y fantásticas, era como si ignorara todo el asunto. De esta manera, condenando primero su imprudencia, gradualmente pasé a admirar su política. El único efecto del descubrimiento fue el de incrementar mi curiosidad y mantener mi celo para continuar el viaje comenzado bajo sus auspicios.

A partir de ese momento tomé la decisión de detenerme en el punto de confidencia que tenía con Ludloe, de aguardar hasta que se determinara el éxito del proyecto con la señora Benington, antes de continuar cualquier avance por el peligroso y misterioso sendero hacia el que conduje mis pasos. Sin embargo, antes de que concluyera aquella tediosa noche, me dominó una extrema impaciencia por la entrevista que iba a mantener con ella, y casi aceptaba someterme a cualquier prueba que él me exigiera.

Dicha obligación ciertamente era ardua, ya que incluía la confesión de mis poderes bilocuales. En sí misma no significaba mucho. Poseer esta facultad no era algo encomiable ni culpable, ni tampoco fue ejercitada de una forma que debiera avergonzarme reconocer. Me había conducido hacia muchas mentiras y artificios que, aunque no justificables por credo alguno, merecían alguna excusa debido a mi ardor y temeridad juveniles. La verdadera dificultad de estas confesiones radicaba en el hecho de no haberlas manifestado ya. Ludloe hacía tiempo que era merecedor de ellas y, a pesar de que la facultad que poseía era venial o completamente inocente, la obstinada ocultación que mantuve al respecto era algo completamente diferente y, ciertamente, me expondría a su sospecha y censura. Pero, ¿cuál era la alternativa? ¿Esconderla e incurrir en esos terribles castigos por la traición que ese acto merecía?

Las amenazas de Ludloe aún resonaban en mis oídos y atemorizaban mi corazón. ¿Cómo podría evitarlas? ¿Ocultándole a todo el mundo lo que ya le había escondido a él? ¿Cómo se llegaría a sospechar o probar mi posesión de dicha facultad? A menos que me traicionara a mí mismo, ¿quién podría hacerlo?

Con ese estado mental, resolví confesarme a él tal como lo requería, reservando únicamente el secreto de mi don. En verdad que es terrible, pensé, la crisis de mi destino. Si las declaraciones de Ludloe eran ciertas, me aguardaba una catástrofe espantosa; sin embargo, a pesar de que mi decisión titubeaba, fue reafirmada por el hecho de que sólo yo podía traicionarme. Si lo negaba, ¿quién iba a probarlo? La sospecha jamás recaería sobre la verdad. Y aunque así sucediera, nunca llegaría a convertirse en una certidumbre. Ni siquiera mis propios labios serían capaces de confirmarlo, ya que, ¿quién me creería?

Mi fortaleza se vio reforzada por las ilusiones de mi decisión desesperada. Ludloe regresó a la hora estipulada. Me informó que la señora Benington me esperaba a la mañana siguiente. Ya estaba preparada para partir hacia su residencia de campo, donde pensaba pasar el verano, y me llevaría con ella. Comentó que según ese acuerdo, pasarían muchos meses hasta que volviera a verme.

—Ciertamente pasarás muchos meses alejado de la sociedad —continuó—. Tus libros y tu nueva compañía serán tus principales, por no decir únicos, compañeros. Ella no lleva una vida social, ya que se ha formado una extravagante noción de la importancia que tienen la adoración y la devoción solitarias. Gran parte de su tiempo lo pasará en sus habitaciones, meditando sobre libros piadosos. En ocasiones saldrá a dar paseos en coche, únicamente por hacer algo de ejercicio. Poco tiempo le quedará para dormir y comer, de modo que, a menos que te impongas sobre ella para que viole sus reglas usuales a tu favor, estarás casi constantemente solo. Dispondrás de tiempo para reflexionar sobre las conversaciones que hemos mantenido hasta ahora. Podrás venir a la ciudad siempre que desees verme. Por lo general, me encontrarás en esta casa.

Aunque me hallaba impaciente por conocer a la señora Benington, más aún me encontraba por rasgar el velo existente entre Ludloe y yo. Después de una pausa, me aventuré a inquirir si existía algún impedimento para mi progreso en el camino que él ya me señaló para mi curiosidad y ambición.

Con gran solemnidad replicó que ya había dado el siguiente paso. Si me hallaba preparado para hacer de él mi confesor con respecto al pasado, presente y futuro, sin excepción o condición alguna, salvo por aquellos lapsos de la memoria, gustoso recibiría dicha confesión.

Declaré que estaba preparado.

—No necesito —repuso— recordarte cuáles son las consecuencias del ocultamiento o el engaño. Ya te las he explicado. En lo referente al pasado, quizá ya me hayas contado todo lo que tiene importancia. Es en relación con el futuro que se hace imperiosa la cautela. Hasta ahora, tus actos han sido prácticamente indiferentes

en lo concerniente a los medios de tu existencia. Se requiere la confesión del pasado debido a que son indicativas de tu postura y conducta futuras. Entonces, ¿has...? No, esto resulta muy brusco. Tómate una hora para pensarlo con cuidado. Quédate solo; prepárate para la severa tarea de la decisión completa y decidida. En el instante que asumas tu nueva obligación, te convertirás en un ser nuevo. La perdición o la felicidad dependen de ese momento.

Esta conversación tuvo lugar entrada la noche. Una vez que acepté postergar el tema, nos separamos, comunicándome que dejaría la puerta de su habitación abierta, de modo que tan pronto como me hubiera decidido podía ir a verle.

Entonces me retiré a mi dormitorio y pasé la hora acordada en meditaciones ansiosas y dubitativas. Pensé en todo lo sucedido hasta ahora; sin embargo, me vinieron a la mente con más fuerza que nunca. No obstante, alguna obstinación fatal se apoderó de mí, haciéndome persistir en la resolución de ocultarle una cosa. Nos apegamos cariñosamente a los objetos y las metas, frecuentemente por ninguna otra razón más que el dolor y los problemas que nos costaron. Las valoramos en la proporción del peligro en el que nos involucran. Nuestra poción favorita es el veneno que abrasa nuestras entrañas.

Pasado un rato, me dirigí a las habitaciones de Ludloe. Al entrar, le encontré solemne, aunque con trato benigno. Una vez que planteó si aceptaba los términos establecidos, que yo afirmé con palabras vacilantes, a pesar de mi esfuerzo por mantener cierta compostura, pasó a formularme diversas preguntas relativas a mi historia pasada.

Sabía que no existía modo alguno de lograr los objetivos planteados salvo respondiendo a sus preguntas; al meditar en su carácter, experimenté una incomodidad excesiva por el arte consumado y la penetración que manifestaría su interrogatorio. Consciente de mi afán por ocultarle algo, mi fantasía revistió a mi amigo con la túnica de un inquisidor, cuyas preguntas estarían dirigidas para sonsacarme toda la verdad y atrapar al mentiroso que había en mí.

Sin embargo, en este aspecto quedé completamente desilusionado. Todas sus preguntas resultaron generales y obvias. Evidenciaban curiosidad, pero no sospecha; sin embargo, hubo momentos en los que vi, o creí ver, cierta insatisfacción en sus facciones. Y cuando llegué al momento de mi vida que concluyó con mi marcha a Europa como compañero suyo de viaje, las pausas que estableció me parecieron demasiado extensas y pensativas para mi gusto. En ese punto, nuestra conferencia terminó. Después de una conversación que comenzó tarde y continuó durante mucho tiempo, ya era hora de dormir; acordamos que la conferencia se reanudaría a la mañana siguiente.

Al retirarme a la cama y repasar todas las circunstancias de la entrevista, mi mente sintió una gran aprensión y desazón. Me pareció recordar mil cosas que indicaban que Ludloe no se encontraba del todo satisfecho con la parte que interpreté yo en ella. Una extraña e indefinida mezcla de ira y piedad se apoderó de mí al

recordar las miradas que de vez en cuando me lanzaba. Alguna emoción apareció en sus facciones, en las que, concebida por mi temor, había un toque de resentimiento y ferocidad. En vano intenté aliviarme con mis sofismas habituales. En vano me afané por convencerme de que diciendo la verdad, en vez de acreditarme a su aprobación sólo despertaría su cólera en lo que él consideraría un intento por mi parte de convencerle de una historia increíble de acontecimientos imposibles. Jamás leí o tuve noticias de un ejemplo de mi facultad. Suponía que el caso era absolutamente singular y que nadie daría crédito a mi reclamo de su posesión, como si anunciara que un árbol en particular tenía el don del habla articulada. Sin embargo, ya era demasiado tarde para retractarme. Era culpable de un ocultamiento solemne y deliberado. Me hallaba en el camino en el que ya no se podía dar marcha atrás, estando obligado a proseguir en mi avance.

El regreso de los alentadores rayos de luz del día en cierta medida aplacó mis terrores nocturnos y, a la hora indicada, me dirigí a presentarme ante Ludloe. Le encontré con un aspecto mucho más jubiloso del esperado, y comencé a burlarme mentalmente de la estupidez de mis temores.

Después de una breve pausa, me recordó que él sólo era una persona entre muchas ocupadas en un plan grandioso y arduo.

—Como cada uno de nosotros —prosiguió— es mortal, con el tiempo todos debemos ceder nuestro puesto a otro. Somos ambiciosos en buscarnos un sucesor, en que nuestro lugar lo ocupe una persona selecta e instruida. No se pretende que nuestros sentimientos personales y afectos se vean desbordados por el interés general: cuando se los puede mantener y hacer que entren en juego, subordinados al servicio de nuestra gran meta, son sumamente cuidados como algo útil y se los reverencia, y, sin importar la austeridad y rigor que le imputes a mi carácter, pocos existen que tengan mayor sensibilidad que yo para los asuntos personales.

»No podrás saber, hasta que te conviertas en alguien como yo, la profundidad y la vehemencia puesta en el éxito de mi tutoría en esta ocasión. Con júbilo padecería mil muertes antes que comprobar que eres un cobarde. Es cierto que las consecuencias que sufrirás ante cualquier fracaso de tu integridad resultarán fatales para ti; sin embargo, existen ciertas mentes de tendencia generosa que se muestran más impacientes por los males infligidos a otros que por los que se han causado a sí mismos. Son personas que preferirían morir en la infamia a provocar dicha infamia o muerte a un benefactor.

»Tal vez tu mente esté compuesta por un material así de noble. De no creerlo así, jamás te habría tenido en cuenta y, por lo tanto, los motivos que te impulsarán a la fidelidad, sinceridad y perseverancia en lo referente a mi bienestar y felicidad, sin duda alguna aflorarán.

»Sin embargo, no te exijo nada al respecto. Si tu propia seguridad no basta para controlarte, no eres adecuado para nosotros. Ciertamente, existen muchos motivos para que seas leal. La tarea de revelarme todo ha de resultarte fácil. La única ardua

será la de ocultarle todo a los demás. En la primera, cuando los motivos así lo requieran, no corres el riesgo del fracaso, porque, ¿qué motivos puedes poseer para engañarme? Seguro que no has cometido ningún crimen: tampoco has robado, ni asesinado o cometido traición. Si fuera así, no debe existir el temor al castigo o a la desgracia para hacerte ocultar tu culpa ante mí. No has de temer la posibilidad de que yo se lo cuente a alguien, ya que no albergo interés alguno en provocar tu ruina o humillación. ¿Y qué mal puede provocar la confesión del peor de los crímenes, incluso ante un grupo de magistrados, que sea más pavoroso que aquel que te sucedería inevitablemente si practicaras cualquier ocultamiento conmigo o la mínima revelación con otros?

No es fácil que conciban el énfasis solemne con el que pronunció estas palabras. Si me hubiera inmovilizado con sus ojos penetrantes mientras me hablaba, si hubiera notado que observaba mis reacciones con el fin de ahondar en mis pensamientos secretos, seguro que me habría descubierto: sin embargo, clavó los ojos en el suelo, y ningún gesto o mirada indicaron la más leve sospecha de mi conducta. Después de una pausa, continuó con un tono de voz más patético, mientras que todo su porte parecía participar de su agitación mental:

—No sé qué medios emplear para imbuirte de la plena convicción de la verdad de lo que acabo de comentar. Interminables son los sofismas con los que nos seducimos para recorrer senderos dudosos y peligrosos. Dudamos de aquello que no vemos, o, simplemente, no le prestamos atención. Puede que la espada descienda desde las alturas sobre nuestra vana cabeza, pero nosotros, que mientras tanto nos hallamos ocupados inspeccionando el terreno que holla nuestros pies, o contemplamos la escena que nos rodea, no somos conscientes de su descenso irresistible. En este caso, no se ve hasta que no se siente, o antes de que su peligro haya pasado. No puedo descender el velo ni mostrarte al ángel exterminador. Todo ha de permanecer en blanco y vacío, y el peligro armado que hay a tu vera debe seguir siendo completamente invisible, hasta el momento en que se provoque su venganza. Yo cumpliré mi parte para encomendarte al bien o para intimidarte con el fin de que no cometas actos malignos. Me siento ansioso por exponerte todos los motivos adecuados para que influyan en tu conducta; mas, ¿cómo he de modelar tus convicciones?

Aquí calló de nuevo, y yo no tuve valor para interrumpir su silencio. Al rato continuó:

—Quizá recuerdes una visita que realizaste el día de Navidad, en el año ***, a la Catedral de Toledo. ¿La recuerdas?

Un momento de reflexión trajo a mi memoria todos los incidentes de aquel día. Tenía buenas razones para no olvidarlos. Cuando Ludloe mencionó aquel día, experimenté una gran agitación, ya que, en ese instante, no estaba seguro de no haber ejercitado mi facultad bivocal. No obstante, afortunadamente, casi se trataba de la única ocasión similar en la que permanecí en absoluto silencio.

Respondí que sí, que lo recordaba a la perfección.

—Sin embargo —dijo él, con una sonrisa que parecía pretender quitarle a su declaración algunos de sus terrores—, sospecho que tu recuerdo no es tan exacto como el mío, ni tu conocimiento tan extenso. Conociste allí a una mujer cuyo tío nominal, aunque era su padre verdadero, el deán de aquella antigua iglesia, vivía en una casa de piedras azules, la tercera viniendo desde el ángulo oeste de la plaza de Santiago.

Todo ello era exactamente cierto.

—Esa mujer —prosiguió— se enamoró de ti. Su pasión la encegueció a todos los dictados de la modestia y el deber, y te proporcionó suficientes revelaciones sobre su pasión en encuentros posteriores en el mismo sitio; la cual, al ser hermosa y tentadora, tú no tardaste en entender y devolver. Como no sólo la seguridad de vuestra relación, sino incluso la de vuestras vidas, dependía de la más completa discreción, observasteis en todas vuestras reuniones una cautela absoluta. Cuéntame si en ese aspecto tus esfuerzos se vieron recompensados por el éxito.

Repuse que, por ese entonces, no me cabía duda de que así había sido.

—Sin embargo —añadió, sacando algo de su bolsillo y depositándolo en mi mano —, he aquí esta nota de papel con su propio membrete que la muchacha infatuada dejó caer a tu vista una noche en el pasillo izquierdo de aquella iglesia. El mismo papel que luego imaginaste que quemaste ante la lámpara de tu habitación. En el cumplimiento de este objetivo, postergaste la visita que planeabas realizar y al día siguiente la mujer se ahogó accidentalmente al cruzar un río. Ahí acabó tu relación con ella, y, tal como pensaste, con su entierro terminó todo recuerdo de dicho contacto.

»Dejo que saques tu propia conclusión de mi revelación. Cuando te encuentres solo, medita en ello. Recuerda todos los incidentes de aquel drama y esfuérzate por concebir los medios por los cuales mi sagacidad fue capaz de desvelar eventos acaecidos tan lejos y bajo el manto de una suma cautela. Si no logras descifrarlos, aprende a reverenciar mis aseveraciones de que no se me puede engañar; y, desde entonces, deja que la sinceridad gobierne tu conducta hacia mí, no sólo porque debe ser lo correcto, sino porque el ocultamiento resulta imposible.

»Nos detendremos aquí. No se nos requiere ninguna prisa. La charla de ayer bastará para hoy y para muchos días futuros. Haz que lo que ya ha tenido lugar sea el objeto de una reflexión profunda y madura. Revisa una vez más los incidentes de tu vida pasada, anterior al momento de nuestro encuentro, y, en nuestra próxima conversación, prepárate para proporcionarme todas las deficiencias causadas por la negligencia, el olvido o lo planeado en nuestra primera reunión. Seguro que hay algunas. Posiblemente, muchas. La verdad completa únicamente puede ser desvelada después de numerosas y repetidas conversaciones. Éstas sucederán a intervalos considerables, y cuando todo haya sido contado, entonces estarás preparado para enfrentarte a tu definitiva ordalía y a asumir las pesadas y terribles sanciones.

»Yo seré el juez que evaluará la totalidad de tu confesión. Al saber de antemano, y por medios infalibles, toda tu historia, seré capaz de detectar cualquier anomalía al igual que cualquier redundancia. Hasta ahora, tus revelaciones se han ceñido a la verdad, aunque han sido incompletas, y así han de ser, porque, ¿quién es capaz de detallar en una sola entrevista los secretos de su vida? ¿Los recuerdos de quién pueden aparecer a su primera orden? ¿Quién puede liberarse con un único esfuerzo del dominio del miedo y de la vergüenza? De nuestros discípulos no esperamos milagros de fortaleza y virtud. Son nuestra disciplina, cautela y laboriosa preparación las que crean la excelencia de nuestro grupo. Y no se las consigue con facilidad.

»Te aconsejo que vayas al encuentro de la señora Benington sin demora alguna. Podrás verme siempre y cuando te plazca. Cuando sea el momento adecuado para reanudar el tema de conversación de hoy, así se hará. Hasta entonces, guardaremos silencio.

En este punto, me dejó solo, pero no para pensar en cosas indiferentes o vacuas. Ciertamente, me sentía abrumado con las reflexiones que surgieron de nuestra charla. Entonces, me dije a mí mismo, si soy lo suficientemente inteligente como para emplear la oportunidad de las consecuencias surgidas de anteriores ocultamientos, estoy salvado. Por una diferencia que yo obvié por completo, pero que no le pasó desapercibida a la sagacidad y equidad de Ludloe, se me instó a narrar la verdad, al tiempo que se me presentaba con una excusa para contener parte de ella. Ciertamente, era algo a lo que yo era merecedor, ya que no añadió nada a la narración de mis primeras aventuras. Carecía de motivos para exagerarlas o revestirlas con falsedades. Lo que pretendía ocultar tuve el cuidado de aislarlo en su totalidad, de modo que una historia blanda o defectuosa no despertara sospechas.

La alusión al incidente acaecido en Toledo me confundió y me dejó perplejo. Aún sostenía el papel que me había dado. Hasta donde se podía confiar en la memoria, se trataba del mismo que, una hora después de recibirlo, yo quemé, tal como creí, con mis propias manos. Cómo Ludloe llegó a poseerlo, cómo sabía de esos eventos, los cuales sólo la dama mencionada y yo mismo conocíamos, y que ella tenía buenas razones para ocultárselos al mundo y que yo, con infinitos esfuerzos, intenté sepultar en el olvido, fue algo que vanamente traté de conjeturar.

FIN DE LAS MEMORIAS DE CARWIN